

B.P. de Soria



61109760

D-1 915

Sigt.^a Top.^a

Est. 27

Tab. 4

Núm. 288

9760

D-1
715



COMPENDIO

DE LA

HISTORIA ANTIGUA.

——
TOMO II.
——

COMPENDIO

DE LA

HISTORIA ANTIGUA

HASTA LOS TIEMPOS DE AGUSTO.

Por Don Manuel Silvela.

Adulationi fœdum crimen servitutis, malignitati
falsa species libertatis inest.

TACIT., LIB. I, HIST.



Madrid:

POR AGUADO, IMPRESOR DE CAMARA DE S. M.

Y DE SU REAL CASA.

1843.



UNITED STATES
AMERICA

RAPIDA IDEA
DEL IMPERIO ROMANO

CONSIDERADO

EN SU MAYOR EXTENSION.



La línea que circunscribe el imperio Romano en su mayor extension, antes de la division de los dos imperios, y de sus desmembraciones por la irrupcion de los bárbaros del norte, puede determinarse del modo siguiente :

En Europa el Occéano occidental y la Gran Bretaña hasta la muralla de Antonino; el Rin, el Danubio; los montes Carpacios que dividen la Hungría de la Boemia, y el Niester :

En Asia al norte, la Cólcida y todas las provincias de la costa oriental del Ponto Eusino hasta la Armenia; el Tigris hasta los términos de la Mesopotamia, ó el Diarbec y la Siria y la Palestina hasta la Arabia :

En Africa al oriente, el Egipto hasta Siena y Berenice; al occidente el Occéano y al mediodia hasta el monte Atlas, los Getulos (hoy Bidulgerid), y los Garamantas que eran pueblos que habitaban los paises que avicinan al gran desierto de Zahara.

El imperio romano se dividió en nueve grandes gobiernos : la Bretaña, la Galia Trasalpina, la Italia, la España, la Iliria, el Asia menor, la Siria, el Egipto y el Africa:

La Gran Bretaña se dividió en Bretaña primera y segunda, Flavio-Cesariense, Maxima-Cesariense y Valentiniana.

Las Gaulas se dividieron en Galia Narbonense, Aquitánica, Céltica ó Lionesa y Bélgica que comprehendia la Germánica. Sus ciudades principales eran Marsella, Narbona, Nimes, Lion, Tolosa, Burdeos, Rems, Tréveris y Maguncia:

La Italia, en Galia Cisalpina, la Liguria, la Etruria, el Lacio, la Campania, la Apulia, la Lucania y el Brucio. Ciudades principales Roma, Milan, Verona, Aquiléa y Ravena:

La España primero en Citerior y Ulterior y mas adelante en Tarraconense, Lusitania y Bética, cuyas ciudades principales fueron Ca-

diz, Tarragona, Cartagena, Sagunto, Numancia é Itálica ó la Vieja Sevilla:

La Iliria se dividió en la Recia, la Nórica, la Panonia, la Dalmacia, la Dacia, la Mesia, la Tracia, la Macedonia y la Grecia, habitadas hoí por los Bávaros, Austriacos, Húngaros, Dálmatas, Griegos y Turcos. Las ciudades principales fueron Andrinópolis, Bizancio y Atenas.

El Asia menor se dividia en Asia menor propia, Bitinia, Cilicia, la Capadocia, el Ponto y la Mesopotamia. Las ciudades principales eran Nicomedia, Pérgamo, Esmirna, Laodicéa, Efeso, Mileto, Troya, Heracléa y Sardes.

La Siria se dividió en Siria propia, Fenicia y Palestina. Sus ciudades principales fueron Antioquía, Damasco, Jerusalem y Palmira.

El Egipto fue dividido en varios distritos, y sus ciudades principales fueron Alejandría, Berenice, Siena, Tevas y Coptos.

El Africa enfin se dividió en Africa propia, la Libia, la Numidia y la Mauritania. Sus ciudades principales eran Tingis, Cesaréa, Hipona, Utica, Cartago y Cirene.

COMPENDIO

DE

LA HISTORIA ROMANA

HASTA LOS TIEMPOS DE AUGUSTO.

CAPITULO PRIMERO.

El estudio de la Historia Romana es la parte mas importante en un curso ó elementos de historia general. Si los Romanos no hubieran hecho mas que pasear, como Alejandro y otros conquistadores, sus armas victoriosas sobre una dilatada superficie, sobre el universo entero, el estudio de su historia, siempre interesante por fecundo en útiles lecciones, no tendría sin embargo en su favor ninguna singularidad, y aun sería para los pueblos modernos de mas curiosidad que provecho; mas hízose Roma señora del mundo aun mas que

por el valor de sus legiones por la sabiduría de sus leyes, y empuñando el cetro de las luces, consolidó por la justicia y las artes de la paz el mal seguro imperio de la violencia, y al occidente con particularidad nos transmitió su lengua, sus usos, sus costumbres, su legislación, su cultura y mas tarde su propia corrupción y sus errores. Así es que la historia del antiguo Lacio no es solo la historia del Italiano, sino también la del Breton, el Galo y el Ibero; y aun para todos ellos la época mas digna de observación, pues por lo mismo que fue como la primera de nuestra civilización, en ella es donde debemos encontrar el origen de cuanto hemos sido, y una buena parte de todo lo que somos. El imperio de Roma, fundado sobre aquel cimiento tan sólido dura todavía. Sus antiguos códigos son aun la base fundamental de la legislación de los pueblos modernos, parte principal é integrante del estudio de su Jurisprudencia: el siglo de Augusto es aun la época mas clásica de la literatura, el estudio mas importante del filólogo, del orador y del poeta, y mientras que de aquella Roma de los Escipiones y los Césares apenas han quedado sino tristes recuerdos, la de los

Escébolos y los Ulpianos, los Justinianos y los Teodosios, los Virgilio y los Horacios, los Cicerones y los Tácitos reina todavía con una gran parte de su antiguo esplendor.

La historia de Roma se divide en cuatro grandes épocas, que pueden ser subdivididas en diferentes periodos.

La primera es la que fecha desde su origen hasta la fundacion de Roma.

La segunda ofrece la historia de Roma bajo de los reyes, y comprende un período de dos siglos y medio.

La tercera comprende los tiempos de la República, y en ellos un espacio de cinco siglos.

La cuarta los tiempos de los Emperadores hasta la division del imperio en los hijos de Teodosio, que son como otros cinco siglos.

ÉPOCA PRIMERA.

Esta época como que es en gran parte fabulosa, no presenta en verdad una grande importancia histórica. Asi lo confiesa el mismo Tito Livio (1) escesivamente crédulo, y de cuyas

(1) *Poeticis magis decora fabulis*, dice hablando de estos tiempos, *quam incorruptis rerum gestarum monumentis*.

relaciones es preciso desconfiar mucho, aun con respeto á los tiempos posteriores. Roma (1) usó de un derecho concedido segun este célebre historiador á todos los pueblos de la tierra, los cuales viendo que se pierden en las tinieblas de su barbarie primitiva tiran á ennoblecen sus humildes principios y darse un origen celeste.

A bien poco pues vendrá á reducirse lo que digamos de este período no enteramente insignificante, pero por desgracia muy oscuro.

Dicen unos que los Griegos fueron los primeros pobladores de la Italia, y suponen otros que no fueron sino los vencedores ó mas bien exterminadores de los Sículos pueblos que habitaban (2) este pais antes de la llegada de aquellos: ni falta quien diga que por lo menos los Tirrenos, bajo cuya denominacion se comprenden los Tuscos y Etruscos, nada tuvieron que ver con los Griegos, y que anteriores á estos en la Italia, vinieron á establecerse en ella de las regiones orientales, entendiendo por estas la Asiria, Babilonia, Mesopotamia,

(1) *Datur hæc venia antiquitati ut miscendo humana divinis primordia urbium augustiora facit.*

(2) Nota núm. 1º.

la Armenia, la Siria y aun incluyendo entre ellas el Egipto. El Literato Mazzochi en una disertacion sobre el origen de los Tirrenos que se halla inserta en las memorias de la noble Academia de Cortona (1), pasando en silencio la semejanza entre el alfabeto Etrusco, y el Samaritano y Hebráico, su conformidad en escribir de derecha á izquierda á manera de los Asiáticos, las analogías de religion, gobierno político, artes é invenciones, y fundándose única y exclusivamente en las conveniencias etimológicas de muchas palabras favorece aquella opinion con razones que en verdad no son para despreciadas; y que en una obra que no fuese la de unos elementos, reclamaria un examen detenido. Basta en estos hacer la indicacion, así para escitar la curiosidad como para que al repetir las tradiciones comunes, y de que en una obra de esta especie no es lícito separarse sino por razon muy poderosa, no se preste á los hechos sentados otro género de asenso que aquel que no escluye enteramente la duda, y provoca á mayores investigaciones. En cuanto á los Aborígenes cuya

(1) Saggi di dissertazioni Accademiche de l'Accademia Etrusca, tom. 3, dissertazione 1ª.

denominacion es tan disputada entre los eruditos, parece mas esento de duda ó mas verisímil, que los Griegos, ó solos ó mezclados con otros habitantes, fueron los que fijando su asiento en el Lacio, llevaron á este pais la primera aurora de su civilizacion, y segun se dice, primero una Colonia venida de la Arcadia y conducida por Oenotro de quien fue sucesor Italo, que dió nombre al pais, otra del Peloponeso, y en fin la de Evandro sesenta años antes de la guerra de Troya, son los elementos de que se formaron los pueblos primitivos de la Italia.

Mas adelante, y despues de la destruccion de aquella ciudad famosa, el pío Enéas segun la opinion mas recibida arribó á las costas de Italia, no en los tiempos que pudo convenir al poema de Virgilio para adornarle con uno de sus mas felices episodios sino como tres siglos antes de la fundacion de Cartago. Latino que era el rey de los Aborígenes le recibió con sus Troyanos, y le casó con su hija Lavinia, prometida á Turno rei de los Rútulos, y este suceso dió causa á dos batallas y dos insignes victorias de los Latinos, mas á costa de sus dos generales, pues en la primera per-

dieron á Latino y en la segunda á Enéas. Sucedióle su hijo Ascanio fundador de Alba la Longa (1), en cuyos descendientes continuó la corona sin ninguna alteracion conocida hasta Proca, que dejó dos hijos, Numitor y Amulio. Llamó á la sucesion al primogénito, pero Amulio usurpó la corona, y aun se dice que mató á un hijo que Numitor tenia, y ya que no hizo otro tanto con Rea Silvia la hizo Vestal, creyendo asegurar así la imposibilidad de toda descendencia de Numitor; mas contra sus esperanzas Rea Silvia dió á luz dos gemelos, designando á Marte por autor de su debilidad. El ambicioso Amulio poniendo presa á su sobrina hizo arrojar á los niños en el Tiber, que habia salido de madre, y que al recogerse á sus ordinarios límites, los depositó en sus orillas. Allí fue el criarlos la Loba y tantos otros prodigios como refieren los crédulos historiadores romanos, y allí el recogerlos el pastor Faústulo, que á su tiempo les descubrió su origen. Rómulo y Remo, sabedores de su descendencia y del injusto despojo en que el usurpador Amulio tenía á su abuelo Numitor,

(1) *Romæ mater*, dice Briccio en sus Paralelos geográficos, à *porcellis albis sic dicta et forma oblongiore*.

formaron y realizaron el proyecto de deshacerse del primero, y restablecer en sus derechos al segundo. Hecho esto, dejando á Numitor reinando en Alba, y queriendo los dos hermanos hacer célebres el paraje á donde los arrojó el Tiber, con varios Albanos y Latinos que quisieron seguirles fundaron la celebrada é inmortal Roma (1), y declarándola lugar de asilo, recibieron en esta á cuantos ó la buscaron como refugio ó atrajo el deseo de tentar aventuras. La ambicion dividió bien pronto á los dos hermanos : los agüeros consultados sobre la preferencia no ofrecieron sino un nuevo motivo de querella. Rómulo fue ó mas fuerte ó mas afortunado, y el trono de Roma se erigió sobre el parricidio. Rómulo segun parece trató de espíar ó de oscurecer su crimen, instituyendo en honor de su hermano las fiestas Remurias ó Remurianas.

(1) Nota núm. 2º.

CAPITULO II.

ÉPOCA SEGUNDA.

Historia de Roma durante el gobierno de sus reyes.

En el año tercero de la sexta Olimpiada, setecientos cincuenta y uno antes de J. C., se fija la fundacion de Roma por los historiadores, si bien no falta alguno que suponéndola anterior á Rómulo, no le deja á éste sino la gloria de haber sido su restaurador.

Al hijo de una muger prostituida, dice Vertot despojando las relaciones de los historiadores romanos de las mentidas maravillas con que la ficcion ha querido decorar la deformidad de los primeros tiempos, al hijo de una muger prostituida, criado por unos pastores y convertido despues en capitan de foragidos, debe sus primeros fundamentos la capital del

mundo, que no fue en su origen sino un asilo de fugitivos y bandidos, es decir de gente determinada y feroz.

No obstante como las ideas de justicia y orden son necesarias aun entre salteadores, y que todo sistema de asociacion necesita ser dirigido y regularizado por instituciones y por leyes, Rómulo se apresuró á organizar el gobierno de su ciudad naciente, acomodándole con no poca sabiduría á la índole de los hombres que se proponia gobernar. Despues que en una asamblea general fue designado y reconocido por rei, se rodeó del aparato exterior de la magestad por los lictores (1), y los Celeres de quienes se hacia acompañar y escoltar, y si bien dejó á la asamblea del pueblo el derecho de nombrar sus magistrados, decidir de la paz y de la guerra, y el de dictarse su propias leyes, templó el ejercicio de tamaña autoridad ya por la institucion del senado ya por el modo con que compuso la dignidad real, asociándola con el sacerdocio, erigiéndola en suprema magistratura á quien correspondia el conocimiento de las causas crimi-

(1) Uso tomado de los Etruscos.

nales de la primera gravedad, adjudicándola el mando en jefe de la fuerza armada, y reservándola el derecho de convocacion de la asamblea del pueblo y del senado, y de disponer ó hacer uso de los fondos públicos.

Habiendo tenido que hacer un censo de poblacion, ya para conocer sus fuerzas, ya para realizar la division de las propiedades, resultó un número de tres mil hombres de á pie y trescientos de á caballo. Dividió este número en tres tribus, y cada una de las tribus en diez curias ó compañías de á cien hombres: cada una de estas nombró tres individuos y otros tres cada una de las tribus: Rómulo nombró el primer senador á quien confió en su ausencia el gobierno de la ciudad, y de estos elementos vino á formarse el senado compuesto de cien individuos, dando esta eleccion la ocasion á la division entre los Patricios y Plebeyos. Asi pues, se llamaron familias patricias las que descendian de los primeros cien senadores, ó de aquellos á quienes los reyes posteriores concedieron la distincion del Patriciado (1).

(1) V. nota núm. 3º.

El senado no era puramente el consejo del príncipe, sino el consejo conservador de las leyes y de la constitucion del estado, á cuyo efecto tenia el Veto contra las leyes ó disposiciones acordadas por el pueblo, y en él se examinaban, discutian y decidían todos los negocios del estado de órden político, judicial ó administrativo. Tal vez parecerá nuevo y chocante que en esta primitiva organizacion ó distribucion de los poderes políticos, designe yo la autoridad del senado con la palabra *Veto*, exclusivamente reservada hasta ahora para designar la que mas adelante fue conferida á los Tribunos. Sin embargo yo no puedo concebir de otra manera la que efectivamente ejerció. Muéveme á ello no solo la autoridad de escritores modernos dados á este género de investigaciones tales como Gravina, Terrason y otros que atribuyen al senado la sancion de las leyes sino la de los antiguos historiadores. Los unos y los otros refieren que el pueblo reunido en los Comicios era su propio legislador. Mas si con efecto el ejercicio del poder legislativo le hubiese correspondido en toda su latitud, y sin ninguna dependencia del senado ¿en qué sentido habria podido ser

cierto lo que dice Dionisio Halicarnaso, á saber, que por las leyes mas antiguas de la república, en aquel residia toda la autoridad del pueblo? ¿Acaso porqué, como parece haber creido Goldsmith, el Senado romano tuvo como el de Atenas el derecho de proponer las leyes, y el pueblo el de confirmarlas ó desecharlas? Esta esplicacion no parece conforme ni á la autoridad de Tito Livio citado por Gravina que dice «*populi jussa minime fuisse firma nisi patrum accessisset auctoritas,*» ni al modo terminante con que se esplica el mismo Dionisio Halicarnaso, que en el lugar indicado en el libro 2.^o dice enteramente de acuerdo con aquel, «*non tamen absolutam in his populo esse potestatem nisi et senatus accessisset auctoritas. Ferebat autem suffragia non universus populus sed per curias et quod pluribus curiis visum fuisset id ad senatum referebatur, qui mos nostra ætate mutatus est.* Parece pues evidente por estas autoridades á las cuales, con relacion sobre todo á tan remotos tiempos, será muy difícil oponer otras de mayor peso, que aprobada una lei por el pueblo en los Comicios, se remitia al Senado para que de él obtuviese su sancion, y que este ejerció en el principio una auto-

ridad semejante no á la del senado de Atenas sino á la de su Areópago. ¿No seria acaso la época en que se alteró en cuanto á esto la constitucion antigua de la República, aquella en que el popular dictador Publilio Filon promulgó las leyes que refiere Tito Livio en el lib. 8, cap. 12, *unam, ut plebiscita omnes Quirites tenerent: alteram, ut legum, quæ comitiis centuriatis ferrentur, ante initum suffragium patres auctores fierent?* La primera no era sino una reproduccion de la antigua lei Horacia. La segunda era sin duda una novedad sin ejemplo, y tal vez por ella aun mas que por las otras, dice Tito Livio, en expresion de nuestra antigua traduccion castellana de este célebre historiador. «Mucho fue esta ditaduria contraria á los Patricios, estableciendo el Ditador leyes «contra la nobleza de los Padres. Mas daño «creian los Padres que habian recibido este «año del Ditador y Cónsules, que no de gloria por las victorias que habian habido de fuera.»

Para templar la superioridad concedida á las primeras familias, y establecer entre estas y las otras vínculos de interes y de afeccion, instituyó Rómulo el derecho de patronato, y clientela en virtud del cual el patrono estaba

obligado á proteger á su cliente, defenderle en las causas y litigios que contra él pudiesen suscitarse; á presidir é intervenir en sus contratos para que no fuese engañado; y el cliente por su parte se obligaba á sostener la fortuna y gerarquía de su patrono; á ayudarle en su elevacion á las magistraturas; pagar su rescate en caso de cautiverio, y estos derechos, este enlace fue mirado como tan sagrado que la opinion pública y aun las leyes (1) notaban de infamia al que faltase á los deberes recíprocos que imponía, y de aquí el ascendiente, el peso, la autoridad que el orden senatorio tuvo siempre sobre la plebe. En sus debates respectivos, cada plebeyo veía siempre en aquel orden á su patrono, que era por decirlo así su divinidad tutelar, y el patricio á su cliente que era como su hijo.

En cuanto al culto Marte, fue proclamado como la divinidad tutelar. Rómulo edificó templos, instituyó sacrificios, reservó el sacerdocio á las familias Patricias; les confió la conservacion de las actas públicas, la custodia

(1) «SEL. PATRONO. CLIENTEI. FRAUDE. FACSI. PATRONO. CLIENTEI'. DIVER. SACER. ESTOD. » TERRASON, ley 5ª del Código Papiriano.

de los archivos, y la consignacion auténtica en ellos de los sucesos importantes de la República, viniendo á ser así los sacerdotes los depositarios de la ciencia del derecho y de la historia, y por consecuencia los primeros historiadores y jurisconsultos.

En el órden público, la paternidad fue considerada por Rómulo como una verdadera magistratura. El padre de familia era el magistrado de la suya: juzgaba á su muger y á sus hijos, y de aquí el derecho de aprisionarlos, castigarlos y aun á los segundos el de matarlos y venderlos hasta tres veces; de manera que el hijo de familias parecia delante de la lei, y era con relacion á su padre de peor condicion que el esclavo.

En el cuarto año del reinado de Rómulo, habiéndose aumentado la poblacion considerablemente en hombres, y careciendo de mugeres para la propagacion, trató aquel de contraer alianzas entre sus vecinos, pero desoído, desechado y aun escarnecido por estos con ironías amargas hubo de recurrir á la violencia, y por el rapto de las Sabinas obtuvo lo que estos pueblos, que eran los mas inmediatos á Roma, y ocupaban el terreno comprehendido entre

el Tiber, el Teberon y el Apenino, habian negado á sus repetidas súplicas. Los Cecinianos, los Crustiminianos y los Antemnates fueron con los Sabinos, los pueblos sobre quienes recayó el agravio. Este suceso, en que ni aun la importancia del objeto puede disculpar la perfidia del modo, dió ocasion á diferentes guerras suscitadas por los agraviados. Estos diferentes pueblos, en lugar de unirse para la guerra, tuvieron la indiscrecion de hacerla por separado. Empezáronla solos los Cecinianos, y la pérdida de su rei Acron, muerto á manos de Rómulo, dió origen á los primeros despojos Opimos, que se colocaron despues en el templo de Júpiter Feretreo, que aseguraron por entonces la confianza de la victoria, y fueron en lo sucesivo estímulo poderoso que escitaba el entusiasmo de los guerreros. Esta guerra fue al fin terminada por las mismas Sabinas, que conducidas por Hersilia se interpusieron entre los combatientes, presentándoles sus hijos y nietos respectivamente. Este espectáculo tierno hizo suceder al rencor los afectos de la sangre, y los Sabinos y los Romanos acabaron por no formar sino un solo pueblo. Rómulo y Tacio rei de los Sabinos dividieron entre sí el mando,

ocupando el primero el monte Palatino, y el segundo el Capitolio, y nombrados cien senadores Sabinos se equilibraron así en el senado los derechos de entrambos pueblos. Muerto Tacio, Rómulo sin asociarse con nadie, continuó mandando y haciendo la guerra á los pueblos vecinos. Siempre victorioso, triunfó de los Fidenacios y otros, y si no pudo hacer otro tanto con los Veyentes, pueblos valientes y numerosos que habitaban la Etruria, les forzó vencidos á convenir en una tregua de cien años.

La prosperidad le habia hecho olvidar la moderacion de los primeros tiempos y aspirando al mando absoluto, infringiendo la lei de que él mismo era autor, quiso prescindir del senado y deprimir su autoridad. Los senadores se deshicieron de él por una muerte violenta, segun es mas probable, y para cubrir su crimen y aun disimularle mejor, forjaron y acreditaron la fábula de su apoteosis, y le supusieron arrebatado al cielo en una nuje. ¡Ojalá hubieran sido los últimos que hubiesen buscado en la credulidad grosera de los pueblos la impunidad del crimen!

A la muerte de Rómulo que reinó treinta y

siete años, el ejército se componia ya de cuarenta y seis mil hombres de á pie y mil de á caballo. Sucedió á ella un interregno de un año, en que todos los senadores alternando entre sí cada cinco dias ejercieron la autoridad real, no pudiendo ponerse de acuerdo en una nueva eleccion y balanceándose en el senado y fuera de él la influencia de los Sabinos y los Romanos. Al fin la situacion de Roma, el descontento del pueblo les obligó á reunir la asamblea general, y en ella propusieron la necesidad de una nueva eleccion. El pueblo tubo la generosidad de referirse á la que ellos hiciesen, y resultó al fin electo por los senadores romanos el justo, el pacífico Numa Pompilio, sabino de nacion y casado con Tacia hija de Tacio.

La difícil situacion de Roma formada de elementos muy heterogéneos, y difícilmente amalgamables, la necesidad de reemplazar las brillantes y bulliciosas calidades de su predecesor, y de emplear para todo un medio que causase un prestigio fuerte sobre ánimos duros é indóciles, sugirieron á Numa la idea de servirse del resorte de la religion para consolidar su mal seguro estado. Dióse pues por

confidente de la ninfa Egeria y como sus costumbres, su amor á la justicia, sus virtudes hacian verosímil su piadoso fraude, fácilmente consiguió pasar por un hombre inspirado y divino. Una vez acreditada esta opinion se explica sin violencia, no solo el imperio que ejerció sobre los suyos, sino la confianza que inspiró á los estraños y la larga y nunca interrumpida paz de su reinado que fue de cuarenta y tres años. En ellos y por sus instituciones religiosas dulcificó un tanto la dureza, la ferocidad de sus súbditos inspirándoles amor al trabajo, á la agricultura en particular; corrigió aquella tendencia espoliatrix fruto de sus primitivos hábitos : la religion sirvió de basa al órden público, é influyó sobre la politica externa, y mientras que el dios TERMINO no cedía su lugar ni á Júpiter mismo (1), la paz y la guerra por la institucion de los Feciales tomaron un carácter atugusto como que en ellas intervenia la divinidad. Numa instituyó tambien los sacerdotes llamados Salios, colegio compuesto de doce ciudadanos Romanos encargados de los escudos sagrados ó *An-*

(1) *Restitit et magno cum Jove templa tenet.* Ovid.

cilia; reformó el calendario añadiendo los dos meses de enero y febrero, é introduciendo el año lunar de trescientos cincuenta y cinco dias: estableció en fin la diferencia entre los dias fastos y nefastos. El fue el primero que erigió templos á la buena Fé, y dió así inviolabilidad á los contratos, y santidad al juramento que fue despues entre los Romanos, como dice Montesquieu, el nervio de su disciplina militar. Para extinguir las funestas divisiones de origen, particularmente entre Sabinos y Romanos, dividió los ciudadanos en clases por oficios haciendo de estas clases otras tantas corporaciones en que los intereses gremiales hicieron olvidar aquellas diferencias, que á cada paso amenazaban con la guerra civil y en ella con el exterminio de Roma.

Sucedió à Numa Tulo Hostilio, príncipe guerrero. En su tiempo fue el famoso combate de los Horacios y Curiacios, que en la guerra con los Albanos adjudicó la superioridad á Roma. Mas adelante, por la conducta equívoca ó dolosa de Sufecio general Albano, en la guerra contra los Fidenacios y Veyentes, Alba fue arrasada y sus habitantes trasladados á Roma, donde se les adjudicaron terrenos;

se les reconoció como ciudadanos, y aun fueron incorporadas al orden patricio las principales familias Albanas. Tulo Hostilio continuó la guerra contra los Fidenacios y con el mejor éxito, pues llegó á apoderarse de Fidenas, á quien restituyó á su antigua libertad, y empieza aqui entre los Romanos aquella mezcla de generosidad y de terror que usaron alternativamente para ocuparlo todo.

Las colonias Latinas reconocian á Alba por metrópoli, y los Romanos pretendian que vencida ésta las primeras debian seguir la suerte de la segunda. Esta discusion produjo la guerra terminada por la paz á la vuelta de algun tiempo de correrías y devastacion de campiñas. Tulo Hostilio murió á los treinta y dos años de reinado ó por consecuencia de la peste, que por este tiempo hizo en Roma grandes estragos ó por muerte violenta segun quieren otros, manchando con poca verosimilitud el renombre de su sucesor.

Sucedió á Tulo Hostilio por eleccion del pueblo confirmada por el senado, Anco Marcio nieto de Numa por su madre, y aunque de índole pacífica y ánimo pío como su abuelo, la necesidad le obligó á tomar las armas.

contra los Latinos, que por la muerte de Tulo Hostilio pretendian haber quedado libres del tratado hecho con este. El ejemplo de aquellos arrastró á la guerra á los Fidenacios y á varios pueblos Sabinos; pero Anco Marcio, á pesar de una obstinada resistencia triunfó de todos, y habiendo demolido á Politoria, ciudad principal de los Latinos, ocupado á Fidenas, y reconquistado á Medulia, aumentó con los vencidos la poblacion de Roma, é incorporó en su recinto el monte Aventino, donde estableció á los Latinos vencidos. Los triunfos obtenidos sobre sus enemigos le pusieron en estado de abandonarse á las disposiciones benéficas de su genio pacífico. Roma le debe la construccion del puerto de Ostia, y la fortificacion del monte Janículo, donde estableció una guarnicion para proteger contra los Etrúscos la navegacion del Tiber, que desemboca como á cinco leguas de Roma y á una legua de Ostia. A él debieron los Romanos la construccion de la primera cárcel; el descubrimiento de las Salinas que distribuyó al pueblo sin duda por congios (1), á lo que probable-

(1) V. nota 4.^a

mente debió su origen que en lo sucesivo estas liberalidades ó donativos de los reyes y mas adelante de los emperadores se llamasen *Congiaria*. Despues de haber reinado veinte y cuatro años murió Anco Marcio dejando dos hijos, y nombrando por tutor de ellos á Lucio Tarquino, asi llamado porque era natural de Tarquinia. El tutor aspiró á la propiedad del trono y la consiguió del pueblo y del senado, que bajo el reinado anterior habian tenido ocasiones de apreciar sus talentos y su valor, y á quien sus liberalidades habian dispuesto favorablemente.

Sea lo que quiera de lo que pueda pensarse sobre su elevacion al trono, lo cierto es que nunca desmintió sobre él las grandes calidades que sin duda determinaron el asentimiento unánime de la asamblea general que le eligió. Grande en la guerra, triunfó en repetidos combates de los Estrúscos y los Sabinos hasta obligarles á implorar su clemencia, y no menos grande en la paz hermoseó la ciudad, mejoró sus murallas, echó los primeros fundamentos del Capitolio, construyó calzadas, acueductos y clóacas. Aumentó el senado con cien senadores romanos de las familias

plebeyas mas distinguidas : á los nuevos senadores se les dió el nombre de *Patres minorum gentium*, y este número de trescientos no fue ni aumentado, ni disminuido en muchos siglos (1). A él se debe el famoso circo construido en el valle de Murcia entre los montes Aventino y Palatino, de que tendremos ocasion de hablar en lo sucesivo, y donde la juventud se ejercitaba en la gimnástica, el salto, la lucha, el disco, el pugilato y la carrera. Tarquino dió á estos juegos el nombre de *Circenses* en lugar del de *Consuales* que antes tenian por dedicados al dios Conso ó del buen consejo. Despues de haber reinado Tarquino Prisco treinta y ocho años, murió á los ochenta, dejando dos nietos en menor edad, y dos hijas casadas.

Con una de ellas lo estaba Servio Tulio su sucesor, nacido de una familia ilustre de Cornículo ciudad de los Latinos. Hallándose embarazada la madre de Tulio, habia sido traída á Roma como cautiva, y como tal regalada por Tarquino á su muger, motivo porque Tulio nació en el palacio de Tarquino Prisco, y

(1) V. nota 5.^a

porque su madre le dió el nombre de Servio, aludiendo á la condicion en que nació, como que el prisionero en el derecho bárbaro de los antiguos pueblos se hacia siervo. Sus talentos y virtudes le valieron la estimacion de Tarquino, hasta el punto que lo prueba el haberle casado con una de sus hijas, y confiado viviendo los negocios del estado, cuantas veces ó sus achaques le impedian el desempeño de todos, ú otras ocupaciones no le permitian el de algunos, llevándose tal vez la mira de acostumbrar á los Romanos al mando de Servio Tulio, y excluir asi á los hijos de Anco Marcio, no permitiéndole la tierna edad de sus nietos pensar en que estos le sucediesen aventurandolo todo á los peligros de una menor edad.

Cuando los asesinos pagados por aquellos mataron á Tarquino con pretesto de una audiencia, Tánaquil su muger ocultó ingeniosamente su muerte, y aun supuso que la herida no era mortal, y de este modo hizo huir de Roma á los hijos de Anco Marcio, y puso á Servio su yerno en posesion de la autoridad real, aunque en calidad de tutor de los nietos de Tarquino. Los senadores se manifestaron

quejosos por no haberse contado con ellos para la aprobacion y ejercicio de esta tutela. Servio, bien seguro sin duda de su popularidad, reunió los comicios y en ellos fue personalmente elevado á la dignidad real por aclamacion del pueblo, y sin que por esta vez se consultase ni obtuviese la aprobacion del senado. Fue Servio afortunado y grande en la guerra. A la muerte de su suegro tomaron de nuevo las armas contra Roma cuantos pueblos habia sometido aquel, mas bien pronto por repetidas victorias obligó á los Etruscos á reconocer el antiguo tratado de Tarquino, y á los Céretes, los Veyentes y los de Tarquinia, que habian dado el primer ejemplo de la sublevacion, les confiscó sus tierras. Servio (1) fue el primero que sintiendo ya la necesidad de un signo representativo de todos los valores que evitase la lentitud y desigualdad de las permutas, y que diese facilidad y rapidez á la circulacion de capitales, empezó á acuñar moneda. Dióla por cuño una res de donde la vino el nombre de *pecunia*, cuyo primitivo es *Pecus*. Estendió la ciudad comprendiendo en ella los

(1) V. nota 6.^a

montes Viminal y Esquilino, viniendo así á quedar Roma edificada sobre siete colinas, y dividió el pueblo en cuatro tribus dando á cada una de ellas el nombre del cuartel ó barrio de su situacion; pero la novedad mas importante, de que Servio Tulio es autor, es la division del pueblo en seis clases, novedad que alteró la forma de gobierno.

Sometidos los enemigos exteriores, Servio Tulio elevado al trono sin el consentimiento del Senado, ó por congraciarse con este órden, que habría durante la guerra mas bien suspendido que olvidado la venganza de su injuria, ó porque de buena fé, como es mas probable, creyese viciosa la antigua division por Curias y votacion por cabezas que daba á la muchedumbre ligera y turbulenta una preponderancia decisiva en las deliberaciones públicas, ideó el modo de despojarla de esta posesion en que estaba, usando para ello de un artificio que la deslumbró á ella misma y que en parte compensaba el sacrificio que hacía. Reunió una asamblea general en que, pareciendo no proponerse sino defender los derechos de los mas pobres, clamó contra la desigualdad de los impuestos, haciendo ver que esta traía

su origen de los antiguos reglamentos en que se habia contado con la igualdad primitiva de las fortunas que el tiempo habia desequilibrado, y probando asi la necesidad de formar un nuevo censo que tuviese por basa la fortuna actual de los ciudadanos. Preparado por esta idea que no podia menos de ser acogida por la muchedumbre, cubriendo el anzuelo con el cebo, consiguió hacer admitir el justo principio que en los gobiernos en que el pueblo es admitido al ejercicio del poder legislativo proporciona la influencia de cada uno en las deliberaciones públicas al interes que puede tener en ellas, el cual en general está siempre en razon directa de la fortuna de que goza el ciudadano. La adopcion de estos dos principios facilitó y sirvió de supuesto á la formacion de un nuevo censo en que resultaron ya mas de noventa mil hombres en estado de tomar las armas, y á la nueva distribucion del pueblo en seis clases que dividió en ciento noventa y tres centurias, estableciendo que en las asambleas generales las decisiones legislativas se fijarían contando no por cabezas sino por centurias, y ascribiendo á la primera clase noventa y ocho centurias com-

puestas de los que tenían una riqueza de cien mil ases (1) : veinte y dos á la segunda compuesta de los que tenían setenta y cinco mil ases : veinte á la tercera de los de cincuenta mil ases : veinte y dos á la cuarta de los de veinte y cinco mil : treinta á la quinta de los de doce mil ; y reduciendo á la sexta clase en una sola centuria á los demas y entre estos á los llamados proletarios (2) porque nada tenían.

Por esta organizacion se vé que la última clase quedaba casi enteramente escludida de las deliberaciones públicas, y que estando de acuerdo la primera y la segunda, lo quedaban todas las demas. Esta misma basa sirvió á la organizacion militar y distribucion de las armas, de manera que proporcionó la fuerza armada á la influencia deliberativa, protegiendo la una con la otra. Los que componian la quinta clase solo estaban armados de hondas y piedras, y quedaron absolutamente inermes los de la sexta relevados de ir á la guerra, los cuales por esta razon y la de no pagar tributos se

(1) Vide, nota 7.^a

(2) V. nota 8.^a

llamaron tambien *Esentos*. Desde este tiempo las asambleas se celebraron bajo esta organizacion en el campo de Marte. Sin embargo aun se conservó la division por curias para la eleccion de algunos sacerdocios y magistraturas, tales como los Flámines, el gran Curion y aun mas adelante veremos que algunas leyes como la lei Valeria sobre las apelaciones al pueblo, las leyes de las Doce Tablas, y aun ya casi en los últimos tiempos de la república la que llamó á Ciceron de su destierro fueron presentadas á la asamblea formada en *comitia curiata* que era su nombre, á diferencia de los otros Comicios llamados *centuriata*. Servio Tulio para la celebracion de la primera reunion conforme á su institucion, se preparó por sacrificios de purificacion que se llamaron lustraciones, y debiendo estos hacerse cada cinco años la voz *lustrum* vino despues á designar el espacio de cinco años.

Otra de sus instituciones dignas de elogio, fue la que autorizó á los señores á manumitir sus esclavos por la inscripcion como ciudadanos en el censo de poblacion.

Ingenioso en todo para identificar á los Latinos con los Romanos, y que los primeros se

habituasen á reconocer á Roma por capital, les atrajo á costear por iguales partes la edificacion de un templo dedicado á Diana sobre el monte Aventino, instituyendo una fiesta que era al mismo tiempo una especie de feria donde unos y otros pueblos se reunian todos los años, reglaban sus diferencias y hacian sus contratos y negocios de comercio. Dícese que Servio por colmo de generosidad y de desinterés se proponia abdicar la corona y hacer elegir dos magistrados anuales que ejerciesen el poder real, creyendo que despues de haber puesto el gobierno entre las manos de los mejores, la autoridad constante de uno solo no podia conducir sino á la opresion; mas no llegó el caso de realizarlo porque lo previno con su muerte su yerno y sucesor Lucio Tarquino conocido con el sobrenombre del soberbio.

Era este príncipe sanguinario y ambicioso uno de los nietos de Tarquino el Antiguo, con quienes Servio Tulio habia casado á sus dos hijas. Entre estas y aquellos habia una oposicion singular de caractéres, que fue sin duda la razon que tuvo Tulio para casarlos de manera que la dulzura de los unos templase la

acrimonia y perversidad de los otros dos, mas nada bastó á moderar ni reprimir á los malvados que por la muerte de los buenos se pusieron en estado de verificar una union que lo menos malo que tenia era lo de incestuosa. Estas dos furias reunidas por el fratricidio sin el consentimiento ni del senado ni del pueblo subieron al trono, sirviéndoles de escalon el cadáver de su propio padre, no siendo por esta vez la idea una figura retórica si hubiéramos de creer á los historiadores romanos, cuando asignan el origen del nombre de la calle que en Roma se llamaba *Scelerata*. Mas lo execrable de la accion que raya en los límites del imposible moral justifica la duda, y aun la hace honrosa. Sin consultar al pueblo ni al senado, y cual si el trono hubiese sido una herencia indisputable le usurpó Tarquino, y lo que es peor le poseyó, sin que en lo sucesivo pensase en hacer olvidar la usurpacion por sus virtudes. Fiándolo todo á la violencia y al terror, para inspirarle se dió á perseguir á los mejores ciudadanos; hizo perecer á los senadores mas respetables; confiscó, proscribió, y todo por propia autoridad, trastornando enteramente la constitucion del estado. Entre

sus víctimas se contaban el padre y el hermano mayor del célebre Bruto (1), su primo, á quien se le debe la expulsion de aquel monstruo, y á quien se dió este nombre por la estupidez que durante muchos años afectó para salvarse y ser un dia el vengador de tales parricidios, y el salvador de su patria. Sirvió de justo motivo á su venganza el violento é incestuoso adulterio cometido por Sexto, hijo de Tarquino, con Lucrecia. Sobre los restos de esta celebrada heroina de la castidad jura Bruto la pérdida de los tiranos; excita á los ciudadanos de Colacia; corre á Roma, y esta, reconociendo en tamaño atentado toda su humillacion, toda la insolencia de sus déspotas, decreta la expulsion de los Tarquinos, cierra sus puertas al padre, mientras que el ejército ocupado en el sitio de Ardes proclama á Bruto por su general y despoja á los hijos del mando con que habian quedado por la ausencia de aquel. Todos ellos se retiraron á Gabinia, ciudad de los Latinos, con quienes Tarquino habia contraído estrechos vínculos, y á cuyos

(1) El nombre de esta familia unida á los Tarquinos por el parentesco, era el de familia de los Junios ó familia Junia.

habitantes habia tratado con una dulzura inesperada despues que la tomó por el sabido artificio ó mas bien concertada perfidia de Sexto su hijo, que violando los santos derechos de la hospitalidad, abusando de la confianza de los Sabinos, despues de haber sacrificado á sus mas ilustres ciudadanos, puso la ciudad en manos de su padre. Reinó Tarquino veinte y cinco años, y se dió tan buena maña á hacer detestable la dignidad real, que los Romanos á su expulsion decretaron la abolicion de la monarquía, término que hemos asignado á la primera época.

CARACTÉRES

DE LA PRIMERA Y SEGUNDA ÉPOCA.

Como que la primera época, despojada de todo aquello con que la ficcion poética cono- cidamente la hermoséa y engalana, y reducida á los hechos que permite admitir una crítica indulgente, no ofrece un grand número de ellos, no es en verdad mui abundante la ma- teria que presenta para trazar ó delinear sus caractéres, ni grande el caudal de observacio- nes importantes que puede ofrecer á las me-

ditaciones del filósofo y del publicista, que estan siempre en razon directa de los hechos única fuente de donde puede deducirlas el historiador, que no quiera que de él se diga *nubes et innania captat*. Sin embargo con ser en esta línea tan escasos los materiales, tenemos los que basta para no incidir en el extremo de los que parecen haber creido que los siglos que precedieron á la fundacion de Roma fueron como perdidos para la civilizacion de la Italia, y que Rómulo improvisó (1) por decirlo así en medio de naciones bárbaras aquel gobierno sabio, ante el cual se extasia Dionisio Halicarnaso entre los antiguos, y que uno de los primeros publicistas modernos (2) considera como la transicion mas feliz del estado de la naturaleza al de la sociedad.

En vano los Romanos, cual si se hubiesen propuesto no conservar otra memoria de los pueblos de Italia que vencieron sino la que era necesaria para lisonjear su orgullo, para perpetuar el recuerdo de sus victorias, parecen con su silencio haber querido reducir la his-

(1) V. nota 9.^a

(2) Burlamaquio, principe du droit politique, cap. 1.^o.

toria anterior de aquellos á dos solos rasgos, « *existieron y arrastraron el carro de nuestros triunfos.* » La multitud de monumentos Etruscos que salvó de su furor el genio de las Artes, que ellos extinguieron al conquistar la Etruria, y algunos otros hechos que la tradicion conserva, y debemos principalmente á la pluma de los historiadores Griegos, bastan para no dejar duda del estado adelantado de su civilizacion. Por Herodoto, Pausanias y Plutarco, sabemos que ocuparon en lo antiguo la mayor parte de la Italia; que por mar y tierra fueron ricos y poderosos; que unian un tiempo sus flotas á las de los Fenicios y los Foceos; que el estado de su prosperidad les permitió, y probablemente la necesidad de su comercio exigió que formasen establecimientos coloniales en las islas de Lemnos, de Imbros y hasta el terrible Tenaro : que en Samos estaba establecida la famosa fábrica, cuyos celebrados vasos (*vasa samia*) se derramaron por el Asia y casi la Europa entera, y en fin que su gobierno dodecárquico, templado por instituciones populares, mantuvo entre ellos aquella paz que hizo florecer su industria, que multiplicó tan prodigiosamente sus talleres, como

es necesario suponerlo á vista de los muchos monumentos que en diferentes y remotos países han conservado y descubierto, y cuyas formas variadas, ligeras y elegantes suponen, no menos la felicidad del ingenio, y la perfeccion del estado social, que la bondad de las leyes y la presencia, los beneficios de aquella libertad protectora, que así parece hollada por la sangrienta planta del conquistador, ó entre las manos de un Tribuno sedicioso, como entre las de un déspota que la persigue: que así huye los hierros de la esclavitud y el silencio de la tiranía, como se ahuyenta y desaparece entre los gritos horriblos del furor anárquico. Estos monumentos recogidos y explicados por los beneméritos y laboriosos Buonarrotti (1), Demstero (2), Gorí (3), Passeri (4), por los sabios de la noble academia Etrusca (5),

(1) Filippo Buonarrotti, Osservazioni istoriche sopra alcuni medaglione antichi.

Idem. Osservazioni sopra alcuni frammenti di vasi antichi di vetro etc.

(2) Demstero d'Etruria regali, lib. 7.

(3) En varias de sus obras pero particularmente en su *Museum Etruscum*.

(4) Passerii, picturæ Etruscorum in vasculis etc.

(5) Saggi dissertazioni accademiche pubblicamente lette nella nobile accademia Etrusca.

y por los Caylos (1), y los Winckelmanes (2) dicen mucho mas de lo que parece : nos revelan una gran parte de lo que tiró á borrar la mano del tiempo, ó dió por el pie el hacha devastadora del Romano, y donde el historiador ligero y frívolo no vé sino el arte de un ollero, de un fundidor ó una marmolería, el filósofo que sabe interrogarlos, y los estudia en las relaciones que las artes que suponen tienen con las demas, en la dependencia y enlace que existe entre estas y las ciencias, y en la relacion íntima de unas y otras con las instituciones sociales, halla cuanto basta para elevarse á consideraciones de un órden superior sobre la legislacion y la política, y ya que por hechos directos no le sea dado fijarlas, al traves de la opacidad de los mármoles y los bronzes las trasluce ó vislumbra. De este modo mientras que Winckelman al estudiar los monumentos de los Etruscos descubre en ellos, y designa la libertad como la primera causa que favoreció en estos pueblos los progresos

(1) Recueil d'antiquités Égyptiennes, Étrusques, Grecques et Romaines.

(2) Histoire de l'art chez les anciens.

y perfeccion del Arte, Caylo observa (1) que las obras de los Romanos que su orgullo abandonó á la mano mercenaria de sus esclavos, pesadas y sin gracia carecen de aquella soltura, aquella noble actitud, aquel aliento generoso y magnánimo, que solo puede inspirar el ingenio libre; resultando que la accion vivificante del legislador, semejante á la de la Divinidad á quien imita, se estiende á todo, en todo aparece y en todo sobrevive: que si remontando á los fenómenos mas súbimes del órden moral, inflama los talentos y eleva las almas al heroismo de la verdad, descendiendo hasta los seres inanimados sustrae á las leyes de la materia inorgánica los barros de la Etruria, los productos brutos de Paros y de Chipre; los anima, y á la dureza é indestructibilidad de ellos vincula despues la eternidad de su memoria, ó cuando menos la de la sabiduría de sus leyes.

En mi opinion, comunicando los Etruscos, Tuscos y Tirrenos en los siglos que precedieron á la fundacion de Roma con los pueblos mas sabios del Asia, el Africa y la Europa; el

(1) Recueil d'antiquités, tom. 1^o, part. 4.^a

estado de su civilizacion no era inferior al que presentan estos diferentes pueblos en aquella época, y si los Romanos á los Etruscos acudieron para las principales construcciones con que adornaron la naciente capital del mundo segun Caylo (1); si de ellos tomaron segun Floro (2) las fascas y las curules, la pretexta y los anulos, es decir el órden gerárquico de la magistratura y sus insignias, si de ellos recibieron la Aruspicina y Extispicina, ó los auspicios y agueros, es decir casi todo el fondo de su religion, y el rasgo característico que en el antiguo Politeismo distingue la Italia que no tuvo oráculos, del Asia, el Africa y la Grecia, cuyos impostores en Efeso, en Dódona, en la Libia y Delfos pronunciaban las mentidas inspiraciones de sus dioses, ¿porque no nos será permitido como conforme á todas las reglas de buena crítica suponer que de los mismos Etruscos recibieron los Romanos una buena parte de cuanto en su organizacion social, su legislacion y su política, admiramos con razon en la historia de los primeros

(1) Recueil d'antiquités, 4^e part.

(2) Lib. 1^o, cap. 5.

tiempos de esta ciudad famosa, y bajo el gobierno de sus reyes? Esta idea que en cuanto permite la escasez de los hechos fija con relacion al estado de la civilizacion y cultura de la Italia en general el carácter de la primera época, tiene la ventaja de ofrecer en la segunda una explicacion fácil que puede servir como de transaccion á la crítica diferente de los historiadores antiguos y modernos, que segun la mayor ó menor causticidad de su índole ó alegría de su imaginacion, ó admittieron á fuer de crédulos fábulas ridículas, ó desecharon con una indignacion que se aviene mal con la impasibilidad de la historia, hechos que preparados en la primera época dejan de ser asombrosos é increíbles, y se hacen verisímiles y probables en la segunda. Así templada la severidad de los unos y la facilidad de los otros, si no miramos á Rómulo con Dionisio Halicarnaso como un orador eminente, como un político insigne⁽¹⁾, tampoco nos obstinaremos con el italiano Conde B.....

(1) Véase en Dionisio Halicarnaso la oracion de Rómulo al pueblo, en la asamblea en que este le elije por rei.

de C.... (1) en considerar su gobierno como un despotismo sin freno, y á su autor con toda la ignorancia y barbarie de un Huron ó un Hotentote (2).

Tan difícil era que Rómulo hiciese admitir á los hombres de quienes se rodeó un despotismo sin freno, como imposible el que de repente estableciese entre ellos todas las instituciones, las artes pacíficas de los Etruscos, y con ellas el principio de prosperidad de su colonia naciente. El género de vida, las necesidades, el temple de tales pobladores no podía menos de determinar la índole del gobierno. Hombres cuyo título de adquisición era la fuerza, y que con ella debían procurarse mugeres, terrenos, producciones del suelo y de la industria; hombres que por consiguiente no podían menos de ser un motivo de inquietud continua para sus vecinos, estaban reducidos por la necesidad de su situación á no

(1) Saggio sopra la politica et la legislazione Romana del conte B... di C...

(2) Ora io dimando quale governo, quale distribuzione delle tre podestà si puo ritrovare in una assemblea di si fatta gente? Quella che, stabilita ritrovasi fra gli Uroni, fra gli Ottentotti.—El conde B... de C... en la obra citada, cap. 10.

dejar las armas de la mano, y á formar una asociacion guerrera, que ó debia ser enteramente exterminada, ó triunfar al fin de toda resistencia y acabar por dominarlo todo. Tal es con efecto la historia de Roma, obra y consecuencia de este primer impulso ó sea de la composicion de sus primeros elementos.

Ni bastó á desnaturalizar ó extinguir este primitivo carácter, todo el imperio de la virtud y la filosofía representadas en el pacífico Numa, si bien por fortuna de Roma alcanzaron á suspender sus efectos por algun tiempo, ya neutralizando las resistencias por la confianza que inspiraron á los estraños las relevantes prendas de Numa, ya por el ascendiente que le dieron entre los suyos el prestigio de la religion, y la inocencia y austeridad de sus costumbres. He dicho que por fortuna de Roma quedó como suspendida aquella disposicion belicosa por algun tiempo, porque para mí sin la sucesion feliz de un Numa, la ciudad de Rómulo no habria gozado sino de una existencia mui efímera, y confieso que al estudiar con meditacion su reinado, el sabio autor del Espíritu de las Leyes no me ha parecido ni tan justo ni tan profundo como lo es ordinariamente, cuan-

do hablando de este príncipe se contenta con presentarle como mui á propósito para haber dejado á Roma reducida á una oscura mediocridad. En mi opinion el *reinado largo y pacífico* de Numa fue hasta necesario para que Roma dejase de ser y parecer un campo de batalla, una asociacion pura de guerreros condenada por necesidad á perecer, y para que en las dulzuras de la paz se formase una generacion nueva, que mas accesible y manejable se prestase á la feliz transicion que debia convertir el salteador en propietario, el bandido en soldado, el hombre violento y brutal en súbdito de la lei, en ciudadano. El sabio, el modesto Rolin hace una observacion que prueba la importancia, la influencia de este reinado, y lo digno que era de haber parecido bajo un aspecto mas favorable en una obra que tiene por objeto investigar las causas de la grandeza y decadencia de Roma. «Entre Rómulo y Numa, dice, formaron al Romano tal cual fue despues mientras tuvo virtudes;» y con efecto en estos dos reinados se ven ya todos los principios á que en lo sucesivo debió Roma su elevacion. *Guerrero y religioso he aqui el Romano de los primeros*

tiempos. Sin el dios Termino y la Buena Fe, Júpiter Stator no habria bastado á defender el Capitolio, ni á dar realizado su propio vaticinio. *Imperium sine fine dedi* (1).

El jurisconsulto Terrason en su historia de la Jurisprudencia Romana, aprovechándose de los trabajos de Justo Lipsio, Gravina, Fulvio Ursino, de los de nuestro célebre Antonio Agustín (2) y otros, ha reunido todas las leyes que de la injuria del tiempo han podido salvarse de la coleccion de Papirio primer código romano, y cuya noticia nos han conservado Dionisio Halicarnaso, Livio, Plutarco, Ciceron, Gelio, Macrobio, Festo y Varron.

Este monumento interesante de la historia de los reyes nos hace ver, que los primeros sabios y mas eminentes de esta época como Legisladores, Filósofos y Escritores fueron Numa, Servio Tulio y Papirio. De Numa se dice que escribió catorce libros; que quiso fuesen enterrados con él en su féretro, y que descubiertos despues en quinientos setenta y dos fueron quemados por consejo del pretor Pe-

(1) Virgilio, lib. 1.º de la Eneida.

(2) En su obra de *Legibus et Senatus-consultis*.

tilio, que los leyó, y declaró que su publicidad perjudicaria á la religion (1). No parecerá enteramente invirisímil presumir que algunos de ellos ó todos estuviesen escritos en verso, recordando que entre las supercherías que la necesidad de su situacion justifica, fue una la de suponerse amigo é inspirado de las Musas. Servio Tulio digno de asociarse á la gloria de los Licurgos y los Solones extendió su vigilancia y mostró sus talentos, no menos en las leyes orgánicas y administrativas, que en las civiles y penales. Las novedades que introdujo en la distribucion de los poderes políticos, la idéa de excluir de toda influencia á los que ningun interes tienen en el órden público, y de arreglar la que cada uno debia tener en este sobre la base de la propiedad y la riqueza, descubre un hombre no menos ingenioso, en el modo con que lo verificó, é hizo admitir esta novedad, que eminentemente profundo en sus miras políticas, aunque en mi opinion exageró el principio mismo que reconoció, pues si bien en los gobiernos populares es justo vincular la mayor influencia al mayor

(1) V. nota 10.^a

interes en el orden público, es una consecuencia necesaria de esta misma máxima, no despojar de toda influencia á cuantos pueden tener alguna. La verdad y utilidad del principio está en hacer que la influencia sea proporcional al grado de interes, no en extinguirla en unos para colocarla esclusivamente en otros, que era lo que venia á suceder. Cuando las noventa y siete centurias que componian la primera clase estaban de acuerdo, las noventa y seis restantes quedaban reducidas á cero de influencia. Las leyes civiles de Servio Tulio sobre contratos, usuras y otros puntos, sus leyes penales sobre injurias hasta el número de cincuenta segun Justo Lipsio (1), refiriéndose á Dionisio Halicarnaso, emigraron al código decemviral, y esta es una de las mejores pruebas de la sabiduría y justicia de ellas, pues sobrevivieron al odio de los reyes que produjo la abolicion de todas las demas.

De la reunion de estas rápidas indicaciones, á que la naturaleza de la obra no permite dar

(1) En su obra de las *Leyes Regias y Decemvirales*, Opúsculo, que con otros de Fulvio-Ursino anda unido en la edicion de Paris de 524, al tratado de *Legibus et Senatus-consultis* de nuestro sabio Antonio Agustín.

mayor extension, resulta en general para caracterizar esta segunda época que Roma á la expulsion de los Tarquinos reducida todavía á estrechísimos límites (1) abrigaba ya en su seno todos los elementos de las virtudes, de poder y la grandeza que la hizo mas adelante la señora del mundo, y que debió á sus detestados reyes no poco de lo que fue.

(1) Su territorio no pasaba de 40 millas de largo, y 30 de ancho.

CAPITULO III.

Epoca tercera ó tiempos de la República.

La dilatada duracion de esta época, la prodigiosa multitud de acontecimientos de toda especie que forman la totalidad del cuadro que presenta, la harian en verdad complicada y oscura si no la subdividiéramos en diferentes períodos. La claridad lo exige y la dificultad de la empresa en esto como en tantas otras cosas nos la da ya vencida el padre de todos los compiladores modernos de la Historia antigua, el sabio Rolin.

Dividiremos pues los cinco siglos de la república en cuatro períodos.

El primero desde el establecimiento de los Cónsules ó de la lei Junia *de Imperio Consulari* hasta la ocupacion de Roma por los Galos. Comprende un espacio de ciento veinte años y abraza el establecimiento de los Cónsules, de los Dictadores, de los tribunos del Pueblo, de los Decemviros, de los Tribu-

nos militares con autoridad consular : el sitio y toma de Veyes.

El segundo desde los Galos hasta la primera Guerra Púnica : su duracion es de ciento veinte y tres años que comprenden la toma de Roma por aquellos, y las guerras contra los Samnitas y contra Pirro.

El tercero desde el principio hasta el fin de las tres Guerras Púnicas. El tiempo de su duracion es de ciento diez y nueve años y contiene, ademas de estas, las tenidas contra Filipo y Perséo en Macedonia, contra Antíoco en Asia, contra la España, y la Grecia hasta la ocupacion de Corinto y ruina de Cartago.

La cuarta desde la ruina de Cartago y toma de Corinto hasta la batalla de Accio que adjudicó à Augusto sin contradiccion el imperio del mundo romano, y abraza un intervalo de ciento y diez y seis años, que comprende la destruccion de Numancia, las discordias civiles excitadas por los Gracos, la guerra contra Yugurta, los Aliados, y Mitridates, las guerras civiles entre Mario y Sila, Cesar y Pompéyo, la conquista de las Gaulas, é invasion de la Britania, las guerras civiles renovadas entre los segundos Triumvros y los defensores del go-

bierno republicano y últimamente la que se suscitó entre Marco-Antonio y Augusto.

PERIODO PRIMERO

Desde la organizacion del Consulado hasta la ocupacion del Roma por los Galos.

Despues de la expulsion de los Tarquinos, y abolida la monarquía, Roma pareció seguir el ejemplo de Atenás, y creyendo que el mal estaba en la perpetuidad del mando decretó gobernarse en lo sucesivo por dos Cónsules elegidos anualmente en la Asamblea general reunida por centurias, reservándose en esta magistratura como en las otras el derecho de elegibilidad al orden patricio.

En el principio la potestad consular se organizó de manera que apenas se diferenciaba de la que habian ejercido los Reyes en otra cosa que en el tiempo de su duracion, mas esta sola circunstancia cambiaba esencialmente la forma de gobierno, despojándole de todo elemento monárquico, y como que por las leyes de Servio Tulio las primeras clases ejercian una preponderancia decisiva, Roma en esta época puede ser considerada como una aristocracia no compuesta como las de tiempos

posteriores de los mas corrumpidos y estupidos, sino de los mas ricos y mas dignos. Nobstante este género de gobierno no podia menos de degenerar como sucedió en popular y democrático. Les comicios fueron desde entonces un circo ó teatro abierto á la encontrada ambicion de los poderosos, cuyas esperanzas equilibradas en las primeras clases tenian que ir á buscar en las otras el contrapeso que inclinase en su favor la balanza, y para eso era menester pactar con ellas, mejorar su condicion, ayudarlas enfin en sus usurpaciones.

Junio Bruto y Tarquino Colatino fueron los primeros consules nombrados; el segundo como en reparacion de su afrenta, el primero como en premio de la libertad adquirida. Completóse el senado tan disminuido por las crueldades de Tarquino, y para cambiar en lo sucesivo la acepcion de la palabra *rei*, sintiendo sin duda el imperio que estas ejercen sobre los hombres, decoraron con este título una especie de sacerdocio sometido como todos al *Pontifex Máximus*, é investieron de esta dignidad al celebre Papirio á quien debió Roma su primera coleccion de leyes conocida

con el nombre de código Papiriano, según se dice en la lei 2ª del Digesto, tit. *De origine juris*. Esta colección, de que ya hemos hecho alguna indicación, según la opinión é inteligencia que da á su texto el célebre juriscónsulto Heinecio que pretende con Dionisio Halicarnaso que el compilador se llamaba Cayo y no Sexto, y lee no *in libro Sexti Papirii*, sino *in libro sexto Papirü*, debía de estar dividida en seis libros de los cuales el sexto contenía la leyes promulgadas durante los Reyes y los otros cinco las relativas al culto, ceremonias sagradas, y todos aquellos actos públicos y civiles en que la religión tomaba parte.

Entretanto ni los Tarquinos estaban tan resignados con su expulsión, ni tan contentos con su retiro que renunciásen á toda tentativa, ni la monarquía tan aborrecida en Roma que no contase con muchos partidarios. Guerras y conspiraciones señalaron como no podía menos los primeros momentos del Consulado. En una de estas últimas estaban comprendidos con una gran parte de la juventud noble de Roma á quien sin duda empezaba á corromper la desenfrenada licencia de los Tar-

quinos, los hijos del Consul, del heroe de la libertad, del mismo Bruto, que sobre el puñal de Lucrecia habia jurado en la asamblea del pueblo la abolicion de la tiranía. El ejemplo dado por este padre imperterrito pudo ser cual pretenden sus panegiristas, tal cual en las circunstancias exigia el peligro de la patria, la necesidad de un ejemplo. Mas difícilmente á aquellos padres á quienes la naturazela negó toda disposicion á esas virtudes feroces, les será dadõ ni aprobarle, ni admirarle. Un sentimiento superior á todos los esfuerzos les reducirá á la absoluta imposibilidad de hacer otra cosa que estremecerse y horrorizarse. Colatino que en esta ocasion se habia mostrado mas hombre acaso pero menos ciudadano se hizo sospechoso y tuvo que abdicar el Cónsulato conferido en su lugar al célebre Valerio que mereció despues el nombre de Públicola ó amante del pueblo. En una accion contra los Veyentes y los de Tarquinia mandados por Tarquino murió Bruto durante su consulado á manos de Aruncio hijo de aquel. Tal fue el ciego furor, tal el impetuoso encuentro de entrambos que uno y otros cayeron á un tiempo de sus caballos muertos y atrave-

sados cada uno con la lanza de su enemigo.

Quedó Valerio único cónsul por la muerte de Bruto, y como hubiese retardado un tanto el convocar los comicios para el nombramiento del otro cónsul, el pueblo rezeloso empezó á murmurar de su conducta. Valerio por la suya le hizo avergonzar de sus injustas sospechas. Decíase que de una de sus casas pensaba hacer una fortificacion y la mandó arrasar, y como se le acusó de aspirar á la tiranía, esto mismo le empeño sin^a duda en parecer mas popular. Abatió las fascas delante del pueblo, y aumentó sus prerogativas por diferentes leyes que propusó, entre otras particularmente por la que en Comicios Curiados atribuyó al pueblo la autoridad suprema en el orden Judicial, concediendo á todo ciudadano el derecho de apelar al pueblo de la sentencia de cualquiera magistrado que le condenase á pena capital, ó á la de flagelacion y aun á penas pecuniarias.

Hecho esto y formando un nuevo censo en que resultaron ya ciento treinta mil almas, reunió el pueblo por centurias, y por su eleccion fue nombrado por colega suyo en el Consulado Espurio Lucrecio padre de Lucrecia.

A este tiempo refiere Polibio el primer tratado entre los Romanos y los Cartagineses, documento histórico que nos hace ver cual era la influencia y el poder de los segundos y el ascendiente que los primeros iban ya tomando sobre todos sus vecinos. La importancia de este documento me obliga á dar una idéa de él. Contiene hechos interesantes, y se presta á aquel género de observaciones, que teniendo una relacion directa con la historia de la civilizacion son la parte útil de la historia, ó sea mas bien la verdadera historia. « Habrá alianza, decia el tratado, entre los Romanos y sus aliados y los Cartagineses y los suyos con las condiciones siguientes: « 1^a Ni los Romanos ni sus aliados navegaran mas allá del Promontorio llamado el *Hermoso* (1), si ya no es que son arrojados por la tempestad ó *perseguidos por enemigos*: 2^a Aun en tal caso no les será permitido ni comprar ni tomar mas que lo que pueda ser necesario para carenar sus barcos, ó para el culto de los dioses, y deberan partir pasados cinco dias: 3^a Los tratantes que *vengan á Cartago*

(1) Como á 10 leguas de Cartago al Oriente.

no pagaran derecho alguno á excepcion de los del Pregonero y Escrivano : 4ª La fé pública garantiza al vendedor cuanto sea vendido en presencia de dos testigos. 5ª Otro tanto sucederá con lo que se venda en Africa ó en la *Cerdeña*. 6ª Que si algunos Romanos abordan á la parte de *Sicilia sometida á los Cartagineses* se les hará jústicia en todo. 7ª Que los Cartagineses se abstendran de talar, ni devastar las tierras de Ancio, Ardea, Laurencia, Circéa y Tarracina, ni otro pueblo alguno de los Latinos que obedezca al pueblo romano. 8ª Tampoco harán daño alguno ni aun en las ciudades que no estuviesen bajo la dominacion romana. 9ª Si tomasen alguna, la entregaran á los Romanos sin reservarse nada. 10ª No edificaran fortaleza alguna sobre el pais de los Sabinos, y si entrasen en él á mano armada no pasaran la noche (1) ».

Tarquino que ansioso de trono y venganza buscaba por todas partes enemigos á Roma fue con esta mira á establecerse á Clusio corte del célebre Pórsena el mas poderoso rei de los Etruscos, y consiguió mañosamente insi-

(1) V. la nota 11.ª

nuarse en su ánimo y que tomase sobre sí el empeño de restablecerle sobre su trono. Por la resistencia de los Romanos á esta proposición Pórsena les declaró la guerra: vino sobre Roma; ocupó el monte Janículo. Vieronse los Romanos al borde del precipicio, y aun habrían sucumbido si el valor de Horacio Cócles, la audacia de Mucio Escévola, y la intrepidez de Clelia no hubiesen inspirado al generoso Pórsena la mas alta idéa del valor romano y aun conciliádose su afecto. Terminóse pues felizmente esta guerra por un tratado y Tarquino perdiendo por entonces la esperanza se retiró á Túsculo.

Aunque los historiadores romanos no lo dicen puede creerse que desde allí, cuando menos atizaria Tarquino la guerra de los Sabinos que dió á Roma, además de muchos triunfos que la hicieron mas y mas respetar, un aumento considerable de poblacion con la colonia y familia de los Claudios que conducidos por Apio vinieron á establecerse en su seno hasta en número de cinco mil personas; mas lo que positivamente afirman aquellos es que las guerras suscitadas despues por los Fidenacios, y la que en seguida em-

prendieron con tanto encarnizamiento los Latinos que dió ocasion á la institucion de la dictadura , y terminó por una batalla sangrienta dada por el dictador Aulo Postumio sobre el lago Regilo, fueron todas ellas escitadas por los Tarquinos cuyo duro padre despues de haber visto sacrificados sus hijos á su ambicion se retiro á Cumas, donde murió al fin, habiendo hecho á Roma una guerra de catorce años.

A la institucion de la Dictadura, á que Roma debió en lo sucesivo tantas veces su salud, concurrieron, ademas del peligro con que amenazaba la guerra de los Latinos, las diferentes conspiraciones formadas en la ciudad, la division en fin entre los ricos y los pobres que respectivamente exigian y resistian el pago de las deudas. La multitud apremiada y disgustada se negaba á tomar parte en la guerra y la autoridad del Senado y de los Cónsules, que en lo antiguo podian emplear todos los medios de fuerza contra los refractarios, se habia disminuido mucho por las leyes del popular Valerio, que de sus decretos ó sentencias concedia las apelaciones al pueblo. En tales circunstancias el Senado acudió á un medio in

genioso por el cual vino á organizar un poder, una magistratura despótica que superior á todas las leyes no hallase obstáculos en la ejecucion de sus planes ó designios, magistratura que ejerció por los individuos de su orden, pero en cuya organizacion consultó sin embargo la causa de la libertad, templando lo desmedido de la autoridad por la brevedad de su duracion, que redujo á solo seis meses. Para ello era necesario hacer adoptar al pueblo el pensamiento, y para conseguirlo, el Senado se contentó con proponerle un decreto por el que los Cónsules y los Magistrados todos se dimitian de su autoridad para que por espacio de solos seis meses la ejerciese un solo magistrado nombrado por el Senado y aprobado por el pueblo. No vió este que el nombramiento de un magistrado revestido con todos los poderes era como la eleccion de un rei absoluto, hasta que sus primeros Dictadores se lo hicieron entender, ya rodeándose de doble aparato que sus antiguos reyes, y haciéndose preceder de veinte y cuatro lictores, ya dictando decretos y sentencias que la fuerza pública hacia ejecutivas sin apelacion y sin réplica. No obstante aunque el pueblo fue en

el principio atraído artificiosamente á lo que no conocia, como el éxito justificó las ventajas de la institucion, puede con razon decirse que la sostuvo la experiencia de su propia utilidad y si bien por un lado esta utilidad nunca desmentida hasta los últimos y mas corrompidos tiempos de la república, es por decirlo así, una especie de confesion, un claro testimonio de la insuficiencia, del peligro de los gobiernos populares, tambien por otro la historia de los Dictadores que reprimidos por la corta duracion de su magistratura jamas abusaron de su ilimitado poder, es otra prueba de la necesidad de que algunos temperamentos, algunas instituciones, leyes sabias en fin refrenen la fazilidad de abusar que lleva consigo un poder sin límites. No es dado á ningun mortal que infalible en sus juizios, universal en sus aciertos sepa siempre y en todo lo que debe querer, y ni es fázil que aun el mas justo exento de pasiones, inaccesible á la humana debilidad no quiera nunca sino lo que debe. No alcanzaria á tanto la combinacion mas feliz: la ciencia de un Salomon, las virtudes de un Marco Aurelio, ni aun la santidad de los Fernandos, y los Luises. Solo

puede ser Omnipotente sin riesgo de ser injusto aquel que no puede ni engañarse, ni ser engañado.

Concluida la guerra de los Latinos, la paz de Roma no fue sin embargo de larga duracion. Sus inquietudes interiores entre acreedores y deudores, apaciguado y diferido este asunto por aquella guerra pero no terminado, empezaban de nuevo á presentar un aspecto mui serio, quando los Volscos rompieron la paz y amenazando á Roma con la guerra exterior, la salvaron de los estragos de la guerra civil. El cónsul Servilio obtuvo sobre aquellos un triunfo insigne, y su colega Apio Claudio dió con los rehenes de los Volscos un ejemplo de severidad *necesaria* en opinion de los historiadores romanos, pero en la mia de execrable crueldad que nunca pudo ser necesaria pues que será siempre atroz y bárbara. Con efecto el éxito por esta vez justificó esta verdad, pues lejos de que tal ejemplo terminase la guerra, no hizo sino encender mas los ánimos y extenderla á los Ecuos y los Sabinos, asi como la dureza del mismo Apio en las desavenencias entre el senado y el pueblo sobre deudas de nada sirvió tampoco sino de irritar las pasiones

de todos y avivar el fuego de la discordia. Fue la guerra terminada felizmente por los gloriosos y repetidos triunfos del Dictador Marco Valerio, mas no sucedió otro tanto con las disensiones civiles que llegaron por el contrario á tal estado de rompimiento, que los soldados y el pueblo se salieron de Roma, se retiraron al monte Velio, llamado despues monte Sacro, del otro lado del Anio ú Teveron, y el estado de las cosas llegó á ser tan crítico y difícil que el Consulado de 261 no tuvo un solo candidato. Para formarse una idea de la razon de tanto incendio en un asunto que para nosotros se terminaria por sí mismo, quedándose el acreedor frustrado en su crédito en la suposicion de que el deudor no tuviese con que pagar, es necesario saber que las leyes romanas hacian el deudor insolvente siervo del acreedor (1). Asi pues el asunto de que se trataba era el de la libertad ó la esclavitud. Afortunadamente el senador Menenio Agripa consiguió poner un término á este funesto cisma, mas no se crea que solo con la gracia y por la virtud de su sabido Apólogo, de la conspi-

(1) Aun hubo leyes mas crueles.

racion que contra el estómago formaron todos los demas miembros del cuerpo humano, sino por un tratado en que se estipuló el perdón de las deudas de los que resultasen insolventes, la libertad de aquellos á quienes su estado de insolvencia habia reducido á la condicion de siervos, y lo que es mas por la creacion de una nueva magistratura enteramente popular, que hacia sagrada é inviolable la persona de aquellos á quienes el pueblo revestia con semejante autoridad, y cuyo objeto era el de vigilar y defender los derechos del pueblo contra las pretensiones, usurpaciones, ó abusos de los Optimates.

Tal fue el origen de los Tribunos del pueblo que veremos elevarse poco á poco al poder que ejercieron los Eforos en Esparta, y he aqui como por su avaricia, su orgullo y sus imprudencias que otros caracterizan de firmeza y de grandeza de alma, llevando la injusticia y el mal á su colmo, se vió el senado precisado á consentir en lo que hubiera evitado la moderacion en los principios, y lo que le fue en lo sucesivo tan funesto. Las leyes de que el pueblo se quejaba eran injustas. No por un ocio criminal; no por el de-

senfreno de sus costumbres se veia en la mayor parte reducido á la indigencia, sino por el estrago de las escursiones de los vecinos y la imposibilidad de manejar á un tiempo la espada y el arado. Apio Claudio gritando en el Senado contra toda transaccion, no es á mis ojos mas que un hombre de corazon duro y un frenético, á quien atribuyo con relacion á los intereses de su orden cuanta oposicion hizo al Senado en lo sucesivo la potestad Tribunicia, y con relacion al pueblo cuantos desórdenes y agitaciones escitó la misma, no pocas veces contra los intereses del mismo pueblo. Dióseles el nombre de *Tribunos* porque los primeros que se nombraron eran Tribunos militares. Dos solos fueron nombrados en el monte Sacro en Comicios Curiados, y mas adelante se nombraron cinco reunido el pueblo por tribus y al fin mas adelante se nombraron diez, dos por cada clase. Al principio los Tribunos no fueron considerados ni aun por magistrados: en el senado no tenian ni entrada ni asiento, y se quedaban á la puerta sentados en un banco pero de modo que oían toda la deliberacion, mas su inviolabilidad, y su terrible *veto* les puso bien pronto en estado de usurpar mayor autoridad.

Sosegada la discordia entre el Senado y la Plebe y hecho un tratado con los Latinos, en que los dos pueblos, como independientes, estipulaban entre sí una paz eterna, fue necesario ocuparse de nuevo de la guerra contra los Volscos. En ella se distinguió é hizo prodigios de un valor inaudito el célebre Marcio, apellidado Coriolano despues de la toma de Coriolo. Este patricio intrépido, tan impávido en los combates como duro con el pueblo, sobre todo despues que este le negó el Consulado, ofreció por sus imprudencias un nuevo motivo de triunfo á los Tribunos. La retirada del pueblo al monte Sacro sucedida precisamente en la estacion de la sementera produjo en Roma una hambre terrible, que aumentó las inquietudes entre Patricios y Plebeyos. En tan lastimosa coyuntura ó por resentido ó por hombre naturalmente de dura condicion se permitió Coriolano hablar en el senado de un modo que la política no podia menos de reprobar, pues que la humanidad le condenaba. Mirando la miseria pública como un medio de especulacion para sujetar al pueblo, queria que se le hiciese pagar mui cara la distribucion de los trigos de Sicilia, entre

los cuales habia una porcion regalada por Gelon rei de Siracusa, y que aprovechándose el Senado del abatimiento á que reduce la desgracia de una situacion semejante, se aboliese el Tribunado, y se restableciese la antigua autoridad de aquel. Estos discursos por lo menos acalorados é imprudentes, expuestos por los Tribunos al pueblo, dieron ocasion á que estos como por una interpretacion extensiva de la lei Valeria le citasen ante el pueblo mismo, para responder á la acusacion que contra él proponian. Despues de mil debates entre este y el Senado, el segundo tuvo que ceder á la fuerza y el gran Coriolano salió desterrado de Roma por sentencia del pueblo. Ya anteriormente, bajo el consulado de Geganio y Minucio en una discusion no menos acalorada, se habian puesto los Tribunos en posesion de convocar el pueblo, fundándose en que su autoridad era inútil, ilusoria si no tenia el derecho de reunirle para informarle y hacerle conocer sus intereses; y aun habian hecho adoptar al Senado un Plebiscito en que se declaraba, que nadie fuese osado á interrumpir á un Tribuno que hablase en la asamblea del pueblo, y que si alguno violase

esta lei, prestase al momento caucion de pagar una multa, y resistiéndose á ello fuese condenado á muerte y sus bienes confiscados. El resentido Coriolano se pasó á los Volscos, y al frente de ellos gozó del amargo placer de la venganza, poniendo á su patria en tal apuro, que sin las Matronas Romanas que acompañadas de Veturia madre de Coriolano y Volunnia su esposa le salieron á su encuentro, y desarmaron su inexorable carácter, el término de Roma parecia llegado; mas no pudiendo resistir al respecto de la primera ni al amor de la segunda que conducia por la mano á sus dos hijos, levantó el sitio y se retiró con los Volscos, siendo incierto en la historia cual fue su suerte posterior. Quien dice que Tulo general de los Volscos le mató violentamente, quien asegura que murió en su destierro y de una edad muy avanzada. Si lo segundo es cierto su residencia fuera de Roma fue sin duda voluntaria y consecuencia de aquel teson, aquella fuerza de su áspera índole, pues vemos que muere muy llorado del Pueblo Romano; que las Matronas equiparándole al célebre Bruto se cubrieron de luto, y que sobre el sitio en que estas le salieron al en-

cuentro en honor sayo se edificó un templo dedicado *Fortunæ muliebri*.

A poco en el año 268 de la F. de R. siendo Casio Consul por tercera vez se encendió un nuevo motivo de discusion entre los Patricios y los Plebeyos, motivo que fue en lo sucesivo la verdadera manzana de la Discordia. Era la costumbre del Pueblo Romano, cuando la victoria coronaba su sucesos, terminar la guerra por tratados en que adquiria siempre una porcion de terreno á costa de los vencidos. De estos terrenos fruto de la conquista se vendia una parte para indemnizar al tesoro público de los gastos de ellas y la otra debia dividirse entre los ciudadanos pobres, dandose algunas veces varias porciones á censo. De estas enagenaciones se aprovechaban siempre los del órden patricio, dueños de la riqueza y de la influencia. Compraban á desprecio las tierras distribuidas entre los ciudadanos pobres y se hacian adjudicar por un precio vil las vendidas en favor del erario público, resultando de aqui que entre las manos de estas familias ricas y patricias se hallaba la casi totalidad de los terrenos conquistados que formaban ya la parte mas considerable del territorio

romano. Propuso pues el Cónsul Casio, segun dicen los historiadores romanos con el designio de elevarse al poder absoluto, la famosa lei Agraria, cuyo objeto era el de que se distribuyesen de nuevo los terrenos conquistados, obligando á restituir á los Patricios los que por los medios espresados habian venido á acumularse entre sus manos. La proposicion fue no menos grata al pueblo que desagradable á los Senadores. No obstante, no se sintieron sin duda con la fuerza necesaria para resistirla absolutamente, y se contentaron con diferir su ejecucion, decretando para el siguiente consulado el nombramiento de diez Comisarios que con el nombre de Decemviros arreglasen esta distribucion. Cualquiera que fuesen las ideas que dictaron á Casio el pensamiento y los motivos de su popularidad, lo cierto es que esta proposicion atrajo sobre él la colera del Senado y fue probablemente la causa de su muerte. Concluido el año de su consulado, en una asamblea del pueblo convocada por los Cuestores Fabio y Publícola, fue acusado de haber aspirado al mando absoluto y convencido segun dicen los historiadores romanos de inteligencias con los ene-

migos, y de haber tratado de formarse entre estos y los Latinos un partido fuerte que serviese á sus miras ambiciosas, sin mas dilacion fue condenado en la misma asamblea, y de ella fue arrancado por los Cuestores y precipitado incontinentemente de la Roca Tarpeya que era entre los Romanos el género de suplicio acostumbrado en la ejecucion de sus juicios capitales.

La precipitacion de este juicio tal vez hace sospechosa su justicia á pesar de la autoridad de los historiadores Romanos, fortificandose mas las sospechas al observar los efectos diferentes que produjo la muerte de Casio. El Senado pareció considerarlo como un triunfo y la Plebe no tardó en mostrarse pesarosa de ella. El Pueblo Romano en esta época no estaba todavía tan corrompido que llorase la muerte de un hombre bien convencido de haber aspirado al poder absoluto, y en el odio de los tiranos cada Romano era todavía un Bruto.

Los Senadores al arrojar á Casio de la Roca Tarpeya no precipitaron con él sus proyectos. La lei Agraria y la guerra contra les Veyentes, los Ecuos y los Volscos fueron los dos asuntos que agitaron á la Plebe y los Patricios durante

muchos consulados, siendo la táctica de entrambos por una parte la de promover constantemente los Tribunos la ejecucion del Senado-consulto del tiempo de Casio, y nombramiento de los diez Comisarios resistiendo el alistamiento y la guerra, con que los Cónsules y el Senado por otra paraban el golpe, suspendiendo la deliberacion, sacando asi de Roma las cabezas mas ardientes y neutralizando la influencia de los Tribunos cuya autoridad no se extendia fuera de las murallas de la ciudad.

En una de estas guerras contra los Etruscos y en el año 277 fue donde perecieron todos los Fabios; se perdió el fuerte de Cremera; el ejército mandado por el Cónsul Menenio fue derrotado, suceso que dio causa á su Cónde-nacion y á la muerte que le causó la pesadumbre de este deshonor; y los Etruscos por consecuencia de sus victorias llegaron á ocupar y aun conservaron el monte Janículo hasta el siguiente consulado en que los Romanos los derrotaron completamente. Tambien el Cónsul Servilio en el año de 79, siguiente al de su consulado, fue acusado por los Tribunos por una batalla que perdió en la guerra de los Etruscos, y si fue absuelto lo debió en gran

parte á las impresiones de arrepentimiento que habia dejado en el pueblo el exito de la condenacion de Menenio hijo del Menenio Agripa á quien debia la transaccion del Monte Sacro y la creacion del Tribunado.

Doce años eran ya pasados en esta alternativa de guerra y discordia sin que se realizase el nombramiento de los diez Comisarios, cuando el Tribuno Genucio hombre intrépido, y que con nueva fuerza habia reproducido esta cuestion, apareció muerto en su lecho el dia mismo en que resuelto á terminarla á todo trance habia convocado con este objeto la asamblea del pueblo. Fuese su muerte violenta ó casual ello es que mirandose este suceso por de mal agüero produjo tanta consternacion en los plebeyos como alegría desmedida é impolitica en los Senadores. No fue su triunfo de larga duracion y bien pronto sus nuevas imprudencias dieron al pueblo un defensor no menos intrépido que Genucio en el Tribuno Voleron. Era Voleron un guerrero de mucho valor que habia sido capitán y los Cónsules en un nuevo alistamiento se obstinaron en hacerle servir de soldado raso. Se resistió; los Cónsules le hicieron prender por

sus lictores y á pesar de que invocaba la Lei Valeria empezaron á despojarle para azotarle. Pudo escaparse bregando con los lictores, el pueblo le defendió, y á su tiempo le nombró tribuno. Una vez elevado á esta dignidad, animado por el resentimiento para sustraer enteramente la eleccion de los Tribunos á la influencia que los patricios ejercian en los Comicios Curiados, como que para su convocacion debia preceder permiso del Senado, que para su celebracion se consultaban los auspicios, que en los comicios solo tenian parte los habitantes de Roma, y que lo decretado en ellos no podia tener ejecucion sino despues de obtener la sancion del Senado, propuso que en lo sucesivo la eleccion de los Tribunos se hiciese por el pueblo convocado en tribus, cuya reunion, ya de suyo exenta de todas aquellas formalidades, fuese presidida por los cesantes. En este debate acalorado el Cónsul Quintio por su prudencia y dulzura estuvo ya á punto de hacer desechar al pueblo la proposicion de Voleron, mas la áspera condicion del otro Cónsul Apio Claudio, hijo de aquel á cuya dureza debia su origen el Tribunado y heredero del odio de su

padre contra esta institucion no menos que de su impavida indiscrecion, destruyó todo el efecto producido por aquel, llegando las cosas á tal estado de incendio que el tribuno Letorio quiso prender á Apio y este al Tribuno, de cuyas resultas, habiendo sido herido el primero en la refriega, el Senado para apaciguar al pueblo, y temiendo las consecuencias de este suceso, tuvo al fin que dar su sancion á la lei, sucumbiendo en una lucha en que tuvo ya en su mano la victoria. Estos Apios que han tenido tantos admiradores cuya inflexibilidad ha sido tan aplaudida semejantes á aquellos facultativos que tienen el don funesto de empozoñar las ulceras que se proponen curar, vinieron á ser una verdadera calamidad del Senado, como lo son en todos los gobiernos cuantos una vez llegaron á perder la confianza ó excitaron el odio público.

Ni fue esta la sola desgracia que lloró Roma por la odiosa y odiada índole de este Cónsul. Enviado contra los Volscos, los soldados no quisieron combatir por no servir á su triunfo, y en lugar de marchar contra el enemigo abandonaron el campo, mientras que los mandados por el prudente y moderado Quintio recorrie-

ron sin resistencia una gran parte del pais de los Ecuos, y entraron en Roma cargados de botin y apellidándole su Padre. Asombra sin embargo la fiereza indomable con que Apio vendido por su ejército, execrado de todos reúne los restos de él, hace azotar y degollar á los Centuriones, y diezma los soldados sin que nadie sea osado á resistir tan barbara ejecucion. Acusado ante el pueblo despues de su consulado dió al fin la última prueba de su carácter impérrito. En su defensa sostuvo sus principios con mas violencia que nunca; con tal aire de superioridad y vehemencia, que parecia terrorizar al pueblo, y desconcertó á los Tribunos, en términos que estos creyeron necesario diferir el juicio ó otro dia. Antes de que este llegase, murio Apio de muerte natural segun unos; otros dicen que por el suicidio se sustrajo á la venganza de sus enemigos.

En el espacio de siete años la historia romana presenta siempre el mismo estado de turbulencias, sobre la ejecucion de la lei Agraria cuando los enemigos externos no ocupaban la atencion de los contendientes, sin que hubiese mas suceso de importancia que la

toma de Ancio sobre los Volscos, la formación del censo de 289 en que resultaron ya ciento veinte y cuatro mil doscientos y catorce hombres en estado de tomar las armas, y la terrible peste del año noventa y uno en que los Ecuos y los Volscos abusando de esta miserable situación llegaron hasta las puertas de Roma cuya entrada defendió el miedo del contagio. Mas en el año 292 la resistencia del Senado á una lei propuesta por el Tribuno Terentilo, y que por esta razón fue llamada lei Terentila, ofreció un nuevo motivo de discordia entre los dos órdenes, que acumulado con el de la lei Agraria se reprodujeron entrambos hasta que en el año de trescientos se realizó el proyecto de Terentilo segun diremos.

Entretanto en uno de estos debates la juventud patricia conducida por Ceson hijo de Cincinato irritó la colera de los Tribunos. Acusaronle ante el pueblo, y temiendo su juicio se fugó de Roma : mas como su padre y sus amigos habian respondido por él, condenado en rebeldía, tuvo el primero que deshacerse de una gran parte de su patrimonio para pagar este sagrado empeño, reduciéndole

esto á la necesidad de dejar la ciudad y retirarse á trabajar con sus brazos una pequeña propiedad que le quedaba. Con el arado en la mano le sorprendió la diputacion que el Senado le envió en 294 para noticiarle que habia sido elevado á la dignidad de Cónsul por el fallecimiento de Valerio, muerto en la toma del Capitolio felizmente reconquistado del Sabino Herdonio que se habia apoderado de él por sorpresa. Durante el tiempo de su consulado á nada se atrevieron los Tribunos: tal fue el respecto que imponian sus virtudes; y concluido aquel, habiéndose él mismo opuesto á su reeleccion, dejó la púrpura, tomó de nuevo el tosco sayal, y sin ser mas rico volvió á la cultura de sus campos. Mas un hombre tan eminente en un gobierno popular, en la situacion difícil en que Roma se hallaba mal sentada al interior y debatiéndose con todos sus vecinos no podia por largo tiempo permanecer en la oscuridad á que queria condenarse. Con efecto á poco en el año de noventa y seis el peligro del Cónsul Minucio, rodeado por los Ecuos, exigió el nombramiento de un dictador, y Cincinato tuvo de nuevo que dejar la esteva para empu-

ñar la espada. En el espacio de diez y seis dias venció á los enemigos, apoderandose de un botin inmenso, y haciendoles pasar bajo el yugo, triunfó en Roma; hizo que se reparase la injusticia cometida contra Ceson su hijo acusado falsamente de una muerte motivo de su destierro; dió cuenta al pueblo de su administracion, y pudiendo con arreglo á la lei continuar en su cargo los seis meses de su duracion, se dimitió de él, y admirado de todos, y amado de los mismos á quienes ó la justicia ó la severidad de la disciplina le obligaba á castigar, volvió de nuevo á su oscuro y pobre choza. ¡Oh imperio prodigioso de la virtud! ¡Que agradable seria el estudio de la historia si tales modelos se repitiesen en ella con frecuencia!

En el año siguiente los Ecuos y los Sabinos renuevan la guerra. Los Cónsules exigen el alistamiento; los Tribunos le resisten segun costumbre y habiendo propuesto por via de transacion el nombramiento de diez Tribunos, el Senado por dictamen de Cincinato conviene en ello, creyendo que el aumento de su número lejos de perjudicar podia servir á sus intereses, multiplicando entre aquellos la di-

ficultad de entenderse y obrar de acuerdo, y dando á este la ventaja de poder calcular sobre la division y oponer los unos á los otros, táctica ya empleada muchas veces con buen éxito.

Una nueva agresion que debió tambien su origen á la imprudencia de los Cónsules, puso á los Tribunos en 298 en posesion de convocar el Senado. El Tribuno Icilio pidió que sobre el monte Aventino se concediese al pueblo una porcion de terreno para edificar nuevas habitaciones. La pretension era tanto mas admisible cuanto que el aumento de poblacion la hacia necesaria. Los Cónsules la resistieron por puro espíritu de contradiccion : esta injusticia tan descubierta irritó al pueblo, y sirvió de pretexto á una nueva usurpacion. Icilio por la resistencia de aquellos les intimó que convocasen el Senado, y aunque era esta una novedad chocante, como la violencia de los medios se escudaba con la justicia del motivo, el triunfo fue del Tribuno, y hé aqui como la injusticia de los que mandan viene acaso á servir de pretexto á la usurpacion de los que se proponen suplantarlos.

Ni se créa que con tales concesiones per-

derian los Tribunos de vista la lei Agraria, ni la lei Terentila. En la plaza pública como en el campo de batalla raras veces la victoria hace á los hombres mas moderados y modestos. Por lo general el triunfo aumenta la osadía de las pretensiones. Lo que arrancó la fuerza apurados los medios de una obstinada resistencia, no puede parecer sino un derecho conquistado sobre un enemigo cuya tenacidad irrita, y cuyas protestas vencido no pueden inspirar confianza. El arte de ceder en tiempo, que pudiera definirse el arte de hacer pasar por donacion generosa lo que nos arranca de entre los manos la fuerza de una necesidad invencible pero prevista, deberia ser el talento mas precioso y es por desgracia el menos frecuente en los hombres que gobiernan. El sumo bien es el *statu quo* de su influencia y poder. Sinembargo es bien cierto que por esta máxima haciendo consistir el bien público en las ilusiones del amor propio se ponen en contradiccion con las leyes á que está sometido el mundo moral, que en un movimiento constante de perfectibilidad no reconoce *statu quo*. Una novedad mal preparada, introducida por la violencia aunque útil en sí misma

se convierte en una calamidad del estado; pero una novedad admitida, generalizada se eleva al grado de una necesidad pública, y resistirla cuando ya ha adquirido este carácter es la última prueba de insensatez y demencia.

A estos principios faltó no pocas veces la política del Senado exponiendo la suerte de Roma sin ganar nada con su resistencia, y sin razon en que fundarla. En la ocasion por ejemplo; pase que el Senado se resistiese á la lei Agraria. Al interes político de encubrir las violaciones de su órden, de conservar por la riqueza su influencia, se agregaba la fundada razon de los males á que expone; las dificultades que lleva consigo el movimiento retrogrado de la propiedad. El ejemplo de Licurgo es mas para admirado que para seguido, mas para resistirse á la lei Terentila no podia tener otra razon que el deséo de perpetuar un mando arbitrario é injusto haciendo de la legislacion un monopolio. Su resistencia debia ser inútil, porque á los tres siglos de asociacion política, y de una civilizacion apresurada por las circunstancias particulares de Roma, multiplicada su poblacion, aumentada su ri-

queza, extendida su industria, sus ciudadanos no podian menos de sentir la necesidad de un derecho cierto, conocido, de un código enfin.

El año 300 de la F. de R., comprada la paz por una victoria obtenida en el anterior contra los Ecuos en que quedaron sobre el campo siete mil enemigos muertos, fue memorable por sus discusiones legislativas. Los dos Cónsules del año precedente fueron acusados y multados; y multiplicándose cada dia mas las agresiones de los Tribunos, ó por conviccion ó por miedo el Senado convino al fin en la admision del proyecto del Tribuno Terentilo, y quedó decidido que los diputados Espurio Postumio, Servio Sulpicio y Aulo Manlio pasarian á recorrer las colonias Griegas establecidas en la Grande Grecia; que irian á Atenas, estudiarian las leyes de estos paises y traerian ó elegirian las que mas pudiesen convenir y adaptarse á la constitucion de la república, y que á su vuelta los Cónsules, deliberando con el Senado, designarian los que debiesen llenar las funciones de legisladores, y determinarian su autoridad y el tiempo de su duracion. Asi se verificó con efecto y sin que en 301 ocur-

riese nada de particular sino los estragos horribles que causó en la ciudad y la campiña una peste devastadora, en el de 302 en que ya habian vuelto los diputados, bajo el consulado de Apio Claudio, hijo del anterior, y de T. Genucio se acordó nombrar entre los mas considerados diez Senadores con el nombre de Decemviros; no sin que los Tribunos disputasen el terreno, sosteniendo que siendo el interes comun, por lo menos cinco de ellos debian ser Plebeyos. Autorizóseles á gobernar por un año la república con la autoridad de que los reyes habian estado revestidos en otro tiempo, sin que sus juicios admitiesen apelacion y con suspension de toda magistratura incluso el Tribunado. Tan sentida era la necesidad de un código, que Roma, donde el nombre de rei por aquellos tiempos era una palabra de execracion, consiente en tener por un año diez reyes y carecer de sus Tribunos que eran su ídolo, á trueque de hacer una adquisicion tan preciosa.

Los Decemviros, al frente de los cuales hacia el primer papel Apio Claudio, para adquirir popularidad afectaron en el principio mucho zelo por la causa del pueblo, hasta que

organizaron sus medios de terror. En el primer año publicaron diez Tablas compuestas de las antiguas leyes reales, y de los materiales que los diputados habian traído de la Grecia, en cuya traduccion se ocupó un tal Hermodoro de Efeso que estaba desterrado en Roma. Estas tablas estuvieron largo tiempo expuestas al pueblo, y despues de bien leídas y meditadas fueron aprobadas en Comicios centuriados, y en fin grabadas en columnas de bronze y fijadas en la plaza pública. A la conclusion del año reunida la asamblea general, se creyó que aun faltaban algunas leyes y habiéndose hecho dueños de la opinion pública, Apio Claudio que aun no se habia quitado la máscara y que presidia la asamblea (medio por el cual los senadores que habian con harta razon llegado á desconfiar de él pensaron alejarle de la continuacion en el Decemvirato) se nombró á sí mismo, y aun hizo recaer las otras elecciones en sus amigos, consintiendo en que fuesen elegidos por Decemviros tres Plebeyos sin duda para hacerse mas grato al pueblo, y seguro de que se prestarian con docilidad á ser instrumento de sus designios. Los trabajos legislativos de este segundo De-

cemvirato se redujeron á la formacion de dos tablas mas, que compusieron al fin las famosas doce Tablas, fuente del derecho público y particular de los Romanos segun Tito Livio, y de que Ciceron habla con tanto entusiasmo.

Fremant, dice en el lib. 1.º de Oratore, *fremant omnes licet, dicam quod sentio: Bibliothecas, me hercule, omnium Philosophorum unus mihi videtur duodecim tabularum libellus: siquis legum fontes et capita viderit, et autoritatis pondere et utilitatis ubertate superare*. Por desgracia este monumento precioso de la sabiduría de los antiguos, cuyo original primitivo pereció en el incendio de los Galos, si bien por lás copias que de él se hicieron se conservó hasta los tiempos del jurisconsulto Cayo que le comentó segun resulta de varias leyes del Digesto (1), no ha llegado íntegro á nuestros dias, ni en su texto puro, ni aun en las obras de ninguno de sus antiguos comentadores Sexto Elio, Porcio Caton, Servio Sulpicio, y Antistio Labeon, que como Cayo y

(1) En el lib. 50, último del Digesto, tit. *de verb. signif.* desde la lei *si calvitur et moritur* etc. se suceden seis leyes todas del jurisconsulto Cayo *ad legem duodecim tabularum*.

mucho antes que él las habian comentado. Ni esta sensible pérdida ha podido quedar reparada por el plausible zelo, la infatigable laboriosidad de Obdendorpio, Antonio Agustin, Fulvio Ursino, Concio, Hotomano, Urbina, los Gotofredos, y otros escritores que recogiendo las citas que de ellas hicieron Ciceron, Dionisio Halicarnaso, Tito Livio, Plinio, Festo, Gelio, y los Jurisconsultos romanos dieron al sabio Terrason la facilidad de formar un fragmento compuesto ya de ciento y cinco leyes el mas numeroso y metódico de cuantos hasta ahora se han publicado, mas ni por desgracia esento de controversia, ni tan completo como seria de desear. No es fácil calcular hasta que punto este fragmento se acerca mas ó menos al texto íntegro de la primitiva coleccion, mas no es dudoso que faltan muchas leyes, pues de las Tablas once y doce que se hicieron para servir de suplemento á todas las otras, y que motivaron por un año mas la prolongacion de la autoridad Decemviral, es decir otro tanto tiempo que el acordado para la formacion entera del código, no tenemos sino mui poquísimas; mas lo que ha podido salvarse de la injuria del tiempo basta para autorizar la

sospecha de que contenia ya la mayor y mas buena parte de las materias que componen la legislacion civil y penal, siendo mui notable y plausible el estilo grave, sentencioso y preceptivo de estas leyes, bien diferente del que se usó en las colecciones posteriores, y particularmente en la de Justiniano, donde el legislador se olvida de su propia dignidad; se convierte en catedrático, y tal vez degenera en sofista, ó declamador. Es de creer que sin contar las leyes orgánicas y de órden público, anteriores á las de las doce Tablas, tales como las leyes Icilia, Letoria, Sicinia sobre la autoridad de los Tribunos y otras, se comprendieran en este código las que se hubiesen promulgado sobre legislacion civil y penal, que se echan de menos en él, y de que tenemos noticia, tales por ejemplo como la Ateria Tarpeya, que daba á los magistrados facultad de castigar con multas la resistencia á su autoridad, estableciendo por *maximum* de la pena dos bueyes y treinta carneros, que la lei Menia, tampoco inclusa, redujo á dinero en el año de trescientos.

Hecha la publicacion de las dos últimas tablas los Decemviro, creyéndose sin duda bas-

tante seguros por sus lictores y esvirros se quitaron la máscara, y con el mas impudente descaro, hasta alarde hicieron de sus pretensiones al poder absoluto; provocaron la opinion pública, insultaron al senado y al pueblo, y sin consultar ni al uno ni al otro continuaron su magistratura el tercer año que fue el de 305, cual si se hubiesen propuesto reproducir la escena de los Tarquinos en los medios y en el éxito.

Los enemigos de Roma que espiaban todos los momentos en que las turbulencias interiores podian lisongearles con un triunfo fácil, no podian dejar de aprovechar tan buena ocasion. Con efecto los Sabinos y los Ecuos declararon la guerra; los Decemviros á pesar de una obstinada resistencia del pueblo y Senadó, pudieron al fin determinarlos á tomar las armas, mas los dos ejércitos que se formaron fueron igualmente vencidos y deshechos; y mientras que multiplicando los Decemviros su furor y sus crímenes hacian en el campo asesinar al Tribuno Sicio uno de sus primeros guerreros, Apio Claudio, imitando á Sexto Tarquino, quiere abusar de la castidad de Virginia por un medio harto mas infame y sa-

crílego que la violencia personal. Bruto con el puñal de Lucrecia en la mano corriendo de Colacia á Roma, de Roma á Ardes amotinó el pueblo, sublevó el ejército, y arrojó á los Tarquinos. El puñal de Virginia en las manos de su padre no podia dejar de producir aun mayor impresion contra los Decemvros. Con efecto el Decemvirato fue abolido, el Tribunado y el Consulado restablecidos; los derechos del pueblo extraordinariamente aumentados, y los demas Decemvros hubieron de abandonar á Roma si quisieron sustraerse á la muerte que Apio Claudio y Opio no pudieron prevenir sino por el suicidio.

Entre las diferentes disposiciones favorables al pueblo que bajo el consulado de Valerio y Horacio alteraron notablemente la constitucion del estado la que mas se distingue fue la que tomando el nombre del segundo se llamó lei Horacia y en virtud de la cual los Plebiscitos ó disposiciones acordadas por el pueblo reunido en tribus se declararon leyes generales é igualmente obligatorias que las que se hicieran por centurias. Declaróse asimismo que en lo sucesivo no podria crearse magistratura alguna en cuyo favor se dero-

gase la lei Valeria ó la lei de las apelaciones al pueblo.

« Se vió manifiestamente, dice Montesquieu, en el poco tiempo que duró el Decemvirato, hasta que punto el engrandecimiento de Roma dependia de su libertad. « El estado parecia haber perdido el alma que le hacia mover. » Con efecto asi que por la abolicion de aquella magistratura se restableció el órden, los Cónsules ordenaron sus legiones y dos victorias completas sobre los Ecuos y los Sabinos mostraron que si nada era mas fácil que hacer huir al Romano esclavo, nada era mas cierto que su triunfo en cuanto amanecia para él la aurora de la libertad. El Senado en esta ocasion por desafecto á la popularidad de los Cónsules, irritantemente injusto les negó el honor del triunfo, y ciego á las lecciones de la experiencia parecia obstinarse en no ver que á cada injusticia suya estaba vinculada una nueva victoria del pueblo, y con ella la adquisicion de un nuevo derecho. El pueblo concedió á los Cónsules el triunfo que el Senado les negó, y aumentó por este privilegio su autoridad y su influencia.

En el año siguiente y bajo el iv^o consulado de Quintio Capitolino y 1^o de Agripa Furio continuó con la paz la turbulencia interior entre la altiva juventud patricia y los Plebeyos, á tal punto que los Ecuos y los Volscos llegaron hasta las puertas de Roma sin contradiccion. Afortunadamente el Cónsul Quintio convocando los comicios echó á todos en cara su sonrojo y su oprobio y supo hacerlo con tal dignidad y energía que la juventud Romana llena de entusiasmo pidió las armas, salió en busca del enemigo, le alcanzó á la vista de Corbion y le derrotó completamente, habiendo recobrado todo el botin de que aquellos se habian anteriormente apoderado.

El 310, 11 y 12 que nada de particular ofrecen con relacion á los enemigos exteriores, son sinembargo mui memorables por las discusiones legislativas. El Tribuno Canuleyo obtiene en el primero la abolicion de una lei de las XII tablas que prohibia los matrimonios entre les patricios y plebeyos, y los demas compañeros suyos insistiendo en que se derogase la que adjudicaba el Consulado á solo los patricios precisaron al Senado á convenir en el nombramiento de tres Tribunos

militares para que gobernasen en lugar de los Cónsules con libertad de elegirlos entre los plebeyos ó patricios. La eleccion recayó en 311 en tres individuos de este último orden y los Tribunos con este ejemplo no insistieron en la continuacion, de modo que habiendo hecho los nombrados dimision en el mismo año y pocos meses despues de su nombramiento vino á restablecerse el Consulado sin contradiccion. El 312 con el nombre de Censores se crearon dos nuevos magistrados para que se ocupasen esclusivamente de la operacion del censo, que los Cónsules por la multitud de sus atenciones no podian realizar, porque ordinariamente la guerra (que era por decirlo asi el estado habitual de Roma) absorbía toda su atencion. El Censo como ya hemos indicado fue instituido por Servio Tulio. Debía hacerse cada cinco años, y cuantos ciudadanos contaban la edad de diez y siete estaban obligados á inscribir sobre un registro público, su edad, rentas, habitacion, su propio nombre, el de su padre y madre, el de su muger, sus hijos y el de sus libertos y esclavos. Por estos datos se graduaba su riqueza, y con arreglo á la evaluacion que de

ella se hacia, se fijaba la cuota de su contribucion. Mientras esta dignidad estuvo unida al Consulado, los Cónsules no vieron todo el partido que podia sacarse de una prerogativa tan preciosa, como ni los Tribunos, ni el pueblo á la organizacion de esta magistratura. Asi es que ni aun se pensó en disputarsela á los patricios. Mas luego que la censura se separó de la dignidad consular y tuvo que brillar por sí sola, se vió el poder á que podian elevarse aquellos á quienes se habia dado el derecho de fijar las contribuciones, y de apreciar las fortunas en un pais en donde estas determinaban el grado de la influencia política. Naturalmente el ejercicio de esta magistratura, que por desmembracion de la dignidad consular, por la universalidad de su accion sobre todos los ciudadanos patricios ó plebeyos, hombres públicos ó privados, por la magestad de que necesitaba rodearse para obligar á todos á comparecer y á hacerse respetar, no podia menos de ser por solo esto muy augusta, debia degenerar en lo que efectivamente fue á poco, es decir en una magistratura que aumentando ó privando de los derechos públicos honraba ó manchaba con sus

clasificaciones, y he aquí como poco á poco, extendiéndose al examen de las costumbres, se elevó á aquel grado de influencia que la hizo mirar como la primera dignidad de la república, como superior al Consulado. El censor árbitro de la honra ó de la infamia con el título de *Princeps senatús* nombraba el primero entre los Senadores, y con el de *Princeps Equitum* el primero entre los Caballeros. Con su silencio degradaba á los unos y otro tanto hacian con los otros privándoles de su caballo. Castigaba al que habia mostrado poco valor en la guerra, al que habia descuidado la cultura de sus tierras, contraido deudas, disipado sus bienes, ó al que sin causa legítima se mantenía en el celibato. Para esto tenia el derecho de transportar á los ciudadanos de una tribu á otra, de privarles del derecho de votar en las asambleas y hasta de servir en la guerra en cuyo caso no le quedaba al ciudadano ningun derecho, ni se le conocía sino para pagar los tributos (1). Como accesorio de su magistratura se arrogaron la facultad de dar las leyes suntuarias

(1) V. nota 12.a

rias tales como las leyes Fania y Licinia, tuvieron tambien la superintendencia de templos, caminos, edificios públicos, y arrendaron á los publicanos las rentas del estado. La importancia y la utilidad de esta magistratura está indicada por Montesquieu (1) en pocas palabras « Hai, dice, malos ejemplos que son peores que los crímenes, y mas estados han perecido por haber hollado las costumbres que violado las leyes ». Una revolucion ocurrida en Ardes atrajo á los Volscos sobre esta ciudad en el mismo año, mas el Cónsul Geganio cayó sobre ellos, los rodeó, los desarmó, los hizo pasar bajo el yugo y entró en Roma llevando delante de sí á Cluilio su general.

En 315 una hambre devoradora afligió á los Romanos, y sirvió de ocasion á los proyectos de un ciudadano rico llamado Melio, que se propuso corromper al pueblo con sus largezas y hacerse proclamar rei. Las medidas tomadas por el Senado hacen sospechar que Melio no trabajaba sin fruto en su proyecto. Se creyó necesario nombrar un dictador y nada menos

(1) Grandeur et décadence des Romains, cap 8.

que á un Cincinato que lo fue por segunda vez á la edad de mas de ochenta años. Citado Melio á comparecer en su tribunal excitó al pueblo contra los lictores, y Servilio Ahala general de la caballería le atravesó con la espada. El dictador aprobó, y sostuvo la conducta de su general. La casa de Melio fue arrasada y la plazuela donde estaba construida se llamó por eso *Equimelium*.

Al año 317 inmediato gobernaron la república tres Tribunos militares, sin que el pueblo se resolviese á nombrarlos sino del orden patricio, y la perfidia de los Fidenacios que excitados por los Veyentes se rebelaron contra los Romanos y aun degollaron á sus embajadores, quedó en el 318 inmediato castigada por una victoria obtenida bajo la dictadura de Mamercio Emilio en que Coso Tribuno de legion decidió la accion, matando y trayendo al campo romano los despojos de Tolumnio rei de los Veyentes siendo estos los segundos despojos ópimos que al lado de los de Rómulo se colocaron en el templo de Júpiter Feretrio.

Al leer estos primeros tiempos de la historia romana apenas se concibe como este pueblo agoviado por toda especie de calamidad no

ha venido á quedar exterminado en su origen. La peste alterna con el hambre, la guerra sucede á las dos y las discordias civiles llenan los pequeños intervalos de salubridad, paz ó abundancia cuando no se le juntan todas las plagas á un tiempo.

La peste puso de nuevo en 320 á los Fidenacios y Veyentes á las puertas de Roma, mas una victoria completa del dictador Servilio terminó la guerra con la toma de Fidenas.

En el año siguiente, pensando los Romanos que tendrian que sostener la guerra contra todos los pueblos de la Etruria, fue por la segunda vez nombrado dictador Mamerco Emilio. Los miedos de la guerra se desvanecieron, mas esta dictadura fue memorable por la lei que redujo á solo diez y ocho meses las funciones de los Censores, lei sin la cual mui pronto los Censores habrian sido Reyes, y de que Mamerco fue víctima llegando la injusticia de aquellos hasta reducirle á la clase de los de *ararium facere*. Por esta vez la ignominia recayó sobre los Censores mismos, y el pueblo no tardó en vengar tal injusticia nombrando á Mamerco Dictador por tercera vez en el año 329, en cuyo intermedio no

ocurrió cosa memorable sino la lei sobre los candidatos en el año de 23 y la famosa batalla obtenida en el 24 por el Dictador Postumio contra los Ecuos y los Volscos. La suerte no fue tan feliz al principio del año 29 contra los Veyentes por la mala inteligencia que reinaba entre los cuatro Tribunos militares que tenian aquel año el gobierno de la república, y de aqui la nueva dictadura de Mamercio que en diez y seis dias derrotó completamente á Fidenas que en lo sucesivo no volvió á salir de la dominacion romana; entró triunfante en Roma cargado de despojos y cual otro Cincinato renunció la dictadura.

Continuóse aun el año siguiente la eleccion de los Tribunos militares, y los cuatro nombrados lo fueron tambien del orden patricio. Se ve que el pueblo hacia justicia al mérito de un orden que entregado ya, por decirlo asi, á discrecion no podia ejercer otra superioridad que la que daban sus virtudes y talentos. Una nobleza corrompida ó fatua hubiera sido para siempre sepultada con la institucion de los Tribunos militares elegibles entre patricios ó plebeyos, mas lejos de que tal sucediese aunque en 331 se quejaron ya

agriamente los Tribunos de que ningun Plebeyo era nombrado, hasta el año 335 el pueblo continuó eligiendo siempre patricios. Ni limitó á esta sola dignidad su preferencia: otro tanto hizo con la Cuestura en el año 335 en que por una nueva lei los Plebeyos fueron declarados eligibles para esta dignidad. Los tribunos ya que nada podian contra Sempronio Atratino que presidia la asamblea en que se hizo aquella eleccion, desahogaron su rabia, acusando á su pariente Sempronio que en el año 32 fue desgraciado en la guerra contra los Volscos, y cuyas consecuencias habrian tal vez sido mui funestas al ejército romano sin la heroica intrepidez de Tempanio, que ocupando una altura sostuvo con un pequeño número el impulso de los enemigos, hasta el punto de hacerles dudosa la victoria, y tanto que creyendose vencidos durante la noche alzaron el campo, hallandose Tempanio á la mañana sin amigos ni enemigos.

Una conspiracion de esclavos descubierta por dos de ellos, y sofocada en su origen; la toma de Lavica por consecuencia del triunfo obtenido por el Dictador Servilio Prisco con-

tra los Ecuos, y el establecimiento en aquella de una colonia de mil y quinientos individuos á cada uno de los cuales se les distribuyó como una fanega de tierra ó cuatrocientos estadales; la muerte del Tribuno militar Postumio Regilense, á quien hizo tan odioso su duro natural y su conducta en la toma de Voles, y á quien mató á pedradas su propio ejército, ejemplo ináudito de rebelion y de indisciplina entre los Romanos, y que los Cónsules del año de 342 castigaron con la moderacion que exigian las circunstancias; la peste del año 43, el hambre de 44, y la guerra del 45 contra los Ecuos y los Volscos terminada por una victoria del Cónsul Valerio, todo esto alternado con la nueva disputa entre los Senadores y Tribunos sobre nombrar para el gobierno ó Tribunos militares ó Cónsules son, hasta esta época, los sucesos mas importantes que llenan el cuadro histórico.

En el año de 46 aprovechandose los Tribunos de un momento de mal humor del pueblo contra los patricios, lograron romper al fin la valla del respecto que hasta aqui les habia contenido, y fueron elevados á la cuestura tres plebeyos, y habiendose pasado el de 46

y 47 en hacer la guerra á los Volscos, y terminandose en 48 la tregua de 20 años acordada á los Veyentes de resultas del famoso triunfo de Coso y del Dictador Mamerco, el Senado en el de 49 para prepararse sin duda al sitio de Veyes emprendido en el inmediato, y hacer en lo sucesivo la guerra cual podia convenir para terminarla con la sumision ó por la ruina de los encarnizados enemigos que rodeaban á Roma, decretó que en lo sucesivo la infantería gozaria de un pre, que fue en el principio de dos óbolos (como cinco cuartos) medida que se extendió despues en el año de 52 á la caballería á quien segun Polibio se asignó el triple es decir seis óbolos.

Hasta aqui la guerra no podia tener otro carácter que el de expediciones pasageras; correrías que no podian producir nunca un estado permanente, ni permitian que un general se aprovechase de la victoria. Todo se reducía á devastar la campiña del vencido, y todo se terminaba á las puertas de una ciudad cuyo sitio podia exigir largos preparativos. El soldado romano que hacia la guerra á sus expensas no podia dejar por largo tiempo ó los campos que cultivaba ó el taller donde ganaba

su subsistencia, y he aquí porque el botín era recompensa de la guerra, y el pillage una necesidad de ella, mas despues que el soldado tuvo un medio de existir independiente de aquellos trabajos, el ejercicio militar se convirtió en una profesion permanente y la victoria produjo la conquista y la sumision del vencido. El dia en que el Senado dió este decreto firmó por decirlo así el de la futura grandeza de Roma.

El primer ensayo de la guerra hecha por este sistema, que como que no habia sido invencion de los Tribunos halló en ellos una fuerte pero inútil oposicion, fue el sitio de Veyes. Durante él y en el año 55 como ya hemos indicado obtuvieron en fin los plebeyos el último triunfo y fueron elevados al Tribunado militar. Era Veyes la ciudad mas populosa y rica de la Etruria. Así es que en varios sentidos puede decirse con Montesquieu que la toma de aquella ciudad fue una verdadera revolucion. En su dilatado sitio de diez años tuvieron los Romanos alternativas desagradables, no solo de parte de los sitiados, sino de los Faliscos y Capenacios que les hicieron una obstinada guerra. Cedió Veyes al fin, no pu-

diendo resistir á los talentos y al valor del Dictador Camilo, que al mismo tiempo que hacia un ataque falso á la muralla, rompió una mina y por ella penetró en la ciudad. El Senado habia anunciado por un edicto que acudiesen al ejército cuantos quisiesen tener parte en el botin. Veyes fue completamente saqueada y los habitantes que perdonó el furor del combate vendidos por esclavos. La toma de Veyes terrorizó á los enemigos de Roma. Los Ecuos, los Volscos y los Capencios pidieron la paz; solo los Faliscos continuaron la guerra que se terminó en el año de 61, sometiendose estos voluntariamente á Roma, vencidos por el rasgo de generosidad de Camilo que no quiso hacer uso de la perfidia de un maestro, que puso en su poder los hijos de los principales habitantes de Falerio.

Mas si la ocupacion de Veyes produjo al exterior tan brillantes resultados, dió ocasion al interior á dos grandes cuestiones terminadas al fin felizmente, pero despues de haber causado grandes agitaciones. Fue una de ellas el cumplimiento del voto hecho á Apolo por Camilo de la décima parte del botin de Veyes,

de cuyas resultas se envió á Delfos aquella copa de oro que cogieron los piratas de la isla de Liparis y que su gefe Timasites, sabido su objeto, respetó y devolvió, y que habia sido hecha despojandose las damas Romanas de todo el oro de sus joyas. La otra aun mas empeñada fue la promovida por los Tribunos para que la mitad del Senado y la mitad del pueblo se trasladase á Veyes que debia ser considerada como una única ciudad con Roma. El Senado, rebajando un tanto de su tono ordinario, obtuvo, si bien á duras penas, que se desechase el proyecto, convirtiéndole en el establecimiento de una colonia : mas el zelo que el gran Camilo mostró en promover lo primero y resistir lo segundo, excitó contra él el odio de los Tribunos y del pueblo, que no menos ingrato que injusto le condenó, acusado por aquellos. Camilo previniendo el resultado del juicio, salió de Roma y se retiró á Ardes, haciendo un voto ó imprecacion que á juzgar por lo pronto que se vió cumplida, se diria que habia atraido la colera del cielo sobre su mal aconsejada patria.

CAPITULO IV.

PERIODO 2º DE LA 3ª ÉPOCA.

Comprende el trascurso de ciento veinte y tres años desde la invasion de los Galos hasta la primera guerra púnica.

De la Galia Céltica una de las tres en que hemos dividido la Galia Comata, salió Breno con direccion á la Italia, donde ya desde los tiempos de Tarquino el soberbio Segoveso y Beloveso de la misma nacion habian formado establecimientos, siendo el primero fundador de Milan, y el segundo de Brescia y Verona ó segun otros de Cremona. Dícese pues que un habitante de Clusio llamado Aruncio resentido de sus conciudadanos, sabiendo la venida de aquel salió á buscarle y ponderando las riquezas de su pais y particularmente la excelencia de sus vinos, le excitó á apoderarse de él. Los habitantes de Clusio, sitiados por

los Galos invocaron el auxilio de los Romanos, que les enviaron embajadores, intimándoles que alzasen el sitio, y no habiendo sido la respuesta de Breno tan satisfactoria como estos querian, tuvieron la imprudencia de abusar del carácter de embajadores, penetrar las líneas de Breno, entrar en la plaza, y aun de ponerse á la cabeza de los sitiados. Breno quejandose de esto pidió por satisfaccion á Roma la entrega de los legados. El pueblo menos juicioso de lo que hubiera convenido á la salud de Roma, engreido con sus últimos triunfos, lejos de darles satisfaccion les dió por respuesta un nuevo insulto. Como tal debe mirarse la elevacion de los embajadores de Clusio al Tribunado militar. Los Galos irritados por esta conducta vinieron sobre Roma, y en la confluencia del rio Alia y el Tiber se dió la batalla que tomó el nombre del primero, y que podria llamarse mejor la fuga de Alia. Un terror pánico se apoderó de los Romanos, que se desbandaron enteramente sin que fuese posible detenerlos. Si los Galos, aprovechandose de la victoria, marchan sin detencion sobre Roma, ¿quien sabe si aqui habria concluido la historia de esta ciu-

dad famosa? Mas los hados, que segun las profecías de Virgilio y Ovidio la tenian destinada á un imperio eterno (1), hicieron que los Galos se entretuvieran con el botin durante tres dias, y dieron asi á Manlio y á la juventud Romana el tiempo de cerrarse en el Capitolio y á los desbandados y fugitivos el de volver con verguenza de su primera sorpresa y reunirse en Veyes.

Entraron los Galos en la desierta Roma, donde no habian quedado sino algunos Senadores ancianos que sentados en sus sillas Curules, y con todo el aparato de su dignidad esperaron al vencedor. Al principio la vista de estos respetables varones impuso respeto á los bárbaros; mas queriendo uno de ellos sin duda insultar ó mofarse del llamado Papirio, *aplanando* su barba en expresion de nuestra Vieja Traslacion de Tito Livio, Papirio le hirió con el baston ó cetro eburneo, uno de los ornamentos de su dignidad. Este suceso fué como la señal de deguello para todos los demas.

(1) His ego nec metas rerum, nec tempora pono.

VIRG. ENEID. LIB. 1º.

Cuique fuit rerum promissa potentia Tibrim.

OVID. METAM. LIB. 2º.



Camilo, que desterrado en Ardes vió á su pesar cumplido su funesto voto, excitando el valor de sus habitantes cayó sobre una fuerte division de los Galos é hizo ver cuan distantes estaban de ser invencibles. Los Romanos reunidos en Veyes arrepentidos de la injusticia con que le desterrarán, le llamaron y habiendo tenido medio de entenderse con los del Capitolio por aclamacion unánime fué Camilo nombrado Dictador.

No obstante como el mal sufrido era tan grave, como los bárbaros no carecian de valor ni Breno de talentos militares, fué necesario tiempo para restablecer la confianza y organizar el ejército.

Entre tanto los sitiados en el Capitolio y particularmente el impertérrito Manlio á cuya vigilancia y la de los gansos sagrados de Juno se debió la conservacion de aquel segun los historiadores romanos (1), habian hecho inútiles los esfuerzos de los sitiadores, no pudiendo resistir á la hambre devoradora trataron de capitular, y los bárbaros que por su parte como bloqueados por Camilo sufrían

(1) V. nota 14.



casi no menos penuria convinieron en ello. Estabase ya en la entrega de la cantidad convenida, cuando Camilo se presentó, sosteniendo que siendo él Dictador ningun tratado podia hacerse sin su anuencia, y que él no admitia otro que el de la suerte de las armas. La victoria le fue segun Tito Livio (1) tan favorable que no quedó un solo Galo de tan poderoso ejército; el Capitolio se vió libre á los siete meses de sitio y Camilo entró triunfante en la ciudad, y recibió en ella el merecido título de segundo fundador de Roma.

Habia esta sido arruinada é incendiada por los Galos, y con este motivo, y á pesar de la resistencia de Camilo, volvieron los Tribunos á agitar ahora con razon mas plausible la discusion anteriormente suscitada sobre trasladarse á Veyes. Los motivos de religion y la expresion casual de un centurion, que durante la deliberacion atravesaba la plaza pública para montar la guardia, sirvieron como de oráculo al Romano naturalmente supersticioso, decidieron la cuestion y en menos de un año se vió reedificada la ciudad inmortal.

(1) V. nota 15.

Desde 365 hasta el año de 90 en que la peste (1) puso un término á los cansados años de Camilo, la historia de Roma casi no es mas que la historia de este hombre célebre.

En estos 25 años Dictador ó Tribuno militar, estuvo casi constantemente al frente de la república, y la suerte de los ejércitos fue, por decirlo así, la de un triunfo continuo en las repetidas ó mas bien no interrumpidas guerras que suscitó á Roma la obstinacion de sus vecinos; triunfo coronado al fin en 388 » por una segunda victoria contra los Galos, que para vengar su primera derrota llegaron con fuerzas mui terribles hasta el Anio ó Teveron, y á que se siguió la toma de Velitre. La invasion de los Galos suspendió la encarnizada discusion acerca de las leyes propuestas por los Tribunos Licinio y Sextio y favorecidas por Fabio Ambusto que por contentar á una de sus hijas se propuso trabajar en favor del orden plebeyo. Habian estas leyes de tal manera encendido la discordia, que por espacio de cuatro años estuvo Roma como en la anarquía y sin Cónsules ni Tribunos mili-

(1) V. nota 16.

tares, porque los Tribunos Licinio y Sextio oponian á las elecciones su terrible *veto* en venganza de aquel que oponian á sus leyes sus compañeros ó ganados ó persuadidos por el Senado. Las proposiciones que en el año de setenta y nueve hicieron y sobre que insistian aquellos Tribunos eran terribles. La primera relativa al pago y extincion de las deudas con que los plebeyos se veian abrumados no era tan fuerte como la segunda, por la que se trataba de prohibir que ningun ciudadano poseyese mas de doscientas cincuenta fanegas de tierra y que el que excediese de este número, perdiese el excedente que se adjudicaria á los pobres que nada tenían. Una y otra eran dos variaciones de la lei Agraria y de las disputas que produjeron la retirada al Monte Sacro y de resultas la creacion del Tribunado, dispuestas acaso entrambas por los Tribunos para facilitar el éxito de la tercera en virtud de la cual en el mismo año de 388, y siendo Camilo Dictador por la quinta vez, lograron al fin los Tribunos completar su triunfo á pesar del influjo y de la resistencia de este, que no menos prudente en las discusiones deliberativas, que valiente

y denodado en el campo de batalla, cuando vió agotados todos los medios de una discreta oposicion, él mismo proclamó la lei que autorizaba al pueblo à escoger entre los dos Cónsules uno del órden plebeyo. Desde este momento cesó el Tribunado militar y empezó de nuevo el Consulado, interrumpido hacia mas de veinte años. En esta ocasion y por voto suyo se acordó edificar un templo á la Concordia. El triunfo sobre sí mismo, esta victoria tan difícil que consiste en saber ceder, fué una de las virtudes con que acabó de honrarse este grande hombre imitado de tan pocos por su moderacion y que en las demas calidades no cede á ninguno de los mas célebres.

Sus virtudes ni ofendieron ni fueron funestas sino á los enemigos de su patria y al desdichado Manlio, al heroe del Capitolio, en quien la gloria de Camilo engendró la ponzonosa envidia. No alcanzaron á templar el ardor de esta pasion funesta, ni el Consulado, ni la distincion de tener una casa sobre el Capitolio; y el deseo de ser el primero le hizo perder la gloria de ser el segundo, reduciéndole á la infamia de ser el último de sus conciudadanos, si cual dicen los historiadores

romanos (1) conspiró contra la salud de su patria. Ello es que en el año de setenta y uno, acusado por los Tribunos de sedicioso y calumniador, por juicio del pueblo fue precipitado de la roca Tarpeya, viniendo á ser el teatro de su fin trágico casi el mismo que lo fuera tambien de sus primeros laureles.

En el mismo año de 389 se creó una nueva magistratura como para recompensar al Senado del sacrificio hecho admitiendo los plebeyos al Consulado. Los Senadores por la ereccion de la pretura tiraron á reservarse exclusivamente la administracion de justicia, haciendo una nueva desmembracion de la dignidad consular, ya que se veian precisados á dar á las plebeyos una participacion en ella. Este magistrado casi consular á quien se dió el nombre de pretor, era elegido por el pueblo en los comicios centuriados, bajo los mismos auspicios que los Cónsules; vestia como ellos la púrpura, é iba precedido de dos lictores dentro de Roma, y de seis en las provincias. En ausencia de los Cónsules era el presidente del Senado, y el primer magistrado de

(1) V. nota 17.

Roma, y como tal podia convocar los comicios, pero su principal atribucion era el ejercicio de la autoridad judicial. La pretura hasta el año cuatrocientos diez y ocho y el cargo de los jueces que formaban el tribunal del pretor hasta los tiempos de los Gracos ó la lei Sempronia no salieron del órden senatorio. El pretor para juzgar las causas reunia su tribunal, y entre los jueces nombrados para ejercer la judicatura durante el año sorteaba los que debian tomar parte en cada uno de los litigios. Discutidos estos, el pretor hacia repartir á los jueces tres tabletas con una *A* para expresar el voto de absolucion, con una *C* para el de condenacion, y con *N L* para el *Non Liqueat*, y segun el resultado de la votacion el mismo pretor pronunciaba la sentencia por las fórmulas *Videtur fecisse*, ó *non videtur fecisse*, si la cuestion era de hecho, ó el *Jure videtur fecisse*, ó *non Jure videtur fecisse*, si de derecho, y el *Amplius cognoscendum*, si por falta de datos bastantes se exigia nueva instruccion. Lo que hizo mas respectable y augusta la dignidad del pretor fue que á título, ó de fijar las fórmulas del procedimiento en los negocios ó de explicar las leyes

y en ambos casos de hacer conocer los principios por que se proponian fallar los litigios, se arrogaron una parte del poder legislativo. Al empezar su magistratura fijaban un edicto, que se llamaba *Album prætoris*. En los tiempos de Adriano el gran jurisconsulto Salvio Juliano tio del emperador Juliano formó una coleccion ordenada de los edictos de los pretores, y la publicó con el nombre de *Edictum perpetuum* ó *Jus honorarium* que es como se llamaban las disposiciones ó decretos de aquel magistrado, y que insertas en los códigos generales han hecho de este edicto perpetuo ó *Jus honorarium* una de las fuentes mas abundantes del derecho civil.

En el año de 88, con ocasion de la concordia celebrada entre el Senado y el pueblo fueron creados los ediles curules ó del orden patricio por haberse resistido los del pueblo ó plebeyos (1) y ofrecidose los jóvenes patricios á costear la celebracion de los grandes juegos que se hacian á expensas de los ediles y eran costosísimos, y desde aqui en adelante corrieron por su cuenta segun parece. Desde este tiempo este cargo se elevó à la clase de una

(1) V. nota 18.

de las mas distinguidas magistraturas, y sirvió como de escalon para la pretura. Sus atribuciones en general eran todas las que pueden referirse à la policia urbana, mas poco á poco fueron extendiendo los límites de su poder hasta ejercer una autoridad casi pretoria. Tuviron como el pretor su edicto ó *Album*, y dictaron sus leyes cual parece del título 21 del Digesto *De Edicto edilitio* en que los jurisconsultos Ulpiano, Pomponio, Paulo y otros se ocupan de aplicar y comentar el edicto *Ædilitium curulium*.

A los años 88, 89 y 90 memorables por todos los acontecimientos referidos sucedió por algun tiempo la tranquilidad interior y exterior no perturbada hasta la guerra con los Hernicos en el año de 93 en que se desgració el Cónsul Genucio el primero de los plebeyos que habia mandado en gefe y cuyo descalabro con gran confusion de los Tribunos fue reparado por la victoria del Dictador Apio Claudio nieto del Decemviro.

Sucedió á esta guerra en el año de 94 una nueva invasion de parte de los Galos y fue aquella en que el célebre hijo de Manlio el Imperioso, ya conocido por su rasgo filial con-

tra el Tribuno Pomponio, venció en combate singular á un Galo de una enorme talla y acaso reputado por el mas valiente en el ejército, pues su vencimiento produjo el miedo de los bárbaros que de resultas se retiraron desbandados, no queriendo admitir la batalla. Desde entonces tomó Manlio el sobrenombre de Torcuato habiendo dado ocasion á ello el haberse adornado despues de la victoria con el collar ó torques de su adversario. Sin embargo como el triunfo de los Romanos en este suceso habia sido en el fondo de tan poca consecuencia, al año siguiente, volvieron los Galos á la lid, y si bien fueron rechazados, no bastó esto aun para escarmentarlos, pues que en el año de 97 parecieron otra vez y por una victoria que obtuvo el Dictador Sulpicio casi comparable con las del gran Camilo aumentaron las glorias del pueblo romano.

Con esta leccion los Salos dejaron por algun tiempo de inquietar á Roma, mas no los Hernicos, los Faliscos, los de Tarquinia, los Privernacios ni últimamente los Etruscos contra quienes en el año de 99 fue por primera vez nombrado un Dictador plebeyo, ejemplo despues del cual nada les quedó á los Tribunos

que invadir en cuanto á dignidades, sin que la primera dictadura plebeya fuese de tan aciago anuncio como el primer consulado, pues por el contrario el Dictador Marcio Rutilo obtuvo una victoria insigne sobre los enemigos y fue coronado con un triunfo en que solo intervino el decreto del pueblo.

Dos sucesos importantes hacen notables el año anterior de 98. El primero es la lei que fijaba la usura ó rédito del dinero (1) á uno por ciento al año, y la otra la tentativa del Cónsul Cenio Manlio de trasferir el poder legislativo al ejército proclamando una lei para contener la frecuente manumision de los esclavos. El Senado aprobó esta lei ó porque la creyese necesario, ó porque contase con sacar partido de este ejemplar, mas los Tribunos, cuidandose poco del fondo de la lei, y reparando solo en lá violencia del modo, que venia á poner la libertad del pueblo entre las manos de un general, prohibieron con pena de la vida que el pueblo pudiese reunirse fuera de la ciudad ni de otro modo que á la presencia de sus magistrados.

(1) *Fenus unciarium*.

La creacion de un Dictador plebeyo produjo sin duda en el Senado una reaccion á que se deberia acaso el nombramiento de dos Cónsules del orden patricio en el año de 400, sucedida por otra semejante en 401, y 402 á pesar de la resistencia de los Tribunos, pero que cesó en 403 en que despues del nombramiento de once Interreges (1) el Senado tuvo que ceder al fin y la lei Licinia se puso de nuevo en ejecucion, siendo nombrado por segunda vez Cónsul el mismo Marcio Rutilo que habia sido Dictador en 399.

Grande habia sido la crueldad de los de Tarquinia cuando en el año de 397, sacrificaron á un odio brutal trescientos y tantos soldados de Roma que puso en sus manos la suerte de una batalla, pero aun fue mas cruel la venganza de los Romanos. En 401 en que Fabio Ambusto por tercera vez Cónsul venció á los de Tarquinia, todos los prisioneros fueron pasados á deguello en el campo de batalla reservandose trescientos cincuenta y ocho de los mas principales que fueron enviados á Roma para ser azotados y decapitados en ella.

(1) V. la nota 19.

No anduvieron tan crueles con los Cérites, y en memoria del antiguo servicio cuando en la primera invasion de los Galos les admitieron y conservaron los objetos de su culto, les perdonaron ahora la parte que habian tomado en favor de los de Tarquinia.

El mismo Marcio Rutilio, que habia entre los plebeyos obtenido el primero la Dictadura, se presentó de candidato y obtuvo á pesar de la resistencia de los patricios la Censura cuando en 404 por las alternaciones que habia sufrido la fortuna de los particulares se sintió la necesidad de hacer un nuevo censo.

Al año siguiente olvidados de sus últimas derrotas y deseosos de repararlas volvieron los Galos de nuevo á empeñar la guerra, y el Cónsul plebeyo Popilio Lenas hizo por una victoria considerable olvidar las malas impresiones que en semejante caso habia dejado la derrota de Genucio, mas no por eso dejaron aquellos de volver en 406, en que al mismo tiempo varios piratas griegos (1) infestaron las costas de la Italia. De uno y otro mal libertó

(1) Se cree que fuesen de la Sicilia. Los Atenienses por este tiempo estaban demasiado ocupados contra Filipo.

á Roma el valor de Valerio Corvino (1), primero en la batalla en que no siendo aun sino Tribuno de legion mató en combate singular á un Galo, y semejante á Torcuato decidió de la victoria, y despues siendo Cónsul á los veinte y tres años de edad por diferentes maniobras con que obligó á los piratas á embarcarse de nuevo, y buscar en su elemento una superioridad que no podian disputar á los Romanos en el suyo. De resultas de aquella victoria los Galos, retirandose á la Apulia, dejaron de inquietar á los Romanos hasta el año de 57, como diremos en su lugar.

En los diferentes y repetidos consulados de Manlio Torcuato, Valerio Corvino, y Marcio Rutilio y hasta el año de 412, en que bajo el tercer consulado del segundo empezaron las sangrientas guerras de los Samnitas, todo se redujo á varios triunfos obtenidos sobre los Volscos, los Antiatas y los Aruncos. Mas desde

(1) El cuento del cuervo que refiere el crédulo Tito-Livio y que dió aquel nombre á Valerio, deberia su origen acaso al vuelo casual de algun cuervo, que la supersticion grosera de aquellos tiempos interpretó favorablemente, y que la tradicion exasperó despues.

este año en adelante empieza para Roma una nueva serie de encarnizadas batallas contra uno de los pueblos ó sea tribus mas valientes de la Italia.

Habitaban los Samnitas el pais que hoi llamamos el Abruzo. La ambicion ó la necesidad de extender sus posesiones les hizo acometer á los Sidicinos, pueblo vecino que interesó en su defensa á los de Capua poco á propósito para medirse con aquella belicosa nacion. El resultado correspondió á lo que podia esperarse del Capuano afeminado y del duro y aguerrido Samnita. Pusieron estos á Capua en tal aprieto que no creyó poderse sustraer á la cólera del sitiador por otro medio que el de someterse como lo hizo por sus embajadores á Roma, rogando se la considerase como una porcion del territorio romano. Roma, que desde el principio pareció presentir su futura grandeza, no podia desaprovechar la buena coyuntura de hacer la adquisicion preciosa de los fértiles campos de la hermosa Capua. La guerra se declaró y el Cónsul Valerio sobre Capua y Suesula obtuvo contra los Samnitas un triunfo repetido, miéntras su cólega Cornelio Coso encerrado al principio en una

mala posicion y desembarazado de ella por el valiente Decio, nuevo Tempanio, convirtió el peligro en gloria, é hizo con el triunfo olvidar su primera indiscrecion. Los Samnitas vencidos pidieron la paz, y con ella la libertad de seguir sus diferencias con los Sidicinos. Quisieron estos someterse á Roma como los Capuanos, mas el Senado aceptando la paz ofrecida por los primeros se resistió á la proposicion de los segundos. La verdadera razon era sin duda el deséo y el interes político que podia haber en alejar la guerra contra los Samnitas, para que no viniese á acumularse con la de los Latinos, inevitable supuesto el descontento, las pretensiones y la actitud hostil que ofrecian los pueblos del Lacio cansados, á lo que parece, de sufrir la superioridad de los Romanos. Esta disposicion despues de varias embajadas inútiles vino al fin á parar en un rompimiento, á que sucedió una guerra sangrienta de los Latinos, los Sidicinos, los Volscos, los de Ancío y aun los Capuanos contra los Romanos, terminada en 417 por la sumision absoluta de todos estos pueblos. Brilló en esta ocasion la virtud de Roma que despues de haber puesto á sus pies

por señaladas y costosas victorias á todos sus enemigos inmediatos, á propuesta del Cónsul Camilo les dictó una lei generosa, elevándolos á casi todos ellos al honor de ciudadanos romanos, contentándose por via de ejemplo con castigar en Túsculo á algunos particulares, con demoler los muros de Velitre, establecer en ella una nueva colonia, y enviar otra á Ancio, concediendo á los antiguos habitantes el derecho de permanecer en la ciudad, pero privándoles de sus barcos, conduciendo uno á Roma, y desbaratando los otros cuyos espolones ó tajamares, traídos á la ciudad y puestos por ornamento en la tribuna desde donde se arengaba al pueblo, hicieron que esta se llamase en lo sucesivo *Rostra*.

En esta guerra fue cuando el feroz Manlio hizo matar á su hijo por haber infringido la ordenanza militar, peleando sin licencia contra Mecio general de los Tusculanos que retaba é insultaba el campo romano. Sea lo que quiera de la importancia en mi concepto exagerada que como útil para mantener la severidad de la disciplina dá Montesquieu á este rasgo de barbarie, plausible fue el noble sentimiento, el justo horror que hizo que la juven-

tud romana no quisiese salir á recibirle y nunca podrá sostenerse que sea verdaderamente útil, lo que es esencialmente atroz. Aun admitiendo que la pena no fuese desproporcionada é injusta contra el que espontáneamente infringiese la lei, la mas estricta justicia, el interes mismo de la gloria militar, á que la disciplina se ordena, pedia que se hiziese una diferencia entre el agresor y el ofendido, entre el retador y el retado, y que á solo el primero se limitare la inteligencia y aplicacion de la lei. En todas ellas debe darse por entendido, y tenerse por dicho, sobre todo cuando su oscuridad ó su silencio lo permiten, quanto es necesario para que no sean irritantemente injustas, y en mi opinion no solamente no puede ser útil sino que no puede menos de ser pernicioso en sus efectos un ejemplo que la conciencia pública reprueba. La opinion en este caso no fue equívoca, ni dudosa, y la posteridad confirmó el juicio de la juventud romana. *Leyes manlianas, castigos manlianos* fueron en lo sucesivo una especie de proverbio, con que se designaron cuantas disposiciones y penas condenan la humanidad y la justicia por excesivas

y feroces. En esta misma accion fue donde el noble, el virtuoso Decio, verdadero Codro romano, pereció víctima de su patriotismo, si bien para satisfacer á una vana supersticion, á un falso agüero que atribuia la victoria al general que quisiese ofrecer á la patria su vida en sacrificio.

Durante esta guerra y bajo la dictadura del plebeyo Publilio Filon se renovó la lei que daba á los plebiscitos la fuerza de lei general, y se estableció que uno de los dos Censores que se nombraban, fuera plebeyo. El mismo Filon al año siguiente fue nombrado Pretor.

Desde aqui en adelante marcharemos á paso mas largo en la historia de Roma. La naturaleza de unos elementos de historia general no permite que nos detengamos á referir todas las hazañas militares de sus intrépidos guerreros, todos los triunfos de sus invencibles legiones. Durante su penosa infancia y trabajosa adolescencia, la marcha ha debido y podido ser mas lenta. Reducida á un pequeño recinto ha sido hasta aqui fácil referir todos sus sucesos. Apenas nacida, y luchando sin cesar con una obstinada contradiccion, todos ellos eran de la primera importancia

como que en todos ellos la resolucion debia ser la muerte ó el triunfo, el exterminio ó la victoria. Por otra parte su propia constitucion, los debates deliberativos que la acompañaron, sus magistraturas, sus primeras leyes, todo en estas primeras épocas es interesante. Como en la vida del hombre todo depende de las primeras impresiones, su debilidad ó su energía, su actividad ó su fuerza, su índole, su genio, sus gustos dominantes, asi en la vida de las naciones de todo decide el impulso primitivo de las instituciones sobre que se constituyen, y en esta época de su historia nada hai que no sea esencial, interesante. Hasta aqui Roma no ha hecho sino nacer y conservarse, descuajar por decirlo asi el terreno donde debia establecerse: en lo sucesivo empieza á engrandecerse á pasos de gigante.

La paz con los Samnitas no habia sido sino una tregua necesaria entre los contendientes, y que no podia ser de larga duracion entre dos pueblos belicosos y contiguos, forzados á extenderse por la necesidad de su multiplicacion, y en un tiempo en que el valor era el único camino de la celebridad y del mando; el pillage, el saquéo y la esclavitud todo el

derecho público de la guerra, y el botin e medio mas fácil, mas rápido y aun mas honroso de hacer fortuna. Rompieronse pues de nuevo las hostilidades, y empezó una guerra sangrienta de setenta años en la que los Samnitas fueron constantemente vencidos y los Romanos vencedores.

La verguenza sufrida en las gargantas de Caudio pudo lisongear un tanto al amor propio del general de los Samnitas (1), pero no aumentó su poder y lejos de que disminuyese la fuerza de su enemigo, no sirvió sino para inflamar á los Romanos con el deseo de lavar aquella mancha, y aun el mismo Cónsul Postumio ofreciendose en expiacion supo convertir su desgracia en gloria, y su infortunio sirvió para que brillasen mas los rasgos sublimes de su virtud y patriotismo.

Con esta guerra se acumuló la de los Etruscos no menos sangrienta y de casi no menos duracion, y que acabó en 470 por la sumision completa de la Etruria. En una de sus acciones en el año de 457, en que estaban reunidos con los Samnitas fue en la que el

(1) Poncio.

célebre Decio Mus viendo dudoso el éxito del combate, y despues de las ceremonias de costumbre semejante á su padre se ofreció por víctima á la diosa de la tierra, y á los manes (1) y comunicando á los Romanos aquella confianza que inspira la exaltacion religiosa, aseguró un triunfo en que quedaron sobre el campo de batalla veinte y cinco mil hombres muertos y en que los Romanos hicieron ocho mil prisioneros, número casi igual al de su pérdida.

Sometida la Etruria, la victoria sobre los Samnitas, los Lucanios y los Brucios que auxiliaban á los primeros no hubiera sido de tan larga duracion, si los de Tarento colonia griega fundada por los Lacedemonios, y primera ciudad de la Yapigia no hubiera tomado parte en la querella y atraido sobre la Italia un guerrero formidable de quien hemos hablado en la historia griega: el célebre Pirro rei de Epiro.

Seis años duraron sus expediciones sobre la Italia, desde 471 en que vino hasta 477 en que salió de Tarento, y á tres se reducen las

(1) V. nota 20.

famosas batallas que sostuvo contra los Romanos. En la primera sobre el Siris ó Liris en 472 contra el Cónsul Levino entre Heraclea y Pandosia, despues de una lucha obstinada en que la victoria andaba indecisa, la vista de los elefantes asustó á los Romanos, desordenó sus legiones y dió á Pirro un triunfo costoso como él decia cuando exclamaba « á este precio una victoria mas y soi perdido. »

El resultado de esta accion trajo á Pirro hasta Preneste ó Palestrina que estaba á siete leguas de Roma, mas bien pronto tuvo que retirarse á Capua y de allí á Tarento. En esta ocasion fue cuando el Cónsul Fabricio asombró á Pirro no solo por sus talentos militares, sino por su impavida serenidad, cuando quiso asustarle con la aparicion repentina de un elefante; por la austeridad de sus virtudes, despreciando sus dones, y por su generosidad, avisándole de los pérfidos proyectos de su Médico.

En la segunda accion contra Pirro dada en la Apulia sobre Asculo la victoria quedó ya indecisa á pesar de los elefantes, y en el sentido de Pirro debió mirarse como una verdadera derrota para él, pues que le costó lo me-

por de sus tropas, pérdida que no le era posible reparar. Así fue que en la tercera acción dada sobre Benevento por el Cónsul Curio en 477, en que ya los Romanos habían descubierto el medio no solo de defenderse sino de espantar á los elefantes con flechas inflamadas, estos fueron los que mas contribuyeron á desordenar las falanges de Pirro y á dar una victoria tan decisiva á los Romanos, que á duras penas pudo aquel salvarse con un pequeñísimo número de soldados de caballería. Esta batalla decidió de la suerte de la Italia entera. Por consecuencia de estos sucesos, Pirro abandona á Tarento y sus locos proyectos sobre la Italia, que en vano había querido combatir el filósofo y elocuente Cineas bajo el segundo consulado de Papirio *Cursor* ó corredor tan célebre por sus victorias contra los Samnitas: entregase á los Romanos aquella ciudad opulenta con preferencia á los Cartagineses que bloqueaban su puerto; terminase la guerra con los Samnitas, los Lucaníos y los Brucios, y por la sumisión de Salento y de la Umbria en 484, la Italia entera queda pacificada y sometida á la irresistible Roma.

En el año anterior aumentadas ya las rique-

zas de los Romanos se empezó á acuñar moneda de Plata.

El curso de las victorias y los triunfos de Roma no nos ha permitido detenernos y nos ha hecho pasar en silencio el nuevo golpe dado á la nobleza patricia ó de familia, que acabó de popularizar el gobierno, substituyendo á aquella nobleza puramente de sangre la del mérito y la dignidad. Cayo Flavio hijo de un liberto y elevado á la dignidad de edil curul contra el voto de la nobleza en 447 publicó una coleccion que contenia las fórmulas con que debian intentarse y seguirse las acciones judiciales, y celebrarse todos los actos y contratos que pedian cierta solemnidad. Hizo ademas público todo lo relativo á los dias fastos y nefastos, ciencia hasta entonces misteriosa, poseida esclusivamente por los pontífices que eran patricios, y en virtud de la cual ejercian una grande influencia en las deliberaciones y negocios públicos, y gozaban de una respetuosa consideracion. Esta coleccion tomó de su autor el nombre de Código Flaviano. Fueron los Romanos grandes formulistas, y tanto que á la escrupulosa observancia de estas formulas y á sus

apices estaba vinculada nada menos que la fuerza legal ó nulidad de todos los actos. De ellas dijo Quintiliano, definiéndolas *cum si uno verbo sit erratum tota causa cedicisse videamur*. Eran pues estas fórmulas con relacion á los negocios contenciosos, y demas actos de jurisdiccion voluntaria lo que entre nosotros el estilo forense, tramites y práctica de los juizios, y de este modo los patricios venian á poseer esclusivamente cuanto fue despues patrimonio libre de jurisconsultos tabeliones y causídicos. Estaban pues apoderados de todo el poder judicial, mientras que por otra parte por la misteriosa ciencia de sus dias *fastos*, *profestos*, *intercisos*, *comiciales*, *preliares*, etc., influian sobre las asambleas públicas, la paz y la guerra. En todos los gobiernos las fórmulas son una fuerza poderosa de los estados, y los depositarios de ellas forman clases mui consideradas é influentes. Cuan grande pues no debia ser la que estas ejerciesen en una nacion en donde todo dependia de ellas, y en que amalgamandose con la religion hazian parte del sacerdocio, é inspiraban asi un respeto religioso! No sin razon, segun refiere Plinio (1), los Senadores in-

(1) Lib. 33, Hist. nat.

dignados con la publicacion de este código arrojaron sus anulos. « *Quo facto, tanta senatus indignatione exarsit, ut annulos ab eo obiectos fuisse in antiquissimis reperiatur annalibus.* » Este código ó coleccion no ha llegado hasta nosotros, mas si una grande parte de estas fórmulas que el célebre presidente Brisson de los tiempos de Enrique IV ha reunido en su obra *de formulis et solemnibus*, utilizando los trabajos de otros varios antiquarios, que le precedieron.

CAPITULO V.

Periodo tercero de la tercera época, desde el principio hasta el fin de las tres guerras púnicas.

La duracion de este período es de ciento diez y nueve años y ademas de las guerras púnicas, contiene las que los Romanos sostuvieron contra Filipo y Perséo y contra Antíoco en Asia; y las que hizieron en la España y en Grecia hasta la ocupacion de Corinto y ruina de Cartago.

Antes de comenzar la historia de la primera guerra púnica es indispensable dar una ojeada aunque rápida sobre la historia de Cartago, su origen, sus épocas principales, su gobierno y la ocasion en fin que produjo ó sirvió de pretexto á su funesta rivalidad con Roma.

Cartago de Africa (1) fue fundada como á

(6) A diferencia de la *Carthago Vetus* de la España Tarraconense, y de la que Asdrubal edificó en la Betica conocido con el nombre de *Carthago Nova*, hoy Cartagena.

seis leguas de la actual Tunez por una colonia de Tiro que no era la primera que habia venido á edificar sobre esta costa, pues parece cierto que para cuando la célebre viuda de Siquéo, huyendo de su cuñado el parricida Pigmalion, vino con sus riquezas á desembarcar en las costas de Africa ciento y tantos años antes de la fundacion de Roma y mas de ocho siglos y medio antes de J.-C., ya otra colonia tiria tambien habia fundado á Utica famosa por la muerte del segundo Caton.

La situacion geográfica de Cartago estaba determinando la naturaleza de su riqueza y poder y convidándola por decirlo asi con el tridente de Neptuno. Situada tan ventajosamente en el centro del Mediterraneo parecia destinada como lo vino efectivamente á ser, para servir de centro de relaciones, de medio de comunicacion, que uniendo el Oriente con el Occidente, permutase entre los dos sus mas preciosas producciones. Asi es que las naves Cartaginesas en los tiempos gloriosos de esta famosa república, mientras que por una parte iban á tomar del Egipto sus linos, y su papel velas, y cordages; de las costas del Mar-Rojo y del golfo Pérsico el incienso, los aromas,

las especerías, las gomas, el oro y las perlas; de Tiro la escarlata y la púrpura, sus ricas telas, sus tapicerías y muebles preciosos, por otra costeano el Occéano occidental, de los puertos de las Galias de las Islas Británicas y del Báltico trasportaban al Oriente el hierro, el plomo, el cobre, el estaño y el ambar y disponían de todas las riquezas de la España. Por una consecuencia de su situación el mar fue su elemento, el comercio la dió toda su fuerza y como hasta ahora ha sucedido con todas las potencias de esta clase « su grandeza no podía ser de larga duración » (1). Su preponderancia terrestre no podía menos de ser efímera. Mal podía ejercerla largo tiempo sobre las otras, quien fundándola toda, ó sobre el sueño de los vencidos ó sobre su opulencia corruptora, tenía tan mal segura su propia existencia política. El Cartagines, conquistador por avaricia, miraba la guerra como una especulación; pagaba con su oro tropas mercenarias prontas á la desercion y en ellas libraba su seguri-

(1) Les puissances établies par le commerce peuvent subsister long-temps dans leur médiocrité; mais leur grandeur est de peu de durée. Montesquieu : Grand. et décad.

dad. Roma se defendia con sus ciudadanos, y conquistadora por orgullo ponía su gloria en el triunfo. Agotóse al fin el oro de la primera: la virtud, la constancia, la fuerza y la pobreza son inagotables. (1) Así es que el éxito entre las dos rivales no podía ser dudoso. Sostenida la una por la fuerza de sus instituciones, todo se refería á estas; todo se hacía por ellas y los triunfos de Escipion eran los triunfos del Senado y del pueblo romano; mas corrompida la otra por el principio mismo de su grandeza, Tesino, Trebia, Trasimeno y Canas no son sino los triunfos, la gloria de Anibal.

A tres épocas principales podemos reducir la historia de Cartago. La primera de cuatrocientos y tantos años desde su fundacion hasta la invasion de la Sicilia. La segunda de doscientos y tantos, desde la invasion de la Sicilia hasta su rompimiento con Roma, y la tercera desde este hasta su destruccion por Escipion el grande.

Pasó Cartago la mayor parte de la primera época en aquel estado de mediocridad en que

(1) Montesquieu, *Grand. et décad.*

segun el autor del Espiritu de las Leyes ya citado pueden subsistir largo tiempo las naciones, cuya principio de prosperidad es el comercio.

Estendió pues poco á poco sus líneas la antigua fortaleza de Birsa (1), y á su sombra se levantó la rica y populosa Cartago. Siglo y medio despues de su fundacion, como hemos indicado en el cuadro cronológico, sintiendo sin duda la necesidad de establecer para el comercio escalas de navegacion y puntos de aguada, empezaron los Cartaginenses á hacer excursiones sobre las islas del Mediterraneo. Se apoderaron primero de Ebuso; se establecieron en Gades un siglo despues; ocuparon la isla de Cirnos y como á fines de esta época la España y la Cerdeña, habiendose hecho ya por este tiempo tan formidable su poder y su influencia, que cuando el soberbio Jerjes se preparaba á invadir la Grecia, y creia tener á sus pies el universo entero, no se desdeñó de buscar su alianza, considerándoles sin duda como los únicos que podian atravesarse el carró de sus triunfos.

(1) Surgentemque novæ Carthaginiæ arcem
Mercatiquè solum facti de nomine Byrsam. VIRG.

En esta alianza de Jerjes empieza la segunda época en que los Cartagineses, que á la expulsión de los Tarquinos ocupaban ya algo de la Sicilia segun resulta del tratado que celebraron con los Romanos (1), en ejecución de lo convenido con Jerges trataron de invadir y ocupar toda la Sicilia é inquietar las colonias griegas en Italia, obligándolas así á pensar en supropio peligro para que no acudiesen al socorro de su metrópoli.

El dia mismo de la batalla de las Termopilas, y siendo Gelon rei de Siracusa, se dió en Sicilia una menos celebrada, pero mucho mas sangrienta en que los Cartagineses quedaron tan completamente derrotados y escarmentados que en ella terminó esta tentativa de invasion, no renovada hasta setenta años despues en que los mismos enviaron de nuevo con un poderoso ejército á Anibal nieto de Amilcar que fue quien mandó la primera y que murió delante de Himera. Fue este mas feliz que su abuelo, y se apoderó de Selinunte y despues de Himera, donde por una crueldad horrosa creyó aplacar los manes de aquel.

(1) Es el que refiere Polibio y de que ya hemos hecho mencion.

Tres años despues Imilcon de la misma familia tomó á Agrigento, y terminó la guerra con Dionisio el antiguo, rei de Siracusa con las condiciones siguientes : « Que los Cartagineses ademas de sus conquistas antiguas conservarían el pais de los Sicанийos, sus nuevas adquisiciones de Selinunte, Himera y Agrigento y el de Gela y Camarina ó Hiperia, cuyos habitantes podrian permanecer en sus ciudades respectivas á condicion de ser desmanteladas y de pagar un tributo á los Cartáginenses : que los Leontinos, Mesenios y todos los Sicilianos conservarían sus leyes y su independencia, y los Siracusanos continuarían sumisos á su rei Dionisio.»

Esta paz que arrancó á Dionisio la fuerza de las circunstancias, fue de poca duracion. Amilcon ó Amilcar vino de nuevo sobre la Sicilia con fuerzas mui considerables, se apoderó de Mesina y aun llegó á ocupar una parte de la ciudad misma de Siracusa, mas en este estado y cuando se lisonjeaba con un triunfo completo, una peste desoladora, que se estendió por todo su ejército, le redujo á la triste necesidad de implorar la clemencia de Dionisio, que solo le permitió partir con

un pequeño número de Cartagineses, dejando en su poder todas las diferentes naciones de Africa que les habian seguido en la expedicion. Esta conducta puso á Cartago al borde del precipicio. Las Africanos se sublevaron contra ella, ocuparon á Tunez y marchaban contra Cartago que hubiera podido con dificultad resistirles; mas la falta de un gefe habil dió lugar á que los amotinados discordes entre sí se dividiesen en facciones, y acabasen por dispersarse enteramente. Amilcar á su vuelta á Cartago, no sabiendo soportar su desgracia, terminó sus dias por un insensato suicidio.

No tardaron los Cartagineses en volver á la lucha, y el segundo Magon reparó por una victoria lo que su padre habia perdido en una batalla desgraciada en que murió, poniendo á su ejército casi al punto de consentir en la evacuacion absoluta de la Sicilia. Ni fue tan afortunado Magon el hijo, ni anduvo tan valiente contra el gran Timoleon general de Corinto enviado con solos mil hombres al socorro de la Sicilia en ocasion en que de resultas de las convulsiones políticas á la muerte de Dionisio el padre, el estado de las cosas era el de ocupar el puerto los Cartagineses y

la ciudad Izetas tirano de los Leontinos, á quien aquellos, segun parece, fingian proteger. Dionisio el jóven no habia podido hacer mas que encerrarse y defender la ciudadela. Timoleon consiguió entrar en ella, burlando la vigilancia de los sitiadores, y desde este momento todo mudó de aspecto. Magon fue vencido y previno con el suicidio la muerte ordinaria con que Cartago castigaba igualmente la desgracia, la impericia, ó la cobardía de sus generales. Izetas abandonado á sí mismo hubo de ceder, y no bastaron á restablecer esta pérdida nuevos ejércitos que vinieron bajo las órdenes de Amilcar y de Anibal y que vencidos igualmente por Timoleon no pudieron impedir que Cartago se viese precisada á pedir la paz, y aun á consentir por un tratado no mui glorioso en confinarse á solo las posesiones que ocupaba del otro lado del Halica y no dar auxilio á los tiranos empezando por Dionisio á quien Timoleon hizo salir desterrado de Siracusa (1) viniendo á ser

(1) Dicen que se refugió á Corinto y abrió una escuela para ser tirano de los niños ya que no habia podido serlo de los hombres.

asi el restaurador de la libertad de las colonias griegas en Sicilia.

Por este tiempo segun el historiador Justino la constitucion de Cartago se vió amenazada por un Catilina no menos temible por sus riquezas que el romano, pero no de tanto valor ni probablemente de los mismos talentos. El Catilina Cartagines llamado Hanon murió por un suplicio horroroso y su familia fué toda exterminada.

Los Cartagineses no observaron mui religiosamente, segun parece, el tratado de Timoleon, y por el contrario protegieron en sus proyectos de tiranía al osado Agatocles que se hizo con su auxilio reconocer por tirano de Siracusa, y declaró la guerra á los Cartagineses, cuando creyó no necesitarlos. Irritados estos movieron sus armas contra él, y despues de haberle derrotado en una batalla le obligaron á cerrarse dentro de Siracusa. Durante su sitio concibió Agatocles el atrevido proyecto que con mejor éxito imitó despues el grande Escipion. Embarcóse con un pequeño número de Griegos y vino á desembarcar en el pais, irritando cuantos vecinos sufrían mal el yugo de los Cartagineses y favorecido por las in-

quietudes interiores suscitadas entre estos por el intrigante y ambicioso Bomilcar llevó sus conquistas hasta Tunez y puso á Cartago en gran consternacion. Por fortuna de esta última era Agatocles por su mala fé y perverso carácter poco á proposito para conservarse los amigos que habia podido darle la desesperacion, ó que sorprendió su atrevimiento, y esto unido á la dificultad de conducir á un tiempo la guerra de Africa y Sicilia, acabó por hacerle perder una y otra empresa, viniendo al fin á perecer miserablemente.

Otro tanto sucedió á Pirro su yerno que llamado por los Sicilianos contra los Cartagineses por no poder acudir á un tiempo á la Italia y la Sicilia acabó tambien perdiendo una y otra conquista. Los primeros sucesos de Pirro en esta como en aquella fueron brillantes tanto que en poco tiempo redujo á los Cartagineses á solo la ciudad y puerto de Lilebéo ; mas considerando su presencia aun mas necesaria en Italia , abandonó la Sicilia , pronosticando que sería el teatro de la guerra entre las Cartagineses y Romanos. Con su partida los Cartagineses volvieron á sus posesiones y los Sicilianos elevaron á la primera

magistratura á Hieron á quien en seguida por una libre eleccion dieron el nombre y la autoridad de rei.

Desde aquí en adelante empieza la tercera época ó principio de las guerras púnicas en que la historia de Cartago se envuelve ó mas bien se identifica con la de Roma y es por consecuencia su continuacion. No obstante antes de emprenderla me parece conveniente dar una idea rápida del gobierno de Cartago, tanto mas que lo que hemos dicho al principio podria hacer creer que la mala naturaleza de su gobierno fue la causa de su ruina.

Cartago es una triste prueba de una verdad conocida pero acaso poco meditada. La suerte de los imperios depende aun mas de sus costumbres que de sus leyes. Aristóteles nos presenta el gobierno de Cartago como un modelo, y halla de su opinion una prueba no para despreciada en la inalterable tranquilidad de que gozó esta república por espacio de quinientos años, sin que en todos ellos la agitasen ó despedazasen facciones ni turbulencias civiles. ¿Mas de que sirven las mejores leyes cuando estas no cuentan para su observancia ó ejecucion sino con súbditos ó instrumentos cor-

rompidos? Son en verdad mui escasas las noticias que tenemos del gobierno de Cartago. En su mas remota antigüedad fue monárquico, mas en los tiempos gloriosos de esta república era un gobierno en que una aristocracia numerosa parece haber tenido la preponderancia política. Componiase de dos magistrados supremos llamados Sufetas, que semejantes á los Cónsules eran elegidos todos los años aun que no se sabe si por el pueblo ó el Senado, y concluido el año de este cargo eran nombrados pretores. Durante aquella magistratura eran los presidentes del Senado; tenian el derecho de convocarle; proponian los negocios; recogian los votos; presidian los juicios en las causas de grave importancia y mandaban los ejércitos. Como pretores tenian despues la presidencia de ciertos juicios; la direccion é inspeccion de la administracion del tesoro, y el derecho de provocar nuevas leyes, idea mui sabia, poner la iniciativa de las leyes en manos de aquellos que acabando de gobernar la república, habian experimentado la dificultad y riesgo de introducir innovaciones en el sistema de legislacion.

El Senado que debia ser mui numeroso

ejercía una soberanía casi absoluta. En él y por él se decidían todos los negocios importantes del Estado sin que el pueblo tuviese intervención en ellos sino en caso de disidencia en el Senado. De este mismo se formó una nueva corporación compuesta de ciento y cuatro Senadores, tribunal contencioso que se elevó á la mas alta consideración, y que era el que juzgaba la conducta de los generales despótica y sin límites durante la guerra, y aun podría creerse que este fue uno de los principales objetos de la institución de aquel consejo. En los últimos tiempos de la república, una multitud turbulenta se había apoderado de todo y la corrupción de las costumbres precipitó la ruina de un estado que con menos opulencia, lujo y desenfreno se habría conservado mucho mas tiempo por la sabiduría de sus antiguas leyes. El mal de los Cartagineses estuvo como lo hemos indicado en la índole del principio de su prosperidad. La de Cartago estaba en el oro corruptor : la de Roma en el hierro duro en verdad y hasta bárbaro y feroz algunas veces, pero austero, sobrio, y virtuoso. La liga de estos dos metales en la historia de las naciones antiguas

anuncia su decadencia y la proporcion de su mezcla puede con seguridad ser consultada para determinar el grado. El tránsito repentino de la pobreza á la riqueza es en las naciones y en los individuos como todos los tránsitos repentinos; como todas las situaciones nuevas. No conocemos sus peligros. En la pobreza por ejemplo sentimos sus privaciones y deducimos de aqui que la suprema felicidad está en la opulencia que da la facilidad de multiplicar placeres sin tasa y sin medida, sin que en este primer raciocinio nos detenga la naturaleza de los medios, ni sean calculadas por la prevision las consecuencias funestas del abuso. Solo una experiencia posterior nos hace conocer que nuestra organizacion se gasta, se debilita, y llega hasta extinguirse por el uso inmoderado de los placeres; que no todos los modos de adquirir la riqueza nos causan la misma satisfaccion, y que entre estos no son, ni puros, ni sólidos, sino los que se fundan ó son compatibles con la felicidad de los demas. A pesar de los muchos progresos que ha hecho le razon entre los hombres, todavía por desgracia ni la politica general de las naciones entre sí se funda sobre aquella máxima, ni

esta es entre los hombres sino la opinion, la regla que consulta un pequeño número.

La duracion de las tres guerras púnicas contando con las intervalos fué de ciento diez y ocho años que podemos dividir del modo siguiente.

Primera guerra púnica que duró viente y cuatro años : de cuatrocientos ochenta y ocho á quinientos doce.

Intervalo entre esta y la segunda, veinte y cuatro años : de quinientos doce á quinientos treinta y seis.

Segunda guerra púnica, diez y siete años : de quinientos treinta y seis á quinientos cincuenta y tres.

Intervalo entre esta y la tercera de cuarenta y nueve años : de quinientos cincuenta y tres á seiscientos dos.

Tercera guerra púnica cuatro años y pocos meses : de seiscientos y dos á seiscientos y seis que es el ciento cuarenta y seis antes de la E. C.

CAPITULO VI.

Primera guerra púnica y su intervalo.

La verdadera causa de las guerras entre Cartago y Roma era la contradicción que producía entre las dos su propia grandeza. Los Cartagineses que poseían ya todas las islas del Mediterraneo y podían á discreción inquietar la Italia, anunciaban su deséu de extender sus conquistas en la Sicilia, y particularmente el de ocupar á Mesina. En este estado de cosas la pacífica posesion de las conquistas que Roma acababa de hacer y aun su propia tranquilidad eran mui precarias y mal seguras. Asi fué que bastó para empeñar la guerra entre las dos repúblicas un pretexto cualquiera en verdad no mui plausible por parte de los Romanos.

Habiase apoderado de Mesina un cierto número de desertores del aventurero Agatocles, imitando el ejemplo inaudito de una legion romana que enviada á Regio bajo las ór-

denes de Decio Juvelio para proteger esta colonia, degolló á sus habitantes, y se declaró en absoluta independencia. ¿ Quien creeria que los Romanos que al ocupar á Regio habian hecho un castigo ejemplar con su propia legion, protegiesen igual crimen en los Mamertinos, nombre que despues de su negra traicion se habian dado los soldados sanguinarios de Agatocles? Los Mamertinos estrechados por Hieron de Siracusa en 488 (1), teniendo mucho que temer de los Cartagineses por su conducta anterior, y mui poco que esperar como que por su posicion marítima mas bien podian prometerse de una nacion tan poderosa por el mar esclavitud y dependencia que verdadera proteccion, imploraron la de los Romanos en quienes no creyeron hallar tan pronto verdaderos Señores. El interes de la política pudo mas que todo, y aun que la causa de los Mamertinos era de suyo injusta y deshonrosa, Roma decretó socorrerlos y partió á verificarlo el Cónsul Apio Claudio Caudex, asi llamado porque burlando á los Cartagineses que tenian bloqueada á Mesina, y atravesando el estrecho

(1) V. nota

mas bien en canoas ó troncos huecos (*caudicariæ naves*) que no en barcos, abordó á la isla y cogiendo de improviso á Hieron que estaba bien distante de esperarle, derrotó completamente su ejército, y entró en Mesina, donde fue recibido como un libertador que el cielo los enviaba por una especie de prodigio. Los triunfos de los Romanos en la isla fueron tales que el año siguiente de 489, siendo ya poseedores de sesenta y siete ciudades entre estas Tauromenio y Catina hoy Cataneo, y marchando sobre Siracusa, Hieron se tuvo por feliz ajustando un tratado en que reconocia las adquisiciones hechas por aquellos.

Continuó la guerra en los años inmediatos siempre con ventaja de los Romanos que unidos ya con Hieron en 491, desalojaron á los Cartagineses de Agrigento. Mas como todas las conquistas insulares son mal seguras si no pueden ser protegidas por una fuerza marítima, los Romanos pensaron en equipar una flota. Una tempestad habia arrojado sobre sus costas un barco Cartagines que sirvió de modelo, y como todas las expediciones de los antiguos se reducian á costear y el arte de la navegacion al uso del remo, era mui poco

complicada la ciencia del piloto; ni la del general, reducida á las armas arrojadas, lo podia ser tampoco demasiado. Por eso sin duda con mas ó menos razon opinaba Aristóteles que en los estados era inútil mantener un cuerpo de marina. Todo se reducía ó la eleccion del teatro como en Salamina, á un cierto órden y serenidad, y al valor é intrepidez de los combatientes. Solo asi puede esplicarse como en el primer combate del Cónsul Duilio contra los Cartagineses la victoria fue del primero y tan completa que la flota cartaginesa perdió treinta barcos y apenas su general pudo salvarse. Los Romanos previendo que la ventaja de los Cartagineses consistiria en la agilidad de los movimientos ingeniosamente inventaron una máquina que llamaron *corvus*; que era una especie de garfio que imitaba el pico del cuervo y que elevado sobre la proa servia para aferrar la nabe enemiga como aun se practica en el abordaje, reduciendo asi el combate á una lucha á pie firme.

Esta victoria fue sucedida de otras varias, á que siguieron en el año 493, bajo el consulado y mando de Lucio Cornelio Escipion la

ocupacion de la Cerdeña y la Córcega, y en el de 97 el desembarco de Régulo en Africa despues del famoso combate dado delante de Ecnome. Empezó por ocupar á Clipéa, estendióse hasta Tunez y estaba casi á las puertas de Cartago que consideraba ya como sometida y á cuyas proposiciones de paz habia respondido casi intimándola que se rindiese á discrecion, cuando pareció en Cartago el célebre Jantipo general lacedemonio con un re-fuerzo de tropas griegas. Los talentos superiores de este general, unidos al valor que da la desesperacion, hizieron que mudase de aspecto el estado de las cosas y de tal modo que á pocos dias, completamente derrotados los Romanos, entró prisionero en Cartago el mismo Régulo que habia querido someterla casi á condiciones que la suponian conquistada.

Grande fue la consternacion que causó en Roma la desgracia de Régulo y temiase no sin fundamento que los Cartagineses en venganza viniesen sobre la Italia. Por fortuna la guarnicion de Clipéa, que se defendió con denuedo, los retubo en Africa y dió tiempo á que el Senado tomase nuevas disposiciones. No obstante la derrota de Régulo, junta á los

desastres que causó á la flota romana una tempestad sobre las costas de Sicilia, produjo en todas partes consecuencias sensibles. En Africa los Romanos lo perdieron todo excepto á Clipéa, y en Sicilia los Cartagineses se apoderaron de Agrigento.

Continuó la guerra con alternada suerte hasta que en 502 la pérdida horrible que los Cartagineses experimentaron delante de Panorme, los obligó á embiar embajadores á Roma á pedir la paz, ó el cange de prisioneros, asociando al mismo Régulo á la embajada, mas á condicion de que se restituiría á Cartago como prisionero en caso de no obtener nada. Régulo semejante á Postumio halló el modo de que en esta ocasion brillase mas que nunca su heróico patriotismo, su impavidez y superioridad en la desgracia. Sin querer entrar en su casa, por que los afectos de familia, las pasiones del hombre no influyesen sobre las resoluciones del ciudadano, marchó directamente al Senado y sostuvo en él con la mayor vehemencia que el interes de la republica exigia la repulsa de las proposiciones de Cartago, y quando hubo conseguido que tal fuese la sentencia de los padres, sin que se le

ocultase la suerte que le esperaba, abjurando el casuismo y las epiqueyas de los que querian persuadirle, que podia sin crimén ni deshonor faltar á su palabra, inaccesible á los ruegos del pueblo, al llanto de su desolada familia, volvió de nuevo al lugar de su cautiverio, donde segun dicen le hizo espirar entre mil tormentos la indigna crueldad de los Cartagineses (1).

Del cense hecho en el año de 500 resultaron doscientos noventa y siete mil hombres en estado de tomar las armas.

La superioridad que adquirieron los Romanos en Sicilia por la batalla de Panorme, les dió el atrevimiento de atacar enfin á los Cartagineses en sus últimos atrincheramientos por decirlo asi. Formaron el sitio de Lilibéo : extendieronse mas adelante al de Drepanio, y en esto y la defensa de Erix tomada por el Cónsul Junio, y reconquistada despues par las Cartagineses, se ocuparon Cartago y Roma ; los Imilcones, Adhervales, Cartalones y Amilcares por un lado, y los Metelos y los Buteos por otro ; y habiendo pasado todos ellos por diferentes alternativas de buena y mala fortuna en combates navales y batallas, vino al

(1) V. Nota 22.

fin á terminarse la guerra en 512 por las victorias del Cónsul Lutacio, que tomó á Drepanio, y delante de la isla de Eguso derrotó completamente la flota cartaginesa. El célebre Amilcar padre del grande Anibal propuso la paz y Roma dictó las condiciones del tratado. En virtud de él los Cartagineses evacuaron toda la Sicilia. Se obligaron á no hacer la guerra á Hieron aliado íntimo de los Romanos, á devolver los prisioneros y á pagar una fuerte suma en el espacio de diez años. Con tanta gloria de Roma se terminó la primera guerra púnica.

No es escaso en sucesos de toda especie el intervalo que la sucedió, mas la estrechez de un compendio nos fuerza á contentarnos con indicar á la ligera los mas importantes.

En el año mismo de la paz de Cartago el agua y el fuego como de concierto parecieron conjurarse contra Roma para turbar la alegría de sus triunfos, acibarandola con alternativas de aciaga vicisitud, sello indeleble impreso á todas las cosas humanas. Una inundacion fuerte del Tiber y un incendio espantoso cuyo origen no pudo ser descubierto causaron en Roma mil desastres, y este último dió ocasion

á aquel rasgo sublime de religion, y patriotismo del gran pontífice Metelo, que atravesando las llamas, salvó el *Paladion* abandonado á las tímidas Vestales y á que segun la supersticion romana estaban vinculados los destinos de Roma.

Los sucesos militares en todo este tiempo á escepcion de uno que otro reves ó sin consecuencia, ó bien pronto reparado fueron los mas brillantes. Mientras los Cartagineses se debatian en las guerras que sostuvieron en Africa contra los mercenarios, Valerio triunfó de los Galos por una victoria memorable, Graco derrotó á los Ligurios; de aqui pasó á la Corcega y la Cerdeña á cuya renuncia injusta hubo de consentir la humillada Cartago, y despues de esto cerróse por segunda vez el templo de Jano abierto sin intermision desde los tiempos de Numa.

No fue sin embargo la paz de larga duracion, pues á poco emprendieron la guerra de la Iliria contra Teuta regenta del reino por la menor edad de Pinéo su entenado. Rindieronse sin resistencia Durazo y Apolonia: Teuta vencida hubo de abandonar las riendas del gobierno á Demetrio de Faros, y los

Romanos por un tratado quedaron ya dueños de las islas de Corciro, Faros é Isa, y del pais de los Atintanios : estipulóse que los Ilirios, cuyas piraterías habian sido el motivo principal de las hostilidades, no podrian navegar por encima del Liso obligandose á pagar un tributo. Por nuevas sublevaciones de la Iliria no tardó en renovarse esta guerra contra Demetrio de Faros, mas quedó en breve terminada por las victorias del Cónsul Emilio, el mismo que antes en union de Atilio Régulo su colega ganó la famosa batalla de Telamon, y reparando con grandes usuras un descalabro sufrido en Clusio derrotó completamente á los Galos auxiliados por los Gesacios, los Insubrios, los Tauriscos y los Boyos ; si bien no tan completamente que no fuesen aun bien necesarias la batalla de Ada en que triunfó el Cónsul Flaminio contra los agueros, y la celebrada del Cónsul Marcelo en que mató por su mano al rei de los Galos Viridomaro, ofreció á Jupiter Feretrio los despojos ópimos, y de cuyas resultas los Romanos, ocupando á Milan capital de la Insubria, llevaron sus conquistas hasta los Alpes y quedaron dueños de la Italia entera.

CAPITULO VI.

Segunda guerra púnica y su intervalo.

Terminada la guerra de los Mercenarios por el valor y talentos de Amilcar Barcas, pensó este capitán en reparar un tanto la pérdida de la Sicilia y el tratado vergonzoso con que se había visto precisado á poner fin á la primera guerra púnica, y para preparar al mismo tiempo su gran proyecto de pasar á Italia, proyecto que ejecutó despues su hijo, vino sobre la España, donde en nueve años de conquista extendió considerablemente las posesiones cartaginesas particularmente por Murcia y Valencia y Cataluña donde fundó á Barcelona (1). Los Romanos ocupados entonces con los Galos sentian, pero no podian impedir el engrandecimiento de Cartago en España. No obstante despues de la fundacion de la nueva Cartago ó Cartagena por Asdrúbal yerno de Amilcar y que por muerte de este

(1) V. Nota 23.

habia quedado con el mando, creyeron ya indispensable ocuparse de la España y corresponder de algun modo á la confianza de los Saguntinos, que imploraban su alianza y proteccion, y ya que el estado de sus propios negocios no les permitia declarar la guerra celebraron con Asdrúbal un tratado en el cual se estipuló, que los Cartagineses no pasarian del Ebro, ni inquietarian á los Saguntinos aunque situados tan del Ebro allá, como que Sagunto estaba en el reino de Valencia donde hoy está Murviedro.

Este tratado sostenido á duras penas en los tiempos del circunspecto Asdrúbal no podia durar largo tiempo bajo el mando del belicoso é intrépido Aníbal que por muerte de aquel y á la edad de veinte y dos á veinte y tres años (1) tomó el mando de las tropas. No le fué difícil escitar desavenencias entre Turdetanos (2) y Saguntinos y con pretexto de sostener á los primeros acometió á los segundos, previendo con sobrado fundamento que Roma

(1) Como de 26 años le supone Mariana.

(2) *Turdetania regio est in Bœtica, vulgo el reino de Murcia en Audalucia* dice citando á Estrabon Antonio Nebrija en su Diccionario de Nombres propios.

no podría menos de tomar parte en la querella en favor de sus aliados. Con efecto despues de la destruccion de la inmortal Sagunto víctima triste de su desesperacion, y ejemplo mas bien para admirado que para propuesto por modelo, en 536 se declaró de nuevo la guerra entre Cartago y Roma. Aníbal pasó el Ebro y despues de haber sometido las naciones ó tribus que se le opusieron hasta los Pirinéos, dejando á Hanon dueño de sus desfiladeros y á su hermano Asdrúbal con el mando de los ejércitos en España, con cincuenta y nueve mil infantes y nueve mil caballos emprendió la travesía de las Galias, donde anticipadamente tenia inteligencias secretas con los Galos resentidos de los Romanos y deseosos de vengar sus derrotas. A la invasion de Aníbal se sucedió la sublevacion casi entera de los Galos á quienes se unieron los Boyos sin que los Romanos pudiesen contar del otro lado de los Alpes sino solo con los Marselleses. No obstante con el auxilio de estos hubiera sido tal vez posible disputar el paso del Rodano, si Publio Escipion no se hubiese contentado con enviar para impedirlo un pequeño número de fuerzas.

Pasado el Rodano y recibida por Aníbal una embajada de los Boyos, que fijó todas sus ir-resoluciones, siguió su marcha atravesando la Galia transalpina, pero alejándose de las costas por evitar todo encuentro con P. Escipion que por su parte volvió á embarcarse para salirle al encuentro á la bajada ó falda de los Alpes á donde aquel se dirigia. Quince dias tardó el grande Aníbal para atravesarlos y asombra ver en la historia la intrepidez y la prudencia con que condujo esta arriesgada empresa en que luchaba á un tiempo con los obstáculos de la naturaleza y la oposicion de los habitantes de aquellas montañas del actual Delfinado y de la Savoya llamados entonces los Alobrogos. A su descenso de los Alpes en que á pesar de todo perdió mas de la mitad de su ejército se apoderó Aníbal de Turin capital de los Tauriscos y todos los Galos circumvecinos se habrian sometido sin el rezelo que les causaba la aproximacion del ejército romano que conducido por P. Escipion que habia desembarcado en Pisa, vino pasado el Padus ó el Pó, á situarse sobre el Tesino pequeño rio de la Lombardia que desemboca en aquel no lejos de Placencia. Aqui se dió

la primera batalla ó por mejor decir aquí empezó la serie de desastres que pusieron á Roma tan cerca de sucumbir. Aunque las fuerzas á que Aníbal habia quedado reducido despues del paso de los Alpes no eran mas que doce mil Africanos con ocho mil Españoles de infantería y seis mil caballos, los Romanos fueron completamente arrollados por la caballería Númida y derrotados en todos los puntos, y P. Escipion gravemente herido hubiera quedado prisionero de Aníbal si no le hubiese salvado á costa de su propio riesgo su hijo Escipion llamado despues el Africano á quien estaban reservadas tantas glorias y que no tenia entonces sino diez y siete años.

No obstante Escipion con los restos de su ejército pudo aun retirarse sin que Aníbal se aperciese de ello : pasó el Pó en Placencia rompió su puente y fué á acamparse del otro lado del Trebia, río que se desagua tambien en el Pó. Aquí por desgracia se reunió con él, dejando la Sicilia por órden del Senado, el Consul Sempronio que tan lleno de vanidad como falto de verdadero talento, engreido con un pequeño triunfo, creyendose superior

á P. Escipion y llamado á reparar sus yerros saliendo contra la opinion de este de sus atrincheramientos, y cayendo en los lazos que le habia tendido el astuto Aníbal, con solos treinta y seis mil hombres acometió á los Cartagineses á quienes el triunfo de Tesino habia dado una inmensidad de aliados y cuya fuerza en consecuencia era ya en Trebia casi doble de la de los Romanos. La victoria de los Cartagineses fue tan completa como podia esperarse de la habilidad é imprudencia respectiva de los dos generales, unida á la superioridad del número.

Esta derrota produjo en Roma gran consternacion tal que se oyó punto menos que con indiferencia la noticia de una insigne é importantísima victoria alcanzada en España por Cn. Escipion contra Hanon que fue hecho prisionero y murió de las heridas recibidas en la batalla, y de cuyas resultas ocuparon los Romanos desde el Pirinéo hasta el Ebro. Los triunfos lejanos no podian desvanecer el miedo que causaban los talentos de Aníbal en la Italia.

Faltabale á este aun que vencer una de las dificultades peligrosas de su atrevida empresa:

el paso del Apenino. Verificólo al fin aunque con grandes trabajos y no pequeña pérdida y despues de haber vencido por segunda vez al Cónsul Sempronio invadió la Etruria.

En el año siguiente de 537, el Consulado fué conferido al impávido pero inepto y frenético Flaminio, que se puso en campaña y subiendo el Tiber vino á situarse en Arezzo. Allí se dirigió á encontrarle Aníbal, atravesando un nuevo Apenino en los pantanos de Clusio, donde perdió un ojo, y tomando posicion entre Crotona y el lago Trasimeno esperó al indiscreto y vanaglorioso Flaminio que sin dar tiempo á que se le reuniese su compañero, ni examinar la posicion, como si se las hubiese con un general tan ligero como él, ó bastase para serlo bueno el valor de un soldado, empeñó la accion con el éxito aciago que podia esperarse de tales disposiciones. Roma perdió en este dia quince mil ciudadanos por la imprudencia de un solo hombre que la expió en parte con su propia vida.

Aun no habia recorrido Roma toda la serie de sus desgracias. En vano el célebre Fabio Máximo á fuerza de prudencia y de sabias maniobras dió tiempo á los Romanos para

que se recobrasen del primer espanto; se hizo respetar del general Cartagines; reparó la indiscreta fogosidad de Minucio y por decirlo así encadenó por algun tiempo las victorias de Aníbal. Un nuevo Sempronio estaba destinado á reproducir en Canas la escena de este con P. Escipion en Trebia. El Cónsul Terencio Varron, plebeyo, hijo de un carnicero, elegido contra el voto de la nobleza y como para mortificarla, no menos cobarde que insensato, despreciando los consejos de su colega Paulo Emilio, dió en Canas pequeña aldéa de la Apulia sobre el Aufido aquella triste y memorable batalla que costó la vida á tanta nobleza Romana, cuyos anillos fueron enviados á Cartago por muestra de la mortandad, y en que con otros muchos varones consulares y Senadores marió tan noblemente el mismo Paulo Emilio, no deplorando su suerte, ni dirigiendo imprecaciones contra el imprudente autor de tamaña disgracia, sino pensando y aconsejando lo que podia convenir á la salud de Roma, mientras que Varron se salvó con solo setenta de á caballo, retirandose á Venusa donde al fin vinieron á reunirse en número de diez mil hombres los miserables

restos de un ejército que habia constado de ochenta y siete mil.

Es mui frecuente en los escritores antiguos y modernos cuando se habla de esta insigne victoria de Aníbal censurarle de excesiva circunspeccion y declararse por la opinion de Maharbal comandante de su caballería que le aconsejaba caminar sin detencion sobre Roma, ofreciendo tenerle al quinto dia preparada la cena en el Capitolio. No obstante los talentos insignes de Aníbal á quien no puede atribuirse una falta tan grosera, el estudiado silencio de Polibio el único entre los historiadores antiguos á quien hubiera podido ser dado juzgar de este suceso, debe reducirnos al caso de una duda respetuosa, en que sin decidir que hubiera podido ser mejor, no dudemos afirmar que lo que Aníbal dejó de hacer estaba fundado en no despreciables razones. « Ciertó es, dice Montesquieu, que el terror fue extraordinario en los primeros momentos, mas la consternacion de un pueblo belicoso se convierte en corage y no es como la de un populacho envilecido que reconoce su debilidad (1).

(1) Grandeur et Décadence, cap. 4°.

Las resultas de esta batalla fueron para Roma de aciagas consecuencias. Casi todos sus aliados la abandonaron y su suerte pareció tan decidida, su desgracia tan irreparable que varios de sus guerreros formaron el proyecto de abandonar la Italia, ejemplo funesto de defeccion que sin la firmeza y patriotismo ardiente del joven Escipion tal vez hubiera tenido imitadores. Mas en estas circunstancias tan críticas agravadas por las malas noticias de la Sicilia, donde los Cartagineses desolaban las posesiones de Hieron al oriente, mientras que al occidente una flota considerable amenazaba á Lilibeo, fué cuando el Senado mostró mas que nunca la elevacion de su carácter, la sublimidad de sus sentimientos. Lejos de caer en un desaliento que hubiera perdido á Roma sin remedio, firme en sus principios de no tratar sino despues de la victoria no solamente no pide la paz, sino que se niega á rescatar siete mil prisioneros y superior á las pasiones vulgares, sintiendo la necesidad de mantener la confianza pública en el Gefe del Gobierno, sale á su encuentro y le da gracias porque en tal situacion no desesperó de la salud pública como atribuyendole el haber concebido

una idea digna del pueblo romano, pensamiento mui poco conforme á la verdad segun aparece del lenguaje desalentado con que Varron se explicó en Venusa con los diputados ó embajadores de Capua, á donde Anibal se dirigió despues de la batalla de Canas. No hicieron ciertamente mal, pues que la afeminacion de Capua nada bueno podia prometer de la resistencia, los que pactaron con Anibal su libertad é independencia, un poco precaria si se quiere cual manifiesta el suceso de Decio Magio, y cual es siempre la que concede el poderoso al débil, pero se mancharon con la mas horrible infamia los que vil y atrozmente asesinaron á los Romanos á quienes tenia en esta ciudad la seguridad que debia inspirar la antigua alianza.

La de Capua con los Cartagineses salvó á Roma en opinion de la mayor parte de los Escritores. Sin embargo al observar con Rolin que Anibal sin recibir socorros de Cartago se sostiene en Italia durante catorce años, toma ciudades, da batallas, mantiene aliados y al fin se retira, no derrotado ni vencido, sino llamado por el Senado de Cartago, parece mui exagerado el mal efecto que se dice produ-

jeron en los Cartagineses las delicias de Capua. En todo caso es indudable, que despues de la batalla de Canas y ocupacion de aquella ciudad pareció empezar á ceder aquel viento de prosperidad con que la fortuna habia conducido hasta aqui los sucesos de Aníbal y si bien como encadenada por sus talentos no se atrevió á abandonarle de repente, comenzó por algunos desaires á darle pruebas de su ordinaria inconstancia. El célebre Marcelo á poco hizo ver por dos veces delante de Nola que Aníbal no era invencible, mientras que Tiberio Graco delante de Benevento, los Escipiones en España hasta su muerte, el inmortal Lucio Marcio despues de ella, y el mismo Marcelo reduciendo á provincia Romana la Sicilia entera por la toma de Siracusa que excitada por Hipocrates y Epicicles se habia declarado por Cartago, mostraron que los Cartagineses eran vencidos, cuando los abandonaba el talento de Aníbal.

La suerte de este hombre grande empezó á ser en Italia alternada y dudosa. Rechazado de Napoles, vencido en Nola se apodera de Casilino; ocupa á Tarento pero sin poder apoderarse de la ciudadela; marcha sobre

Roma, llega hasta á una legua de la ciudad, pero no consigue que se levante el sitio de Capua que se rinde al fin, y en quien los Romanos vengaron con crueldad la ofensa recibida en sus ciudadanos al hacerse aquella aliada de Cartago.

Desde aqui en adelante parece sobre la escena el heroe destinado á marchitar los laureles de Aníbal y á dar cumplido el voto de Caton (1). A la edad de veinte y cuatro años despues de la muerte de su padre Publio, y de su tio Cneyo, cuando la derrota y pérdida de estos insignes capitanes arredraba á los mas atrevidos y experimentados, parece el grande Escipion que siente todo lo que vale y pide el mando del ejército de España. Nombrado Procónsul parte al momento; emplea tres años en arreglar su gobierno y preparar cuanto creia necesario al osado proyecto que habia concebido, y á los viente y siete años de edad, cuando los Cartagineses podian menos esperararlo, con veinte y cinco mil hombres y dos mil y quinientos caballos marcha rápidamente sobre Cartagena centro del gobierno Cartagines en España y casi único puerto de las

(1) Delenda est Carthago.

Cartagineses, al mismo tiempo que la ciudad mas rica de la Península : parece de repente á sus puertas y por un plan combinado con su flota se apodera de ella , haciendo prisionero á Magon con todo su ejército, terminando de un golpe la suerte de Cartago en España y como preparandose á su futura gloria, cual si hubiese leido su suerte en la tabla de los destinos.

En Cartagena fue donde mostró Escipion toda la grandeza de su alma y la sabiduría de su política en el modo decoroso con que trató á la muger y á las hijos de Mardonio hermano de Indibilis rei de los Ilerjetas y en la generosidad con que volvió á Alucio Príncipe Celtibero su hermosa novia, aumentando su dote con lo que sus parientes le habian precisado á tomar por via de rescate, y sin exigir otro premio de su desprendimiento sino la amistad de los agraciados con el pueblo romano.

En este tiempo despues de la batalla de Canas fue cuando Filipo de Macedonia instigado por Demetrio de Faros y movido de su ambicion célebró con Aníbal aquel tratado de que hemos hablado en la Historia Griega. Afortunadamente la guerra con la Iliria habia

dados á los Romanos aliados y amigos en ella. Tales eran las habitantes de Apolonia que cerraron sus puertas á Filipo y delante de la cual el célebre Nevio Crista derrotó completamente á aquel monarca desprevenido. En todas partes y aun en situacion tan apurada la victoria como esclava de los Romanos sin que respetase sino los talentos de Aníbal, pareció seguir sus legiones ó mas bien sustituyendo al lenguaje figurado el de la realidad, nada podia resistir á sus virtudes. Jamas fué Roma tan grande como en esta época. Aníbal, el grande Aníbal estaba á sus puertas y cual si estubiese segura de su eternidad sin que nada la intimidase, sin que cediese su constancia se debatía al mismo tiempo con los Galos; enviaba tropas á Sicilia, ejércitos á la España, ocupaba á Siracusa y Cartagena y triunfaba sobre las costas del mar Jonio de los sucesores de Alejandro.

Ocupada Cartagena y dejando en ella la guarnicion necesaria á su defensa, volvió Escipion á Tarragona centro de la administracion romana. La fortuna que tan encarnizada habia empezado á mostrarse en España contra los Cartagineses, no les habia sido mas

prospera en Sicilia de la cual el Cónsul Levino consiguió desposeerles enteramente despues de la toma de Agrigento en que tambien le sirvió el resentimiento de Mutines y sus Numidas; y aun en la Italia empezó á precipitarse el curso de su prosperidad. El Cónsul Marcelo derrotó á Aníbal cerca de Canusio : Q. Favio Maximo se apodera de Tarento ; rindense á los Romanos las ciudades de la Calabria y si Asdrubal vencido por Escipion en España pasa los Alpes y viene á poner sitio á Placencia no es sino como para ofrecerles la ocasion de completar sus triunfos.

No fué pequeña la consternacion de Roma cuando bajo el consulado de Livio salinator y Claudio Neron tuvo que temer la reunion de Asdrubal y de Aníbal y vió dividirse sus legiones y sus Cónsules en encontradas direcciones ; unos á la Apulia y la Lucania para hacer frente á Aníbal ; otros hácia la Galia y la Liguria para resistir á Asdrubal. Mas cual fue su alegría , cuando por la actividad y concertadas maniobras de Neron ya vencedor de Aníbal en los campos de Venusia y que en seis dias atravesó la Italia viniendo á reunirse con Livio , vió destrozado el ejército de Asdrubal ,

muerto su general, é inevitable por decirlo asi la salida ó la destruccion de los Cartagineses en toda la Italia? No es en verdad fácil pintar el entusiasmo de Roma despues de esta victoria que con harta razon consideró siempre como decisiva y que como tal cantá en su oda (1) á Druso el Pindaro Latino diciendo de Cartago en esta ocasion :

Occidit, occidit
Spes omnis et fortuna nostri
Nominis Asdrubale interempto.

Con efecto el éxito correspondió á la esperanza de los Romanos y cuando Aníbal vió con asombro en su campo la cabeza de su hermano arrojada por Neron, ya que no dijese, como con harta razon lo supone Montesquieu, (2) nada que pudiera desalentar á los suyos, no pudo menos de reconocer la fortuna de Roma y de sentir la dificultad de su arriesgada posicion. Asi fué que con efecto sabida la derrota y muerte de su hermano alzó inmediatamente su campo y abando-

(1) Es la 3ª del lib. 4º en elogio de Druso descendiente de la familia de los Neronos.

(2) Grand. et Décad. des Romains, cap. 5º.

nando aun la Lucania se retiró á los Brucios confinando sus tropas y sus pretenciones á un pequeño distrito. No obstante aun permaneció Aníbal en la Italia hasta el año 49 en que los triunfos de Escipion le obligaron á desampararla con harto dolor suyo.

No se contentó Escipion con derrotar á Asdrubal y Magon, lanzar á los Cartagineses de la España y someterla á los Romanos toda entera, sino que realizando antiguos proyectos partió de Lilibéo con una flota considerable, y vino á desembarcar en Africa donde inmediatamente se le reunió Masinisa enemigo de Sifax y uno y otro reyes de Numidia. Los sucesos fueron de tal manera prosperos que vencidos Hanon y Asdrubal, prisionero Sifax y despojado enteramente de su reino, Cartago se vió obligado á pedir la paz, ni reparó en la dureza de las condiciones de que Escipion la hacia depender, acordando entre tanto una tregua para su conclusion. Tiraban los Cartagineses á ganar tiempo para dar al grande Aníbal, su única esperanza, el que podia necesitar para venir á su socorro. Llegó al fin este célebre guerrero y despues de haber tentado el medio de conciliacion en una conferencia

con Escipion que conociendo todas las ventajas de su situacion no podia convenir en las nuevas condiciones que aquel le proponia rebajando mucho de las que anteriormente habian sido aceptadas por los Cartagineses, y propuestas y aprobadas por el pueblo romano, la suerte de las armas terminó las discusiones y la batalla de Zama á pesar de que Anibal por testimonio de Polibio y de los historiadores romanos desplegó en ella todas sus talentos y no desmintió su conocida grandeza, sometió á Cartago, que por voto del mismo Anibal se creyó bien librada « pudiendo conservar su libertad, sus leyes y su antiguo territorio á costa de volver á los Romanos sus prisioneros y desertores, de entregarles todos los barcos á escepcion de diez galeras, todos los elefantes domados, de no hacer la guerra sin consentimiento del pueblo romano, de reconocer y respetar todo el territorio que se asignase al reino de Masinisa, de suministrar víveres y pagar su pré al ejército romano por tres meses, con mas diez mil talentos en cincuenta años, dando rehenes y reproduciendose en cuanto á lo demas las condiciones de la primera tregua

« relativas á la renuncia de toda pretencion
« sobre la Italia, la España y todas las islas
« intermedias entre estas y el Africa. »

Así se terminó en quinientos cincuenta y tres la segunda guerra púnica, volviendo Escipion á Roma donde le esperaba el entusiasmo de sus conciudadanos para colmarle de triunfos y bien merecidos elogios.

A esta guerra sucedió inmediatamente la que se renovó contra la Macedonia. La precedente habia sido terminada tres años antes por una paz con Filipo, á que los Romanos, cediendo políticamente al imperio de las circunstancias, accedieron, vista la que sin consultarles habian hecho separadamente con aquel los Etolios sus aliados. En este tratado los Romanos se reservaron solamente algunos pueblos de la Iliria, estipulando en lo demas en favor de varios reyes y aliados tales como Atalo rei de Pergamo, Navis tirano de Esparta, los Atenienses y otros varios pueblos de la Grecia. El motivo de este nuevo rompimiento fué la conducta inconsiguiente y dolosa de Filipo que contra lo pactado estaba haciendo una guerra cruel á los Atenienses y habia enviado á Aníbal en los últimos sucesos socorros

de hombres y dinero. Los Romanos ansiosos de gloria y de conquista, variado el aspecto de las cosas, desembarazados ya de los Cartagineses, invocados por los Atenenses tan vivamente ofendidos por la perfidia de Filipo, no podian perder tan buena coyuntura para dar un motivo plausible á sus invasiones y proyectos.

Con efecto rompióse la guerra y habiendo el Cónsul Sulpicio ganado una batalla sobre Octolofó en que Filipo sufrió un grand descalabro y aun estuvo cerca de perecer, los Etolios se declararon de nuevo por los Romanos. Mas el heroe de esta guerra no fue Sulpicio sino el célebre Quintio Flaminio elegido Cónsul á la edad de treinta años por los relevantes testimonios que habia dado de prudencia y valor particularmente en el establecimiento de las colonias de Narnia y Cosa, calidades que raras veces se encuentran reunidas y que en esta guerra eran no menos necesarias. Desembarcó Quintio en el Epiro con ocho mil hombres : adelantóse hasta el Aous y habiendo tenido una entrevista con Filipo para tratar de la paz, todas sus pretenciones se limitaron á reclamar la libertad de la Grecia, incluyendo en esta pre-

tension á la Tesalia, que hacia largo tiempo que estaba incorporada con la Macedonia. La astuta Roma empezaba siempre protegiendo para desmembrar. Asi fué que cuando despues de la victoria de Aous penetró el general romano en la Tesalia, los pueblos le recibian como á su libertador, y asi fue como la liga de los Aquéos y la Grecia entera abandonaron á Filipo á la primera derrota. Esta guerra fué continuada por Quintio en calidad de prócsul hasta su feliz conclusion por la batalla de los Cinocefalos, asi llamada del nombre de las alturas sobre que se dió á las inmediaciones de Escotusa. Despues de esta completa victoria vióse Filipo en la dura necesidad de terminar los triunfos de su enemigo por una paz cuyas condiciones prueban hasta que punto se confesaba vencido. En ella se estipuló : « Que todas las ciudades tanto de Europa como de Asia serian libres y se gobernarían segun sus leyes : Que Filipo antes de la celebracion de los juegos Istmicos evacuaría todas las que guarnecia : Que entregaría á los Romanos todas sus barcos á escepcion de cinco faluchos y la Galera de diez y seis remos : Que daría mil talentos en diferentes

plazos y á su hijo Demetrio en rehenes. » Con efecto en ejecucion de la letra de este tratado Filipo evacuó la Grecia; Quintio proclamó en los juegos Istmicos la libertad de esta y los incautos Griegos, sin curarse de los recelos que entre los Etolios particularmente habian concebido algunos ó por resentidos ó por mas avisados, se entregaron á un desmedido júbilo sin observar que torpemente engañados no habian hecho mas que mudar de señor y sustituir á una cadena que por usada y vieja era mas ligera y fácil de arrastrar y de romper, otra que por mas bien forjada y nueva dejaba pocas esperanzas á su libertad.

Aun todavía permaneció Quintio dos años en la Grecia ocupado de las desavenencias de ella y particularmente de la guerra contra Navis, hasta que mas adelante recogiendo las guarniciones de Corinto, Calcis y Demetriada, causa de alguna murmuracion, despues de haber arreglado los asuntos de la Tesalia y el Epiro, dejando á los Griegos reconocidos y admirados volvió á Roma donde igualmente le esperaba para honrarle la gratitud de sus conciudadanos.

No se crea que la guerra de Macedonia

ocupó exclusivamente á los Romanos durante este periodo. Por todo este tiempo y aun despues los Ligurios y los Galos no dejaron las armas de las manos; ni los Españoles estaban tan resignados en la sumision que no fuese necesario y urgente enviar contra ellos al célebre Porcio Caton tantas veces elogiado por la austeridad de sus costumbres, y tan fatal á sus enemigos por sus talentos militares, como por su firmeza y prevision.

No habia sido antes tan feliz en su elocuentísima defensa contra la lei Opia, que reprimia el lujo de las mugeres y que habia sido promulgada despues de la batalla de Canas. La lei quedó abolida porque las matronas y las doncellas manifestaron en esta ocasion un zelo por sus diges, digno ciertamente de mejor causa; que anuncia ya las guerras púnicas y que justifica los recelos de Caton cuando decia: *Hæc ego quo melior, latiorque in dies fortuna reipublicæ est imperiumque crescit et jam in Græciam, Asiamque transcendimus omnibus libidinum illecebris repletas, et regias atrectamus gazas: eo plus horreo ne illæ magis res nos ceperint quam nos illas.*

Introducidos los Romanos en la Grecia, pareciendo en medio de ella como sus libertadores, y vencido Filipo, era necesario buscar un nuevo campo á la gloria de sus Cónsules y sus legiones y no fue difícil hallar la ocasion y el pretexto. Para arreglar la paz con Filipo habian pasado á Grecia diez Senadores que con el Cónsul Quintio formaban un pequeño Senado que daba audiencia y recibia no solo á los Legados de las pequeñas repúblicas de la confederacion griega, sino á los primeros reyes de la tierra. ¡Cuan mudada estaba la fortuna de Roma! En una de estas audiencias fueron recibidos los embajadores de Antioco con quien durante la guerra de Macedonia habian contemporizado los Romanos, mas no existiendo ya las razones que entonces lo exigieron, otro fue su lenguaje, no ya tan estudiado y equívoco sino harto mas claro y decisivo. Intímosele que abandonase en Asia y Grecia cuantas ciudades habian estado sometidas á Filipo y Ptolomeo, renunciando á cuanto poseia en la Europa, y confinandose al Asia.

Esta proposicion atrevida hecha no á un príncipe humillado y rendido sino á Antíoco el grande no podia menos de producir la de-

seada guerra á que por otra parte atizaban no solo los Etolios que desde la batalla de los Cinocéfalos dejaron de estar en buena inteligencia con los Romanos, sino el célebre Aníbal á quien obligó á emigrar de Cartago y buscar un asilo en los estados de aquel rei la rezelosa Roma. Afortunada en todo, Antioco prefirió á los talentos eminentes del Cartagines, las bajas adulaciones del intrigante Toas el Etolio : Aníbal fué desoido y Roma triunfó sin rival.

Cinco años despues de la paz con los Macedonios se declaró al fin la guerra entre Antioco y sus aliados los Etolios, y los Romanos y los suyos; los Cartagineses, los Rodios, los Aquéos, Eumeno II rei de Pergamo, y Filipo. Tal era la política Romana. Con los Etolios vencieron á Filipo; con Filipo hacen ahora la guerra á los Etolios. La suerte no estubo largo tiempo indecisa. El Cónsul Acilio pasó á la Grecia y á poco la toma de Heracléa y el sitio de Naupacte y otros triunfos obligan á los Etolios á implorar la clemencia de Roma, y mientras que la batalla de los Termopilas forzó á Antioco á dejar la Europa, el combate de Córico entre C. Livio y Polixenidas dejó

libre el paso del Helesponto. Atraviesale con sus legiones, y acompañado de su hermano el Africano, el Cónsul Escipion que tomó después el sobrenombre de Asiático; declaranse por los Romanos todas las Colonias griegas del Asia : huellan con planta respetuosa por primera vez después de tantos siglos la tierra sagrada de Priamo : beben las aguas santas del Simois y del Escamandro; adoran en Ilion los restos venerandos de sus progenitores, y no contribuiría poco la exaltacion de estos nobles recuerdos al triunfo de Magnesia que decidió de su superioridad en el Asia, y obligó á Antiocho á someterse á las condiciones que quiso imponerle el vencedor. Por un tratado hecho en Efeso convino en pagar doce mil talentos áticos, en entregar todas sus naves de guerra, y los elefantes : en abandonar, cuanto poseía de la parte acá del Tauro, y hasta en deshonrarse consintiendo en entregar al Etolio Tóas y al grande Aníbal que con noticias que tuvo del tratado se salvó en Creta, pero que al fin no pudo sustraerse á la vengativa Roma sino por un veneno, cuando se vió cercado en la Corte de Prusias rei de Bitinia que se proponia entregarle.

Escipion el Africano, alma de esta guerra, dió en ella una prueba mui relevante de su patriotismo, y Antioco mostró por su parte no menos humanidad y delicadeza. Mui desde el principio de los sucesos, y sin que se sepa donde, hizo este último prisionero al hijo de aquel. Ofrecíale Antioco para ganarle su libertad, más Escipion sacrificó la ternura paternal á las inexorables virtudes de un hombre público, y si esta tentacion no pudo vencerle, ¿que efecto podia producir la oferta de magníficos presentes sobre el alma grande de este digno ciudadano modelo de capitanes? No estaba tan exento Antioco de virtudes generosas que no fuese mui capaz de apreciar las de su enemigo, y sabiendo que Escipion estaba malo le envió su hijo sin condicion ni rescáte.

Ni tantos triunfos, ni tantas virtudes bastaron á poner á cubierto de la calumnia y la persecucion á los dos Escipiones. El Africano tuvo que sustraerse al odio de los Tribunos, retirandose de Roma, de aquella Roma que en el entusiasmo de sus triunfos le habia decretado honores divinos, le habia casi convidado con la Dictadura perpetua, y que despues ni aun respetó su memoria en el sepulcro. Su

hermano Lucio vencedor del Asia se vió alfin condenado por un juicio que le declaraba reo de venalidad; sus bienes todos que fueron confiscados no alcanzaron vendidos á cubrir la suma en que fue condenado, á pesar de las riquezas y herencias considerables de esta ilustre rama de la familia Cornelia. El oprobio de esta sentencia recayó al fin sobre sus Jueces y sus acusadores. ¡Que de lecciones no ofrece el estudio de los tiempos pasados para corregir toda especie de exaltacion! En vano los entusiastas y admiradores ciegos de las Democracias se obstinaron en presentarlas como gobiernos en que la virtud erige su trono; en que el mérito halla siempre recompensas seguras, gloria inmarcesible. La historia depone contra ellos. Es bien estraño ver á todo un Caton tomar parte en estas acusaciones y á Tiberio Graco Tribuno y enemigo de los Escipiones empeñado con tanto calor en su defensa. Las ásperas virtudes, el estoicismo de Caton se avenian mal con la condicion magnífica y generosa de los Escipiones y su prevencion llegó hasta el punto de degradar á L. Escipion de la clase ecuestre en el año, en que ejerció la Censura.

No se desmintió en esta ocasion la política conocida del Senado. Terminada la guerra proclamó la libertad de las colonias griegas del Asia que porque dejaron de ser tributarias de Antioco, se creyeron libres. La Licia y la Caria fueron cedidas á los Rodios; y á Eumeno las dos Frigias, y la Misia y en la Lidia y la Jonia todas las ciudades que habian seguido el partido de Antioco, y que en otro tiempo habian pagado tributo á Atalo. Eumeno fue para los Romanos el Masinisa Asiático. Tambien le cedieron en Europa el Quersoneso y Lisimaquia. Murió Antioco á poco de haber firmado el tratado definitivo bajo el consulado de Manlio.

Entretanto y hasta el año en que muerto Filipo ocupó el trono de Macedonia el parricida Perséo su hijo, continuó la guerra en la España y la Liguria en general con feliz suceso por parte de los Romanos, particularmente en la segunda. Una y otra sirvieron de teatro á la gloria de diferentes Cónsules y de motivo á sus triunfos. Lucio Emilio Paulo en el año de 71 obtuvo sobre los Ligurios Inguanos una victoria que acabó por someterlos, y en el siguiente cuarenta mil Apuanos fueron

trasplantados al pais de los Samnitas, mientras que el Cónsul Fulvio, no sin trabajo, triunfaba de la obstinada resistencia de los Celtíberos.

Los años 68, 69 y 72 fueron entre otras cosas memorables, el primero por la censura de Caton en memoria de la cual el pueblo romano le erigió una estatua, como reformador de las costumbres públicas, estatua que se colocó en el templo de la Salud; el segundo por la muerte de los tres famosos capitanes del siglo Escipion, Anibal y Filipomenes, y el tercero por la promulgacion *Legis Annalis vel Annariæ Legis* á petición del tribuno L. Vilio ó L. Julio. Esta lei fue llamada asi por haber sido la primera que fijando las incertidumbres y dudas de la tradicion y la costumbre, determinó los años que eran necesarios para obtener las magistraturas: lei orgánica importantísima en todos, pero particularmente en los gobiernos populares. El texto de esta sabia disposicion no ha llegado á nuestros dias. Varía es acerca de esto la opinion de los autores, mas si hemos de juzgar por el ejemplo de Ciceron, que se preciaba de haber obtenido cada una de las magistraturas en el

año primero de su capacidad legal, « *se suorum quemque magistratum anno gessisse*, » diremos que la edad requerida para la Cuestura era la de treinta y un años, de treinta y seis para la dignidad de edil curul, cuarenta para la Pretura, y cuarenta y tres para el Consulado. En vano Ciceron impugnaba en la Filípica V^a la prudente circunspeccion de estas leyes, que segun su expresion « *adolescenciæ temeritatem verebantur*: en vano alegaba que « *ab excellenti, eximiaque virtute progressum ætatis expectari non oportere*. Si el interes de su causa, si la posicion particular de Roma pedia una excepcion, en esto como en todo la excepcion confirma la justicia de la regla, de la lei general. Plausibles podian ser en esta ocasion cuantos medios contribuyesen á justificar y reclamar una especialidad en favor de Octavio, mas no las razones con que tiró á combatir el principio, á disminuir el respeto debido á estas leyes que no hazian otra cosa que alejar del poder una edad fogosa, é inexperta, vincular á la madurez del juicio el ejercicio de la autoridad, y en último resultado someter la fuerza á la direccion de la razon. Equivocabase en teoría tanto como en

los hechos se engañaba cuando saliendo porfiador del heredero, del hijo adoptivo de Cesar aseguraba que seria siempre cual el Senado podia desearle.

Jamas fue sincera la alianza de Filipo con los Romanos y en verdad que por parte de estos su engrandecimiento diario y la inquieta ambicion de sus Cónsules no podia menos de inspirar recelos á cuantos no estuviesen ciegos sobre la verdadera situacion del mundo. Asi es que Filipo despues de haber cedido á la lei imperiosa de las circunstancias en la paz y de haber dado un respiro á sus pueblos, empezó á ocuparse de nuevos preparativos para volver á la guerra. Su muerte la dilató porque Perséomal seguro al principio sobre su trono, aunque en su odio á los Romanos heredero de Filipo tuvo que disimular sus proyectos. Mas adelante á medida que se iba consolidando empezó á dejar traslucir su designio de sustraerse á la tutela de Roma. Con este objeto trató de proporcionarse aliados, pero los Antiocos y Ptolomeos ocupados de sus querellas y pretensiones no veian la suerte que amenazaba al Universo, y nada se diga de la degradada Grecia que por otra parte creía ver en Roma

la protectora de sus libertades. Filipo no pudo atraer á su partido sino á Cotis de Tracia rei de Odriso y á Gencio rei de Iliria, y los Romanos al fin despues de muchas embajadas y conferencias declararon la guerra contra Perséo.

Continuó esta sin resultado definitivo bajo los consulados de Licinio y Marcio, hasta que dandola los Romanos toda la importancia que efectivamente tenia, nombraron por Cónsul al virtuoso, al gran Paulo Emilio hijo del que habia muerto en la batalla de Canas. Mirabanle los Romanos y con razon como el primero de sus generales por las pruebas que de sus talentos habia dado en España y en Liguria, y le confiaron la suerte de sus legiones en esta ocasion tan crítica en que una derrota hubiera podido serles funesta, dando al de Macedonia poderosos aliados entre los muchos á quienes solo retenia el miedo de la triunfante Roma. Partió de esta el Cónsul Emilio con el pretor Anicio; este para la Iliria y aquel para la Macedonia y una y otra guerra quedaron en breve terminadas. La Iliria fue ocupada; Gencio hecho prisionero, y en quince dias Perséo completamente derro-

tado en Pidna y descubierto en la isla de Somotracia donde se habia refugiado vinieron uno y otro con sus familias á arrastrar en Roma el carro de los triunfadores. Perséo murió en Alba y el hijo de uno de los sucesores de Alejandro casi reducido á la mendicidad se contempló harto dichoso con ser escrivano en un pueblo de la vengativa y poco generosa Roma.

Los Romanos segun costumbre enviaron cinco comisarios á la Iliria y diez á Macedonia. Presidiendoles en el congreso de Anfípolis hizo Paulo Emilio conocer las disposiciones del Senado acerca de la última. Empezó por proclamar la libertad de la Macedonia, superchería ridícula que no podia engañar á aquellos á quienes en el mismo tratado se declaraba tributarios, y á quienes se prohibia cultivar sus minas de oro y plata, cortar, ni permitir que otros cortasen maderas de construcción. La Iliria libre por el mismo estilo fue dividida en tres cantones independientes, y la Macedonia en cuatro cuyas capitales fueron Anfípolis, Tesalónica, Pella y Pelagonia. Asi concluyó aquel vasto imperio que Alejandro extendió hasta por encima del Hidaspes y del Jajartes.

Los despojos de la Macedonia, los tesoros de Perséo, setenta ciudades saqueadas y arrasadas en el Epiro por haberse pronunciado por aquel, otras varias de la Iliria que corrieron la misma suerte por identidad de razon, compusieron aquel tesoro inmenso que hizo tan ostentoso el triunfo de Paulo Emilio y que puso al pueblo romano en estado de no pagar ninguna contribucion, ventaja de que disfrutó hasta el consulado de Hircio y Pansa.

Con tales elementos de lujo y corrupcion de poco podian servir las leyes que tirasen á reformar las costumbres públicas. De este género fue en el año de 378 la lei Voconia en que se estableció que las mugeres no pudiesen suceder en mas de cien mil sestercios (como cincuenta mil reales) y en que Caton fué mas feliz que lo habia sido en defensa de la lei Opia. La sed del oro empezaba ya en Roma á suceder á la exaltacion del patriotismo y de la gloria, y sus Pretores y sus Cónsules á degenerar de sus antiguas virtudes. Quien de ellos como el Cónsul Postumio al atravesar las tierras de los Prenestinos exige ya de los aliados ser mantenido y trasportado á su costa

causando mil vejaciones á los pueblos; quien como los Pretores de España en el mismo año hacen un tráfico vergonzoso con el *Frumentum æstimatum* y el *Frumentum emptum*; quien como el Cónsul Casio saquea varios pueblos amigos y pacíficos de los Alpes y la Istria, ó como Licinio en la Beocia vende por esclavos á los ciudadanos de los pueblos aliados, mientras que sus pretores Lucrecio y Hortensio hacen otro tanto en Calcis, roban sus templos y se apropian con descaro sus ricos ornamentos. ¡Aun no está Roma todavía en el apogéo de sus triunfos, y ya empieza á desarrollarse el germen de su decadencia! ¡Y que podria compararse con la arrogancia de sus Embajadores! Un Popilio haciendo temblar á los Rodios y decretando la pena de muerte contra los que hubiesen dicho ú hecho cualquiera cosa en favor de Perséo, negando su mano á un rei de Siria, cerrandole en un estrecho círculo y precisandole á responder á su embajada antes de salir de él, son ejemplos que no dejan nada que desear. Un Prusias á las puertas del Senado con el birrete de liberto y saludando con la rodilla en tierra á sus miembros con el nombre de *Dioses sal-*

vadores presenta por una parte el último grado de envilecimiento y bajeza y por otra el último término del engreimiento y el orgullo. Un Sulpicio abriendo en Sardes un tribunal, un juicio de residencia en que excita á comparecer, y ofrece oír á cuantos tengan quejas contra su rei Eumeno es una prueba de la humillacion á que Roma reducía á sus mejores aliados; del grado de libertad é independencia en que les tenía y de lo cara que vendía su proteccion. ¡ Y pluguiese al Cielo que el Romano se hubiese contentado con ser altanero! Envanecido con sus triunfos se hizo injusto é inhumano, y arrastrado por el deseo de dominacion no le bastó ser astuto; empezó á ser en su política descubiertamente pérfido. Despues de la ruina de Macedonia cual si todos los pueblos hubieran nacido esclavos suyos y cual si toda guerra contra Roma debiese considerarse como una rebelion, envian comisarios al Asia y á la Grecia; en todas partes piden que se imponga, ó mas bien imponen ellos mismos la pena de muerte á cuantos creyeron conveniente la alianza con Perséo, y persiguen con tan irritante pretexto á cuantos sus infames aduladores designan por sospecho-

sos. Apenas los Rodios á fuerza de prosternarse y de invocar la clemencia de los Senadores y de renunciar la Licia y la Caria pudieron obtener el perdón de haber sido neutrales en la guerra contra Perséo. Por haberle seguido, ciento cincuenta mil Epirotas arrostraron las cadenas de la esclavitud. En vano los Aquéos se ofrecieron á probar que nada habian hecho contra los intereses de Roma. El infame Calicrates vendido á su política designa las víctimas y el Senado sin audiencia ni examen destierra á la Etruria, á todos los designados, entre ellos el célebre Polibio, que si por una excepcion permaneció en Roma lo debió á la proteccion de los Favios y los Escipiones. En vano enfin los Etolios piden justicia contra los bárbaros Licisco y Tisipo que sin mas motivo que el de haberse mostrado favorables á Perséo deguellan á quinientos cincuenta ciudadanos, y destierran á otros. En lugar de acoger sus justas quejas, el Senado con insolente descaro, con horror de la moral pública premia á los infames delatores con los despojos de sus víctimas.

La perfidia de su política se descubrió bien á las claras en su conducta con Eumeno

cuando solapadamente, con el objeto de dividir para triunfar, osó proponer á Atalo hermano de aquel que habia venido á Roma en calidad de Embajador que pidiese la mitad de los estados de Eumeno, contando con que seria apoyado por el Senado. Atalo sostenido por los consejos del Medico Estracio resistió la tentacion; evadióse de Roma y aquella augusta asamblea no dudó deshonrarse haciendo público su resentimiento contra Atalo á quien despojó de dos ciudades que pocos dias antes le habia concedido.

CAPITULO VII.

Tercera guerra púnica : destruccion de Cartago y Corinto.

A bien poco se reducen en verdad los sucesos de esta guerra en que Roma dió la última prueba de su ambicion, su injusticia y su inhumanidad.

Los Cartagineses despues del tratado que terminó la segunda guerra no pensaron jamas ni en romperle ni en recobrar su perdida gloria, ó en lavar la antigua mancha. Sometidos en todo á la política de Roma sirvieron á sus triunfos en las diferentes guerras que aquella hizo durante su intervalo. Pero Masinisa animado por la proteccion particular de los Romanos, y aun acaso excitado por estos, estubo con aquellos en un estado perpetuo de discusion y pretensiones que el Senado mantuvo astutamente, terminandolas algunas en favor de Masinisa con visible parcialidad, y no queriendo terminar otras aun excitado á ello por uno y otro interesado. Enviaba comisarios

como para decidir sus diferencias y les daba instrucciones para dejarlas indecisas y pendientes. En una de estas ocasiones y con este motivo vino por desgracia de Cartago á vivir dentro de sus murallas el tan celebrado Caton, que habiendola visto floreciente por la paz y el comercio, á su vuelta á Italia no cesó de excitar recelos contra aquella y de gritar que la salud de Roma pendia de la destruccion de esta ciudad. Cualquiera que fuese la materia de la discusion Caton terminó desde entonces todos sus discursos con el « *delenda est Carthago.* » En vano se le opuso, prudente en esto, el celebrado Escipion Násica. El Senado y el Pueblo de quienes se habia apoderado un espíritu de invasion universal no podian menos de aprobar una opinion que halagaba su passion dominante y los Cónsules y las legiones debian necesariamente desear una guerra que convidaba con un botin inmenso, y como al rencilloso le bastan pretextos, no fue difícil hallar uno con que cohonestar la agresion.

El estado de incendio entre los Cartagineses y Masinisa hizo que los primeros condenasen á pena de destierro á unos cuarenta individuos tachados de partidarios del segundo. Refugia-

dos á los estados de Masinisa reclamó este la restitucion de ellos á sus hogares, enviando con esta embajada á sus hijos Gulusa y Micipsa. Los Cartagineses imprudentes en verdad no quisieron recibirles, les cerraron las puertas de la ciudad y aun se dice que uno de ellos tuvo que escaparse de Amilcar que en su persecuimiento salió de la ciudad. Esto bastó para que la guerra se declarase entre Cartago y Masinisa : la fortuna, ó sus talentos dieron á este la victoria y los Cartagineses se sometieron por un tratado á las condiciones que quiso imponerles el vencedor. Consintieron en admitir los desterrados; los restos de sus ejércitos pasaron bajo el yugo, y convinieron en pagar como sesenta millones de reales en cincuenta años.

Aqui parecia terminarse naturalmente este negocio, y no quedaban ciertamente los Cartagineses poco castigados de su imprudencia, mas Roma á quien atormentaban á un tiempo su propia ambicion y las riquezas de Cartago, creyó que este momento de humillacion era mui á propósito para completar el triunfo de su venganza, y de las otras pasiones que la animaban. Pretextó pues con conocida super-

chería, que los Cartagineses habian violado el tratado de Anibal declarando la guerra á un aliado suyo, que no exigia de aquella mas satisfaccion que la que le habia dado la victoria, y con tan frivola apariencia de motivo decretó el Senado la guerra contra Cartago. Los Cartagineses que acababan de verse inferiores á Masinisa, sintieron su imposibilidad de resistir á las legiones vencedoras del Asia y de la Europa. En vano por un decreto imputaron á Asdrubal y á Cartalon la guerra de Numidia, y les declararon por esto reos de estado; en vano enviaron sus embajadores á Roma entregandose á discrecion. El Senado admitió su sumision y les envia á los Cónsules Marcio Censorino y Manlio que habian salido ya de Lilibeo y desembarcado en Utica que acababa de entregarse á los Romanos, ó por sugestion de estos, ó porque temiese verse envuelta en las ruinas de Cartago, ó por las dos cosas á un tiempo. Los Embajadores Cartagineses se presentaron en Utica á los Cónsules, que con la perfidia mas inaudita exigieron trescientos rehenes de los primeros ciudadanos; desarmaron á los Cartagineses, y declararon despues que el Senado habia decretado la ruina

de Cartago, y que en consecuencia todos los ciudadanos saliesen de la ciudad, y fuesen á establecerse á otra parte con tal que fuese á cuatro leguas de la costa. Asi cumplió Roma jugando con las palabras de un modo que sus Pretores habrian condenado en un causídico, un tratado en que por premio de una sumision casi absoluta, habia empezado estipulando conservar á los Cartagineses su libertad, sus propiedades y el uso de sus leyes. No fue en verdad nunca mas dolosa la fé púnica tantas veces decantada.

Los Cartagineses justamente irritados de tamaña perfidia buscaron en la desesperacion el remedio que no habian hallado en su prudente resignacion. Admitieron en la ciudad al desterrado Asdrubal que al frente de veinte mil hombres podia aun lisongearles con algunas esperanzas : cerraron las puertas á los Romanos, fabricaron armas, y resistieron aun el sitio durante el consulado inmediato de Postumio Albino y de Calpurnio Pison, mas al fin cedieron á los talentos é intrepidez del segundo Escipion llamado tambien el Africano hijo del famoso Paulo Emilio y que por la adopcion del hijo de Escipion llevaba el nombre

esta familia, el cual fue nombrado Cónsul y á quien se continuo el mando durante el consulado de Léntulo y de Mumio. Cartago fue arrasada y no menos de cincuenta mil ciudadanos que sobrevivieron á tanto estrago salieron de la ciudad y fueron á llorar lejos de ella la ruina de su patria y su propia desnudez. La orgullosa Roma envió segun su costumbre diez comisarios que acabaron de demoler á Cartago, encarnizandose por decirlo asi hasta contra sus vestigios : otro tanto hicieron con cuantas ciudades de Africa se habian declarado por su metrópoli; adjudicaron á Utica todo el terreno entre Hipona y Cartago y el resto fue declarado provincia Romana con el nombre de Provincia de Africa. Roma que en sus agitaciones intestinas nos ha dejado tantas lecciones para hazernos temer la fiebre demagógica, y lo mucho que en ella aventura la verdadera libertad, nos da en su venganza repetidas pruebas de que una república conquistadora no es ni menos avara, ni menos tiránica ni menos envidiosa y enemiga de la felicidad de sus vecinos que un déspota conquistador.

Quitóse Roma la máscara, que perdidas sus

primeras virtudes la dieran ya sus modernos vicios y aprovechandose del furor insensato de los Griegos, calentandose al fuego que ella misma encendia, ó alimentaba con sus artificios, acabó por hacer en la Grecia punto menos que en Cartago. La ligua de los Aquéos presentaba todavía en aquella una confederacion respetable, y Roma recelosa acechaba la ocasion de debilitarla ó destruirla, y si la humillada Cartago habia dejado todavía pretestos á su política tortuosa! ; cuan fácil no debia ser excitar causas que ofreciesen otros en la inquieta, arrebatada é imprudente Grecia que sorda á las lecciones de la experiencia no vió nunca que en su union habia hallado siempre la victoria, y en su division las cadenas!

Suscitanse nuevas querellas entre los Espartanos y los Aquéos : envian unos y otros sus embajadores á Roma, tribunal que un tiempo tuvo precision de ocultar con hipocresía sus designios, pero que ya no reconoce la necesidad de encubrir su ambicion. El Senado delega á diez comisarios la decision de las diferencias de la Grecia, y con arreglo á sus instrucciones lejos de terminarlas, lo que

intiman á los Diputados de las ciudades en una asamblea reunida en Corinto es un decreto en que aquel declara á Esparta, Corinto, Argos, Heracléa y Orcomeno no comprendidas en la liga de los Aqueos. Los Griegos eran ligeros, indiscretos, y turbulentos pero no estúpidos, y las intenciones de Roma en aquella decision eran demasiado claras. Tiraba á dividir para mejor dominar. Oida esta decision el furor se apodera de los ánimos : se cometen mil horrores en Corinto contra los Lacedemonios, y aun los Comisarios de Roma mal seguros tienen que evitar con la fuga el peligro que los amenaza. En este estado los Democritos, los Diéos, y los Critolóas cabezas volcánicas, don funesto de la sociedad, que un populacho necio proclama defensores de sus derechos, y á cuya confianza se abandona imprudente en su desordenado vértigo, se agitan, recorren la Grecia, gritan por todas partes que ha llegado el tiempo de provocar la colera de Roma y sacudir su yugo, la suponen vencida á las puertas de Cartago y confundiendo asi la temeridad con el patriotismo, la verdad con el error, y la razon con el delirio, declaran la guerra á Esparta, insultan à los enviados del Pretor

Metelo el Macedónico que estaba con sus legiones á las puertas de la Grecia; arrastran en su convulsion á la infeliz Beocia, y á Calcis, y á poco las legiones romanas por la batalla de Escarfea llevan sus triunfos hasta el ismo de Corinto y en seguida el Cónsul Mumio toma y saquéa á Corinto, incendia sus casas y arrasa sus murallas; la devastacion se estiende á cuantos federados que han tomado parte en la guerra, y la Grecia entera sepultada en las ruinas de aquella ciudad se convierte en una provincia Romana con el nombre de Acaya. Tal fue el lastimoso resultado de tan imprudente guerra. ¡Cuanto mas que los Damocritos y los Diéos amaba á su patria el prudente el sabio Polibio, que viendola en circunstancias tan aciagas vuela á su socorro, empléa en su favor toda la influencia que tiene sobre los Romanos, temple los males en que no habia tenido parte y que no habia podido resistir! La Grecia agradecida erigió estatuas á su memoria, y confesó en ellas: « Que no habria incidido en tantos males si desde el principio hubiera sido dócil á sus consejos, y que despues de ellos Polibio habia sido su único recurso en la desgracia. » Envi-

dien otros una gloria mas ruidosa. Para las hombres de cierto temple la de Polibio tiene sus atractivos y su recompensa.

Entretanto el descerraje y el lujo crecian al par de la inmoralidad, como no puede menos de suceder en las naciones cuyo principio de prosperidad y de riqueza sea el pillage y el latrocinio. El soldado de estos pueblos guerteros ni mas ni menos que el salteador de caminos gasta con prodigalidad lo que reunió sin afan. En vano pues la lei Orquia en 569 quiso poner un término al lujo de las mesas limitando el número de los convidados; en vano la lei Fania en 591 redujo á treinta sesteracios el gasto sin contar las legumbres, pastas ni vinos, y no menos en vano posteriormente las leyes Didia y Licinia en 609 y 642 repitieron las anteriores y añadieron nuevos reglamentos. Las leyes suntuarias como todas las penales, tienen sobre las costumbres una influencia mui débil. Caton defendiendo la lei Opia y la lei Voconia, quejandose de la inobservancia de la lei Fania, y provocando al mismo tiempo al saquéo y la ruina de Cartago ofrece á mis ojos una contradiccion inexplicable. Es un médico que pinta los estragos

de la hidropesía y para curarla receta agua á sus enfermos. En esta especie de dolencias políticas si el mal no se sufoca en su origen, las leyes no solo son inútiles sino perniciosas, pues familiarizando á los ciudadanos con las infracciones de la lei, les hacen perder el respeto que se debe á las que mantienen el orden público, á las de la moral misma, y tal vez le desmoralizan aun mas habituandoles al casuismo, al subterfugio, que las elude. Cuando por el estado de las costumbres una lei ha dejado de ser mirada como una obligacion, un deber de honor y de conciencia, y no es sino ó un freno ó un trampantojo vale mas derogarla, que pensar en sostenerla con suplicios, ó verse precisado á dejar impune en el desprecio de ella el insulto y la violencia de todas las demas.

Por desgracia poco mas afortunada seria la justa y sabia lei Calpurnia *de pecuniis repetundis* que en 603 autorizó á las provincias vejadas por sus gobernadores á reclamar en justicia y exigir la restitucion de lo que les habia sido arrancado por el abuso de la autoridad. Mas con que indulgencia no castigaria Roma en sus agentes este crimen no siendo

ya el espíritu de su gobierno otra cosa que un sistema de depredacion universal, no queriendo renunciar á su ambicion y no pudiendo esta sostenerse sino por tales condescendencias, tales estímulos! En defensa de su libertad y de su suelo empleó un tiempo hombres honrrados, ciudadanos virtuosos; para invadir el de los otros y enseñorear el mundo, necesitaba de instrumentos corrompidos.

CAPITULO VIII.

Cuarto período de la tercera época.

Este período á contar desde la ruina de Cartago y toma de Corinto hasta el combate de Accio que adjudicó á Augusto sin contradiccion el imperio del mundo romano, abraza un intervalo de ciento diez y seis años en que se comprenden 1° la ruina de Numancia, las discordias civiles excitadas por los Gracos, las guerras contra Yugurta, los Aliados y Mitridates, 2° las guerras civiles entre Mario y Sila, Cesar y Pompeyo, 3° la de los segundos Triumviros contra Bruto y Casio continuada contra Sexto Pompeyo, y últimamente la que se suscitó y puso término á todas entre Marco Antonio y Augusto.

No duró largo tiempo la resignada sumision á que Escipion á su vuelta de Africa redujo á los Españoles sublevados, derrotando á Indibilis y Mardonio, tomando á Gades, y conquistando por sus virtudes aun mas que por

su espada. Los que le sucedieron, no se le parecían, y las tribus indomables de España poco nacidas para sufrir un yugo extranjero tomaron de nuevo las armas y hasta los tiempos de Augusto dieron constantemente no pequeña ocupación á los Pretores y Procónsules, y si bien los Catones y los Emilios por la superioridad de sus talentos triunfaron de estas mal disciplinadas huestes, no fue sin probar lo que pueden el valor, la intrepidez, y el amor de la independencia, virtudes en que hallaron su muerte los Sempronios y los Atinios.

Mas sea ó porque creciendo la insolencia de sus Pretores, creció el despecho de los oprimidos, ó porque el carácter de los Españoles haya sido siempre el de irritarse por los obstáculos y el de calcular poco cuando sienten mucho, ello es que á medida que Roma estendia su poder y su influencia por insignes victorias, la resistencia, la obstinacion de los Españoles parecia aumentar, y el Egipto en tutela, los Seleucidas humillados, el Asia menor dominada, la Macedonia domada, la Grecia sometida, Cartago arruinada parecian acrecentar en aquellos el deséo de la venganza y el amor de la libertad.

Ni fue solo en la España ulterior donde Roma triunfante ya del Universo conocido experimentaba una resistencia tenaz. La de los Numantinos no fue menos gloriosa que las campañas del famoso Viriato.

Las derrotas del Pretor Calpurnio Pison en 600 y la del Cónsul Fulvio en el año inmediato en la España citerior, la alternada suerte de victorias y descalabros por que en la Ulterior hubo de pasar aquel célebre Mumio que tan fácilmente triunfó de la liga de los Aquéos, dieron á Roma una idéa tal de la guerra de España que cuando en 603 el Senado acordó la continuacion de ella bajo el consulado de Postumio Albino y Lúculo no hubo un solo ciudadano que se presentase á pedir una plaza de Tribuno, cosa inaudita: los tenientes generales que Lúculo encargado de conducirla habia nombrado se negaron á seguirle y la juventud romana no queria alistarse para ella. Por fortuna de Roma el segundo Escipion que estaba dentro de sus muros semejante al primero en Canosa, aunque en circunstancias diferentes, con sus discursos animó á los desalentados y con su ejemplo determinó á los tímidos. La juventud se alista y el pérfido y

avariento Lúculo vino á dar en Cauca (1) el escandaloso ejemplo de la mas horrenda perfidia, pasando á degüello á todos los habitantes de aquella ciudad, donde habia entrado en virtud de una capitulacion. No quiso su Pretor el elocuente pero infame Galva que mandaba las legiones romanas contra los Lusitanos verse escedido por su Cónsul en dolosa atrocidad, y despues de haber conseguido por un tratado desarmar bajo de apariencias amistosas á estos últimos, los pasó inhumanamente á degüello. De esta carnicería pudo salvarse el héroe Viriato, el que fue despues vencedor de los Vitilios, de los Plaucios, los Unimanos, los Nigidios; el que supo tener en respeto á los Favios Emilianos y el que forzó á la soberbia Roma á firmar un tratado de paz y alianza, estipulando de una y otra parte mantener recíprocamente el estado de posesion.

Mas Roma infiel á sus pactos, como corrompida y pérfida, envió al odiado y odioso Cepion á quien sus tropas mismas quisieron quemar en su tienda y á quien el Senado autorizó al rompimiento del tratado sin causa ni

(1) V. nota 24.

motivo ni otra formalidad que la de arrojarle sobre el desprevenido Viriato que descansaba en la confianza de la fé prometida. Ni fué este el único crimen con que se manchó aquel mónstruo. Dando por buenos (con la nacion á que pertenecia) todos los medios como por ellos se lograba la venganza, el saquéo, y la dominacion empleó contra Viriato el brazo de dos asesinos que su oro compró y que le mataron en su tienda donde dormia siempre sin precaucion ni defensa no temiendo nada de los suyos. Catorce años sostuvo el héroe Lusitano con alternada suerte la guerra contra los Romanos y tuvieron al fin que comprar su triunfo por una traicion ignominiosa.

Tántalo que sucedió à Viriato tenia no menos exaltacion patriótica, pero carecia de los talentos de este, y Termes y Numancia abandonadas á su desesperacion hubieron de sufrir todo el peso de la guerra. Excitada esta última ciudad con otras varias de la España citerior por la influencia y el ejemplo de Viriato se habia sustraído á la dominacion romana, y sostenidas todas por aquel héroe habian hecho hasta aqui una defensa gloriosa, mas desprovistas de este auxilio, sometida la

España ulterior por el Cónsul Junio Bruto, que pasó el Miño y penetró hasta el Oceano occidental, Numancia sola, Numancia sostuvo una lucha de catorce años contra su irresistible omnipotencia y un puñado de hombres asombro de su siglo y de las generaciones futuras llegaron de tal manera á sobrecoger á sus legiones, que en lenguaje de sus propios historiadores un Romano no podia sufrir la vista de un Numantino, y despues de haber vencido y derrotado entre otros muchos á los Q. Pompeyos y los Mancinos, obligandoles á formar tratados á cuyo cumplimiento se negó despues la perfidia romana, fué necesario todo un Escipion, y aun este con setenta mil hombres contra ocho mil á que se reducía la fuerza de los Numantinos no arriesgó nunca en dos años ni asalto ni batalla, y debió al hambre un mezquino triunfo de escombros y llamas donde se enterraron sus indomables habitantes. Numancia no presenta á mis ojos una leccion que deban imitar los pueblos invadidos por un conquistador, mas es un ejemplo, que prueba lo mucho que hai que temer de hombres despechados y valientes.

La ruina de Numancia produjo la sumision

de toda la Península, excepto los Cantabros que aun hallaron en la aspereza de sus montañas un asilo contra la ambicion de Roma, asilo desde donde estuvieron constantemente inquietando sus legiones hasta los tiempos de Augusto como diremos mas adelante.

La necesidad de representar en un solo cuadro lo relativo á la guerra de España nos ha llevado hasta el año 619 en que se terminó y nos ha obligado á postergar un hecho importante que pertenece al de 613; que contiene una alteracion notable en la constitucion del gobierno de Roma y que anuncia al mismo tiempo la corrupcion de las costumbres públicas. Hablo de aquellas leyes que Ciceron llamó *Tabellariæ* y que variaron el modo antiguo y público de votar en las asambleas ó reuniones del pueblo, sustituyendo á este el del escrutinio ó votacion secreta. Ciceron en el lib. 3º de *Legibus* examinando si el secreto en las votaciones es preferible á la publicidad de los votos, las número. Todas ellas llevan el nombre de sus autores y debieron su origen á hombres de costumbres perdidas. La primera era la lei Gabinia que introdujo la forma del escrutinio para la eleccion de los ma-

gistrados. La lei Casia combatida por el Cónsul Emilio, y apoyada por Escipion Emiliano le amplió á los juicios. La lei Carbonia le extendió á las votaciones sobre las leyes, y la lei Celia aun hasta los juicios llamados *Perduellionis* ó de alta traicion. Quedó pues el escrutinio admitido en todos los negocios en lugar de la expresion oral y pública con que antes se terminaban. Rolin parece presentar á Ciceron como defensor del escrutinio y Filangieri le cita como su antagonista. Uno y otro se equivocaron ó en otro sentido uno y otro dicen bien, y la opinion del orador romano no es contradictoria sino tal cual pudiera esperarse de su prudencia y talentos. Ciceron en el citado diálogo llama con efecto á esta lei cual dice Rolin *Vindicem libertatis* y Ciceron por boca de Quintio su hermano dice tambien poco mas ó ménos como Filangieri « Que donde la verdad teme levantar la voz, la virtud es tímida y la fuerza prevalece y que allí la mano oculta del despotismo cierra sin ruido la boca de la libertad y sofoca el grito del interes público; » mas con todo eso ni Ciceron se contradice, ni su opinion es dudosa. « *Vereor ne a te rursus dissentiam,* » le dice su hermano.

Non facies, Quinte, le responde, *nam ego in ista sum sententia qua te fuisse semper scio; nihil ut fuerit in suffragiis voce melius; sed obtineri an possit videndum est.* Ciceron conviene en que la votacion secreta es un signo de opresion, mas donde esta existe por la preponderancia irresistible de un partido que comprime la libertad, que deséa conocer á sus defensores para aterrarlos y perseguirlos, y el estado de las costumbres apenas produce sino virtudes comunes, la votacion secreta puede ser un medio de que la virtud tímida se defienda del poder, y se sustraiga á su venganza, viniendo á ser asi sin contradiccion *vengadora de la libertad, cuya opresion supone.* Tal empezó á ser con efecto la situacion de Roma despues de las guerras púnicas, las del Asia, Macedonia y Grecia. En los tiempos de Ciceron rayaba el mal en su último punto, y no tardaremos en ver cuanto le costó á él mismo lidiar á pecho descubierto contra los vicios de su siglo.

No fué indiferente por estos tiempos la guerra contra Aristónico hijo natural de Eumeno y sobrino de Atalo. No queriendo reconocer el verdadero ó supuesto testamento de

su tío que institua por heredero al pueblo romano, provocó la guerra no con tan mal principio que no empezase por vencer á Licinio Craso, mas no tardó en verse el mismo derrotado y prisionero del Cónsul Pérpene. Esta campaña redujo el reino de Pérgamo y los estados de Eumeno á una provincia romana bajo el nombre de provincia de Asia, que con las agregaciones de la Caria y la Licia de que se despojó á los Rodios por el último tratado, vino á componer toda el Asia menor excepto los pequeños reinos de Capadocia y Bitinia.

Aun pudo ser de mas trascendencia la guerra de los esclavos en Sicilia, cuya multitud llegó á ser tal que no bajó de doscientos mil el número de los sublevados. Acaudillados por un Sirio llamado Euno se apoderaron de varias ciudades; derrotaron á diferentes pretores, y bárbaros por naturaleza, irritados y feroces por la esclavitud cometieron mil atrocidades. Roma misma donde cundió á manera de contagio la fuerza moral de este ejemplo se habria visto apurada, si no se hubiese descubierto una conspiracion cuyas ramificaciones se extendian por toda la Italia, y que contaba ya

con lo mas difícil y peligroso en tales casos; es decir con un centro de reunion, pues vemos que los Cónsules Metelo y Cepion disiparon cerca de Sinuesa una que se formó, no tan para despreciada que su número no ascendiese á cuatro mil hombres. Tuvieron la fortuna de terminar felizmente en Sicilia la guerra de los esclavos el Cónsul Pison el Moderado, derrotandolos delante de Mesina, y el Cónsul Rupilio desalojandolos de Tauromenio y de Ena.

El año mismo de la rendicion de Numancia fue elegido por Tribuno del Pueblo el célebre y malhadado Tiberio Graco hermano de Cayo, que le sucedió mas adelante en el Tribunado en los proyectos y en la fatalidad, é hijos entrambos de la famosa Cornelia, madre tan amante de ellos en los años de la infancia como indiscreta despues en excitarlos á una funesta celebridad. Habia Tiberio tenido poco motivo de quedar satisfecho de la conducta del Senado en la acusacion contra el Cónsul Mancino de quien habia sido cuestor en España y que fué condenado á ser entregado á los Numantinos como en otro tiempo el Cónsul Postumio, superchería con que el Senado ahora como entonces pretendió quedar libre

de los tradados que no le acomodaba ratificar sin ponerse sin embargo en las circunstancias que habian causado y justificaban su necesidad. Tiberio habia tenido gran parte en este tratado en que los Numantinos exigieron su intervencion, y defendió su causa y la de su general con una vehemencia que hizo admirar sus talentos, pero que no alcanzó á separar al Senado de su propósito. O fue este desaire, ó las sugerencias de su madre, ó que el de suyo abrazase por convencimiento las opiniones populares que profesó, ó por todo junto, ello es, que apenas fue elevado al Tribunado, declaró la guerra al orden patricio. Provocó la ejecucion de la olvidada lei Licinia ó Agraria con tanto mas aire de justicia cuanto mas visible y escandalosa se iba haciendo de dia en dia la acumulacion de fortunas. Propusola al principio con temperamentos que la hubieran hecho admitir en tiempos de mas virtudes, mas irritado despues por la contradiccion y paralizado por la oposicion de su cólega y amigo Octavio, suspendió á todos los magistrados del ejercicio de su autoridad, reunió el pueblo, hizo deponer á Octavio, propuso la lei sin modificaciones,

fué aceptada, y se nombraron para su ejecucion por comisarios con el nombre de triumviros á su suegro Apio Claudio, á su hermano Cayo y á él. Mas dandole estos triunfos una aciaga popularidad, llevaron al último punto el odio de los poderosos, tanto que cuando al año siguiente se trató de continuarle en el Tribunado, el intrépido Senador Escipion Násica aunque pariente del Tribuno al frente de los mas acalorados patricios y de su numerosa clientela á mano armada acometió al Capitolio, donde estaba reunida la multitud que tímida cuando no insolente se dispersó, abandonó á su ídolo sacrificado al fin en la refriega por mano de uno de sus colegas con otros trescientos ciudadanos, y por primera vez se dió en Roma el ejemplo escandaloso de manchar con sangre la discordia civil hasta entonces, con haber sido tan frecuente, siempre incruenta, y pacíficamente terminada.

Cuando el pueblo conducido y excitado por sus Tribunos se elevó á todas las magistraturas, creyó haber acabado con la distincion de clases; químera ridícula cuando no funesta que tanto atormenta las cabezas democráticas y siempre con el éxito del que aspira á un im-

posible. La distincion de clases se funda primitivamente en la que la naturaleza estableció entre los individuos y que trasportada á la sociedad se multiplica inmensamente por la accion de la educacion. Los soñadores de igualdades de esta especie necesitan empezar por soñar el modo de hacer admitir á la naturaleza la igualdad de organizacion y á la sociedad la de educacion y de fortunas, y son en verdad bien ingeniosos y felices, si admitidas estas hipótesis conciven despues lo que seria la asociacion política. Asi fue que en Roma los patricios nunca se hicieron plebeyos, sino que por el contrario se elevaron al Patriciado las familias de aquellos á quienes su valor ó sus talentos habian conducido hasta el Consulado, la Dictatura y la Censura. Multiplicó pues su nobleza por los mismos medios por que pretendió extinguirla. [El mal no habria sido grande si se hubiera mantenido la antigua pureza de costumbres, mas la corrupcion de ellas coincidió con aquellas mudanzas y á una nobleza virtuosa sucedió una nobleza rica que empezó á defenderse de diferente modo. La primera oponia sus virtudes y se sostenia por el respeto : la segunda cor-

rompió con su oro, armó el pueblo contra el pueblo y comenzó á querer suplir con el terror aquella augusta consideracion que poco á poco iba dejando de inspirar.

La desgraciada suerte de Tiberio no arredró á su hermano Cayo, que heredero de las opiniones y proyectos de aquel se distinguia por una elocuencia superior á la suya, por una fuerza ó sea violencia de carácter que el otro no tenia, y que irritaba el deséo de vengar su desastrosa muerte. Este suceso, aunque quedó impune, no dejó de inspirar el horror que merecia. El Senado por via de satisfaccion envió á Escipion Nasica al Asia, y convino en que los comisarios continuasen los trabajos é indagaciones relativas á la ejecucion de la lei agraria, y se nombró otro triumviro en lugar de Tiberio Graco. Cayo aunque al principio fingió quererse retirar, no tardó en asociarse con el Tribuno Carbon para promover la ejecucion de esta lei, mientras que su cuñado Escipion Emiliano tomó sobre sí el empeño de abolirla, y consiguió con efecto paralizarla. ¡Aciago triunfo que á poco le costó la vida, pereciendo asesinado en su lecho en la mañana que sucedió á un dia de discusion aca-

lorada! Su muerte repentina excitó las sospechas de violencia, y estas recayeron sobre Carbon, Cayo, su madre Cornelia y aun sobre Sempronía muger de Escipion y hermana de los Gracos, y segun parece no mui querida de su marido.

Cayo Graco pasó de cuestor á Sicilia, y hasta el año de 29 no fué nombrado Tribuno. En el primer año de su Tribunado provocó ya diferentes leyes á cual mas populares. Con estas, las distribuciones de trigo entre los ciudadanos, la construccion de caminos, formacion de colonias, y con todo el prestigio de su nombre y sus talentos llegó á tal estado de predominio en Roma que en el año siguiente en que fué reelegido por Tribuno sin solicitarlo y elegido por Cónsul el que él quiso designar, los patricios llegaron á convencerse de que no tenían mas medio de combatirle que hacerse mas populares que el mismo Graco, sirviendose al efecto de su colega Druso que protegido por el Senado y de acuerdo con él empezó á disputarle su popularidad. Una de las novedades introducidas por Cayo, la mas sensible á los Senadores y la que aumentó su encono, fué la que les despojó enteramente del poder judicial transfi-

riendole al órden ecuestre. Para obtener este triunfo citó los juicios inicuos en que la venalidad, la injusticia de aquellos estaba tan descubierta que ellos mismos avergonzados no tuvieron por decirlo asi la fuerza necesaria para defenderse. Cayo Graco sin embargo poco feliz en esta inovacion mas bien mostró en ella su parcialidad que acreditó sus talentos ó su patriotismo, pues fué á adjudicar la autoridad judicial á un órden (1) que ejercia los empléos de administracion y en cuyas manos venian asi á acumularse funciones que deben andar mui separadas, so pena de dar á la dilapidacion de los fondos públicos la certeza de la impunidad. Asi fue que con efecto á poco la iniquidad de los nuevos jueces sobrepujó é hizo olvidar la de los antiguos.

Fuese pues ó por la buena maña que se dió el Senado en desacreditar á Graco ó por la popularidad que se adquirió Druso, es lo cierto que el crédito de aquel empezó á decaer visiblemente en este año, y que el mismo sin duda por aquella confianza engañosa con que ciega la fortuna á las víctimas de su inconstancia, contribuyó no poco á su propia per-

(1) V. Nota 26.

dicion con su ausencia á la destruida Cartago, á donde partió con una colonia de seis mil individuos. A su vuelta cuando quiso influir en las elecciones halló las cosas en términos que ni pudo obtener la continuacion en el Tribunado, ni aun impedir que fuese elegido por Cónsul L. Opimio el mas encarnizado de sus enemigos. Reducido asi á la suerte de un hombre privado dejase adivinar que sus enemigos acecharian la ocasion de completar su ruina. Aprovecharonse pues de la indiscrecion de sus partidarios que insultados en una ceremonia religiosa por un ministro del Cónsul le dieron muerte, y tomando ocasion de este suceso el Senado se reunió, declaró la patria en peligro, y autorizó á Opimio salvarla con el decreto de costumbre, y como este decreto revestia al Cónsul de una autoridad dictatorial, Opimio que ardia en deséos de venganza y que creyó el momento favorable hizo armar á los Senadores con toda su clientela, citó á Cayo y al tribuno Fulvio á comparecer, y como ninguno de los dos podia dudar del éxito de la comparencia y de la sumision, apelaron al uso de la fuerza y buscaron en la sedicion los medios de la resistencia. Ocuparon

con sus partidarios el monte Aventino : allí fueron acometidos por el Cónsul : allí perecieron doscientos y tantos ciudadanos del partido de Cayo, y abandonado de la mayor parte de los suyos, viendo que no podia ya sustraerse á los enemigos que le buscaban, rogó á su esclavo Filocrates que le diese muerte, como efectivamente lo verificó, matandose en seguida á sí mismo, y no queriendo sobrevivir á la muerte de su amo. Los cuerpos de Cayo y de Fulvio fueron arrojados al Tiber, con los de otros tres mil ciudadanos que murieron ó en la refriega ó en las prisiones por decreto del vengativo y turbulento Cónsul, y asi terminó la que en la historia se llama generalmente sedicion de los Gracos y que acaso con no ménos razon pudiera tambien llamarse sedicion y tirania de Opimio. Dicho sea en honor de Cayo, ninguna influencia tubo en los sucesos del monte Aventino, ni en los que le sirvieron de pretexto : simple espectador en la refriega no trató de ofender, ni pensó sino en librarse de la vida por no caer en manos de sus enemigos; murió lamentandose de tanto desastre, y aun sin Fulvio y sus partidarios hubiera obedecido

á las intimaciones del Cónsul, y parecido en el Senado, esponiéndose para evitarle á una muerte segura. Varia ha sido la suerte de los Gracos en el juicio de los escritores, y raras veces imparcial. Quien les presenta como un modelo digno de imitacion, quien como hombres inmorales y ambiciosos. Mas examinada con imparcialidad la vida pública de los Gracos, aparte la muerte de Escipion, si á ella concurrieron, nada se ve que no pueda explicarse por la exaltacion patriótica de sus principios. Pudieron pues ser hombres virtuosos, pero en todo caso mui indiscretos. Con una imaginacion menos fogosa les sobraba talento para preveer que la resurreccion de la lei Agraria causa de grandes disturbios en mejores siglos no podia prevalecer ni dejar de tener consecuencias desastrosas en tiempos corrompidos. Mas ni la indiscrecion es delito, ni merece el nombre de crimen una teoría errónea sino cuando parte de la malignidad del corazon, y en todo caso hasta la mejor causa puede perderse en la violencia de los medios, y no puede servir nunca ni á la apología, ni al panegírico de los asesinos: solo los malvados lo son. Los que

combatian á los Gracos porque preveian las consecuencias de su indiscrecion amaban á su patria con un zelo mas ilustrado que ellos, pero los que como Opimio les combatieron por mantenerse en sus usurpados derechos, ó por continuar en sus injusticias y dilapidaciones escandalosas la amaban ciertamente mucho menos.

Con la muerte de los Gracos fue por de pronto completo el triunfo del Senado. Los Tribunos mismos ó aterrados por la suerte de aquellos en que aparecia ya cuan dudosa empezaba á ser su inviolabilidad, ó porque elevados á su dignidad por las intrigas de la ambicion ó por la seduccion de las riquezas tenian los mismos intereses que el órden contra el cual estaban destinados á luchar, empezaron á provocar la derogacion de las leyes agrarias, y bien pronto no quedó de la empresa de los Gracos sino el funesto ejemplo de la sangre vertida entre ciudadanos con todas las rencores que dejan siempre escenas tan cruentas.

Estos sucesos sin embargo no impidieron que la conquista se extendiese cada vez mas, y en el momento mismo de tan serias agita-

ciones Roma engrandecía su imperio, ya ocupando las Baleares y estableciendo en Mallorca dos colonias, ya pasando los Alpes y después de haber vencido varias naciones en las Galias formando una provincia romana de los Saluvios y los Alóbroges.

Si la guerra en algún tiempo no presenta acontecimientos grandes, pues la que se hizo contra los Escordicos pueblos bárbaros que habitaban la Panonia inferior entre el Savo y el Danubio (1) y terminó por la victoria del Cónsul Municio aunque duró seis años no merece aquella calificación, no dejan de leerse con interés en este período hechos que prueban como iba cundiendo por todas las clases la relajación de las costumbres y penetrando hasta lo más sagrado. Treinta y dos Senadores fueron depuestos en el año de 37 y tres Vestales condenadas por liviandad en el siguiente; escándalo en que fué implicado M. Antonio.

Mas la fortuna, no cansada aun de derramar sus favores sobre la orgullosa Roma, no tardó en presentar nuevo campo á su ambición y nuevo pretexto á sus invasiones en la guerra llamada de Yugurta, asunto en que se ha ejer-

(1) V. Nota 27.

citado la pluma del célebre Historiador Sallustio.

Murió Masinisa dejando tres hijos; mas por la muerte de dos de ellos quedó en posesion absoluta del reino de Numidia Micipsa que recogió en su palacio y educó cual si fuese hijo suyo á Yugurta que lo era de uno de sus hermanos, si bien habido de una concubina. Desde mui temprana edad la intrepidez, espíritu marcial, y demas calidades que en él se descubrian empezaron á dar no poca inquietud á Micipsa, que pesaroso de haberle por la educacion elevado tan alto y deseoso de deshacerse de él, le envió con este objeto al frente de las tropas Númidas que vinieron como auxiliáres al sitio de Numancia: tal era la idéa que se tenia de esta guerra. Mas lejos de que Yugurta pereciese en la empresa, se asoció en parte á la gloria de Escipion, que apreciando su mérito, le honró con su amistad, é hizo de sus talentos el mayor elogio á la conclusion de aquella guerra. A su vuelta pues á Numidia pareció Yugurta en ella como uno de los primeros héroes de Numancia y á las antiguas prevenciones se unió este nuevo prestigio tan poco á propósito para calmar los

primeros recelos. Nobstante Micipsa creyó entonces preferible fiarse á la gratitud de Yugurta, y para encadenarle mas y mas por esta pasion noble de las almas grandes le adoptó por hijo tres años antes de su muerte, y cuando se acercó este momento le asoció en el imperio á sus dos hijos Aderbal y Hiempsal. No tardó el ingrato en dar á conocer que no habia nacido para partir con nadie el imperio, y confiado en el estado de venalidad en que se hallaba Roma, contando comprar con el oro la impunidad de los crímenes mas atroces, no dudó emplearlos para conseguir su objeto. Hizo matar á Hiempsal y suscitando sediciones al frente de sus parciales empeñó la guerra contra Aderbal. Tan pérfida ingratitud pareció por de pronto excitar en Roma el horror que merecia; mas bien pronto el oro de Yugurta confirmando sus congeturas hizo ver que el crimen no carecia en aquella de grandes protectores sobre todo cuando por una doble perfidia la impunidad del mas horrendo venia á conciliarse y aun á servir á su política tortuosa. Aquella primera irritacion hija al parecer del zelo de la virtud se redujo despues de la llegada de los presentes de Yugurta á

nombrar los Comisarios que dividiesen la Numidia entre este y Aderbal, comision á cuyo frente iba el Cónsul Opimio que segun parece mostró en esta ocasion no ménos indulgencia de principios, que severidad habia manifestado en el suceso de los Gracos. Alentado Yugurta con la impunidad escandalosa de sus primeros crímenes, y confiando en que los mismos medios tendrian siempre el mismo resultado, empezó á hacer correrias sobre los paises adjudicados á Aderbal para provocarle con insultos á la guerra, mas viendo que la prudencia de este frustraba sus esperanzas, quitandose enteramente la máscara, con un ejército poderoso se entró por sus estados; le cerró en Cirte y aunque el Senado envió diputados intimando á Yugurta que suspendiese las hostilidades y que estos le hicieron comparecer en Utica, ó fuese porque se dejaron corromper, ó porque la consumacion de sus crímenes sirviese mejor á la política del Senado y que tales fuesen las instrucciones secretas de los diputados, ello es que Escauro y los demas se volvieron á Roma sin haber hecho nada y que Yugurta lejos de levantar el sitio de Cirte, la tomó, se apoderó de Ader-

bal, y por un segundo parricidio creyó asegurarse por entero la corona de Micipsa.

Mas desde el momento en que Yugurta se quedaba solo y sin rival, el Senado empezaba á tener contra él el mismo interes que habia presidido al juicio inicuo que le adjudicó la mitad de la Numidia, y el pretexto ó para someterla toda entera, ó para quebrantarla era demasiado bueno y plausible para que dejase escapar tan feliz ocasion. Declaróse pues la guerra y el Cónsul Calpurnio Bestia pasó al Africa con fuerzas para hacerla. Con las del oro negoció aun Yugurta un tratado con Calpurnio y Escauro, mas no por esto se livró de la necesidad de comparecer en Roma donde encontró no Jueces á quienes responder de sus crímenes sino protectores que le dieron la osadia de cometer á la faz misma del Senado un atentado mas. Por medio de asesinos y sirviendose en esta negociacion de su favorito Bomilcar hizo matar á Masiva hijo de Gulusa y nieto por consecuencia de Masinisa que habia venido á ponerse bajo la proteccion de los Romanos. Uno de los asesinos, que fue sorprendido, lo declaró todo; se le mandó á Yugurta salir de Italia, y en esta ocasion fue

cuando á las puertas de Roma volviendo á mirarla y pintando en un solo rasgo esta ciudad de corrupcion, dijo de ella « *Urbem venalem et mature perituram si emptorem invenerit*. Ofrece esta guerra, que duró hasta el año de 646, varios sucesos en que Yugurta mostró sus talentos militares, mas el partido era demasiado desigual para que dejase de sucumbir en la lucha. Despues de haberse rendido á los Romanos á discrecion en 643 y entregado en ejecucion de un tratado con el Cónsul Metelo sus elefantes, los desertores y una parte mui considerable de sus riquezas, arrepentido y rezeloso volvió de nuevo á probar los trances de la guerra; interesó en ella á Boco rei de Mauritania, y despues de haber experimentado todos los descalabros que podia prometerse de la intrepidez y talentos de Mario, de aquel Mario formado con el mismo Yugurta delante de Numancia en la escuela de Escipion, acabó por ser vendido á los Romanos en virtud de una negociacion en que el astuto Sila enviado por Mario sedujo á Boco, triunfó de todos sus escrúpulos y le hizo cometer la mas negra perfidia : vendió con insigne traicion á su aliado, y puso con bárbara

ferocidad en manos de su enemigo al marido de su hija. Traido Yugurta á Roma sirvió en el año de 47 al triunfo de Mario, y murió digno de compasion, si un ambicioso parricida es digno de este sentimiento, ó si, como es de presumir, amoldado por la adversidad sintió al fin todo el horror de sus primeros crímenes. Se ignora como Mario arregló la Numidia, cuyos reyes aun continuan figurando en la historia hasta los tiempos de César, mas por las indicaciones posteriores puede creerse que los Romanos ocuparon algo de su territorio ó que por lo menos siempre se quedaron con puntos de apoyo, con medios de sugetarla y con puertas abiertas para penetrar en ella.

Ya en el año de 63g los Cimbro salidos del Quersoneso Címbrico y los Teutones que se les reunieron, atravesando la Bohemia, pasando el Danubio, entrandose por la Nórica, poniendose en contacto con los Romanos, dieron á entender á su Cónsul Papirio Carbon que la victoria contra ellos no era un triunfo tan fácil como este habia creído. Sinembargo aunque verdaderamente vencedores en esta primera accion contra los Romanos, debieron de tomar el partido de retirarse de sus con-

finés, mas en el año de 43 parecieron de nuevo en la Gaula, triunfaron del Cónsul Silano, y en el de 45 los Tigurinos que se habian aliado con aquellos hicieron en el ejército del Cónsul L. Casio una carnicería espantosa y forzaron á sus legiones á pasar bajo el yugo. No lavó esta afrenta en el año siguiente el Cónsul Cépion. Redujeronse sus proezas al famoso saquéo de Tolosa cuyo celebrado oro degeneró despues en proverbio como oro de maldicion, y á la derrota espantosa y sin ejemplo que experimentó al inmediato de 47 juntamente con el Cónsul Malio en una batalla dada contra los Cimbras, Teutones, Tigurinos y Ambrones. Dicen que perecieron en ella por parte de los Romanos ochenta mil hombres no habiendose salvado sino un pequeñísimo número, entre ellos el famoso Sertorio mui jóven entonces de quien tendremos en lo sucesivo no pequeña ocasion de hablar, y que escapó de tanta mortandad pasando á nado el Ródano. El peligro de que la Italia se viese invadida por estos bárbaros, peligro que hubiera podido ser mui serio si hubiesen ellos sabido aprovecharse del terror que causó su victoria, hizo que el vencedor de Yugurta el célebre

Mario fuese contra las reglas ordinarias elegido Cónsul por segunda vez y aun continuado en los años inmediatos hasta el cuarto Consulado en que se disipó el miedo de la irrupcion. Por fortuna de Roma los bárbaros, renunciando al proyecto que tuvieron de invadir la Italia, se dieron á saquear y devastar todo el pais intermedio entre el Ródano y el Pirinéo, y aun penetraron en España. Los Celtíberos los recibieron con su acostumbrado valor, y escarmentados volvieron á emprender su marcha retrógrada. Todo esto dió el tiempo necesario á Mario para restablecer la disciplina, y hacer venir sus legiones de Numidia y aun el ejemplo de los Celtíberos no serviría de poco para alentar y hasta picar el amor propio de los vencedores de Numancia. Asi fué que cuando en los años cuarto y quinto del consulado de Mario y primero y único de Catulo se dividieron los bárbaros queriendo acometer los unos por el Tirol y los otros por la Liguria, unos y otros quedaron casi exterminados; los Teutones y Ambrones por Mario y los Cimbro al año inmediato por este y Catulo reunidos. Tan insignes triunfos dieron á Mario una celebridad que le hacia mirar como la

columna del estado; que le mereció el título de tercer fundador de Roma y que encendió en su alma y la de Sila que iba poco á poco creciendo á su lado, aquella rivalidad funesta que tanta sangre costó especialmente á la Italia.

Con esta guerra coincidió otra nueva sublevacion de los esclavos de Sicilia acaudillados por uno de ellos llamado Salvio, que tomó el nombre de Triton y se dió á sí mismo la investidura real, y muerto el cual le sucedió Atenion su general. Semejantes al antiguo Euno entrambos eran peritos en el arte de la adivinacion, pero si bien uno y otro tuvieron algunos triunfos y llegaron á verse rodeados de cierta fuerza, ni el primero adivinó que el pretor Lúculo le venceria delante de Triocales, ni el segundo que moriria á manos del Cónsul Aquilio en la última accion con que terminó esta guerra en el año de 51, no habiendo sobrevivido del número considerable que formaba aquel ejército mas de mil hombres que fueron los que en el circo dieron el espectáculo horrible de matarse unos á otros por no servir de juguete á la bárbara inhumanidad de sus vencedores.

Aun pudo el ambicioso Mario conseguir que el Consulado le fuese conferido por sexta vez en el año de 52 memorable por las sediciones del revoltoso tribuno Saturnino protegido de Mario. Este frenético que terminaba las deliberaciones legislativas por tumultos, y las rivalidades por asesinatos; que ascendió por segunda vez al Tribunado dando muerte á Nonio su competidor que hizo desterrar al virtuoso Metelo Numídico á Rodas por no haber querido prestar el juramento que exigió de todos los Senadores en aprobacion de una lei agraria que propuso, llegó á tal punto de inmoralidad é insolencia que cuando en el año de 53 disputaban el Consulado Glaucia su protegido y Memio, hizo matar á este último en la plaza pública. Un ejemplo tan escandaloso excitó la cólera de todas las clases y hasta el mismo Mario se vió precisado no solo á abandonarle sino á emplear los medios de represion y fuerza pública, usando de la autoridad con que le revistió el Senado declarando la república en peligro. Saturnino que no contaba por partidarios sino la hez del pueblo vióse precisado á refugiarse en el Capitolio, de donde al fin acosado por la sed y el ham-

bre salió para entregarse á discrecion confiado en la proteccion del Cónsul. Mas el Cónsul por esta vez no pudo todo lo que queria, y el pueblo se arrojó sobre él, y le mató sin curarse de las repetidas protestas que hacia de no haber obrado sino con arreglo á las inspiraciones de Mario. Pereció con Saturnino su protegido Glaucia y con ellos el pretendido hijo de Graco que se asoció á sus crímenes. La muerte de estos puso fin al injusto destierro de Metelo que en el mismo año y bajo el consulado de Marco Antonio y Postumio Albino hizo en Roma una entrada verdaderamente triunfal, bien á despecho de Mario que por no ser testigo de ella se embarcó para el Asia, pretextando un sacrificio de que habia hecho voto, y proponiendose al mismo tiempo desde alli irritar á Mitridates, promover una guerra que hiziese necesaria la intervencion de sus talentos, y la influencia de su nombre.

Desde este tiempo hasta 661 en que empieza la guerra social de los Aliados, los sucesos militares ofrecen poca materia á la historia, que en recompensa presenta algunos otros no desnudos de todo interes. En esta época brilló la elocuencia de Antonio y Craso,

de Cota y Sulpicio y la ciencia y la integridad de Escevola, la probidad de Rutilio que en medio de la corrupcion general de todos los Procónsules Gobernadores probó en Asia que todavía Roma abrigaba en su seno algunas virtudes. Por estos tiempos y bajo el consulado de Cornelio Léntulo y Licinio Craso fué publicada la primera lei que prohibió el horror de las víctimas humanas en los sacrificios (1). En ellos Ptolomeo Apion legó por su testamento la Cirenáica á los Romanos, que declararon libres las ciudades que la componian no queriendo desmentir su política ordinaria de empezar haciendose admirar por su generosidad, y contentandose con ver este pais segregado del Egipto. En ellos mostrandose la corrupcion y triunfando sin rubor la injusticia de diferentes modos, mientras que el revoltoso Norbano, y el bárbaro Aquilio son absueltos el primero del crimen de sedicion y el segundo de sus robos en Sicilia, el incorruptible, el virtuoso Rutilio, azote de publicanos, acusado por el gloton Apicio el hombre mas descerrajado de su siglo se vió condenado por crimen de venalidad, y obli-

(1) V. nota 26.

gado á desterrarse al Asia donde se suponian sus delitos; al Asia que le recibió con toda la gratitud debida á sus virtudes, y acabó de cubrir de infamia á sus acusadores y sus juezes. En estos tiempos nació César y continuaron distinguiendose Sertorio y Sila aquel por diferentes empresas atrevidas en España, y este por la magnificencia de los espectáculos dados en Roma durante su pretura en que con desaire, y para mortificacion de Mario presentó en el circo á la lucha los leones que le habia enviado Boco con hombres acostumbrados á lidiarlos.

La guerra de los aliados es decir de toda la Italia, escepto los Latinos, los Toscanos y los habitantes de la Umbria, atribuida generalmente á las esperanzas que con objeto de ganarlos escitaron ya en ellos los Gracos por primera vez, á la irritacion que les causaron las mal cumplidas promesas del segundo Druso, que siguiendo el sistema de su padre para popularizar el Senado y restablecerle en todo ó en parte en el ejercicio de la autoridad judicial les habia lisongeadó con la promesa de que se les concederia el derecho de ciudadanos y al encendimiento que produjeron des-

pues las tumultuosas é impolíticas leyes, que asesinado Druso hizo promulgar el revoltoso Tribuno Vario, eran en su origen primitivo y verdadero un resultado necesario de la incoerencia que habia entre las instituciones antiguas dadas á un pueblo naciente y limitado á una pequeña superficie, y las necesidades, el aspecto nuevo de un vastísimo imperio que comprendia casi la Europa entera, y que se extendia por el Africa hasta la Libia y por el Asia hasta el Tauro. Tan asombrosas conquistas ni habian podido ser hechas, ni podian ser mantenidas por los trescientos y tantos mil hombres que componian el censo romano, y cuando estos asociaban á sus aliados á la gloria de sus triunfos, los aliados no podian menos de elevarse á la de sus pretensiones. Asi que los Gracos, Druso y Vario no hicieron mas que venir al mundo en tiempo en que estas ideas eran sentidas, y hacerlas entrar en el cálculo de su ambicion ó servir á sus planes. La muerte de Druso, la elevacion de Vario al Tribunado, y las leyes que este provocó contra los que hubiesen intervenido ó renovasen la proposicion de conceder el derecho de ciudadanos á los aliados mostra-

ron á estos lo que podian prometerse de las negociaciones, y fueron como señal de esta guerra encarnizada, que cubrió de sangre una buena parte de la Italia. Los diputados de casi toda ella se reunieron en Corfinio, se organizaron con independencia, nombraron sus Cónsules, y formaron una confederacion contra los Romanos, siendo el alma de ella los Samnitas y los Marsios al frente de los cuales estaba Pompedio Silon. Esta guerra de que por largo tiempo quedaron consecuencias y rezagos, no duró sinembargo en su mayor efervescencia sino dos años. En ella se cometieron de una y otra parte mil horrores y se fue poco á poco terminando por el medio por que hubiera podido evitarse que comenzara, es decir, concediendo el derecho disputado á los pueblos que iban de nuevo entrando en composicion y deponiendo las armas, y claro es que en este caso con mucha mas razon este derecho no podia negarse á aquellos que nunca las habian tomado. Empezaron pues los aliados á ser ciudadanos, pero queriendo los Romanos quedarse siempre ejerciendo una superioridad sobre ellos, no consintieron en distribuirlos en las tribus existentes, sino

que formaron con ellos ocho tribus nuevas . y como en las asambleas estas tribus votaban las últimas y las antiguas tenían una pluralidad excesiva, la influencia de los aliados venia á ser ó mui pequeña ó ninguna, y como esto no era satisfacer á la necesidad que les habia hecho buscar en los derechos de ciudadanía la igualdad de influencia política, este nuevo agravio produjo nuevas quejas, nuevos partidos á cuyo frente se pusieron cuantos sobre las convulsiones y la discordia civil forjaron planes de fortuna, ó de venganza. Tales fueron los execrables Mario y Sila, enemigos desde la guerra de Yugurta y que poco antes de la muerte de Druso, y declaracion de la guerra social estuvieron ya para venir á las manos con ocasion de diferentes esculturas de la Victoria en bajo relieve enviadas por Boco, colocadas en el Capitolio y que representaban á Yugurta entregado á Sila.

La guerra de los aliados y el peligro comun de Roma por un resto de pudor, ya que no de amor al bien público, suspendió entre los dos esta querrela que vino á hacerse general é identificarse con la que eternamente existió entre la aristocracia y democracia, entre el

Senado y el Pueblo, representando Sila al primero, y al segundo Mario. Por desgracia de este la guerra social sirvió mas para hacer conocer su decadencia, el peso de sus años, que los talentos, la intrepidez del vencedor de los Númeridas y de los Cimbras, mientras que por el contrario su afortunado rival ya por las negociaciones, ya en el campo de batalla fue el héroe de esta campaña cuya gloria le sirvió para ascender al Consulado. Durante él la suerte de las armas acreditó sus talentos, y el Senado le confirió el mando de la guerra declarada contra Mitridates y de cuyo motivo hablaremos despues. Mas como el viejo y ambicioso Mario codiciase ansiosamente este mando, para trastornar el decreto del Senado aprovechandose de la ausencia de Sila que estaba mandando contra los Samnitas, se unió con el Tribuno Sulpicio, hombre turbulento y segun Plutarco de lo mas malo é impudente que manchó la tribuna, asiento tantas veces ocupado y profanado por insignes sediciosos. Como medio de llegar á este fin se ofreció á su ingenioso cálculo la cuestion de los aliados y en una reunion tumultuosa á que de la Italia concurrieron estos en gran número; á que

precedieron y acompañaron mil violencias, y en que el mismo Sila que habia venido de la Campania estuvo cerca de perecer con su colega Pompeyo Rufo, se aprobó la lei que refundia los aliados en las antiguas tribus, satisfacía á todos sus deseos, y ponía en este momento de gratitud su influencia á disposicion de los promovedores y mantenedores de la lei. De este momento se aprovecharon los astutos Mario y Sulpicio para proponer al pueblo asi compuesto é irritado contra el Senado, que anulase el decreto de este y confiriese el mando de la guerra de Mitridates á su protector Mario. Sucedió asi en efecto, mas como Sila, sustrayendose á las violencias de Roma habia venido á tomar de nuevo el mando de su ejército, y á procurarse medios de resistencia y venganza, y como que no era ni tímido, ni aprensivo, ni escrupúluso, curandose poco del juramento que habia hecho á Mario que le salvó la vida y le fazilitó la fuga, seguro de la adesion de sus soldados marchó sobre Roma al frente de las seis legiones que mandaba; entró en ella como en una ciudad enemiga, y si bien impidió que fuese saqueada, mas que sobradamente saboreó el

placer de la venganza. Asi fue como corrompidas las costumbres, la causa de la patria se perdió en la de aquellos que se disputaban sus despojos, y sucediendose una violencia á otra el desorden condujo como siempre á la tiranía de los ambiciosos. Ocupada Roma, no contento Sila con anular todos los decretos últimos de Mario y Sulpicio proscribió á doce Senadores, puso en precio con la de aquellos sus cabezas, y en actividad sus satélites para perseguirlos, y habiendose estos apoderado de Sulpicio, le pareció poco ejecutar en la suya su sangriento decreto: mandó clavarla en la tribuna que ciertamente habia deshonrado pero que Sila deshonraba aun mas convirtendola en palo de suplicio y fijando en ella recuerdos que provocasen á nuevas venganzas. Entretanto Mario fugitivo, arrojado por la tempestad á Terracina, preso en Minturno, echado de Cartago por un pretor, vino al fin á salvarse con su hijo en una isla de los mares de Africa.

Como que el partido de Sila era él de la Nobleza no solo restableció su influencia, renovando la lei de Servio Tulio sobre la votacion por centurias y no por tribus, sino que

aun dió al Senado una atribucion que nunca habia tenido (si la memoria no nos haze traicion), es decir la iniciativa de las leyes ó derecho exclusivo de su proposicion (1).

Estas venganzas, estas leyes no pudieron ménos de dar á la faccion de Mario muchos partidarios, y enagenar los ánimos aun de muchos Senadores. Asi fué que Sila mal seguro en Roma, despues de haber visto asesinado á su cólega, y desechadas sus criaturas en las elecciones, salió á ponerse al frente de su ejército que estaba en la Campania dispuesto á marchar contra Mitridates.

Apenas partió Sila para la Grecia cuando el Cónsul Cina su enemigo empezó á poner en movimiento el partido popular para anular cuanto aquel habia hecho, y como Sila habia establecido la lei que reduciendo los aliados á ocho tribus separadas conservaba á las antiguas una superioridad siempre resistida y odiada por las primeras, provocó de nuevo esta cuestion funesta. Acudieron á Roma los aliados en gran número, y la plaza de las deliberaciones públicas se convirtió en un campo de batalla, donde los dos Cónsules se dieron

(1) V. nota 29.

una tan sangrienta, que si hemos de creer á Plutarco, Cina perdió en ella no menos de diez mil hombres, y vencido y derrotado por su colega Octavio tuvo que escapar de Roma, sin embargo de que para obtener el triunfo habia armado á los esclavos y empleado cuantos medios pudo dictarle la desesperacion. Mas feliz fuera de Roma, en la cual fue depuesto por el Senado nombrandose en su lugar otro Cónsul, consiguió hacerse reconocer y ser sostenido por el ejército que estaba en Campania á la vista de los Samnitas con quienes continuaba siempre la guerra social. Apoyado por este, sostenido por los aliados que le consideraban como su defensor y su víctima, y reunido á Mario, alma de todo, que con un refuerzo de mil hombres habia desembarcado en la Toscana, se puso en marcha, y sitió á Roma, la cual muerto Pompeyo Estrabon padre del gran Pompeyo, abandonada por Metelo Pio, que eran los generales que mandaban los cuerpos que habian venido á su socorro, y mal defendida por el apático Octavio, tuvo al fin que rendirse contentandose con pactar cual si fuese una ciudad enemiga la conservacion de la vida

de sus ciudadanos. ¡Y plugiese al cielo que esta condicion hubiese sido respetada! Mas que habia que respetable fuese para el hipócrita, el vengativo, el infame Mario cuya abrasada entraña, cuyas desecadas fauces, cuya sed rabiosa no se templaba sino con sangre; para quien el cráneo de un enemigo era un don inestimable, y cuya vista feroz no se alegraba sino al aspecto horrible de mutilados miembros, de llamas y cadáveres? El corazon se estremece, y la mano se resiste á trazar el cuadro espantoso de estas escenas de horror, y si la importancia de la leccion que de ellas resulta no impusiese al historiador el deber de transmitirla á las generaciones futuras, deberia ser dado á su sensibilidad el silencio y aun seria conveniente para no deshonar los fastos de la especie humana. Mas ya que sea necesario llenar esta dolorosa obligacion, permítasenos que la rapidez de la narracion pinte el disgusto del alma y la violencia de la pluma.

Hizo Mario cerrar las puertas de Roma; deramó por ella sus satélites y tratandola como la humanidad no permite que se trate á una ciudad enemiga, las casas de los ciudadanos fueron ar-

rasadas, forzadas sus mugeres y sus hijas, y ellos mismos pasados á degüello. Octavio fue asesinado en su tribunal, y la dignidad de la magistratura que pasmó en otro tiempo á los bárbaros de Breno, no hizo vacilar un momento á los asesinos de Mario. Lucio y Cayo Cesar fueron sacrificados á los manes de un Tribuno sedicioso. El grande, el virtuoso Mérula, supremo sacerdote de Júpiter, el honrado Catulo que habia triunfado unidamente con Mario de los Cimbros, tuvieron que ejecutar por sí mismos la sentencia inhumana de aquel monstruo, sofocandose el uno á sí propio, y abriendo el otro sus venas al pie del ara donde ejercia las funciones de su augusto sacerdocio. El hijo primogénito de Craso fue muerto en presencia de su padre. La cabeza del elocuente Marco Antonio tomada de las manos del sangriento Anio y arrojada sobre la mesa, fué en un festin el plato mas sabroso de aquel tigre. O negando el saludo, ó con un ligero movimiento de cabeza designaba sus víctimas y esta horrenda carnicería duró cinco dias con cinco noches, y si se suspendió no fué porque se saciase la cólera del malvado Mario sino porque empezó á cansarse el brazo de sus ber-

dugos, y entre tantas fieras no hubo sino un hombre..... Sertorio, el honrado Sertorio unido á Mario por una de estas monstruosas con-
vinaciones que presenta la aciaga historia de las convulsiones políticas fué el único defensor que halló en Roma la humanidad ultrajada, el único que puso término á tanto estrago acometiendo y dispersando aquella turba de esclavos furibundos que con el hacha en una mano y la téa en la otra corrian desatentados por las calles de Roma. Ni se limitó á esto la furia insana de aquel decrepito rabioso. Por la Italia entera discurrieron sus satélites llevando su venganza por donde quiera, y contra cuantos habian excitado su resentimiento. La muerte terminó al fin su odiosa carrera en el año de sesenta y ocho en que sin reunir al pueblo ni forma alguna de eleccion Cina y él se proclamaron Cónsules. Dícese que el mismo se abrevió de propósito sus dias, entregandose á los excesos de la mas frenética intemperancia. Murió á mui pocos dias de su séptimo consulado. Mientras que Roma estaba al interior despedazada por sus facciones y que la de Mario triunfaba en ella casi sin contradiccion, Sila encargado de la guerra de

Mitridates se cubria de gloria en los campos de Queronéa y Orcomeno, y dejando para mejor tiempo su venganza hacia flotar de nuevo en la Grecia el estandarte de la república, reemplazado aunque por poco tiempo por el de Mitridates, el enemigo que despues de Aníbal dió á Roma mas cuidado y de cuyas victorias y crueldades necesitamos dar alguna idéa.

Era el séptimo de los Mitridates, llamado el Grande, rei del Ponto, hijo de Mitridates Evergeto el primero entre los de su familia que se hizo aliado de los Romanos. En calidad de tal les auxilió en la tercera guerra púnica y posteriormente en la guerra contra Aristónico sobre la sucesion al trono de Pérgamo. Los Romanos en recompensa de estos servicios le adjudicaron la Frigia mayor que añadida al Ponto que comprendia todo el terreno que hai desde el Halis hasta la Colzida, vino á dar á su hijo aquel dilatado reino que unido á su intrepidez y vastos proyectos pareció por algun tiempo destinado á contrabalancear la fortuna de Roma.

Largo seria referir todos los sucesos que precedieron á la declaracion de la guerra.

Baste decir que de mui antiguo abrigaba Mitridates el proyecto de hacersela á los Romanos á cuyo fin se habia ligado con Tigranes rei de Armenia, con los reyes de Siria, con los del Egipto aunque no ostensivamente, y aun habia hecho tomar parte en sus intereses á las naciones Septentrionales de Europa y Asia, es decir á los Sarmatas, Escitas y Bastarneses. El imprudente Nicomedes rei de Bitinia restablecido en su trono por los Romanos, excitado por los indiscretos Aquilio y Opimio hizo una incursion en los estados de Mitridates que ofreció á este el deseado pretexto de rompimiento, y como estaba mui de antemano preparado á la guerra con fuerzas formidables, no tardó en verse castigada la arrogancia de los comisarios romanos y de su protegido. Empezó por derrotar á Nicomedes sobre el Amnias en la Paflagonia, y aun fueron mas completos los triunfos que obtuvo sobre Aquilio y Opio á quienes hizo prisioneros. Ocupó la Bitinia, la Capadocia y el reino de Pérgamo. A duras penas pudo salvarse en Rodas Lucio Casio Procónsul del Asia menor, y todos los reinos que la componian se sometieron á Mitridates; la mayor parte de ellos

sin disgusto, cansados de la dominacion Romana y de la insolencia y rapacidad de sus Procónsules. Si este monarca bárbaro se hubiera contentado con ser ambicioso, la posteridad le habria perdonado sin violencia sus proyectos de arrojar á los Romanos del Asia y estender por toda ella su imperio. Mas vengativo y cruel ¿ como en el momento de la victoria dejaria de dar libre curso á su reprimido furor un monstruo que habia sido el asesino de su misma madre?... Dueño del Asia menor, por un plan combinado en un mismo dia y á la misma hora hizo degollar á ochenta mil Romanos establecidos en aquella.

La ocupacion del Asia menor llevaba consigo la de las islas del Archipiélago. Todo, escepto Rodas y Magnesia, se rindió á Mitridates, que no contento con tan señalados triunfos y aprovechandose de la impaciencia con que se sufría en todas partes el yugo romano, pasó á Grecia y despues de haber ocupado la Eubéa, valiendose de Aristion el sofista se hizo dueño de Atenas á que se fueron agregando despues la Lacedemonia, la Acaya, la Beocia y otros varios estados de la Grecia, llegando á estenderse hasta Queroneá,

donde le salió al encuentro y consiguió detener su marcha victoriosa el general Brucio Sura enviado al efecto por el Procónsul de Macedonia.

Tal era el estado de las cosas cuando Sila pasó á Grecia con el mando en calidad de Procónsul llevando solo cinco legiones y algunas tropas auxiliares, que á su llegada se aumentaron con varios refuerzos de la Tesalia y la Etolia. Con estas fuerzas y cual siempre lleno de confianza en la victoria marchó derecho sobre Atenas, puso el sitio y no pudieron salvarla los talentos de Arqueláo que era el mejor general de Mitridates. En el primer movimiento de cólera quiso arrasarla el irascible Sila, mas consiguieron aplacarle varios Atenienses que por amigos de los Romanos se hallaban en su campo, y á quienes se unieron igualmente diferentes Senadores de los muchos que asimismo se hallaban en él fugitivos de Roma por las persecuciones de Mario. Para subvenir á los gastos de la guerra y mantener á sus soldados en aquel estado de abundancia que necesitaba un general que se proponia hacerlos suyos para que sirviesen despues de instrumento á sus designios,

despojó con no poco escándalo de los Griegos los templos mas ricos especialmente el de Delfos dedicado á Apolo, y los de Olimpia y Epidauro que lo estaban á Júpiter y Esculapio.

Mitridates sabedor de la ocupacion de Atenas envió contra Sila un ejército de cien mil hombres y sin embargo de no ser él de este sino el tercio de estas fuerzas, ni aun tuvo Sila por conveniente el esperar al enemigo en el Atica pais cortado y montuoso sino que salió á recibirle á las llanuras de Beocia y en los campos de Queroneá se dió aquella famosa batalla en que fue tan completo el triunfo de Sila que de todo aquel formidable ejército solo diez mil hombres pudieron salvarse en Calcis. Para reparar tamaño descalabro envió aun Mitridates nuevo ejército que con los restos del antiguo vino á componer otro de igual fuerza, y que como aquel en Queroneá halló su sepulcro en las llanuras de Orcomeno.

Estas victorias tan decisivas que reanimaron en el Asia el partido romano, en el Asia arrepentida de su sumision y aun irritada por las crueldades de Mitridates, hicieron conocer á este lo que tenia que temer de tal general,

si atravesando el Helesponto con fuerzas considerables, sacaba de ellas todo el partido que podia esperarse de sus talentos y de la disposicion de los ánimos. Propusole pues la paz por medio de Arqueláo, y como Sila rodeado en su campo de ilustres emigrados, declarado en Roma por enemigo de la república, perseguido en sus criaturas y partidarios tenia tanto interes en volver á Italia para restablecer su partido, y arrancar á Cina el Consulado en que parecia quererse perpetuar, oyó con gusto aquella proposicion; mas no se crea que ansioso de acudir á su venganza suscribiese á condiciones desventajosas y poco dignas del nombre romano. Sus condiciones fueron siempre las que al fin tuvo que suscribir Mitridates. Segun ellas debia este reducirse á sus antiguos límites; restituir la Bitinia á Nicomedes, la Capadocia á Ariobarzanes, pagar á los Romanos dos mil talentos de indemnizacion, y entregarles setenta barcos armados en guerra.

Resistia y dilatava Mitridates la ratificacion de este tratado, creyendo sacar partido de un incidente, que habria hecho abortar la negociacion y aun sacrificar muchas pretensiones á otro que no fuese el impávido Sila. Por

muerte de Mario habia sido asociado á Cina Lucio Valerio Flaco que como Cónsul á fines del mismo año, ó en calidad de Procónsul á principios del siguiente pasó al Asia con dos legiones y con la mision de continuar la guerra de Mitridates, y despojar á Sila del mando. Este suceso lisongeaba al rei del Ponto con la esperanza de un rompimiento entre los dos, que cuando no sirviese á la ruina de entrambos, se prestaria por lo menos á cálculos y condiciones menos desventajosas; mas engañole su esperanza, y la fortuna nunca dementida de Sila, convirtiendo el veneno en triaca, hizo que al cabo estas dos legiones viniesen á aumentar su fuerza.

Valerio Flaco no atreviendose sin duda á ir en busca de Sila con las legiones de su mando, tomó el partido de pasar al Asia, y hacer en ella la guerra á Mitridates, aprovechandose de los recursos que pondria á su disposicion el descontento general, y del estado de debilidad á que aquel se veia reducido por los triunfos de Sila. Asi lo verificó con efecto mas á poco su teniente general Fimbria, uno de los berdugos mas crueles de Mario, excitó una rebelion en que Valerio per-

dió la vida, y que puso en sus manos el suspirado mando ¿Quién diría que Sila y Fimbria dos insignes malvados no serian para Mitridates sino dos Romanos igualmente ocupados de hacer triunfar las armas de la república? Pues así fué con efecto. Fimbria no escaso de talentos militares le hizo una guerra tan decidida y tan viva que Mitridates, no prometiendo nada de la division de los dos generales, tomó por buen partido ratificar con Sila el tratado de Arqueláo, como se verificó con efecto en una conferencia ó entrevista que Sila y Mitridates tuvieron en Troya.

Así terminada la guerra con el rei del Ponto, marchó Sila inmediatamente en busca de Fimbria que estaba acampado en Lidia y que en ella y por todas partes habia cometido mil horrores, creyendo contentar así la ferocidad y la avaricia de sus soldados. La presencia de Sila bastó á desconcertar todos sus proyectos. Los soldados de Fimbria no quisieron marchar contra los de aquel, y viendose perdido se atravesó con su espada en Pérgamo en el templo de Esculapio. Sila reunió á las suyas estas dos legiones, y he aquí como por una serie de combinaciones felices, vino á aumen-

tar considerablemente sus fuerzas con las mismas que sus enemigos habian organizado para realizar el decreto de su destitucion.

Dueño Sila del Asia menor y asi reprimido el enemigo mas terrible de la república, juntó en Efeso un congreso de todas las ciudades; quejose agriamente de la atroz carnicería hecha en los Romanos indefensos; las impuso una contribucion de veinte mil talentos; dejó á Lúculo por fortuna del Asia segun Plutarco (1) para realizar el cobro; á Murena con el mando de las dos legiones de Fimbria; vino de nuevo á Atenas, y con su antiguo ejército bajo el cuarto consulado de Cina y segundo de Carbon pasó en fin á Italia donde la faccion de Mario habia dominado desde su partida sin contradiccion.

Dejase fácilmente adivinar cual sería durante la tiranía de los Marios y los Cinas el estado de las costumbres y el de la administracion pública. La disolucion de aquellas y el desorden de esta unido á las inmensas pérdidas que causó la ocupacion del Asia por Mitridates dieron ocasion á las injustas leyes del Cónsul Flaco, y del Pretor Gratidiano so-

(1) V. nota 3o.

brino de Mario que redujeron las deudas á la tercera parte y alteraron el valor de la moneda.

Por esta época empezó á figurar sobre la escena del mundo el gran Pompeyo defendiendo á la edad de veinte años la memoria de su padre el vencedor de Aúsculo acusado de peculado por un Tribuno, causa en que se le habia complicado á él mismo, y en que empezó á oscurecer á todos sus predecesores y contemporáneos aquel insigne orador Hortensio solo inferior á Ciceron. El censo de este mismo año asciende ya á cuatrocientos sesenta y tres mil ciudadanos en cuyo número aunque los historiadores no lo digan es claro que no estaban comprendidos los aliados sino solo las tribus de Roma, que se aumentarían considerablemente con la guerra social por la emigracion de las muchas criaturas y partidarios que entre aquellos tendrían los Romanos y á quienes en recompensa de su adesion parece probable que se les diese el derecho de ciudadanos en un tiempo sobre todo en que empezaba á sentirse la necesidad de prodigar mas esta prerogativa concedida hasta entonces con mano avara.

Despues que las victorias de Queronéa y Orcomeno habian dado á Sila una preponderancia que tanto cuidado debia causar á sus enemigos, escribió este al Senado quejándose de los males públicos y de sus agravios personales sin disimular su intencion de repararlo todo por el uso de la fuerza que mandaba. El Senado ó por juicioso ó por tímido, queriendo tentar la conciliacion, dirigió á Sila diputados excitandole á ella, mas los Cónsules Cina y Carbon que conocian que en su posicion eran perdidos si dejaban de ser los mas fuertes, organizaron tropas y para impedir que Sila viniese á la Italia y darle ocupacion en la Grecia ya estaba en la Dalmacia la primera division de su ejército, y Cina en Ancona para embarcarse con el resto. Mas revelaronse aqui sus soldados: quiso Cina reprimir la sedicion con castigos y pereció á sus manos. El Cónsul Carbon su colega se vió de resultas de este suceso precisado á retirar las tropas de Dalmacia, y Sila desembarazado de toda atencion fuera de Italia se embarcó en Dirraquio y vino á desembarcar en Brindes y Tarento segun es mas probable. Aqui recibió á Craso y á Metelo Pio poco felices en los mo-

vimientos que habian tratado de excitar en España y Africa, y sin curarse del decreto del Senado que mandaba licenciar todos los ejércitos, con otra diligencia se ocupó de los medios de hazer frente á las fuerzas inmensas que habian reunido contra él los Cónsules Escipion y Norbano. Atravesó pues con las suyas la Campania y en la primera accion tuvo la fortuna de derrotar completamente las de Norbano. Este suceso que afianzó mas la adesion de sus soldados, y le dió en Cétego y Verres instrumentos no indiferentes para la intriga y la maldad, facilitó su segundo triunfo contra el Cónsul Escipion sin que le costase mas que presentarse con sus legiones. Las de aquel, seducidas sin duda por inteligencias secretas, le abandonaron y se pasaron al ejército de Sila. Si á su primera victoria debió la adquisicion de dos insignes malvados, la segunda le desembarazó del primer general y del hombre mas honrado de cuantos pertenecian á la faccion de Mario : de Sertorio que no esperando nada de la incapacidad de los hombres que governaban y para asegurarse un asilo á sí propio y á los de su partido dejó la Italia y pasó á España cuyo mando le fue conferido despues de su Pretura.

Libre Sila del único que podia rivalizarle, y reforzado por el grande, el popular Pompeyo, que en edad mui temprana supo ganarse el afecto de los mismos que detestaban á su padre, y que en esta ocasion organizando en el campo Piceno un ejército no cumplido aun el quinto lustro se habia ya distinguido con tres victorias antes de reunirse con Sila, la suerte de la faccion de Mario no podia ser dudosa. Unase á esto el contraste que habia entre la conducta hasta aqui mesurada y pacífica de Sila, que jamas habia dado una batalla sin que enviase antes diputados excitando á la conciliacion, y que poco á poco iba ganando terreno obligandose á reconocer ó acordar á los aliados el derecho de ciudadanos, y la irreflexion, la ferocidad del frenético hijo de Mario que Cónsul en aquel año y cuando sus negocios estaban en peor estado desde su campo por el infame Demasipo renovaba las persecuciones de su execrable padre y hacía degollar á sangre fria y en medio del Senado á los mas respetables Senadores, y ciertamente no parecerá despues extraño que á pesar de las numerosas fuerzas que se habian organizado para resistir á Sila, con

solos cuarenta mil hombres triunfase este en dos batallas de sus enemigos y terminase la guerra social como sucedió con efecto por las de *Sacer Portus* ó Puerto Sagrado contra el hijo de Mario, y la dada casi á las puertas de Roma contra Telasino general de los Samnitas que murió en la accion. Siguiose á esto la toma de Prenestia, la muerte del primero, la dispersion de su partido, y la absoluta sumision de la Italia.

Aqui fué donde el malvado Sila, quitándose aquella máscara hipócrita bajo la cual se habia hasta entonces encubierto una de las almas peores que ha vomitado el infierno en la larga serie de los siglos, empezó á horrorizar al mundo, ambicionando la funesta gloria de ser superior á su bárbaro rival hasta en la crueldad y la venganza. Si al observar la estupidez, la incapacidad absoluta de ciertos hombres con razon se ha dicho que hai no pocas veces mucha mas distancia entre un hombre y otro que la que hai entre algunos de ellos y los animales de un instinto ó fino por naturaleza ó perfeccionado por la enseñanza, al repasar la historia lamentable de los crímenes aparece que esta diferencia se hace aun mas sensible

en el órden moral, y ciertamente Sila no solo distaba de Fenelon mucho mas que de un tigre sino que distaba de este mucho menos aun que una pantera.

Empezó este malvado por pasar á degüello en el Hipodrómo seis mil prisioneros cuya vida habia pactado conservar, mientras que en el templo de Belona que estaba inmediato y donde llegaba el gemido doloroso de aquellos infelices anunciaba al Senado atónito que de la misma manera trataria á cuantos le resistiesen ó le hubiesen resistido. Desde aquel dia comenzaron aquellas listas fatales de proscripcion en que sin juicio, sin examen el tirano designaba á centenares sus víctimas en Roma y la Italia, listas que han servido como de proverbio á la posteridad, invencion abominable reproducida en la historia moderna por facciones sanguinarias, y pluguiese al cielo que rechazada de los tronos como hija mal nacida de la sedicion y la anarquía jamas se hubiera visto bajo su dosel introducida por viles consejeros; protegida por necios aprobadores, que tanto mas han tirado á deshonrarlos, quanto mas se han empeñado en acercar las copias á sus originales asquerosos y sangrientos.

Para poner en ejecucion estas proscripciones publicó Sila leyes en que parece descubrirse el designio de desmoralizar de una vez al género humano, de romper entre los hombres todo vínculo de confianza, de inspirarles asi horror á la sociedad y dispersarlos en las selvas. En vano el autor del Espiritu de las Leyes (1) prestando á Sila su ingenio se ha esforzado á presentarle como un malvado de principios. Yo no veo en él sino un monstruo que no consulta ninguno y los que han creido que los horrores de Sila fueron necesarios para restablecer el órden de Roma se equivocan tanto en nuestra opinion como aquellos que creen que los de Robespierre y Marat no han sido funestísimos á la causa de una justa, prudente y bien entendida libertad. Declaró Sila infames y destituyó del derecho de ciudadanos á los hijos y á los nietos de los proscritos. En la pena de proscripcion incurrian cuantos salvasen ó diesen en su casa asilo á un proscrito. Cada muerte de uno de ellos valia dos talentos al asesino aun cuando fuese un esclavo el que matase á su Señor, ó un hijo á su Padre... ¡ Crimen nefando que el solo delata á

(1) Diálogo entre Sila y Eucrates.

Sila como el peor de todos los hombres, y que comprimiendo el corazón y casi paralizándolo el uso de la razón y de la pluma, nos fuerza á terminar este abominable cuadro por un solo rasgo. No se contentó con proscrivir individuos, familias, y ciudades sino que proscrivió naciones enteras (1). Cien mil cabezas costó á la Italia la tiranía de Sila.

En estas escenas de horror hizo su aprendizaje el sedicioso por excelencia, el inhumano berdugo de Gratidiano, el fratricida Catilina, mientras que con no poco trabajo y con harta resistencia de Sila pudo salvarse de tanta catástrofe el célebre Julio Cesar primo de Mario el jóven, y casado con la hija de Cina. Aun no tenía mas que diez y ocho años y Sila decía que veía ya en él muchos Marios.

En el año que siguió á tales estragos el terror nombró á Sila dictador, magistratura desusada hacia ya ciento y veinte años, y reproducida ahora de un modo enteramente nuevo. La elección se hizo por el pueblo y la Dictadura simultánea y acumulable con el Consulado le fue conferida por tiempo indefinido, y tan sin límites en cuanto á la dura-

(1) V. nota 31.

cion como en cuanto á la autoridad y el poder. *Ut omnia quæcumque fecisset essent rata*, dice Ciceron, es decir que se acabó dando por bueno cuanto á un malvado le sugiriese su antojo. ¡Entusiastas de una libertad, de una igualdad mal entendida he aqui el término de la licencia! No acertamos á discurrir como se ha leído la historia de estas repúblicas célebres tantas veces invocada en tiempos modernos en favor de democracias imposibles. En nuestro dictamen la lectura de su historia es contra la democraciomanía el mas poderoso correctivo.

Sila dictador se convirtió en Sila legislador. Dictó leyes penales contra los monederos falsos y asesinos con tal que no fuesen de proscritos; otras que reglaban el orden progresivo con que podrian pedirse y obtenerse los cargos públicos; otras relativas á la organizacion de los colegios de los augures y orden sacerdotal y estableció sobre las ruinas del Tribunal la dignidad senatoria. Volvió por de contado á este orden la autoridad judicial: despojó á los Tribunos de la facultad de proponer leyes, y estableció que en lo sucesivo todo el que hubiese obtenido este cargo no

podría pretender despues ninguna magistratura, y aun esto contando con que en adelante los Tribunos no podrian ser elegidos sino de los que formaban ó pertenecian al cuerpo del Senado. Alternaba Sila estas graves inovaciones con la venta de los bienes de los proscritos, la continuacion de su venganza y la descerrajada sociedad de farsantes y bailarines.

Entre tantas horrores honremos la humanidad con algun rasgo que nos haga ver que la virtud no ha abandonado del todo la triste morada de los mortales. En este año primero de la dictadura de Sila á la edad de veinte y seis años Ciceron, el grande orador romano pareció por primera vez en el foro en una causa que aun hace mas honor á sus virtudes que á sus talentos; en la causa *pro Roscio Amerino*, promovida y protegida por un liberto favorito de Sila, causa que por esta razon nadie se atrevia defender.

Los restos del partido de Mario derrotado y disperso en la Italia se habia ido reuniendo en diferentes puntos á los gefes ó cabezas que de el habian quedado. Carbon se habia retirado á Sicilia, Norbano á Rodas, Domicio al

Africa y Sertorio ofrecia en España un asilo á cuantos podian sustraerse á la venganza del Dictador. La resistencia de este último, de que hablaremos mas adelante y que nos interesa mas particularmente por ser una de las épocas notables de nuestra historia, ofrece á la pluma mas dilatado asunto, mas los tres primeros sucumbieron bien pronto á la estrella feliz de Sila. Norbano por no caer en sus manos se dió muerte. Carbon ofreció á Pompeyo una débil resistencia. Hizole este prisionero, y si bien en lo demas se condujo en Sicilia de un modo que le honra, no anduvo mui generoso con uno de los mas ilustres defensores de su padre. Domicio vencido y muerto en una sola batalla aumentó la reputacion de Pompeyo hasta el punto de excitar los recelos del suspicaz Sila, que por esta razon le retiró del mando y licenció sus legiones, y si bien quiso lisongearle dandole el título de grande, hizo cuanto pudo porque no triunfase, y con efecto habria quedado privado de este honor sin un rasgo de Pompeyo, que aunque siempre atrevido prueba á que punto habia llegado ya su popularidad y su ascendiente. « El sol que amanece, tiene, le dijo, mas adoradores que

el sol que se pone. » Sila acostumbrado á hacer asesinar á uno de sus primeros favoritos, á Lucrecio Ofella vencedor de Prenestina por haber pedido el Consulado contra su voluntad, cedió en esta ocasion y Pompeyo triunfó, y no es de creer que fuera porque le cayese en gracia la espresion.

Continuó aun la dictadura de Sila en el año siguiente, siendo al mismo tiempo Cónsul con Metelo Pio. En este año acabó de consolidar su obra, preparandose sin duda á realizar el proyecto que meditaba. Dió la libertad y el derecho de ciudadanos romanos á diez mil esclavos que reconociéndole por patrono tomaron su nombre y se llamaron Cornelios, y repartió entre los oficiales y soldados de veinte y tres legiones las propiedades confiscadas. Grande podia ser en verdad la confianza que le inspirase tanto número de criaturas, pero aun debia ser mayor el de los resentidos, y Roma y la Italia se asombraron y la posteridad atónita no acaba de admirarse al ver á este hombre, cuya seguridad parecia tan expuesta aun defendida por el poder y rodeada de lictores, reunir el pueblo en el tercer año de su dictadura, abdicarla espontánea-

mente, decir en la asamblea que está pronto á responder á todos ya cada uno de la sangre que ha vertido, despedir á sus lictores y quedarse solo paseando por la plaza pública. Retiróse á su casa de Cumes donde le asaltó la enfermedad pedicular bastante frecuente entre los Romanos. Diez dias antes de su muerte formó un código ó cuaderno de leyes para los de Puzol divididos por ciertas desavenencias: dos dias antes aun trabajaba en sus memorias: la vispera hizo su testamento honrando á sus amigos con legados (si sus legados podian honrar), nombrando tutores á su hijo que quedaba en la mas tierna infancia, y al siguiente murió de un acceso de cólera esta sierpe virulenta sofocada por su propio veneno, y manchandose aun con el asesinato de Granio magistrado de Puzol.

Fue Sila funesto en general á la especie humana y en particular á Roma de mil modos. Entrando en ella la primera vez á mano armada enseñó á los generales Romanos á violar el asilo de la libertad, dice Montesquieu (1). Recompensando á sus soldados con las propiedades confiscadas, excitó en los demas la

(1) Grandeur et Décadence, cap. 11°.

codicia de igual recompensa, segun el mismo indica (1). Dando la libertad á los esclavos les hizo conocer el medio, funesto en verdad, pero pronto de elevarse á ciudadanos, y divulgó asi el secreto y los medios de oprimir la república, que desde este momento no podia tardar mas en pasar al despotismo que lo que tardase en parecer sobre la escena un caudillo atrevido y feliz que triunfase de todos sus rivales, y he aqui como las naciones pasan de un delirio á otro, de la licencia de los Sulpicios y los Varios á la tirania de los Calígulas y los Nerones.

Lecciones de esta especie nunca han sido inútiles por desgracia y bien pronto el ejemplo de Sila va á ser seguido por nuevos ambiciosos. No ha sido tan feliz el que dejó de una verdad importante que niega por cálculo un pequeño número de perversos, y á que se resiste una porcion considerable de ilusos. No se fundan imperios sobre ruinas y cadáveres, y no se reforman ni las costumbres ni los gobiernos con berdugos ni suplicios. Ciertamente es que en una sociedad desorganizada por principios anárquicos se necesita un brazo fuerte,

(1) Grand. et Décad., cap. 11.

y enérgico para restablecer el órden, mas no un sistema de proscipciones y degüellos. La historia nos presenta de esta verdad multiplicados ejemplos.

Ya en vida de Sila habia empezado á conocerse con cuanta razon habia desaprobado contra el dictamen de Pompeyo la eleccion de Lépido al Consulado, caracterizandole de sedicioso, mas despues que la muerte del primero dió á este último mas osadía y esperanzas, redobló su actividad, y puesto al frente del partido de Mario, reuniendo ya una fuerza respetable marchó sobre Roma y contra su cólega Lutacio Catulo. Arreglóse aun pacíficamente esta diferencia por el Senado, acaso porque Lépido sentia su inferioridad y necesitaba tiempo.

Era Lépido hombre inmoral que en Sicilia se habia deshonrado durante su pretura por su venalidad y depredaciones; no de gran talento militar y poco á propósito por consecuencia para destruir la obra de Sila y luchar con el gran Pompeyo. Asi fue que cuando vino segunda vez sobre Roma para pedir la continuacion en el Consulado, queriendo imitar á los Marios y á los Cinas, Catulo y

Pompeyo por dos victorias completas, la una á las puertas de Roma sobre el Puente Mulvio, y la otra sobre Cosa ciudad de la Etruria le obligaron á pasar con los restos de su ejército á Cerdeña, donde murió, y de donde Perpena los condujo á España. Terminose esta guerra civil por una amnistía ya porque las atrocidades de Mario y Sila hubiesen dispuesto los ánimos á la dulzura, ya tambien por la influencia de César que habia excitado y promovido con el mayor empeño aquel decreto porque aunque sin descubrirse todavía, no perdía de vista el partido de Mario en que bajo las órdenes de Lépido servia el hijo de Cina cuñado de Cesar, circunstancia que daba á su gestion el carácter desinteresado de un zelo puro de la humanidad y de la sangre.

Mas quedaba aun entre los enemigos de Sila y su partido un gefe en nada semejante á los que hasta aqui han ofrecido al dictador y á los suyos una victoria fácil. Sertorio, el gran Sertorio, que por sus talentos militares apenas reconoce superior, y que por su humanidad, su dulzura y sus costumbres es el reverso de los Marios y de los Silas se habia

retirado, como dije en su lugar, á su pretura de España. No descuidó Sila un enemigo que conocia. Envió contra él un cuerpo de ejército que se vió detenido en las gargantas del Pirineo; que nunca acaso hubiera penetrado en España y que en todo caso habria dado mas tiempo á Sertorio para ganar amigos y organizar nuevas fuerzas, si la traicion, asesinando á Livio Salinator que mandaba por Sertorio un cuerpo de ejército de seis mil hombres, no hubiera hecho lo que al menos hasta entonces no pudo la victoria. La muerte del gefe produjo el desaliento y la dispersion de sus tropas, y este descalabro redujo á Sertorio á la necesidad de abandonar la España embarcándose en Cartagena seguido de tres mil hombres. Corrió con ellos alternada suerte: pasó á Africa donde aumentó su celebridad, y reparó un tanto la desgracia de sus compañeros, y donde por fortuna los Lusitanos, que resistian aun la dominacion romana, vinieron á convidarle con el mando de sus tropas.

Los tiempos de Sertorio son como ya se ha dicho una época notable de nuestra historia y los sucesos de este gran capitán tienen para Españoles un interes particular, que

exije que nos detengamos mas que lo haríamos sin esta razon. Si Sertorio no hubiera hecho en España mas que dar batallas, esta parte de la Historia romana se confundiria en su importancia con la que pueden tener las campañas de Anibal ó los Escipiones, mas los tiempos de Sertorio fueron para la España una era de civilizacion y de luces, y el impulso dado por él sobrevivió á la ruina de su partido.

Sertorio ó por gratitud á los Españoles de quienes recibia hospitalidad y auxilio, ó porque se habiese propuesto formar de la España una nacion independiente y creyese con harta razon que el mejor medio de disciplinar un pueblo bárbaro era civilizarle, y el mejor modo de defenderse de una nacion mas sabia elevarse á la altura de sus luces, ó porque debiese á su genio la propension benéfica de ilustrar y que esta le hiciese codiciar con ansia tan noble género de gloria, harto mas sólida y honrosa que los triunfos sanguinarios de un conquistador, ó por todo junto, ello es que con no menos actividad que á la defensa militar se dió al cuidado de estender las luces y la cultura romana. Creó un Senado, nombró

Magistrados; organizó la administracion conforme á la de los Romanos; hizo venir de Italia hábiles maestros y fundó en *Oscá* (1) una Universidad excitando á los Señores ó Magnates Españoles á que enviasen sus hijos para que fuesen instruidos en todas las ciencias que componian la cultura Romana (2), y nada digo de la organizacion y disciplina militar. Baste saber que desde entonces en cuanto á esto pasaron los Españoles por Romanos. Asi fue que los Galos, apurados por César y conociendo que la principal fuerza de sus enemigos no estaba tanto en el valor individual como en la superioridad de su maniobra y táctica acudieron á demandar Caudillos á la España. « Embiaron tambien embajadores, dice César en sus comentarios, cap. 10 de la traducion anónima del siglo XVI, y 23 del texto latino » embiaron tambien Embajadores á « aquellas ciudades que son de la España de « allende cercanas á la Guyana. E llamaron de « alli socorro y capitanes. Con la venida de « los cuales se esforzaron á hazer la guerra con « la grande autoridad, y con la muchedumbre

(1) V. nota 32.

(2) V. nota 33.

« de los hombres. Los Capitanes fueron esco-
 « gidos aquellos, que fueran juntamente todos
 « los años con Quinto Sertorio. E pensaban
 « que tenian grande sciencia de la guerra.
 « Aquellos segun la costumbre del pueblo ro-
 « mano deliberaron de tomar lugares y de
 « fortalecer los reales, y atajar á los nuestros
 « el mantenimiento.» No es posible citar en
 la materia autoridad mas respetable y decisiva
 que la de César.

Dicese de Sertorio que semejante á Numa
 para triunfar de la indocil rudeza de nuestros
 mayores abusó de su inocente credulidad, pa-
 sando por un hombre inspirado de Diana, que
 habia elegido por instrumento de sus inspira-
 ciones á una cierva, que domesticada por
 aquel le seguia á todas partes, venia á comer
 en su mano y acercandosele al oido parecia
 dictarle sus oráculos, ó revelaciones. Lo cierto
 es segun Mariana que hai en España medallas
 con el nombre de Sertorio, y en que se ve una
 cierva al reverso.

Empezó Sertorio la guerra con solos ocho
 mil hombres contra los Generales Cota y Di-
 dio que podian disponer en España de una
 fuerza de ciento veinte mil, pero con tan bue-

nos auspicios que en poco tiempo triunfó de entrambos, y llegó á dar tal cuidado á Sila que en el segundo año de su dictadura creyó necesario enviar al Cónsul Metelo Pio su cólega que gozaba de la primera reputacion como militar, y á quien respetaba Sertorio que despreciaba al jóven Pompeyo.

Sin embargo los primeros sucesos de Metelo fueron bien infaustos. Lleno de confianza habia atravesado la España internandose en las estremidades de la Bética dejando en el norte á su pretor Domicio. Hirtuleyo Cuestor de Sertorio derrotó completamente á Domicio que murió en la accion y habiendo venido con nuevas fuerzas á reparar este descalabro el gobernador de la Galia Narbonense, corrió la suerte de segunda derrota no menos completa aunque no tan infeliz para él pues consiguió salvarse en Ylerda. Metelo que se habia internado tanto que quiso apoderarse de Lacobriga sobre el Cabo Sagrado, vencido y acosado por Sertorio sufrió mucho en su retirada, y por consecuencia de tan prósperos sucesos no solo se vió este casi absoluto poseedor de la España sino que penetrando en la Gaula llegó hasta los Alpes en cuyas gargantas y desfila-

deros cuando los atravesó Pompeyo, segundo Aníbal, tuvo no poco que sufrir por la resistencia que le opusieron las tropas de Sertorio. La llegada de Pompeyo con nuevos refuerzos dió sin embargo no poco cuidado á los Romanos refugiados en España, tanto que Pérpene venido de Cerdeña segun se ha dicho y que por pretensiones de orgullo no habia querido asociarse á Sertorio y se mantenía separado de él con sus cincuenta y tres cohortes se vió obligado por estas á reunirse y someterse habiendole todas declarado, que en otro caso harian por sí mismas lo que el no queria hacer. Aun suponiendo que estas cohortes restos del derrotado ejército de Lépido no estuviesen completas en cuyo caso habrian formado una fuerza de veinte y dos mil hombres (1) siempre seria este un refuerzo no indiferente para Sertorio.

Pompeyo y Metelo devieron quedar de acuerdo en reunirse para obrar con todas sus fuerzas y como Sertorio tenia puesto sitio á Laurona (2) no es improbable que este fuese el punto convenido. Pompeyo que debió lle-

(1) V. nota 34.

(2) V. nota 35.

gar antes quiso socorrer la plaza, y aun se jactó anticipadamente de un triunfo que el éxito estuvo bien distante de justificar. Habiendo dado en una emboscada que le preparó y á que le atrajo el astuto Sertorio, perdió casi una legion entera, tuvo que retirarse y Lauron se rindió al sitiador. Segun Mariana Metelo y Pompeyo estaban ya reunidos, pero Plutarco no habla sino del segundo. Segun este historiador Pompeyo solo acudió al socorro de Laurona, y sobre él solo recayó el desaire de ser vencido.

Con mejores auspicios para entrambos empezó la guerra en el año siguiente de 677 en que Pompeyo tomó á Segeda y Metelo obtuvo sobre Hirtuleyo una victoria en que se supone que este perdió veinte mil hombres: mas no se abatió por estos reveses el ánimo de Sertorio, y todavía sin la reunion de Metelo, Pompeyo lo habria pasado mal al dia siguiente del combate de *Sucron* (1), pero este suceso le obligó á dispersar sus tropas segun su táctica ordinaria en las ocasiones peligrosas, las cuales por el conocimiento del pais volvian á

(1) V. nota 36.

aparecer reunidas en el punto que él designaba.

La reunion de Metelo y Pompeyo debió dar á Sertorio no poco cuidado, y desde entonces evitó cuanto pudo una accion general, pero no habiendo al fin podido reusarla se dió sobre el Turia una batalla en que Sertorio fue vencido muriendo en ella Hirtuleyo, pérdida para él mui considerable. Esta fue sin duda la victoria que causó á Metelo tanta alegría y que daría ocasion á los famosos Toros de Guisando, si fuese verdadera la inscripcion que sobre ellos se conserva. *A. Q. Cecilio Metelo Consul y dos veces vencedor.* De resultas de este descalabro se encerró Sertorio en Calahorra, donde le cercó Pompeyo, pero inútilmente, porque así que supo que con arreglo á sus disposiciones se hallaban ya reunidas y dispuestas nuevas huestes, salió de la ciudad; se abrió el paso aunque no sin grande sacrificio, y fue á ponerse al frente del ejército que le esperaba. La fuerza de este debía de ser tal que en el año siguiente ni Metelo ni Pompeyo pudieron resistirle. Levantaron los sitios de Palencia y Calahorra; no quisieron admitir la batalla cuantas veces se la presentó

Sertorio, y tomaron por buen partido retirarse; Metelo á una provincia de la España citerior, y Pompeyo á la Galia Narbonense. Llegó á mirarse esta guerra como tan seria, que Ciceron en la oracion *pro Lege Manilia*, la considera como mas importante que la de Mitridates. « *Quæ multo plus firmamenti ac roboris habebat* », dice de aquella comparandola con esta.

A este mismo año se refiere la embajada de Mitridates á Sertorio pidiendole su alianza, y convidandole con riquezas y ausilios de toda especie, siempre que conviniese en rescindir el tratado de Sila permitiendole ocupar de nuevo el Asia menor. En esta ocasion se reconoció toda la grandeza del alma de Sertorio, que no queria sacrificar la gloria de su pais al deseo de su propia venganza ó de su triunfo, y que respetaba en la obra de su enemigo lo que convenia al interes y á la magestad del pueblo romano. Accedió á que ocupase la Bitinia y la Capadocia mas no el Asia en cuya posesion estaba Roma desde la guerra de Antioco y que habia sido reconquistada por Fimbria. Mitridates admirado de verle respetar con tanta delicadeza los intereses de una

patria que le proscribía, y buscaba su exterminio, suscribió á las condiciones de Sertorio, y recibió en calidad de Procónsul y con todos los honores de tal á uno de los Senadores que este le envió entre los que por seguir su parcialidad se hallaban con él en España.

Aun debieron llegar á ser mas prósperos los sucesos de Sertorio bajo el consulado de Lúculo segun podemos colegir de la carta de Pompeyo al Senado que es uno de los fragmentos que nos ha quedado de la historia que escribió Salustio desde el fin de la dictadura de Sila hasta el año de ochenta y siete. « Si no « venis á mi socorro, decia, bien á mi pesar « os lo predigo; me vere forzado á retirarme « á Italia y á ella se trasportará la guerra de « España. » Mas Licinio Lúculo interesado en alejar á Pompeyo de toda pretension al mando de la guerra de Mitridates á que aspiraba, para retenerle en España debió darse tal movimiento en enviarle los socorros que solicitaba, que al año inmediato se vio en estado de emprender de nuevo la guerra con ventajas, pues que obligando á Sertorio á retirarse, se internó hasta el reino de Valencia. Nobstante Sertorio se hacia siempre respetar

pues que cuando los dos ejércitos se avistaron á las inmediaciones de Dianio (1) sobre el cabo de Hemeroscopéa, Pompeyo no se atrevió á empeñar la accion.

Fijo Sertorio su cuartel general en Osca y aqui fue donde el infame Perpena ausiliado de los asesinos Antonio, Grecimo, Aufidio y otros dandole muerte alevosa puso término á las glorias del Aníbal Romano, como le llamaban los Españoles, en un festin á que traidoramente le habia convidado.

Aunque sin atreverse á defender la bajeza de Perpena y sus complicés en todo caso inexcusable, mas con parcialidad conocida cuyo origen no es difizil asignar, las tradiciones interesadas de los enemigos y vencedores de Sertorio que han adoptado sin examen Plutarco, Apiano y otros historiadores, conspiraron sin duda á pintar á Sertorio en los últimos años de su vida como libidinoso, inhumano, y cruel, no sin algun fruto en verdad, pues que sin protesta ni reclamacion los que despues de aquellos escribieron, repitieron, como ellos sin examen, lo que no puede admitir una crítica imparcial. Con una contradiccion inesplicable suponen unas veces

que excitó el odio de los Romanos por la preferencia que dió á los Españoles, y en seguida le atribuyen contra estos un acto de inhumanidad tanto mas inaudita y bárbara cuanto no se la conoce objeto ni motivo, asegurando que hizo degollar á una parte de los jóvenes y niños que se educaban en Osca y que vendió á los demas. Rasgos de semejante atrocidad no los admite la crítica histórica sino cuando no puede negarse á la evidencia de los hechos, y como falsos los debe desechar cuando no los hace verisímiles una escala gradual de delitos, la índole conocidamente feroz del malvado á quien se atribuyen. Si Sertorio habia concitado contra sí el odio de los Romanos y de los Españoles, ó sea solo de los primeros ¿ como por la propia confesion de los historiadores fue llorado de todos? Si como igualmente dicen se abandonó en los últimos tiempos á los excesos de la intemperancia, renunciando á aquella sobriedad, á aquella decencia que era en él un hábito dulce de toda la vida ¿ como segun los mismos historiadores en el festin en que fue asesinado manifestó tanto disgusto contra la licencia y el descerraje de los concurrentes, y

de ahí el tomar aquella postura que le presentó á Antonio la ocasion de descargar sobre él el primer golpe sin que lo advirtiese, ni se pusiese en defensa? Débiles son las mal concertadas razones con que los historiadores citados tiran á atenuar su propia contradiccion y de que parecieron apercivirse, y al traves de ellas se trasluzan los esfuerzos que se han hecho para disminuir la gloria de Sertorio que con razon se creyó mas identificada con la de los Españoles á quienes mandó, que con el pequeño número de Romanos á quienes la España sirvió de asilo. Mal ha estudiado á los hombres que toda su vida fueron morigerados y sobrios, el que cree que en su avanzada edad pueden deleitarse en la intemperancia y la crápula de los Apicios. El desenfreno de la sensualidad le ha hecho imposible la regularidad de sus hábitos, y la embriaguez y la glotoneria no es una fruicion sino para aquellos en quienes por una larga serie de años las hizo tales la fuerza de inveteradas costumbres. ¿Y como el que fue siempre justo, desinteresado y humano al lado de Mario y Cina en edad menos avanzada, en momentos de mas agitacion y pasiones, podia dejar de serlo en

la calma juiciosa de los últimos años? En nosotros todo se aprende, y está bien distante de eximirse de esta regla el crimen de duro aprendizaje.

Poco le duró al detestable Perpena su triunfo. Al primer encuentro fue completamente derrotado y cayó en las manos de Pompeyo que le hizo matar, ó por el odio que le inspirase su conducta con Sertorio, ó por la necesidad de reducirle al silencio, é impedir que revelase á otro, como pretendió á Pompeyo, todas las inteligencias de aquel con sus partidarios en Italia, cosa que hace creible la conducta generosa de Pompeyo, que en esta ocasion sin quererla él mismo leer entregó á las llamas la correspondencia de Sertorio, puesta en sus manos por el infame Perpena, creyendo salvarse con esta nueva perfidia. Varian los historiadores en el tiempo y el motivo que hizo dar á Pompeyo el renombre de Grande. No nos atreveremos á decidir la ocasion en que se le dió, pero no dudaremos asegurar que esta fue aquella en que mas le mereció.

La derrota de Perpena produjo la pacificacion absoluta y la casi absoluta ocupacion de la España. Sin contar á los Cantabros nunca

dominados hasta los tiempos de Augusto, resistieronse aun Osma y Calahorra víctimas inútiles de su propia desesperacion. La primera no tardó en rendirse y fue arrasada : la segunda sostuvo un sitio largo y obstinado, pero al fin no pudiendo resistir á un tiempo á los sitiadores y á aquella hambre horrorosa, que degeneró en proverbio, tuvo que ceder y sufrió la misma suerte. Pompeyo en honor de su triunfo cubrió la España de trofeos, echó los fundamentos de Pompeyopolis (Pamplona) y precedido de la celebridad que le dió tanta victoria regresó á Roma con Metelo. Es mui probable que en compañía de este último viniesen los poetas Cordoveses de que habla Ciceron, y de que tanto gustaba Metelo.

Juntamente con la guerra de Sertorio Roma, combatida por todos los vicios que le daba su constitucion guerrera, llena de prisioneros que convertia en esclavos el bárbaro derecho público de los tiempos, tuvo que sostener y se vió no poco apurada con la guerra del famoso Espartaco, no nacido ciertamente para siervo, y hombre que acaso por su valor y sus talentos hubiera oscurecido la gloria de muchos, si la fortuna que le hizo Tracio le hubiera

hecho nacer en la patria de los Pompeyos y los Césares. Reducido por la guerra á la suerte de esclavo, su dueño que no quiso tomarse el trabajo de estudiar y respetar el carácter de elevacion de su siervo, hizo á Roma un funestísimo presente humillandole, y destinandole á servir como gladiador en sus juegos. Setenta esclavos dirigidos por Espartaco acabaron por poner la Italia al borde de su ruina. Aumentandose por la confianza que inspiraron sus victorias desde aquel número al de diez, cuarenta y ciento veinte mil, llegaron al fin hasta formar el proyecto atrevido de marchar sobre Roma, y le realizaron sin contradiccion hasta el Piceno en donde los Cónsules Gelio Publicola y Léntulo Clodiano pudieron detenerlos.

De aquí en adelante los talentos de Espartaco hallaron en Craso un rival digno, que por triunfos y maniobras hábiles vino á cerrarle con su numeroso ejército en el Brucio, pais cortado y reducido donde no podia Espartaco ni subsistir ni maniobrar con grandes fuerzas, y no habiendole sido posible pasar á Sicilia, sabiendo que Varron Lúculo de vuelta de Macedonia habia desembarcado en Brindes,

y que Pompeyo venia á reunirse con Craso, dió aquella terrible batalla en que perecieron cuarenta mil esclavos, y que por la muerte de Espartaco terminó esta guerra que tanto cuidado habia llegado á dar.

Peligrar dentro de sus murallas, y estenderse al exterior por brillantes y asombrosas conquistas parece haber sido el signo singular y constante de Roma. Mientras Espartaco estaba por decirlo así á sus puertas, Pompeyo sometia la España; Curion sugetaba la indócil Macedonia, pasaba el Danubio y se internaba en la Dacia; Lúculo Varron triunfaba de la Tracia, y su hermano Cónsul con M. Aurelio Cota, aquel Lúculo Cuestor de Sila, su amigo favorito, á quien este dedicó sus memorias, y de cuyas prendas morales y talentos en todos los géneros hacen Ciceron y Plutarco el mayor elogio, renovada la guerra contra Mitridates, ocupaba á Cícica, vencía en las costas de Lemnos, y enseñoreándose de la Armenia menor llevaba triunfantes las águilas Romanas hasta la Cólzida, arrojando á Mitridates de todos sus estados y forzándole á buscar fugitivo un asilo en la Corte de Tigranes. Empezando por la paz de Sila nunca habia sido

sincera la que hubo entre Mitridates y los Romanos. Así es que á poco rompió Murena de nuevo las hostilidades, y fue necesario que Sila las terminase durante su dictadura renovando su primer tratado. Esta tercera guerra de Lúculo que empezó bajo su consulado tuvo por motivo la irritacion que causó á Mitridates el testamento de Nicomedes que instituyó al pueblo Romano heredero de la Bitinia.

Entre tanto iban pareciendo y empezando á figurar sobre la escena del mundo hombres destinados á hacer el primer papel en las agitaciones que se preparaban y que debian necesariamente variar un Gobierno cuya organizacion é instituciones, si habian podido convenir á un pueblo sobrio, virtuoso y reducido, por lo mismo no podian adaptarse á un pueblo lujoso, desmoralizado y cuyos límites estaban ya casi cerca de confundirse con los del mundo conocido. Hablo de Ciceron y César, término el uno de la elocuencia Romana y de la perfeccion de la lengua, y el otro inferior solo al primero en la pluma y la palabra, término tambien de los talentos militares, de la intrepidez y del arrojo, como de la

república. Cada uno de ellos se distinguió segun su genio : Ciceron por sus virtudes pacíficas durante su Cuestura de Sicilia, y César de mil modos diferentes ya en el Asia bajo las órdenes de Fermo y de Isáurico, ya volviendo á Roma, muerto Sila y acusando á la edad de veinte y un años al Cónsul Dolabela, ya derrotando á los piratas mismos de quienes habia sido prisionero y que aun contaban por decirlo así el precio de su rescate, ya pasando de Rodas al Asia, reuniendo tropas sin mision ni mando, manteniendo en la obediencia romana á varias ciudades vacilantes, y arrojando de ellas á los comandantes de Mitridates, ya volviendo de nuevo á Roma y haciendose reparable por la magnificencia de su trato, por una mezcla estraña de amabilidad, de grandeza y de libertinage que ofrecen en él una especie de Alcibiades Romano, ya sobre todo no despreciando las ocasiones de favorecer y recomendar con toda su popularidad la abatida faccion de Mario, mientras Pompeyo malentendiendo los intereses de su partido, ó sacrificandolos á su ambicion personal para obtener el Consulado unidamente con Craso destruia la obra de Sila, restableciendo el Tri-

bunado en toda la plenitud de sus antiguos derechos, y despojando al Senado del ejercicio esclusivo de la judicatura, que distribuyó entre este los caballeros y los Tribunos del tesoro público que eran siempre Plebeyos.

Durante el consulado de Pompeyo se vió y juzgó el famoso proceso del infame Verres, asesino en Asia, salteador en Sicilia, deshonra de la magistratura, y oprobio de Roma, causa en que Ciceron mostró aun mas que su elocuencia, su acendrada probidad y desinterés, un zelo de la justicia tanto mas laudable, cuanto eran mas ciertos los crímenes de Verres, y por consecuencia su opulencia y sus medios de triunfar supuesta la immoralidad ordinaria de los juezes, y cuanto mayores eran y mas difiziles de contrarrestar la influencia de los Escipiones, y los Metelos, y la elocuencia de un Hortensio defensor de Verres, á quien daba una grande preponderancia en este asunto su designacion al Consulado para el año próximo. De todo triunfó Ciceron y Verres mismo no atreviendose a esperar el resultado del juicio se desterró de Roma.

El consulado de Pompeyo y Craso ya que no aumentó su gloria militar terminó por una

escena que hace honor à entrambos. Uno y otro, rivales desde los tiempos de Sila, no habian estado nunca en buena inteligencia, y aunque Craso debiese en cierto modo su consulado à Pompeyo, esta maligna y antigua disposicion pareció de nuevo y aun se aumentó por la disputa de su superioridad respectiva y por la desconfianza, que cada uno de ellos tenia de que el otro aspiraba al mando esclusivo. Así fue que durante su consulado ninguno de los dos quiso licenciar sus legiones, ni Pompeyo aquellas con que habia vuelto de España, ni Craso las que mandó contra Espartaco, y Roma estuvo durante todo el año en angustia continua y como amenazada por dos ejércitos enemigos. Al salir de su consulado el pueblo, que por la rivalidad y zelos de estos dos poderosos ciudadanos temió verse sepultado de nuevo en los horrores de Mario y Sila, los conjuró à que se reconcillasen. Craso cuyo carácter era mas flexible tendió su mano à Pompeyo y este le alargó la suya, habiendo entrambos en seguida licenciado sus legiones y reducidos à la suerte de simples ciudadanos.

Fue por mas de una razon memorable en

este mismo año la censura de L. Gelio, y Cn. Léntulo, magistratura cuyo ejercicio habia estado suspendido por espacio de quince años. Resultaron ya de este censo novecientos mil ciudadanos. Fueron rayados de la lista de Senadores no menos de sesenta y cuatro entre ellos Léntulo Sura y E. Curion cómplices en la conjuración de Catilina de que hablaremos despues, y Pompeyo brilló por un rasgo que le valió mas aplausos y mas gloria que todos sus triunfos. Despojandose de todo el aparato de la dignidad consular pareció ante los Censores como simple caballero á sufrir el juicio que estos pronunciaban acerca de aquellos que habian cumplido el tiempo de su servicio, y á recibir segun su mérito un testimonio de improbacion é ignominia ó las recompensas debidas al honor. En esta ocasion el caballero debia manifestar los generales á cuyas órdenes habia servido. El juicio en cuanto á Pompeyo se terminó á la primera pregunta por aclamacion pública. « ¿Pompeyo, le preguntaron los Censores, habeis cumplido los años de servicio que debeis á la república? » He cumplido, respondió Pompeyo, el tiempo de mi servicio, y sin haber conocido mas General que á mí

mismo. El pueblo lleno de entusiasmo se deshizo en aplausos, y les Censores descendiendo de sus sillas curules y acompañados de todo él le condujeron hasta su casa en medio de vivas y aclamaciones.

Los años inmediatos nada presentan de memorable sino la continuacion de la guerra de Asia por Lúculo de que hablaremos despues. Lo fue sinembargo no poco aquel en que tantas turbulencias excitó el Tribuno Gabinio por conferir á Pompeyo el mando de la guerra contra los piratas cuya multitud y fuerza habia llegado á tal punto, que dueños absolutamente de la navegacion lo eran tambien de todas las costas y poblaciones marítimas que saqueaban y devastaban con el mas insolente descaro, con tales perjuicios que en este año por la interceptacion de comunicaciones Roma se veia acosada de una hambre devoradora sin poder hallar en sus conocidos graneros remedio á tanto mal. La calamidad era terrible; el mal urgente y la lei de Gabinio no habría podido hallar la mas pequeña oposicion si el mando que proponía en favor de Pompeyo no hubiera sido en cuanto á la duracion y facultades acompañado de circunstancias que

eran ciertamente una novedad legislativa contraria al espíritu republicano, y que iba á poner en manos de Pompeyo mucha mas autoridad y fuerza de la que habria necesitado para trastornar la república, si el carácter de aquel, decidido como el de Sila ó Cesar, le hubiera permitido aspirar á conseguir por la violencia lo que ciertamente deseaba y con ansia obtener por la astucia y la maña. Segun la lei de Gabinio el mando debia durarle tres años; debia ser general no solo de todos los mares y de toda la fuerza marítima, sino en todos los paises, puertos, y ciudades que estuviesen á tres leguas de la costa, lo cual ponía á Pompeyo en posesion de una buena parte y no la peor del imperio, añadiendose á todo esto la facultad de tomar del erario público cuanto creyese necesario, y de organizar y poner sobre las armas cuantos hombres tuviese por conveniente para el equipo y conservacion de una flota de doscientas velas, atribuyendole en fin una autoridad verdaderamente real y aun rodeandole por decirlo así de su aparato y magestad, pues se le conferia el derecho de elegir entre los generales de la república quince para tenientes suyos.

No es extraño que los Senadores resistiesen una autoridad tan nueva y tan contraria á la constitucion del estado. Solo César entre ellos no se opuso : adivinaba sin duda que Pompeyo, cuyo carácter habia estudiado, dejaría malograr tan buena ocasion, y que de este mando tan absoluto no quedaria sino un ejemplo conveniente á sus fines. La resistencia de los Senadores y de algunos Tribunos no sirvió sino para exponerles al furor de la multitud alborotada. Pompeyo era entonces el ídolo del pueblo que no solo le concedió lo que Gabinio habia propuesto sino aún mas. El éxito córrespondió á sus esperanzas, y se vió en esta ocasion lo que puede un hombre solo, investido de una grande autoridad. En cuarenta y nueve dias no solo no habia quedado un pirata sobre el mediterraneo, sino que habiendoles dado caza en todas las direcciones y obligandoles á buscar su asiento y abrigo en la Cilicia, encerrandoles así á todos ellos, por el combate de Corazésio y toma de la ciudad acabó con cuantos no habia hecho anteriormente prisioneros : se apoderó de sus armas, de sus barcos, de sus puertos y haciendo de la victoria un uso humano y polí-

tico, trató bien á sus prisioneros y para consolidar su triunfo les repartió en diferentes puntos, pobló con ellos algunos ciudades desiertas de Cilicia, otras de la Acaya y estableció algunos otros en Italia, por la parte de Tarento.

En el mismo año sometieron los Romanos por primera vez la isla de Creta que hasta entonces habia logrado conservar su independencia, y el Cónsul Metelo tomó por esta importante conquista el nombre de Crético.

La fortuna, que por este tiempo deramaba á manos llenas sobre Pompeyo sus favores, pareció quererle servir sacrificandole uno de sus favoritos y el mas digno de sus rivales. En este mismo año de gloria y de entusiasmo para él empezó á experimentar sus desaires, el sabio, el intrépido, el feliz Lúculo que despues de haber despojado á Mitridates de sus estados se habia elevado por la toma de Tigranozertes, la batalla de Arsanias y otras muchas á la gloria de los primeros capitanes y que sin la indocilidad de sus legiones sostenida por los manejos del partido de Pompeyo en Roma habria sometido la Armenia mayor y

arrojado tambien á Tigranes de todos sus estados : mas habiendo perdido el ascendiente sobre sus legiones, derrotado uno de sus generales en el Ponto, restablecido en este reino Mitridates, la lei Manilia apoyada por César y Ciceron pretor en este año á expensas de Lúculo vino á poner á Pompeyo en la cumbre del poder y los honores, por manera que á pesar de la resistencia de cuantos Senadores no abandonaron en esta ocasion los principios profesados contra la lei Gabinia, el mando ya temible que esta le conferia se extendió al de la guerra contra Mitridates y Tigranes; en fin al del Asia entera.

No desmintió Pompeyo tampoco en esta ocasion la esperanza de sus conciudadanos. Una sola batalla decidió de la suerte de Mitridates que se vió precisado á abandonar de nuevo sus estados y no admitido y hasta amenazado por Tigranes fué harto feliz en salvarse con un pequeño número de hombres en el Bosforo Cimeriano. En cuanto á Tigranes, acosado á un tiempo por su hijo que se le habia rebelado sostenido por el rei de los Partos su suegro y por Pompeyo, tomó por buen partido venirse á poner en las manos de este con

quien se hallaba ya reunido su hijo. Condujose en esta ocasion con generosidad Pompeyo y aun vengó los derechos de la paternidad ultrajada, estableciendo á Tigranes en sus estados de Armenia, declarandole aliado del pueblo romano, y cargando de cadenas á su turbulento hijo. En lo demas Tigranes quedó desposeido de los estados agregados de Fenicia, Galacia, Sofenia y la Siria, en posesion de la cual, arrojados los Seleucidas, estuvo Tigranes diez y ocho años. Así terminada esta guerra, vencidos los Iberos y los Albanios, y habiendo llevado las águilas romanas casi al pie del Caucasó, resolvió poner un término á su espedicion por la parte del Norte y revolver al medio dia del Asia. Con efecto la atravesó en esta direccion, siendo con todos justo y generoso excepto con Antíoco á quien Lúculo habia restablecido sobre el trono de Siria y á quien acaso por esta misma razon desposeyó Pompeyo, declarando la Siria provincia del imperio romano. En seguida excitado por Hircan y Aristóbulo dos hermanos que se disputaban el reino y el sumo sacerdocio de Judéa se entró por ella, arrasó los muros de Jerusalem que hubo de ocupar por fuerza de armas,

y como hubiese recibido poco antes en los campos de Jericó la noticia de la muerte de Mitridates que se mató á sí mismo por no caer en manos de su rebelde hijo Farnazes, dando por concluida su mision, trató de disponer su regreso á Italia. Al efecto emprendió su viaje á Efeso, donde pensaba embarcarse; allí dió la última mano á los negocios de Asia, reconoció al indigno Farnazes, no rei del Ponto pero sí del Bosforo Cimeriano, y como tal aliado del pueblo romano: reunió en Efeso sus legiones y puede juzgarse de la riqueza inmensa que produjo su expedicion, sabiendo que segun Apiano despues de todo hizo por vía de agasajo en esta ciudad una distribucion entre sus soldados que ascendió como á ciento noventa y dos millones de reales; hecho lo cual se embarcó para regresar á Italia. Se vé cual debia ser al fin la suerte de un pueblo cuya prosperidad se fundaba sobre la ruina de todos; á que género de disolucion no debian llevarle sus propias costumbres, y por que hacia largo tiempo que el soldado romano no era ya el soldado de la república sino el soldado de Mario, de Sila, de Lepido, de Craso, ó de Pompeyo.

Durante la ausencia de este último ni Roma habia ganado nada en sus costumbres, ni dejado de estar amenazada al interior, y si bien el célebre Caton de Utica honraba su Guestrura con algunas virtudes, y hacia por horror al crimen volver á los asesinos de los proscritos la vil recompensa de su infamia, César Edil por motivos no tan desinteresados daba al pueblo juegos magníficos, fijaba en el Capitolio la estatua de Mario, condenaba á los asesinos que habian sido viles instrumentos de Sila, mientras absolvía á Catilina el mas perverso de todos ellos; á Catilina absuelto anteriormente y con igual injusticia del crimen de concusion de que habia sido acusado de vuelta de su pretura de Africa por el no menos venal é indigno Clodio; á Catilina enfin que desde que fué excluido del Consulado hasta que murió estuvo en un estado habitual de conspiracion y trajo á la república en agitacion continua.

Era Catilina de una de las primeras familias de Roma pero segun el retrato de Salustio, uno de los hombres mas inmorales que para deshonra de la especie humana han producido los siglos: vivia en el desenfreno y la li-

encia como en su estado natural y cometia el crimen sin remordimiento. Adornabanle obstante algunas calidades apreciables ciertamente, cuando no las hace funestas su mala direccion ó empleo. De soldado intrépido y de buen general dió pruebas en la accion contra Petreyo : de vigor y vehemencia en el arte de la palabra dan muestras sus discursos á los conjurados y como grande por la fuerza física y por las dotes del ánimo le pinta el historiador de su conjuracion. Resentido Catilina por su exclusion del Consulado formó con Pison y Autronio su primer proyecto de conspiracion segun el cual los Cónsules Cota y Torcuato debian ser asesinados en el Capitolio, Catilina y Autronio debian apoderarse de las fasces y Pison con un ejército pasaria á apoderarse de la España, sin duda para que en todo caso sirviese como de asilo á la faccion (1).

Esta conjuracion proyectada para el primero de Enero y diferida al cinco de febrero no tuvo efecto ó por falta de concierto ó de resolucion en los conjurados. Tramó la segunda cuando se vió excluido del Consulado

(1) V. nota 37.

por Ciceron, y su despecho no tuvo límites cuando por tercera vez y en la mayor parte por los esfuerzos de este Cónsul vió designados y preferidos para el inmediato consulado á Silano y Murena. Ciceron que por medio de la cortesana Fulvia habia ganado á Q. Curion uno de los conjurados tenia por decirlo así en su mano todo el hilo de esta trama, y desconcertaba todos los planes de Catilina, y así fué como por fortuna de Roma vinieron á salvarla la debilidad de una muger y los talentos de un hombre grande. Entraban en la conspiracion cuantos ciudadanos perdidos abrigaba Roma en su seno. Onze cuenta Salustio del orden Senatorio y cuatro del Ecuestre entre los que se reunieron en la primera sesion del primero de Junio. La muerte de Ciceron era por donde debia principiarse y aun asegurarse el resultado de la conspiracion, mas como Fulvia advertia en tiempo á Ciceron, ya en las asambleas, ya en su casa, pudo fácilmente sustraerse á las asechanzas de los conspiradores. Catilina acosado por el Cónsul en público Senado y embidando el resto de su desesperacion, envió á Malio á Fesulo y á otros dos emisarios, uno al Piceno y el otro á la

Apulia para sublevar y reunir á todos los descontentos, y á pesar de las fuertes invectivas de Ciceron y de observar que nada se ocultaba á su vigilancia, se quedó sin embargo en Roma para dirigir de cerca los sucesos, confiando sin duda en lo temible que le hacia el número de sus parciales, la multitud y peso de sus relaciones de familia, y mas que todo la certidumbre de que Ciceron noticioso en buen hora de lo que decia y hacia, nada podia producir que probase la existencia de tanto crimen. Con efecto tal era su difícil situacion. Nada podia descubrir ni mucho menos probar de lo que sabia por Curion, ni los avisos pasados á Craso, Marcelo y Metelo, y de que estos le dieron parte, eran mas que unas cartas, ó anónimos improbantes. Nobstante reunidas á las demas indicaciones dadas por el Cónsul produjeron un grande efecto en el Senado, y tanto que declarando la república en peligro segun la fórmula acostumbrada, los Cónsules fueron revestidos de la autoridad extraordinaria que se les conferia en tales casos. Reducido así Ciceron á la imposibilidad de probar y á la necesidad de obrar, hubo de contentarse con continuar sus invectivas con-

tra Catilina en el Senado, convidandole á quitarse la máscara y buscar en la violencia y fuera de Roma, los medios que dentro de ella veía descubiertos y constantemente burlados por su vigilancia. Tal fué con especialidad el efecto producido por su primera y famosa Catilinaria que obligó al fin á Catilina á dejar la ciudad en principios de noviembre como Ciceron le exortaba á hazerlo, y á pensar en reunirse con Malio que desde el mes de octubre estaba en la Etruria obrando ya descubiertamente. La casualidad proporcionó al fin á Ciceron lo que hasta entonces habia ansiosa, pero inútilmente codiciado y por cuya falta no creian unos y afectaban otros no creer la existencia de la conjuracion, atribuyendole proyectos vengativos ó ambiciosos. Por la ausencia de Catilina quedó Léntulo Sura al frente de los conjurados en Roma, y habiendo sabido que los Alobroges resentidos de las vejaciones que sufrían habian enviado á Roma diputados para quejarse de ellas, deseoso de fortificar su partido por los ausilios de esta nacion guerrera, trató de atraerles á la conjuracion, sirviendose del ministerio de Umbreno. Este les descubrió todo el plan, y ellos

ofrecieron tomar parte en él, ma despues intimidados sin duda por el peligro á que se exponian y exponian á la nacion que representaban, ó calculando que sacarian mas partido de descubrir la conjuracion que de pertenecer á ella, revelaron el secreto al Senador Fabio Sanga su protector, el cual dió inmediatamente aviso á Ciceron. Encargó este á los Alobroges que continuasen fingiendo pertenecer á la conjuracion y mostrasen gran zelo en promoverla, exigiendo de los conjurados cartas que firmadas de todos ellos sirviesen de garantia é inspirasen confianza á las gentes de su nacion. Dieronse las en efecto con una facilidad que tal vez no hubiera tenido Catilina. Armado Ciceron con tan terrible documento que fingió arrancar á los Alobroges sorprendiolos en el puente Mulvio con Volturcio uno de los conjurados que les servia de guia y debia conducirlos al campo de Catilina, prendió á Léntulo, Cetego, Estatilio Gabinio y otros: reune el Senado en el templo de la Concordia y descubre todo el plan de la conjuracion. Como uno de los puntos convenidos era el poner fuego á Roma en doce puntos diferentes, destruir los acueductos y fuentes, matar

los ciudadanos y saquear sus casas, la conspiracion así descubierta inspiró todo el horror que merecia, y Ciceron honrado hasta por el severo Caton con el nombre de padre de la patria se hizo en este dia el ídolo del pueblo romano. Acordóse en su favor un honor reservado hasta aquí á triunfos militares (1) en ocasiones importantísimas que era el que los Romanos llamaban *Suplicaciones*, especie de ceremonia religiosa, de accion de gracias ó tal vez rogativa por la conservacion del que se habia hecho acreedor á esta distincion por servicios muy señalados. La que se decretó en obsequio de Ciceron decia ser, *por haber libertado la ciudad del incendio, á los ciudadanos del degüello y á la Italia de la guerra* (2).

Restaba saber cual debia ser la suerte de los complicés aprendidos en Roma y tomar las disposiciones convenientes para marchar contra Catilina. El primer punto discutido en el Senado dió ocasion á encontrados dictáme-

(1) Por eso decia él en su 3ª Catilinaria: *Quod mihi primum post hanc urbem conditam togato contigit.*

(2) *Quod urbem incendio, cæde cives, Italiam bello liberássem.* Ibid.

nes en que sobresalieron los discursos de Caton invocando contra los criminales la venganza de la lei, y el de César reclamando en su favor la indulgencia, y el de Ciceron que es su cuarta Catilinaria en que sin resistir absolutamente la proposicion de César, no queda duda de que en su opinion debia prevalecer la justicia de Caton. Tal fué con efecto el resultado de la deliberacion que Ciceron hizo ejecutar inmediatamente en Léntulo, Cetego y los otros aprendidos, declarando á Catilina y los demas ausentes enemigos de la patria.

Catilina desconcertado por este golpe no pensó sino en ver como salvarse en las Galias, mas este partido parecia previsto y Metelo que habia limpiado el campo Piceno de facciosos, corrió á apostarse en las montañas por donde aquel debia pasar para ir de la Etruria á la Liguria, de manera que Catilina vino á encontrarse encerrado entre aquel ejército y el del Cónsul Antonio ó mas bien de Petreyo su lugarteniente y que fué el alma de esta expedicion. En este estado no pudiendo evitar la batalla se dió aquella en que cerca de Pistoia Catilina y los suyos dieron muestras de un talento y un valor dignos de mejor causa

y perecieron todos, dejando á Roma, como Catilina habia dicho á sus soldados en su última arenga, una victoria deplorable y sangrienta (1).

El consulado de Ciceron que terminó por la conjuracion de Catilina habia empezado señalándose por la resistencia que hizo á la lei Agraria propuesta por el tribuno Rulo, y protegida por cuantos para sus planes de ambicion calculaban sobre tumultos y sediciones y afectaban popularidad. Ciceron en el discurso que pronunció delante del pueblo con esta ocasion, reuniendo á todas las gracias ingeniosas de la oratoria la fuerza irresistible de una buena lógica, probó, que los que con esta proposicion aspiraban á parecer amigos del pueblo no lo eran, que bien examinada esta lei « sin darle nada venia á ponerlo todo « entre las manos de un pequeño número ; « que seduciendo al pueblo romano con so- « ñadas fortunas, de lo que se trataba en rea- « lidad era de despojarle de su libertad ; que « por aquella lei se aumentaria la riqueza de « algunos á costa de quedar exhausto el tesoro

(1) *Cruentam atque luctuosam victoriam hostibus relinquatis. Salustio.*

« público ; y que en fin era indigno de un « Tribuno, defensor nato de la libertad, pro- « poner al pueblo diez reyes, » (1) en los diez comisarios á quienes la lei revestia efectivamente con una autoridad extraordinaria. Ciceron al combatir la lei de Rulo ha fijado los caractéres de todas las que de su especie sirven de instrumento á los facciosos para llegar á la tirania. Su triunfo fué tan completo que Rulo se vió precisado á desistir de su empeño. No fueron menos gloriosas la firmeza que mostró defendiendo á Ravirio contra el tribuno Lavieno que le acusaba por la muerte de su predecesor Saturnino, y el arte con que calmó la fermentacion causada en el teatro entre la plebe y los caballeros por la presencia del pretor Roscio que habia asignado á estos últimos un lugar distinguido en todos los espectáculos. Plausible y noble fue tambien el esfuerzo con que ya que no pudo abolir las *legationes liberae* último refinamiento de la rapacidad y el orgullo romano, consiguió reducir las en su duracion, y si no pudo evitar la ruina de la república hizo cuanto pudo por retardarla, reforzando al Senado débil y casi

(1) *Cicero in Rullum.*

impotente por la union del órden ecuestre, haciendo así de este un cuerpo intermediario que podia contrabalancear las pretensiones exageradas de los dos extremos, institucion importantísima y que acaso en tiempos menos aciagos hubiera adquirido la consistencia que en estos no tuvo, y tal vez salvado la república, ó retardado cuando menos el despotismo de los Césares.

Hasta este año las intrigas de los partidarios de Pompeyo habian conseguido diferir á Lúculo su triunfo. Ciceron debió contribuir mucho á allanar las dificultades y en el de su consulado Lúculo le obtuvo al fin. Ni la estatua de oro de Mitridates, ni las muchas riquezas que ostentó en él, valian en verdad lo que el descubrimiento y transplatacion á Europa del cerezo traído por Lúculo de Ceraso ó Cerasunto ciudad del Ponto dõnde nace espontáneamente. En vano el Senado se habia lisonjeado con la idea de hallar en Lúculo un rival que oponer á Pompeyo. Entregado á los placeres de una magnificencia y un lujo que puede servir de argumento terrible contra su probidad, apenas se cuidó de los negocios públicos. Jardines, todavía los mejores del mundo

en los tiempos de Trajano, palacios magníficos, comidas y festines que eran por su suntuosidad y dispendio un verdadero insulto á la miseria pública, tales fueron las ocupaciones del fastuoso Lúculo. Su biblioteca y sus jardines abiertos á los sabios no alcanzan á disculpar su molicie y su abandono de los negocios públicos. No era así César : á fuerza de movimiento y de intriga sin haber sido mas que Edil , en competencia de Catulo y Servilio Ysáurico que eran los dos personajes mas respetables del Senado consiguió el sumo Sacerdocio , y al año siguiente la pretura. Coincidió con ella el tribunado de Caton á cuya impavidez se devió que se desechase la proposicion de Metelo Nepos , reducida á que se hiziese venir á Italia á Pompeyo con su ejército á reformar el estado y á pacificarle. César, cuyo plan era el de crecer á la sombra de este hasta ponerse en estado de no necesitarle, era el que instigaba y sostenia una proposicion que tan directamente amenazaba la libertad pública, y convidaba á Pompeyo á la tirania. Así fué que de resultas el Senado depuso á César de su cargo igualmente que al tribuno Metelo mas habiendo aquel mostrado una

docilidad que no se esperaba, no pudiendo mirar con indiferencia su mucha popularidad y temiendo á Pompeyo, fué á poco reintegrado.

Mucia, y Pompeya repudiadas por Pompeyo y César, la profanacion de los misterios de la Buena Diosa por Clodio absuelto en el año siguiente, la amistad de Pompeyo con César seductor de Mucia, las relaciones de este con Clodio sacrilego y adultero con Pompeya prueban hasta que punto triunfaba con descaro en Roma el crimen poderoso; cuales eran las costumbres de las primeras matronas y cual la moralidad y el pundonor de los primeros ciudadanos. ¡Que podrian contra tanta corrupcion el honrado zelo de Ciceron y de Catulo y la austeridad de Caton! Sus esfuerzos laudables por su origen empezaban á dejar de ser políticos por imposibles. Roma no podia salir de la anarquía en que la tenia la ambicion de unos ciudadanos y la corrupcion de todos los demas sino por decirlo asi á expensas de su libertad. El tránsito de la democracia á la monarquía era inevitable el dia en que el mas feliz ó el mas osado entre muchos ambiciosos triunfase de sus rivales: era sobre ine-

vitable, conveniente, necesario para poner un término á las facciones que la despedazaban cada dia mas. El partido republicano no debió obstinarse en mantener instituciones que suponian otras virtudes, sino transigir, contentarse con lo que era posible. Sentir en fin la necesidad de aquel tránsito y dirigirle: evitar que se apoderase del trono acaso el mas malo por mas atrevido, ó que subiendo á él por una victoria decisiva le ocupase sin capitulación y le hiciese absoluto. Asi es como la naturaleza bien estudiada nos aleja de los extremos, y asi es como tambien nuestras pasiones, nuestra ignorancia nos lanzan en ellos.

No obstante la imparcialidad de la historia exige que digamos lo que por otra parte no es nuevo ni inaudito.

En medio de esta corrupcion que afeminaba, íbase templando poco á poco la antigua dureza de los primeros guerreros, y ya en el magnífico triunfo tercero de Pompeyo los prisioneros que acompañaron la ceremonia, ni fueron como en otros tiempos degollados, ni reducidos á esclavitud, y como libres fueron restituidos á su pais natal.

Pompeyo al desembarcar en Italia en aquel

año se señaló con un rasgo de moderacion que desvaneció las sospechas que suscitaban contra él Craso y otros enemigos suyos. En Brindis licenció sus tropas, no obstante que para retenerlas tenia un motivo plausible en su triunfo, y marchó á Roma á cuyas puertas esperó muchos meses que fueron necesarios para prepararle. Las riquezas prodigiosas que en él parecieron, le hicieron durar tres dias. Las conquistas que habia hecho, habian sido tales que triplicó las rentas del estado. No es pues tan estraño que tantos y tan preciosos fuesen los despojos que ostentó. Uno de los objetos mas interesantes de la ceremonia fué el Ebano, arbol en esta ocasion conocido por primera vez en Europa.

Aqui terminaron por decirlo asi los dias gloriosos de Pompeyo y su conducta posterior no correspondió á lo que podia esperarse del último rasgo de moderacion que habia dado en Brindis. Tal era el carácter de Pompeyo. No quería llegar al mando supremo como Sila por la violencia descubierta, mas le deseaba con ardor y le buscaba en los medios artificiosos y disimulados. Con este objeto y para poner á cubierto de toda impugnacion

los actos de su administracion y asegurar el orden de cosas que habia dejado establecido pedia en el Senado bajo una cláusula general y sin permitir el examen la aprobacion ciega de los actos de su gobierno en el Oriente, mientras que por su instigacion el Tribuno Flabio proponia una lei agraria para conceder á los soldados de Pompeyo como á los de Sila establecimientos territoriales. Una y otra proposicion quedaron frustradas por la enérgica resistencia de Caton, de Lúculo, de Craso, Metelo Crético, y particularmente de Metelo Celer, Cónsul en aquel año y contra quien la insolencia del Tribuno llegó al extremo de ponerle preso. Ciceron en esta coyuntura pareció sacrificar á la amistad de Pompeyo sus principios aristocráticos. Estrechamente unido con él buscaba en su proteccion la aprobacion de los actos de su consulado, y no conociendo su carácter creía poder dirigir su ambicion por el ascendiente de la amistad. Mas Pompeyo como dice el continuador de Rollin no quería amigos sino esclavos. Bien pronto tuvo Ciceron motivo de conocerlo, cuando le vió unido con el malvado Clodio su implacable enemigo y autor al fin de su destierro,

mas su cequedad por Pompeyo no le permitió desconfiar de él, como le aconsejaba su fiel amigo Atico.

Entretanto César que habia ya estado anteriormente en España como Cuestor del pretor Antistio y que á la vista de una estatua de Alejandro habia derramado en Cadiz lágrimas de ambicion, volvió á ella en calidad de pretor. Como su espíritu activo no le permitia reposo y que la España en lo demás tranquila no se prestaba á vastos proyectos, á grandes hazañas, se dió á hacer la guerra á los Herminianos, pueblos ó tribus que segun Mariana ocupaban las montañas entre Duero y Miño. El éxito no fué ni dudoso ni lento. Los Herminianos derrotados en varios encuentros y encerrados en las islas de Cincia fueron alli exterminados. César ocupó asi la Coruña, sometió la Galicia, hizo notable su administracion por sabios reglamentos y despues de haber dado á los de Cadiz un código ó cuaderno de leyes que le habian pedido, sin esperar á concluir el año de su pretura ni que viniese otro á remplazarle, partió para Roma, y entró en ella prefiriendo el consulado al triunfo.

A su arrivo encontró á Craso y á Pompeyo

mas enemigos que nunca, pero como para ser Cónsul necesitaba de entrambos, emprendió su reconciliacion. La empresa se hubiera desgraciado dirigida por manos menos diestras, pero César habia nacido para triunfar de todo. Asi es que dando á esta negociacion hábil el aire y carácter de un rasgo patriótico hizo que Craso y Pompeyo sirviesen á su elevacion; ascendió al Consulado y formó el primer triunvirato á cuya liga y preponderancia tuvieron que doblar la rodilla los Cicerones, los Metelos y los Lúculos, y aun el mismo Caton tuvo que renunciar alguna vez á su inexorable severidad.

El consulado de César tiene como todas sus cosas un carácter particular. Fué en el ejercicio de esta magistratura un Tribuno con las fasces. Ya que no pudo impedir que el Senado le diese por cólega ó mas bien por adversario al firme Bibulo, le redujó á la necesidad de separarse absolutamente de los negocios, de suerte que durante casi todo el año fué él, único Cónsul. Irresistible por la cooperacion de Pompeyo y Craso reprodujo é hizo admitir con algunas modificaciones la lei agraria del tribuno Flabio en una asamblea del pueblo en

que Bibulo y Caton corrieron no poco riesgo y una vez admitida, á ejemplo del tribuno Saturnino, la hizo confirmar por un juramento á que por miedo se vieron obligados á suscribir todos los Senadores con inclusion del inflexible Caton, á quien Ciceron convenció de la necesidad de someterse á lo que no se podia resistir, extendiendo este juramento á los candidatos que aspiraban á las magistraturas en el año siguiente. La lei fué puesta inmediatamente en ejecucion, y Pompeyo fue uno de los comisarios. Los actos del gobierno de este fueron al fin aprobados y como Ciceron, aunque siempre iluso en favor de Pompeyo, en varias ocasiones se habia manifestado enemigo de la liga triumviral, hizo este pasar la lei provocada por Clodio que queriendo ser Tribuno se hizo adoptar por un plebeyo y obtuvo asi el Tribunado para el año siguiente, todo por los manejos y proteccion de César que sin que pueda caber duda, obraba en esto de acuerdo con el doloso Pompeyo; con Pompeyo que sacrificaba asi á su ambicion la cordial amistad de Ciceron.

En la misma asamblea que proclamó la lei agraria de César, los triumviros hizieron igual-

mente adoptar la que por decirlo así dividía entre ellos la república.

Diose á Craso el mando de la Siria que codiciaba para amontonar mas y mas riquezas : confirióse al vano Pompeyo el gobierno de la España sin salir de Roma, y César se reservó para sí por cinco años el de la Iliria y la Gaula Transalpina que ofrecia á su actividad un teatro de gloria brillante y el de la Cisalpina que le ponía á las puertas de Roma, donde el alucinado Pompeyo se recreaba con pabonearse en el Senado, los comicios y los juegos sin que su orgullo le permitiese sospechar que hubiera quien pudiese atreversele ó tratar de suplantarle.

Así fué como el astuto César redujó toda la resistencia de sus proyectos á solos dos hombres con quienes se habia medido, á quienes se sentia superior, y cuyas pasiones dominantes habia estudiado ofreciendo por este arreglo mies abundante á la avaricia sordida del uno, y humo é incienso á la pueril vanidad del otro. Nobstante como aun estaba lejos de no necesitar de su cooperacion, traficando, como decia Caton, con la fortuna del estado, pensó en consolidar la obra de su consulado

y en asegurarse la amistad de Pompeyo, casando él con Calpurnia hija de Pison Cónsul designado para el año inmediato y dando su hija Julia á Pompeyo que sin rubor pasó á ser yerno de su Egisto (1).

El tribunado de Clodio no podia dejar duda á Ciceron del peligro que le amenazaba, y lo peor es, que no vió que César y Pompeyo, temiendo sus talentos y sus opiniones republicanas, no pudiendo desconocer lo que él y Caton pensaban sobre su triumvirato, estaban de acuerdo y resueltos á alejarle del mando, de Roma y los negocios á todo trance. Asi fué que cuando aquellos vieron que Ciceron decidido á mantenerse en la ciudad, desechó las proposiciones de Cesar que le ofrecia una de aquellas *legationes liberæ* de que hemos hablado, ó una lugartenencia á su lado si quería seguirle á las Gaulas, no solo le abandonaron, sino que trabajaron de concierto con el furibundo Clodio para perderle, como el único medio de reducirle á la nulidad. Nobstante como el enemigo de Clodio era por su crédito y sus talentos superior á él, para llegar á la venganza, preparó el camino por diferentes

(1) V. nota 38.

leyes que le dieron popularidad y criaturas, leyes que Ciceron no resistió, mirando acaso la resistencia como inútil y creyendo por otra parte equivocadamente que Clodio no atreviéndose con él se contentaría con esta señal de deferencia. Clodio empezó proponiendo y haciendo distribuciones gratuitas de trigo al pueblo : restableció las cofradías ó gremios de artesanos, que habian sido prohibidas noventa y dos años hacia : propuso la abolicion de las leyes Elia y Furia que sometian las deliberaciones públicas á los auspicios, que señalaban los dias en que podian ó no podian celebrarse las asambleas del pueblo y que Ciceron llamó leyes conservadoras de la paz y la tranquilidad, y desnaturalizando enteramente la censura, prohibió que en lo sucesivo los censores pudiesen notar á ningun Senador ó ciudadano sin formacion de causa y despues que por todas estas leyes y seguro de la proteccion de César y de la disimulada aquiescencia de Pompeyo habia dispuesto sus baterías contra Ciceron, propuso, aunque sin nombrarle, la que debia producir su destierro, reducida á que fuesen condenados á esta pena cuantos en lo sucesivo hiciesen, ó *antes hu-*

biesen hecho sufrir la pena capital á un ciudadano sin formas judiciales. Efectivamente segun la lei solo el pueblo reunido en comicios centuriados tenia el derecho de juzgar á un ciudadano acusado de traicion á la patria, y Lentulo y Cetego no fueron juzgados sino por el Senado (1). La acusacion de Clodio fué para Ciceron un motivo de gloria. El Senado, los caballeros, todos los ciudadanos considerados en Roma se vistieron de luto, mas fué tal el movimiento que se dió el frenético Clodio y era tal la preponderancia triumviral que Hortensio y Caton creyeron necesario á la seguridad pública ceder á la tempestad y Ciceron por su consejo salió de Roma, dejando á su enemigo el campo libre. No bien habia salido cuando fué proscrito, su casa fué arrasada, y sus bienes confiscados.

Por fortuna de Ciceron el insensato Clodio envanecido con su triunfo creyó poder obtener contra Pompeyo otro semejante. Irritado este ó tal vez avergonzado de su antigua debilidad tomó con tanto calor el repararla y halló en todos los hombres honrados tan felices disposiciones, que á los diez y seis meses volvió

(1) V. nota 39.

Ciceron á entrar en Roma siendo recibido en ella y en la Italia entera de un modo harto mas envidiable á mis ojos que el triunfo de los grandes capitanes. Sin embargo no se crea que la vuelta de Ciceron fué por Pompeyo una victoria fácil. Este debate costó á Roma muchasangre, y sin la intrepidez de Milon, Clodio rodeado de gladiadores y asesinos y convertido en bandolero dentro de Roma habria por el terror y la violencia diferido cuando menos aquel fausto acontecimiento. Apenas se concibe como posible el estado á que el frenético Clodio habia reducido la república : en las calles, en las casas, en las asambleas asaltaba á Milon y los suyos á mano armada y este se defendia de la misma manera, y Roma fué por largo tiempo un verdadero campo de batalla.

Mas dejemos por un momento á Clodio elevandose por la violencia á la dignidad de Edil, á Ciceron desacreditandose con el partido aristocrático á fuerza de identificarse con Pompeyo y á este familiarizando á los Romanos con su presencia, marchitando por su ocio sus laureles y corriendo las alternativas de adoracion ó insulto con que la inconstancia de un populacho regala á los que como él

en aquella sazón se encargan de proveer á su subsistencia, cuando el hambre que le aqueja le hace suspicaz é insolente, y sigamos á César que habia partido para las Galias á tomar el mando de su gobierno; á oscurecer por decirlo así la gloria de Pompeyo, arrancando de sus sienes la corona del primer capitán de su siglo; á hacer problemática la primacía de él que como tal presentaba hasta entonces su historia, y á reducirnos á la necesidad de admirar al que hasta aquí no hemos podido menos de detestar y aun á la de perdonarle que sintiendo su superioridad, aspirase á mandar, á ser el primero en la primera nación del mundo. ¡Tan grande es César en la guerra de las Galias! El mismo nos ha dejado en sus Comentarios, en la historia de sus hazañas, un monumento mas del siglo de oro de la Latinidad.

A la venida de César podemos considerar las Galias divididas en cuatro partes. La provincia romana que comprendia desde los Alpes el terreno que en mas modernas divisiones formaba el Delfinado, la Provenza y el Languedoc hasta el Pirineo: la Aquitania desde el Garona hasta los Pirineos occiden-

tales : la Bélgica al norte entre el Marne, el Sena y el Rin, y la Céltica que comprendía todo el resto : la provincia romana era una desmembración de esta última. Cada una de estas grandes divisiones contenía otras subalternas que formaban una especie de confederación que celebraba sus reuniones y que como todas las de su especie degeneró en rivalidad y acabó por bandos, división y guerras de tribu á tribu, de ciudad á ciudad. Su gobierno era aristocrático ; su Dieta se componía como la de Polonia de los nobles ó señores, y sus súbditos eran esclavos. Sus Druidas y sus Bardos eran sus sabios, sus jurisconsultos, sus poetas, sus historiadores, sus sacerdotes y ejercían la mayor influencia en el gobierno. Eran también los magistrados que terminaban sus diferencias, que juzgaban sus causas criminales, y sus decisiones ó sentencias inspiraban así un respeto augusto y religioso. Las principales divinidades eran Teutates que era el inventor de las artes ó protector del comercio ó su Mercurio, Heso dios de la guerra ó su Marte, Taranis dios del cielo ó su Júpiter, y Beleno dios de la medicina ó su Esculapio.

La primera expedición de César fue contra

los Helvecios que asociandose á otros bárbaros en número de trescientos setenta y ocho mil, habiendo quemado antes sus antiguas habitaciones y despues de dos años de preparativos se disponian y aun pedian á César el paso del Rodano y de la provincia romana para ir á buscar nuevas habitaciones. En pocas acciones dió César tan buena cuenta de ellos que de aquel número solo ciento diez mil volvieron á su pais natal, y eso porque César les permitió volver despues de desarmados y quedandose con rehenes.

Por consecuencia de la oposicion y rivalidad inherentes al sistema federal los Galos estaban divididos en dos grandes partidos á cuyo frente se hallaban los Eduanos y los Secuanos que eran por decirlo asi los Lacedemonios y los Atenieses de la Galia, y para que la comparacion fuese mas exacta no les podia faltar un Filipo que se aprovechase de sus disensiones. Tal con efecto habia sido en cierto modo Ariovisto rei de los Suevos que llamado por los Secuanos en su socorro se habia declarado señor de los mismos que le buscaron como auxiliar, realizando asi la fábula del caballo que quiso vengarse. No con-

tento Ariovisto con su primera perfidia se disponia á reducir tambien á su dominio á los Eduanos que aliados antiguos de los Romanos, y no sintiendose con la fuerza necesaria para resistir al Germano, vinieron á ponerse bajo la proteccion de César. Por ella y durante su consulado habian sido reconocidos y proclamados por aliados de los Romanos Ptolomeo Auleto y Ariovisto. César pues, para no parecer ó inconsiguiente ó ligero y salvar las apariencias, empleó los medios de conciliacion, mas cuando creyó haber hecho aun mas de lo que podia exigir esta consideracion, obrando con su energia ordinaria, marcha contra Ariovisto, se apodera de Vesancio, fuerza á los Germanos á una batalla y la victoria es tan decisiva que á duras penas pudo aquel salvarse con pocos de los suyos, pasando el Rin en pequeñas barcas que tenia al efecto preparadas. La Galia Céltica por consecuencia de tan señalados triunfos quedó á disposicion de los Romanos, mas no de manera que se ocultase á muchos de sus habitantes, que no habian hecho mas que darse ó reconocer un nuevo señor, bien que la mayor cultura del último conquistador debiese hacer mas tolerable su

dominio. Mas los Belgas, Germanos de origen, zelosos de su independéncia, creyéndola no sin motivo mui amenazada tomaron las armas contra los Romanos. César marcha á su encuentro : los Remios se someten, atraviesa el Axana, ocupa el pais de los Suesones, el de los Belovacos, y el de los Ambianos, vadea el Sambra, extermina á los Nervios en una batalla sangrienta; casi hace otro tanto con los Aduáticos, segun se cree, en Namur donde los obligó á encerrarse, y dejando asi en todas las tribus del Norte establecida la idea de su irresistible superioridad, temido de sus enemigos, ídolo de sus soldados y cubierto de gloria vuelve á Italia con pretexto de visitar su provincia de Iliria, donde nunca habia estado y en la realidad para consolidar la liga con Pompeyo y Craso que salieron á verse con él en el camino, celebrando un convenio en que reluce la astucia de César, y en virtud del cual, Craso debia seguir con el mando de la Siria, Pompeyo con el de la España, pero sin salir de Roma, y á César le debia ser continuado por cinco años mas el de la Iliria y las dos Galias, de las cuales la una ofrecia á su actividad un teatro brillante y la otra le ponía á

las puertas de Roma. Por segunda vez aprisionó César en la misma red á los dos únicos rivales, que habrian podido desconcertar sus planes, y atravesarse al carro de sus triunfos. Aun no habia llegado el tiempo de que pudiese prescindir de su cooperacion, ni le convenia tenerlos por enemigos, mientras no estaba seguro de vencerlos. Grande era su gloria, pero aun podia ser problemática su superioridad.

Mas como la influencia decisiva de Caton sobre los Cónsules de aquel año Léntulo Marcelino y Marcio ofrecia no pequeño obstáculo al cumplimiento de aquel convenio y que los candidatos que estaban anunciados para el siguiente entre ellos Domicio cuñado de Caton dejaban poca esperanza de obtener lo que se deseaba, se convino asimismo que Pompeyo y Craso pretendiesen un segundo consulado, y repartiesen entre sus paniaguados las demas magistraturas. Asi se hizo con efecto por los medios de la violencia, de la seducción y de la venalidad mas escandalosa. Todos los aspirantes al Consulado abandonaron el campo: Domicio fué intimidado, Caton herido; el bajo Vatino fué preferido á él en la pretura, y despues de haberlo asi subyugado todo se

propusieron y obtuvieron las leyes que conferian la Siria á Craso, la España á Pompeyo y las Galias y la Iliria á César por cinco años mas, siendo en este vertigo arrastrado Ciceron á sostener las pretensiones de los triumviros (1) ó por la gratitud ó por una especie de pasion invencible que tuvo siempre por Pompeyo, cuyos excesos conocia y desaprobaba, y por la indiscrecion de los de su partido, que interpretando poco generosamente sus relaciones con aquel, se dieron á mal mirarle y zaherirle y aun acabaron de precipitarle, uniendose con su enemigo mortal Clodio, que por dos años habia estado haciendo á Pompeyo una guerra de muerte y que cambió de conducta y de language tan pronto como creyó convenir asi á los planes de su genio turbulento.

Asombra ver á Pompeyo y Craso ascendidos al Consulado por tales medios, ocuparse en seguida de proponer leyes para reformar las costumbres, reprimir el lujo de las mesas, castigar la simonía civil de que ellos mismos habian dado un ejemplo escandaloso y corregir la venalidad de los jueces que tantas veces

(1) Véase discurso de *Provinciis consularibus*.

habian comprado y que tantas veces compraron despues. Todo era inútil. Las costumbres estaban perdidas y las leyes sin esta basa de moralidad pública son impotentes, nulas. La ley de Pompeyo por ejemplo que limitaba á los ricos el ejercicio del poder judicial, y escluia al pobre por necesidad estúpido y venal, hubiera sido justa y sabia en un pueblo menos corrompido; en un pueblo cuyas fuentes de prosperidad hubiesen sido la virtuosa agricultura, la honrada industria; más en un pueblo cuya grandeza se fundaba sobre un sistema de espoliacion universal, un sistema de conquista, es decir, de saquéo y devastacion, la pobreza debia ser muchas vezes un título de honor, y si en general sus ciudadanos pobres estaban dispuestos á venderse, sus ciudadanos ricos habian comprado toda su fortuna á espensas de su probidad y de su honor. ¿Y en tal estado que servian las leyes? Donde iria á buscar la impasible Temis sus dignos ministros? No podia optar sino entre los dispuestos á la corrupcion y los ya corrompidos. ¿Y que respeto podia inspirar una lei que conspira á asegurar la imparcialidad de los juicios y cuyo autor emplea á poco

toda su influencia y proteccion en favor de un Gabinio infractor de todas ellas, despreciador de los oráculos y bandido de la Siria y el Egipto? ¿Y Ciceron le defiende....! Y despues á Vatinió criatura de Cesar! Su debilidad, sus deferencias á Pompeyo manchan algunas páginas de la historia de este hombre célebre. El lo conocia, el remordimiento le devoraba y le hacia envidiar la gloria de Caton. « *O te felicem, M. Porci, exclamaba, à quo rem improbam nemo petere audet!* »

Entre tanto César que á poco de su entrevista con Craso y Pompeyo en Ravena y Luca habia vuelto á las Galias, hallaba en ellas abundante materia á su carácter emprendedor. Aunque sus dos primeras campañas parecieron someterle la Bélgica y la Céltica desde el Rin hasta el Garona y desde el lago de Genova hasta Brest, no era posible que pueblos valientes y numerosos cediesen dócilmente á la primera leccion. Los Venetas y en pos de ellos y á su ejemplo todos los que habitaban las costas del Oceano, desde Nantes hasta el Rin enarbolaron la bandera de la independencia. César con su actividad ordinaria, conociendo que el triunfo sobre estos era menester

buscarle en su elemento, forma y reúne á la embocadura del Loire una flota considerable, con la cual salió en su busca; en un combate los derrotó completamente, y combinando sus operaciones con el ejército de tierra ocupó el pais, y de un modo harto duro vengó las exageradas injurias. Al mismo tiempo sus generales Titurio Sabino y Craso sometian, el primero á los Unelos, los Evurobicos y los Lejovios, y el segundo toda la Aquitania hasta los Pirinéos y todo esto todavía bajo el consulado de Léntulo Marcelino.

Bajo el segundo consulado de Pompeyo y Craso, despues de haber derrotado varias tribus que huyendo de los Suevos habian venido á establecerse de la parte acá del Rin en el pais de los Menapios, atravesó César este rio, mas habiendose retirado los Suevos y los Sincambros al interior de sus bosques y no teniendo por conveniente internarse, despues de haber talado sus sembrados volvió á repasar el Rin, y empezó á ocuparse de un nuevo y no menos atrevido proyecto que fué el de hacer un desembarco en Inglaterra. Pasó con efecto con dos legiones, mas por los obstáculos de mar y tierra, si bien despues de haber

obtenido algunas ventajas sobre los bárbaros del país, hubo de retirarse de nuevo á la Galia, habiendole servido esta expedicion como de un reconocimiento y de un título mas al asombro de su siglo por la idéa que se tenia de la ferocidad de sus habitantes.

Cuando César desembarcó (segun se dice) en Deal estaba la gran Bretaña dividida en diferentes pueblos ó tribus de las cuales todas las que no habitaban las costas del sudeste aun no conocian el cultivo de la propiedad y vivian de sus rebaños, dadas por consecuencia á aquella vida errante y pastoril de los pueblos nomades. Al obserbar la conveniencia de religion, usos y costumbres de los Bretones no puede dudarse que eran colonias de Galos á quienes transportó alli ó la casualidad ó el deséo de hacer nuevos descubrimientos. Sus Druidas predicaban los mismos dogmas y tenian la misma autoridad y atribuciones que entre los Galos. Su gobierno era monárquico, mas el súbdito no era esclavo porque la índole de todos estos pueblos era guerrera y ninguno entre ellos habia llegado á dominar á los otros. Su situacion habitual era la guerra y és probable que el origen de esta fuese pri-

mitivamente el encuentro y la discusion sobre pastos en sus trashumaciones. Tenian pues sus monarcas ó *chieftanes* pero su condicion era libre.

Al año siguiente volvió César con cinco legiones, trayendo consigo á título de comitiva, pero en la realidad para asegurarse de la sumision de las Galias y como en rehenes, un gran número de Galos de la primera nobleza. Desembarcó sin resistencia, penetró en el interior y para someter á Casivelauno nombre del generalísimo de los Bretones, sus soldados atravesaron el Támesis con el agua hasta la boca; le derrotó y despues de haberle obligado á pedir la paz, á estipular un tributo y exigido rehenes, regresó segunda vez á las Galias á donde le llamaban no pequeñas inquietudes. A su vuelta celebró una asamblea general en Samarobriva, y creyendo que su presencia bastaria á reprimir todo proyecto de sublevacion y exigiendolo por otra parte así la comodidad de las subsistencias, distribuyó sus ocho legiones en diferentes puntos un poco mas derramadas y divididas de lo que tenia de costumbre. Esta circunstancia pareció favorable á los naturales siempre ani-

mados de un espíritu independiente que les hacia mirar como insoportable la dominacion romana. Los Eburones dirigidos por sus reyes ó gefes Ambiorix y Cativulco, dieron el primer grito de sublevacion. Por una negociacion artificiosa, y tal que apenas podia esperarse de la rudeza de un bárbaro, engañó Ambiorix á Sabino uno de los generales de César y le atrajo á un punto en que pereció con toda una legion y varias cohortes, y el movimiento insurreccional se generalizó en términos de haber sido necesarios todos los talentos y toda la actividad de César para no haber sucumbido.

Estos descalabros le obligaron nobstante al año siguiente á levantar en Italia dos legiones mas, y á pedir una de las suyas á Pompeyo, suceso que daba á Caton la ocasion de pintar en Roma con todo el calor de su elocuencia el verdadero estado de la libertad pública. Los soldados no lo eran de la república, y cuerpos de seis mil hombres eran, como aquel clamaba, entre los generales « un presente de amigos. » Con estas fuerzas sometió de nuevo los pueblos sublevados; pasó segunda vez el Rin, pero sin haber podido satisfacer su ven-

ganza sobre el doloso Ambiorix, aunque después de haber casi enteramente exterminado á los Eburones.

No fué tan feliz, ni podia serlo el imprudente Craso en su insensata guerra contra los Partos. Dominado á un tiempo por la ambicion y la avaricia; no contento con haber saqueado todos los templos de la Siria y la Palestina, entre ellos el de Jerusalem, donde se apoderó de inmensas riquezas; ansioso de gloria y fortuna y sin tener los talentos necesarios para tan grande empresa, se empeñó en aquella guerra, y pasando el Eufrates, se entró por la Mesopotamia decidido á marchar sobre Seleucia, residencia entonces de los Arsacidas. Eran los Partos una nacion de la Escitia, que perseguida por otras se vió precisada á emigrar y se estableció entre la Hircania, la Media y la Caramania, y cuya capital fué Hecatómpilos. Su suerte fué por largo tiempo la de ser tributarios de los Persas, los Medos y los sucesores de Alejandro. Mas irritados al fin por la tiranía de los Seleucidas y capitaneados por el valiente Arsaces sacudieron su yugo doscientos veinte y tantos años antes de la era comun y por una continuacion fe-

liz de reyes guerreros y grandes capitanes descendientes del primero se habian engrandecido hasta el punto de ocupar una dilatadísima superficie desde el Caspio hasta el seno de Arabia.

Era rei de los Partos á la invasion de Craso, Orades y su visir ó *Surena* el que en la historia se designa con este nombre por no conocerse el suyo, hombre tan astuto en el consejo, como intrépido y valiente en el campo de batalla. Lleno Craso de vanidad ridícula, despreciando los consejos de Casio su cuestor y siguiendo las perfidas insinuaciones de Abagares, rei de Edeso, abandonó las orillas del Eufrates que ofrecian á su ejército una posicion segura y medios fáciles de subsistencia y se decidió á atravesar los estériles, abrasados y mal conocidos campos de la Mesopotamia. En ellos le esperaba el artificioso Surena con un ejército muy superior, y supo maniobrar con tal acierto, que la victoria fué obra de pocos combates y el resultado de los mas desastrosos que ofrece la historia de Roma. La Mesopotamia fué la tumba de casi todo el brillante ejército de Craso y su cabeza y la de su hijo que habia sido general de Cé-

sar en las Galias y que habia venido á reunirse con su padre al frente de un luzido trozo de caballería de los Galos, despojos del enemigo y juguete de su bárbara crueldad. Treinta mil hombres de lucidísimas tropas perdieron los Romanos en esta espedicion, de que á duras penas pudo salvarse el prudente Casio con alguna caballería.

Entre tanto Roma hormigueaba en vicios, ardía en discusiones y toda su historia se reduce á una serie no interrumpida de acusaciones célebres sobre el tráfico vergonzoso que en ella se hacia de los cargos públicos, y á intrigas y combates sobre las elecciones. Solo la virtud de Caton triunfaba por sí misma y elevado á la pretura, áun á riesgo de su vida clamaba contra tanto desorden, é impertérito en medio del peligro, imponia respeto á la insolente muchedumbre. Llegó el exceso al punto de celebrarse los convenios y estipulaciones mas vergonzosas. La de Domicio y Memio reducida á escritura garantizada por la intervencion de amigos y mediadores de una y otra parte y por la que pactaban dar á los cónsules Aenobarbo y Apio cesantes cierta cantidad de dinero en caso de ser aquellos sus

sucesores, es tan increíble como irritablemente escandalosa su alternativa de poder comutar la cantidad estipulada por la corrupcion de tres augures y dos personages consulares que se necesitaban para falsificar un Senado-consulto que aquellos exigian para usar de él en sus gobiernos. ¡ Y este documento fué leído en el Senado! Y sus autores sobrevivieron á tanto deshonor! Y á tal estado de degradacion pudieron llegar los descendientes de los Camilos, Cincinatos y Fabricios!

Seis meses duraron las intrigas que retardaron la decision de los Cónsules en el año inmediato. Duraron enfin hasta que Pompeyo, que por el tribuno Luceyo Hirro tanteó el vado para la dictadura y encontró en Caton lo que encontraban todos los ambiciosos, quiso terminarlas y nada se diga de las del año siguiente en que parecieron de candidatos al consulado Milon, Hipseo, y Metelo Escipion y Clodio para la pretura. La muerte de este último por Milon fué un incidente que aumentando el desorden vino á servir á las miras secretas del disimulado Pompeyo, nunca mas doloso que en esta ocasion, en que brilló la encendida gratitud, el honrado carácter de

Ciceron, que en la defensa de Milon nos ha dejado uno de sus mejores discursos. Erizada en armas la ciudad, dividida en cuadrillas de revoltosos y sepultada en todos los horrores de la anarquía, este desorden trajo al fin las cosas al punto tan suspirado por Pompeyo, y de tal modo que los Bibulos y los Catones creyeron al fin necesario aunque tarde que el mejor de todos los partidos era el de contentar la ambicion de aquel elevandole á una dictadura disimulada, y el primero propuso y el segundo apoyó en el Senado la idea de elevar á Pompeyo á la dignidad de único Cónsul, como se verificó, confiriendole el derecho de asociarse otro despues de dos meses si lo tuviese por conveniente. Digo que fué tardia la idea de la elevacion de Pompeyo sugerida en parte por la necesidad de oponerle á César, á quien temian mas; porque este era ya demasiado grande para consentir que ninguno le fuese superior.

No le fué difícil á Pompeyo, satisfecha su ambicion, pacificar á Roma; mas condenado á ser *suarum legum author et subversor*, como le llama Tácito, si por aquellas que hizo publicar contra el tráfico de las magistraturas,

contra las violencias públicas, la lentitud y otras fórmulas mal introducidas en los juicios hizo condenar á Milon y otros por el incendio del Palacio Hostilio y otros atentados, violandolas, se deshonoró en la defensa de Planco Bursa y de Metelo Escipion á quien por colmo de injusticia y al cabo de siete meses se asoció en el consulado.

En perpetua contradiccion consigo mismo cometió aun durante este una falta irreparable. Elevado á él por los republicanos se reconcilió con este partido, pero fluctuando entre todos ó creyendo, como opina Crevier no sin verosimilitud, que podria necesitar de César, para obtener por otros cinco años la prorogacion de su gobierno de España, dió á sus propios intereses un golpe mortal, haciendo pasar la lei que autorizaba á César á pedir el Consulado ausente, y al frente de sus legiones. César obtenido este triunfo, creyó asegurado el suyo y tuvo en poco todo lo demas que en este año y el siguiente podia hacerse en Roma y aunque sin perderla de vista, se ocupó particularmente de las Gaulas, cuya sumision debia servir de medio á su elevacion y cuyo gobierno le mantenia en el mando de la

fuerza con que debía despues someterlo todo.

Empleó pues en esta grande empresa los años de los consulados de Pompeyo y Metelo Escipion y de Servio Sulpicio y Claudio Marcelo, que fué preferido al gran Caton. La campaña del primer año fué aun mas memorable para César que todas las anteriores. Los Carnutos dieron la señal de la sublevacion; los Arvernianos les siguieron y Vercingetorix, declarado generalísimo de toda la Galia, puso á César en no poco cuidado, ó mas bien dió á sus talentos ocasion de nuevos y mas brillantes triunfos. Largo seria referir todos sus sucesos, sus escaramuzas, sus batallas campales, sus sitios referidos por él en sus Comentarios y por su continuador Hircio ú Opio segun se cree. Son ciertamente para los alumnos de Marte el periodo mas interesante de la historia antigua y por decirlo así, un curso de táctica militar, en que no solo relucen las calidades del soldado, sino todas las demas, que presentan en César un modelo de caudillos, un hombre superior, á cuantos le precedieron ó vivieron con él y aun contados seran los que en la historia moderna puedan compararsele.

Siguiendo pues la opinion de grandes capitanes, aconsejamos á los jóvenes que se dediquen á esta profesion la lectura meditada de aquellos Comentarios, como una obra clásica; mas en un reducido compendio de historia bastará decir, que con haber sido tan general la insurreccion de las Galias que hasta los Eduanos, antiguos aliados de Roma, agraciados y considerados por César entraron en la liga; habiendose los Galos defendido con el valor que no se les puede negar y con un arte muy superior á lo que en aquellos tiempos podia esperarse de un pueblo bárbaro; oponiendo á César el cuádruplo de sus fuerzas, solo en hombres armados y luchando este donde quiera que ponía la planta con todos los obstáculos de una tierra enemiga, de todo triunfó la superioridad de su genio. Cedió á su esfuerzo todo el valor de los habitantes de la infeliz Avárico y delante de Alexia ó Alesia con setenta y dos mil hombres á lo sumo se apoderó de esta ciudad defendida de ochenta mil combatientes y auxiliada al exterior por doscientos cuarenta mil: hizo prisionero á Vercingetorix con todo el ejército sitiado y dictó de nuevo leyes á la Galia.

En vano despues de esta derrota quisieron resistirle Corréo y Comio al frente de los Belgas y de los Belovacos. Murió el primero en un combate : vióse el segundo precisado á buscar un asilo en los Germanos, y si los habitantes de Querci por un resto de desesperacion resistieron á los generales Caninio y Fabio, Uxeloduno no pudo resistir la vista del vencedor de Alesia y se rindió luego á discrecion, sirviendo su triste ejemplo de última leccion al resto de la Galia.

Sometida esta de nuevo, ocupóse César, en el noveno año de su comision de consolidar su conquista por el único medio que es capaz de producir este efecto, es decir, por la sabiduría del gobierno, y la dulzura de la administracion. Fué tan suave su yugo que se contentó con exigir una cantidad muy moderada por via de tributo, de suerte que la Galia creyó comprar por ella muy barata su propia tranquilidad y la proteccion de Roma ó mas bien de César.

En este mismo año fué cuando Ciceron tuvo el mando de la Sicilia y la isla de Chipre, en que se mostró no desprovisto de talentos militares, y adornado con todas las virtudes

de un magistrado. Afable, dulce, conciliador, desinteresado, justo, integro; es un modelo acabado en su línea y su gobierno un testimonio irrevocable de su acendrada probidad y de la nobleza de su alma.

Largo tiempo hacia que las relaciones de Pompeyo y César se habian ido entibiando. La muerte de Craso, que servia como de contrapeso entre los dos, dejó mas en descubierta su rivalidad. La de Julia, hija de César y amada de Pompeyo rompió el vínculo que los unia: la elevacion de este último á su tercer consulado, obra del Senado y de los mas terribles enemigos de aquel, y un nuevo enlace con la hija de Metelo Escipion acabaron de fijar la irresolucion de Pompeyo, cuando la gloria de César, su popularidad y sus larguezas le hicieron al fin sospechar que podia tener en él un rival. Forzado pues Pompeyo á renunciar á su antigua táctica de fluctuar entre el Pueblo y el Senado, fue mirado como el representante de los intereses de este último, su esperanza y su apoyo, y la cuestion entre él y César se reprodujo descubiertamente cual habia existido entre Sila y Mario á cuyo partido habian pertenecido los dos primitiva-

mente. Por desgracia de Pompeyo, el nuevo Mario era muy superior al antiguo, y no poco superior al nuevo Sila.

Uno de los talentos eminentes de César fué el no tener enemigos hasta que quiso tenerlos, y claro es que no querría tenerlos, hasta que bien calculada la fuerza de sus medios sintiese su propia superioridad. Conociendo la que le daban la Galia Transalpina pacificada y mas bien suya que de Roma, la Cisalpina (donde casi siempre habia pasado sus cuarteles de invierno), inundada de criaturas suyas y seguro del ciego amor de sus soldados, creyó sin duda que habia llegado el momento de lidiar con Pompeyo. Mas le sobraba astucia y conocimiento de mundo para tomar sobre sí la desventaja de ser el agresor y sus enemigos le sirvieron hasta en esto. Propuso el cónsul Mario Marcelo en el Senado la destitucion de César del mando de sus provincias contra la lei que se le habia prorrogado por cinco años mas, y no se le permitió pedir el Consulado sino presente contra la que en el año anterior le habia dispensado en cuanto á esto de la regla general. César pues parecia defendiendo dos leyes, que el Cónsul y el partido que repre-

sentaba querian infringir. En vano el disimulado Pompeyo alma de todo fingió desaprobar la proposicion al principio. Fue necesario al fin quitarse la máscara en el año siguiente en que el tribuno Curion vendido á César, pero á quien la situacion permitia mostrarse imparcial, le forzo á descubrirse proponiendo al Senado que los dos se dimitiesen de sus gobiernos, y licenciasen sus legiones, y convidando á Pompeyo á dar este ejemplo de generosidad. César por otra parte seguro de la repulsa afectaba una moderacion extraordinaria en sus mensajes al Senado y por medio de sus negociadores con Pompeyo, llegando hasta convenir en desprenderse del gobierno de las Galias, y reducirse solo al de la Iliria con una legion. Asi daba á su causa las apariencias de la justicia, y á la de Pompeyo un aire de orgullosa obstinacion y en caso de rompimiento su resistencia venia á parecer una defensa necesaria. Entretanto Pompeyo que acababa de ver á la Italia celebrando con entusiasmo el restablecimiento de su salud despues de una enfermedad peligrosa que le acometió en Napoles, alucinado por su vanidad, miraba estas transacciones como pruebas de

la debilidad de su enemigo, y cuando alguno queria excitar en él terrores saludables, preguntandole que medios tenia de resistir á César si este marchaba contra Roma con sus legiones, respondia que en cualquiera punto de la Italia donde el golpease con el pie, el suelo brotaria legiones, fanfarronada bien pronto desmentida por el éxito, nobstante de haber aceptado y tratado de poner en ejecucion la comision que le dieron los Cónsules de aquel año unidamente con los que estaban designados para el siguiente, encargandole defender la patria contra César, confiriendole el mando de todas las tropas que estaban en Italia, y autorizandole á levantar y organizar cuantas creyese necesarias.

Aun despues se contentaba César con suplicar al Senado que no se le injuriase personalmente, y que si se creia conveniente que licenciase sus legiones, esta medida se extendiese á los demas generales. Ni aun resistido en esta negociacion, cuya repulsa era un decreto de rendirse á discrecion á Pompeyo, empleó los medios de fuerza. Nada que le fuese personal podia justificar una invasion en Roma, á donde sinembargo era preciso ir

y donde le esperaba la silla que se proponia ocupar. No le fue difícil encontrar un pretexto mas plausible. El bien público y la Religion son dos nombres santísimos, que invocan y de que se burlan todos los ambiciosos ó malvados. Pompeyo en la defensa tenia por suyo aquel pretexto : era necesario que César le tuviese para la agresion , porque limitarse á la defensiva era perderse. En esto como en todo le sirvió la cólera irreflexiva de sus enemigos. El Senado lanzó al fin el decreto en que le mandaba licenciar sus legiones para dia determinado, y le declaraba culpable de atentado contra la república si no obedecia. Marco Antonio que habia sido cuestor de César y sucedido á Curion en el espíritu de su tribunado se opone juntamente con Q. Casio su cólega á la ejecucion de tal decreto : la discusion se enciende ; se proponen partidos extremos contra los Tribunos, y se apela á la violencia , que era lo que César deseaba y lo que ellos esperaban para salir de Roma fugitivos y retirarse á reclamar de aquel la defensa , y la venganza de tamaña violacion. César arenga á sus soldados en Ravenna ; los excita á defender la inviolabilidad de los Tri-

bunos y el honor de su General. Aunque no tenia consigo mas que una sola legion atraviesa el Rubicon término de sus provincias; ocupa á Rimini, Pésaro, Fano, Ancona, y Arezzo; se apodera de Corfinio haciendo prisioneros en esta ciudad á Domicio, y Léntulo Espintero, y entretanto la consternacion es tal en Roma, que Pompeyo que tenia á su disposicion mas tropas que César, abandona la ciudad con todos los Senadores; ni aun se cree seguro en Capua; huye á Brindis, y sitiado en este puerto donde con tanta gloria habia parecido un tiempo, se embarcó para el Epiro á pocos dias con un puñado de soldados, dejando á César dueño de la Italia entera, y de la Sicilia, de donde se retiró Caton cediendosela á Curion, y de Córcega cuyos habitantes arrojaron á Cota para recibir á Valerio enviado por aquel.

Lejos de César aquella venganza brutal, aquella crueldad horrenda, que en sus triunfos habia hecho detestar á Mario, y Sila. Humano, clemente, y generoso por índole y no solo por política dió en esta ocasion como en todas muestras nada equívocas de estas prendas apreciables. Todo su afan era el de convertir

sus enemigos en amigos á fuerza de noble procedimiento, y con tan hermosas apariencias cubria sus designios, resultando, cual dice Ciceron á Atico que se veía aplaudido al frente de una causa perdida, mientras Pompeyo en la buena no recibia sino señales de improbacion, y reconvenciones amargas; que este parecia el desertor de sus amigos, y aquel el conservador de sus enemigos. ¡Que no hizo César para atraer á su partido á Ciceron, cuando de vuelta á Brindis vino á buscarle á Formia con este objeto! Ciceron resistió á César: enamorado de Pompeyo aunque sin dejar de conocerle partió á reunirse con él, y no hizo bien aun en sentencia del severo Caton, que creía no sin alguna verisimilitud, que permaneciendo en Italia y como neutral hubiera podido servir de mediador entre los dos rivales.

César á su vuelta á Roma reunió el Senado y el Pueblo, y en una y otra asamblea sus discursos no fueron los de un conquistador que todo lo habia subyugado, sino los de un ciudadano, que se justificaba de sus propias victorias, y cualquiera que fuese la sinceridad de sus proposiciones acababa siempre mos-

trando deséos de conciliacion con Pompeyo, mas sin dejar por eso de obrar con aquella energía que le caracteriza, y de cortar donde la necesidad de su plan no le permitia detenerse á desatar. Así fué como á pesar de la oposicion del Tribuno Metelo se apoderó del tesoro público, donde habia riquezas considerables de que tanto necesitaba en la ocasion para sostener la guerra contra Pompeyo (1), y asi fue como sin otro título que el que le daba la victoria, cometió al pretor Lépidio el mando de Roma, al tribuno Antonio el de la Italia, á su hermano el de la Iliria, á Craso hijo del triumviro el de la Galia Cisalpina, á Dolabela yerno de Ciceron el de una flota en el Adriático, y á Hortensio hijo del orador el de otra en los mares de Toscana, y tomadas estas disposiciones pasó á España á hacer la guerra á los tenientes de Pompeyo, despues de haber puesto sitio á Marsella, que le cerró sus puertas.

Siete eran las legiones que tenia Pompeyo en España al mando de Afranio, Petreyo y Varron. Sabidos los sucesos de Italia, y que César venia contra ellos se concertaron en

(1) V. nota 40.

que los primeros saldrian á su encuentro, y el último se quedaria gobernando y á la mira de la España ulterior. En ejecucion de este plan Afranio y Petreyo vinieron á situarse á las inmediaciones de Lérida sobre el Segre con cinco legiones romanas y ocho Españolas. No se sabe cuales eran las fuerzas de César, mas aun suponiendolas inferiores no habian nacido aquellos Generales para medirse con este, y forzados en su posicion por diferentes y hábiles maniobras, entre otras la de sangrar el Segre hasta hacerle vadeable frente del enemigo, se vieron precisados á alzar el campo y tomando la resolucion de transportar la guerra á la Celtiberia empezaron su marcha con esta direccion, tirando á ganar á Octogeso para pasar el Ebro. Aperciviose César de la intencion, y obrando con su actividad ordinaria, por sendas y caminos dificilmente practicables y peligrosos vino á apostarse en los desfiladeros y gargantas de ciertas montañas, que Afranio y Petreyo debian atravesar para realizar su plan. Cual fue su asombro cuando al llegar á ellas se vieron cortados en la retirada y con el enemigo al frente y ocupadas las alturas! César en esta situacion hubiera podido exter-

minarlos : sus soldados lo exigian, y aun murmuraron con no poca irritacion de su generosidad, pero humano por carácter y principios, y seguro alfin de su triunfo, quiso mas bien diferirle que ensangrentarle. Afranio y Petreyo desconcertados en su plan pensaron en volver sobre Lérida, mas alfin faltos de todo, acosados por César, y viendole sostenido ya por los de Násica y Osca, los Tarraconenses, Ausetanos y los Ylurgavonenses tomaron el partido de rendirse, pudiendo decirse que César triunfó sin combate, y sin mas que sus talentos puso á su disposicion la España. Con efecto en vano Varron pretendió sostenerse contra él. El docto Varron que tenia la erudicion vastísima que se necesitaba para escribir el inmenso número de volúmenes que se le atribuyen, era como General muy inferior á César, y no tuvo este mas que mostrarse para que los de Cardova, Carmona, Cadiz y Sevilla cerrasen sus puertas y sus oidos á cuanto no fuese ponerse bajo la proteccion de un caudillo superior en fuerzas, en talentos, y cuya dulzura y generosidad convidaban á la sumision. Ni salió fallida su esperanza porque César obrando con su acostumbrada dulzura, perdonó á aquellos

de quienes otro se hubiera vengado, y en la asamblea general de los pueblos que reunió en Cordova, recompensó á unos, agasajó á otros y agradó á todos por su amabilidad. En cuanto á las legiones romanas, lejos de humillarlas, ni de tratarlas como á enemigos, nada exigió sino que fuesen licenciadas. Los oficiales que quisieron ser restituidos á Italia pasaron al servicio de Pompeyo, pero muchos de estos y de los soldados prendados del generoso César se alistaron en sus banderas.

Concluida así la guerra de España partió César para Cadiz, donde restituyó al templo de Hercules las riquezas de que Varrón se habia apoderado: embarcóse para Tarragona, donde reunió nueva asamblea de los pueblos de la España citerior y mostrandose noble y magnánimo como en Cordova, produjo sobre el animo de todos los mismos efectos; hecho lo cual se embarcó de nuevo para Narbona, y pasó á terminar el sitio de Marsella, que vencida ya por Trebonio, que le dirigia por tierra, y por Bruto que mandaba la fuerza naval, no esperaba sino á César para rendirse. Aunque la resistencia habia sido tan tenaz y que sus soldados pedian el asalto y el saquéo

por recompensa de lo mucho que habian sufrido en el sitio, César no se desmintió, ni quiso mancharse con la destruccion de una ciudad aliada tan antigua de Roma, y por decirlo así la Atenas de las Galias.

La fortuna de César encadenada por la superioridad de sus talentos parecia complacerse en sacudir su yugo, donde quiera que él no se hallaba. Antonio y Dolabela habian sido vencidos en la Iliria, y Curion, que con cuatro legiones habia pasado de Sicilia á Africa, muerto y completamente derrotado por Atio Varo ó mas bien por Juba rei de Numidia, hijo de Hiemsal, y tan enemigo de Curion que durante su tribunado habia propuesto la incorporacion de su reino al imperio como provincia romana, como amigo de Pompeyo que en la guerra de Africa bajo de Sila habia engrandecido considerablemente los estados de su padre.

César recibió delante de Marsella la noticia de haber sido en Roma proclamado Dictador por Lépido que no era mas que pretor, cosa inaudita y á que se autorizó por lo mismo con un decreto del pueblo.

Nobstante César sin detenerse à examinar la

naturaleza de su título dióle por bastante, vino á Roma, tomó posesion de su nueva dignidad, mas no pensando todavia en perpetuarse en ella se contentó con hacerse elegir Cónsul con Servilio Ysáurico, y distribuir entre sus criaturas los demas cargos públicos; despues de lo cual y en solo once dias abdicó la Dictadura y se embarcó en Brindis para pasar á Grecia en busca de Pompeyo, que al mismo tiempo declaraba en Tesalónica que alli estaba el verdadero Senado romano, y se hacia nombrar único magistrado de la república.

Desembarcó César en frente de los montes Ceráunios con solos veinte mil hombres y seiscientos caballos, y marchó á situarse sobre el Apso, donde Pompeyo le salió al encuentro con fuerzas mui superiores. Asi estuvieron sin que se empeñase entre ellos ninguna accion: Pompeyo por demasiado circumspecto acaso, y César porque su inferioridad extraordinaria le reducía á la defensiva hasta que reuniese el resto de su ejército detenido en Brindis. La posicion de César era crítica y terrible: no tenia flota que oponer á Bibulo encargado de la de Pompeyo que disponia de una de quinientas velas, y si él en su travesía, aprovechaban-

dose de una de aquellas sorpresas á que da lugar el exceso de la confianza, habia podido una vez burlar la vigilancia de Bibulo, Antonio por la misma razon no podia contar con otra negligencia semejante. La fortuna al fin le sirvió en esta ocasion como en tantas otras, y aunque habiendose expuesto á un riesgo eminentísimo consiguió verse al frente de cuarenta mil hombres número todavia mui inferior al de Pompeyo, pero con el cual empezó á tomar la ofensiva y aun consiguió encerrar á este delante de Dirraquio. La desercion de dos oficiales Alóbroges instruyó á Pompeyo de los puntos débiles de la linea de César y aprovechandose de este conocimiento forzó sus posiciones y con perdida no indiferente le obligó á alzar el campo y aun á retirarse á la Tesalia.

En los campos de Farsalia que los vanos partidarios de Pompeyo miraron anticipadamente como la tumba de César, halló la suya el indiscreto orgullo de sus enemigos. El gran Pompeyo mui superior en número fue para César un triunfo fácil, y completamente derrotado pudo apenas á favor de un disfraz salvarse, ganar á Larisa, hallar en la choza de un

pescador asilo en que pasar la noche y una triste barquilla en que con los dos Léntulos y con Favonio siguiendo el Penéo se abandonó por decirlo así á merced de las olas, y se contó por muy feliz habiendo encontrado con un barco cuyo patron era Romano que le recibió á bordo y le condujo á Anfípolis. Desde aquí paso á Mitiline á reunirse con Cornelia su esposa, á quien llevó á ser testigo de su desgraciada muerte en el Egipto cual se ha dicho en su lugar. Igual fin tuvo Léntulo el que habia sido Cónsul el año anterior.

En cuanto á César dueño del mundo por la victoria no olvidó nada de lo que era necesario para completarla, ni se desmintió despues de ella. Veinte y cuatro mil hombres se vieron forzados á rendir las armas y la mayor parte tomaron despues servicio bajo sus banderas. Quince mil enemigos tendidos sobre el campo entre ellos cuarenta caballeros, y diez Senadores hacían su triunfo lamentable y le obligaban á buscar en la necesidad motivos de disculpa y de consuelo. *Hoc voluerunt;* decia segun Suetonio, contemplando los estragos de esta memorable batalla, *tantis rebus gestis C. Caesar condemnatus essem, nisi ab*

exercitu auxilium petissem. Generoso con todos lo fue aun mas particularmente con Bruto á quien miraba como hijo suyo y fruto de sus amores con Servilia. Igual á Pompeyo cuando quemó la correspondencia de Sertorio, hizo otro tanto con la de aquel. Para no sentir la tentacion de la venganza no quiso conocer sus enemigos. Era indudablemente el camino mas corto y mas seguro de disminuirlos y este es el único medio de acabar por no tenerlos. Nobstante como su generosidad y su clemencia debian conciliarse con su plan y sus intereses, tiró en todo lo demas á sacar el partido posible de la victoria, y se dió á perseguir á Pompeyo, dejando á Caton, Ciceron, Labieno, Varron, el hijo mayor de Pompeyo y otros partir de Dirraquio, reunirse en Córciro y dispersarse desde allí, los unos como Ciceron á Brindis y los otros con Caton al Africa. Al llegar á Anfipolis debió creer que Pompeyo habia pasado al Asia, y con su actividad ordinaria, no teniendo barcos, se dirigió por tierra al Helesponto : embarcó las pocas tropas que traia consigo, y el partió despues solo en una mala barca. En esta travesía se halló de repente con una flota de diez barcos

de guerra mandada por el Pompeyano L. Casio, diferente del que fue despues uno de sus asesinos. Marchó directamente á él, y bastó para que se rindiese, que César se lo mandara.

Con estos barcos y otros de que se habilitaria en Asia, empezó á recorrer las ciudades mas célebres, monstrandose en todas partes el mismo, y habiendo sabido que Pompeyo habia estado en Chipre, infirió que habria pasado al Egipto. Con esta idéa dirigió su rumbo á Alejandria, donde el infame Teodoto creyó hacerle un presente magnífico, ofreciendole la cabeza de Pompeyo para solo esto conservada, mientras que el resto de sus miserables despojos abandonados sobre la orilla no debió sino á la intrépida fidelidad de un liberto los honores de la sepultura. Lloró César sobre la suerte de su enemigo; quemada su cabeza segun el uso de los antiguos consagró y colocó las cenizas en el templo de Nemesis vengadora de la crueldad; mostró el horror que debia inspirar la perfidia de los asesinos y en nuestro dictamen y á pesar de Lucano y de Dion sus lágrimas fueron sinceras y no obra de una perversidad hipócrita que supondría

una bajeza de alma, que César no tenia. Fue César noble, clemente, generoso, y aun amante de la justicia siempre que esta virtud podia conciliarse con su ambicion, siguiendo en esto la errada máxima de aquellos sabidos versos de Euripides que él mismo repetia. « Si por alguna cosa puede ser permitido á los
« hombres hacer violencia á la justicia, es por
« reinar. »

Retenido César por los vientos en Alejandria, en calidad de primer magistrado del pueblo romano, á cuya proteccion Auleto en su testamento habia confiado la ejecucion de su voluntad, trató de tomar conocimiento de la diferencia que entonces traia divididos y en parcialidades á Cleopatra y su hermano mayor que dirigido por los consejos de Teodoto y el eunuco Potin, no queria consentir que aquella gobernase, como pretendia por su mayor edad, disputa llevada á tal extremo de encendimiento que los dos hermanos estaban á punto de darse una batalla sobre la frontera del Egipto de donde Ptoloméo habia arrojado á Cleopatra. A uno y otro hizo César la intimacion de suspender las hostilidades y comparecer ante él. Cleopatra, que ya con el hijo mayor de Pom-

peyo (si bien frustrada despues en sus esperanzas por el Senado Pompeyano) habia hecho prueba de sus gracias seductoras, licenciando sus tropas y abandonandose á tan poderosa recomendacion, por un medio ingenioso consiguió introducirse en Alejandria. Compareció tambien Ptoloméo que se admiró de hallarla ya en presencia de César sin su notizia. La decision de este no hizo sin embargo sino confirmar el testamento de Auleto mas Potino, Teodoto y Aquilas cabezas de la faccion, y de los cuales el último estaba al frente de los ejércitos levantados para resistir á Cleopatra, y que mirados por César como infames asesinos no habian recibido de él la consideracion y el aprecio que se prometieron de su perfidia con Pompeyo, sabiendo que toda la fuerza de aquel se reducía á tres mil ochocientos hombres, marcharon sobre Alejandria, cerraron á César en una parte de ella, y se lisongearon con la idea de triunfar del vencedor de Farsalia. No estuvieron en verdad de sobra los talentos y la intrepidez de este gran capitan (1) para sostenerse en Alejandria hasta que Mitridates de Pérgamo enviado por

(1) V. nota 41.

él á Siria y Cilicia pareció con un ejército respetable sobre la frontera del Egipto, se apoderó de Pelusio, penetró hasta Memphis, y allí reunido con César, la guerra quedó bien pronto terminada, deshecho el ejército de Ptoloméo, y ahogado este en el Nilo. Hubiera podido aprovecharse de este pretexto para convertir el Egipto en provincia romana, pero ni convenia al actual estado de los sucesos, ni lo permitia el encanto con que Cleopatra le tenia aprisionado. Dejandola pues establecida sobre el trono del Egipto y casada con su segundo hermano que era un niño, á duras penas le arrancó de sus brazos la necesidad de acudir donde le llamaba un nuevo y urgente peligro.

Farnaces hijo y parricida del gran Mitridates, aprovechándose de la discordia civil, saliendo del Bósforo Cimeriano donde un tiempo le confinara Pompeyo, habia sometido la Colzida, ocupado el Ponto, invadido la Armenia menor que pertenecia á Deyotaro y sabedor del peligro en que César se hallaba en el Egipto y triunfante de Domicio delante de Nicópolis, habia llegado hasta ocupar la Capadocia desde donde amenazaba invadir la

Bitinia y la provincia romana del Asia menor. La presencia de César bastó para desvanecer el peligro. *Veni, vidi, vici*, he aquí la historia de esta guerra escrita por él mismo. La batalla de Zela ó Zelia puso término á la efímera gloria de Farnaces y á su vida el rebelde Asandro que en su ausencia se habia alzado con el Bósforo.

La batalla de Farsalia abrió la Grecia y el Peloponeso á Fusio Caleno uno de los Generales de César, y mientras él estaba encerrado en Alejandría, Vatinio sometia la Iliria á su poder. Concluida pues la guerra del Asia y no quedandole á César nada que hacer en el Oriente, vino á Roma mui á tiempo de terminar las encendidas querellas sobre la abolicion de deudas entre el tribuno Dolabela que la proponia, y Marco Antonio que la resistia y que por haber sido César nombrado segunda vez Dictador habia mandado en Roma durante la ausencia de este en calidad de su *Magister equitum*. A su llegada calmó estas agitaciones, no aboliendo las deudas, pero sí concediendo alivio y respiro á los deudores; se hizo nombrar tercera vez Dictador y Cónsul con Lépido á quien eligió por su General de caballe-

ría; apaciguó una sedicion excitada por sus legiones veteranas obligandolas á pedir por favor la honra de seguirle á nuevos combates, y habiendo atravesado la Sicilia y embarcándose en Lilibéo, dirigió el rumbo al Africa donde quedaban y se habian reunido los restos del partido de Pompeyo, y donde le llamaban nuevos peligros y nuevos triunfos sobre los Metelos, los Catones y los Jubas, que le esperaban con fuerzas numerosas. Desembarcó cerca de Adrumeto con un puñado de hombres, y aun despues de haber reunido todas las demas tropas con que habia salido de Sicilia, que no pasaban de veinte mil hombres, se halló sin plazas y sin provisiones en una situacion mucho mas peligrosa que aquella en que se habia visto en el Epiro delante de Pompeyo, cuando aun no habia reunido los refuerzos de Brindis. Tenia al frente de sí un ejército inmensamente superior en caballería, y cuatro veces mayor en infantería, y esto sin contar con Juba que ya se habia puesto en movimiento, pero que por fortuna tuvo que retroceder para defender sus propios estados invadidos por Sicio, uno de los complices de la conjuracion de Catilina,

que habia pasado á Africa; que acaudillaba y conducia con inteligencia una porcion de aventureros, y que en esta ocasion de acuerdo con César hizo en favor de este una diversion que le fue mui útil, pues dió tiempo á que llegasen algunos refuerzos de Sicilia, y víveres y provisiones de Cercina adonde con este objeto habia sido enviado Salustio el historiador.

Una vez reunidas todas las fuerzas con que se habia propuesto maniobrar, se puso en movimiento y delante de Tapso y en una sola batalla quedó decidida la suerte de los Pompeyanos y aun del Africa (1). Tomó tres campamentos; murieron en la accion diez mil enemigos y el resto aterrado y en completa dispersion ni buscó ni habria encontrado gefes á quienes reunirse. Los principales de estos tuvieron de resultas un fin funestísimo. Caton, que cerrado en Utica, ni pudo persuadir á sus habitantes, ni á varias tropas que se habian refugiado en la ciudad, que la defendiesen, creyendo la cuestion irrevocablemente terminada en favor de César se mató; otro tanto hizo Escipion viendose á punto de caer

(1) V. nota 42.

prisionero en Hipona, á donde haciendo vela para España con doce naves le arrojó la tempestad, y le acometió Sicio con una flota. Juba arrojado de Zama su capital por sus mismos habitantes y Petreyo uno de los principales Generales de los Pompeyanos convenidos en matarse el uno al otro combatieron entre sí, y habiendo el primero sobrevivido al segundo, obligó este á uno de sus esclavos á que le diese la muerte. Afranio, el hijo de Sila, y L. César pariente del Dictador fueron hechos prisioneros y perdonados por César segun Hircio, pero muertos poco tiempo despues por sus soldados amotinados (1), y en solo cinco meses y medio quedó terminada esta guerra, la Numidia incorporada al imperio romano y el mando de ella conferido al pretor Salustio, quedando Sicio por recompensa de sus importantísimos servicios en posesion de Citra antigua capital de Masinisa y de Sifax y llamada despues *colonia Siciana*.

Concluida la guerra de Africa César se embarcó, tocó en Corcega de donde despachó á Didio para España con una parte de su flota, y con algunas legiones para observar al hijo de

(1) V. nota 43.

Pompeyo, y vino á Roma donde la admiracion sincera de unos, y la baja adulacion y miedo de otros le preparaban títulos, poder y hasta los honores del apoteosis. Trastornóse en su favor la constitucion del estado, y se preparó el tránsito de la república al Imperio nombrandole Dictador por diez años é Inspector de las Costumbres por tres, y entre otros mil honores se colocó una estatua suya en el Capitolio frente por frente de la de Júpiter y con esta inscripcion : *A César Semidios.*

Despues de sus magníficos triunfos en que se gastaron sumas inmensas en comidas, fiestas y distribuciones de trigo y aceite al pueblo, recompensas á sus oficiales y soldados entre quienes asimismo repartió diferentes terrenos, ocupó todo el año en laudables reformas en el gobierno, zeloso cual nadie de la felicidad de los Romanos, pero á condicion de mandarlos. Entre estas fueron notables las que conspiraban á reprimir el lujo por medio de leyes suntuarias, y la famosa lei contra el celibato, que tenia por objeto excitar al matrimonio por medio de recompensas, y reparar así la sensible brecha que habian hecho

las guerras civiles, leyes sinembargo en las cuales es mas de alabar la buena intencion que la sabiduría del Legislador, pues que supuesta la pureza de las costumbres no son necesarias, y llevada la corrupcion á cierto punto son inútiles, é imposibles. En este año fue cuando sirviendose de Sosígenes astrónomo célebre de Alejandría reformó el calendario convirtiendo el año lunar de Numa compuesto de solos trescientos cincuenta y cinco dias en año solar de trescientos sesenta y cinco, y seis horas (1) justas.

Por lo demas la conducta de César aunque mitigada con algunos rasgos de clemencia tales como la vuelta de Marcelo y de Ligario que dió ocasion á las dos magníficas oraciones de Ciceron que llevan este nombre, fue en cuanto á la eleccion de magistrados y manejo de los negocios públicos punto menos que la de el que ejerce una soberania absoluta, ó no reconociendo superior, de nadie teme y á todo se atreve. Baste saber y no menos que de Ciceron que César trataba con tal desprecio al Senado, que fingia á su antojo los Senados Consultos, poniendo el nom-

(1) V. nota 44.

bre de los Senadores que le venian á la memoria : « Y no se crea , dice Ciceron , que me
« chanceo. Me ha sucedido recibir de algunos
« reyes gracias por los favores que les he dis-
« pensado , cuando apénas sabia que existie-
« sen. » Esta política mal entendida y algunos
desaires y rasgos de altanería , que prueban
que César , aunque por otra parte tan grande ,
desvanecido con la prosperidad no supo pre-
servarse de las ilusiones de un orgullo pueril ,
fueron la causa de su desastrosa muerte.
Nobstante no pudiendo en cuanto á las elec-
ciones despojar enteramente al pueblo de sus
derechos , se reservó solo la de los Cónsules ,
y la mitad de los Magistrados y aun en los
elegidos por él se observaba la fórmula ordi-
naria de las elecciones , mas distribuyendose
á las tribus *esquédulas* ó billetes que daban á
conocer la voluntad ó sea las órdenes del Dic-
tador.

A fines de este año tuvo este que dejar á
Roma para venir á España , de cuya mayor
parte habian llegado á apoderarse los hijos de
Pompeyo con Labieno y Varo. Cuando César
vencidos Afranio y Petreyo la dejó , encargó el
gobierno de la Lusitania y la Bética á Q. Casio

Longino, hombre cuya avaricia y crueldad habria enagenado los ánimos, y excitado contra César á una nacion mas paciente ó mas tímida y donde Pompeyo no hubiera contado con tantos amigos. Asi fue que se formó contra Longino una conspiracion al frente de la cual estaban L. Recilio, Anio Escápula, y Minucio Silon que ya que no consiguieron matarle, gravemente le mal hirieron; y asi fue que despues cuando en ejecucion de las órdenes del Dictador se proponia pasar con su ejército al Africa, este se amotinó, reconoció por gefe al Sevillano Tito Torio, y despues á Marcelo cuestor del mismo Longino, que sin duda desaprobaba su perversa conducta, y á quien este habia enviado para impedir que los rebeldes se apoderasen de Córdoba. Aunque la intervencion de Lépido Procónsul de la Tarraconense, y la venida de Trebonio para suceder á Longino, que murió alfin ahogado á la embocadura del Ebro, calmaron esta primera efervescencia, quedó obstante un fondo de prevencion y descontento contra el partido de César, que unido á las muchas criaturas y adictos de Pompeyo en España, á las grandes esperanzas que se

concibieron de los formidables preparativos de los Pompeyanos en el Africa, hicieron que la mayor parte de los pueblos de España enviasen diputados á Escipion, de cuyas resultas para electrizar mas los ánimos, y organizar la resistencia pasó á ella el hijo mayor de Pompeyo, habiendose al paso posesionado de las Baleares. Antes de su llegada Anio Escápula y Q. Aponio habian tomado el mando de las fuerzas declaradas por Pompeyo, y aun forzado al Procónsul Trebonio á abandonar su provincia. A la llegada de Cneyo Pompeyo se reanimó aun mas su partido; rindieronse las ciudades, que se resistian, y se determinaron en su favor las indiferentes, en términos, que los dos tenientes de César Q. Pedio y Q. Fabio Máximo no tuvieron mas recurso que encerrarse en Ulia (1).

La derrota de Escipion en Africa aumentó el ejército de España con todos los restos que de ella pudieron salvar Sexto Pompeyo, Labieno y Varo, y si bien la flota mandada por este último en un combate naval dado en el estrecho de Gibraltar contra Didio retirandose á Tarifa pareció reconocerse vencida, el

(1) V. nota 45.

ejército de tierra fue adquiriendo por el contrario cada dia mas preponderancia, y haciendose mas respetable, en términos de reclamar la presencia de César. Partió este de Roma : á los diez y siete dias desembarcó en Sagunto, y á los diez siguientes pareció delante de Obulco. Su presencia inesperada bastó para imponer respeto á los unos , y alentar á los otros. Por una estratagema consiguió introducir socorros en Ulia, y amenazando á Córdova, donde se hallaba Sexto Pompeyo, obligó á Cneyo á levantar el sitio de Ulia. En seguida para empeñar á Pompeyo en una batalla decisiva y en la llanura se dirigió sobre Ategua (1) donde los Pompeyanos por ser la plaza mas fuerte tenian sus almacenes de víveres y municiones. El circunspecto Pompeyo no quiso abandonar su plan de tomar posicion sobre las alturas y Ategua defendida por el bárbaro Numacio Flaco cedió al esfuerzo del sitiador, que si bien puede creerse perdonaria á los habitantes, no dejaria sin castigo al sanguinario General, que habia cometido mil atrocidades contra todos los sospechados de adictos á César.

(1) V. nota 46.

Siguióse á la ocupacion de Ategua la toma é incendio de Atubis, y en fin en el diez y siete de marzo la batalla de Munda en que el hijo de Pompeyo ayudado por la ventaja de la posicion hizo una resistencia harto mas obstinada y dudosa, que la de su padre en los campos Emacios. César llegó á ver el éxito tan empeñado y dudoso ó mas bien tan malparado, que tomando un escudo y una espada poniendose al frente de sus soldados casi solo marchó al enemigo como á buscar la muerte para evitar la ignominia, y aun llegó á estar á diez pasos de él, mas sus soldados y particularmente los de la décima legion su favorita animados con tal ejemplo y viendole en tal peligro avanzaron con intrepidez, y sostuvieron el choque.

Esto, y un movimiento mui oportuno hecho por el Mauritano Bogud rei aliado de César, movimiento que obligó á Labieno á acudir á la defensa de su campo y dió á César la ocasion de gritar *los enemigos huyen*, decidió de la accion. Sus tropas alentadas con esta idéa arremetieron con tal violencia que nada pudo resistirlas. Treinta mil hombres de los Pompeyanos quedaron muertos en el campo,

entre ellos los generales Labieno y Varo. Cneyo herido huyó á Tarifa, mas alfin vino á caer entre las manos de Didio, y descubierto en una cueva donde se habia ocultado fue muerto por los soldados. Sexto su hermano, que se hallaba en Cordova no queriendo encerrarse en ella, dejó á Escápula con el mando y se refugió en la Celtiberia á esperar mejor fortuna. César sitió y tomó por asalto á Córdoba, adonde aun pereció multitud inmensa de partidarios de Pompeyo, y sometió á Sevilla, mientras que su teniente Q. Fabio ocupaba á Munda y á Ursaon, y habiendo dado tal cuenta de sus enemigos, dicho se está que quedó sin contradiccion nuevamente dueño de la España. En esta ocasion no se mostró tan generoso como en la primera, ó porque creyese que la reincidencia pedia escarmientos, ó porque la necesidad de su situacion le obligase á ello; lo cierto es que exigió de los pueblos cantidades enormes, y aun se apoderó de las riquezas del templo de Hércules que antes habia respetado.

Arregladas pues las cosas en España, dejando á Asinio Polion en la ulterior, y á Lépidio con el mando de la Citerior y de la Galia

Narbonense, á fines del otoño partió César á Roma, donde con el nombre de *Imperator* fue proclamado Generalísimo de toda la fuerza armada, Cónsul por diez años, Dictador perpetuo y su persona inviolable como la de los Tribunos, Dios con estatuas en los templos, con culto y con sacerdocio (1). Triste miseria de la condicion humana en que no se sabe cual es mas de admirar si la bajeza de los aduladores, ó la puéril vanidad de los adulados. Y no se eximen de esta pequeñez hombres tan grandes como César! Y César que ejercia un poder absoluto y real no contento con llamarse Dios, ansiaba y tentó llamarse Rei! Y los hombres que le habian prodigado el primer nombre y una autoridad sin límites se negaron á concederle el segundo! Cuantas y cuan monstruosas contradicciones en un solo hecho!

Vuelto César á Roma hizo varias alteraciones en las magistraturas; elevó al patriaciado familias nuevas; nombró Cónsules, y empezó á ocuparse de mil proyectos de todas especies. Un teatro, una biblioteca cuya formacion cometi6 al docto Varron, la compo-

(1) V. nota 47.

sicion de un código, la desecacion de las lagunas Pontinas en el Lacio, nuevos caminos del Adriatico á Roma, la restauracion en fin de Cartago y Corinto no bastaban á satisfacer ni ocupar la prodigiosa actividad de este ánimo emprendedor, y fueron otros tantos proyectos que empezados por él, ó adoptados por sus sucesores fueron en entrambos casos obra de su impulso. Mas como segun se ha dicho de él, nada creia haber hecho mientras le quedaba algo que hacer, pensó en vengar la muerte de Craso, y el deshonor de las águilas romanas haciendo la guerra á los Partos, y proponiendose llevar por el Oriente la conquista á las últimas extremidades del mundo conocido.

De los preparativos de esta guerra se ocupaba en el año de setecientos diez en que habia sido nombrado Cónsul con Antonio, mientras en secreto se formaba la conspiracion de Bruto y Casio, que debia poner término à sus dias.

El hombre que con sus hazañas habia asombrado el mundo, el que en sus triunfos se habia mostrado tan grande, el que con mano pródiga habia honrado el mérito de sus ene-

migos, y hecho su conquista á fuerza de beneficios, el hombre generoso que habia restablecido en Roma las estatuas de Pompeyo y Sila, no halló en su clemencia la seguridad, la impunidad que este último obtuvo por el terror y los crímenes. Este rasgo en verdad hace poco honor á la especie humana, y habria sido de una influencia fatal, si la naturaleza con hechos posteriores y constantemente repetidos no nos hubiera mostrado que el suceso y la impunidad de Sila es una de sus anomalías sin ejemplo.

« Los hombres, que cual dice Montesquieu, suelen agradecer que se les oprima, tal vez no sufren que se les ofenda en sus usos », y pudiera haber añadido sobre todo aquellos, que adulan su vanidad. César, confiado y noble, pero algo arrogante en la fortuna, hizo de esta verdad una triste experiencia. No el pueblo despojado de la soberania que ejerciera; Senadores y caballeros heridos en su vanidad ó su ambicion conspiraron contra César, y de los conspiradores pocos como Bruto pueden contarse conducidos por un fanatismo patriótico. Decimos fanatismo porque la accion de Bruto nos parece en sí misma injusta y atroz,

y decimos fanatismo patriótico, porque en nuestra opinion supuesta la corrupcion de las costumbres, que existia en Roma, y la inmensa extension de su imperio, toda idéa de república era una quimera funesta.

Una pequeña injusticia obra de la ternura de César por Bruto fue la chispa de este incendio. Este y Casio su cuñado que habian sido nombrados Pretores se disputaban entre sí el ejercicio de esta magistratura en la ciudad, es decir entre los ciudadanos, cargo que le daba al *Prætor Urbanus* una superioridad sobre los demas, y por lo que se apellidaba tambien *Prætor Maximus*, *Prætor Honoratus*. César debió, y él lo conoció, conferirsela á Casio. Diosela por debilidad á Bruto y la injuria y el favor armaron igualmente el brazo de sus primeros asesinos. Nada hai en la accion de Bruto que no la haga horrorosa. El vengativo Casio arrastró á este último, y el nombre, la idea que se tenia de él descendiente del primer Bruto, discípulo, sobrino y suegro de Caton determinó á la mayor parte de los conjurados. Servilio Galva, Trebonio, Decimo Bruto, los dos hermanos Cascas, Tilio Cimber, Minucio Basilo, Casio de Parma y

Poncio Aquila de quien César se mofaba, debieran ser los mas principales y como tales los únicos que la posteridad nos ha dado á conocer. Evaporóse sin duda su secreto y César tuvo sobrados motivos de desconfiar de Bruto, y Casio llegando á saber sus reuniones misteriosas y nocturnas; mas á lo que parece, no pudo nunca resolverse á creer al primero capaz de atentar á sus dias. Asi fue que no aumentó sus precauciones; no hizo caso de los que sin duda fundados en buenos anuncios recelaban por él, y despreciando los avisos como terrores pánicos, murió víctima de su propia confianza en pleno Senado el dia de los Idus de marzo á los cincuenta y seis años de edad. Casca descargó el primer golpe; César poniendose en defensa hirió á Casca con el punzon de escribir que tenia en la mano: los demas conjurados desnudaron sus puñales; le dieron varios golpes de que continuó defendiendose con intrepidez, mas habiendo visto entre sus asesinos á Bruto que venia contra él, *Tu tambien hijo mio* exclamó, y renunció a todo esfuerzo de defensa, y como resignado en su suerte envolviendose en su toga vino á caer á los pies de una esta-

tua de Pompeyo, donde aun se cebó en su cadaver la rabia de los conspiradores.

Bruto, dirigiendose particularmente á Ciceron quisó, pero en vano, arengar al Senado que se puso en dispersion terrorizado con el suceso. Mal seguros de sus consecuencias amigos y enemigos de César todos huyeron. Ni fueron menos inútiles sus esfuerzos dirigiendose al pueblo, que en lo general idolatraba á César, tanto que los conspiradores desconcertados, ni se atrevieron, cual estaba convenido, á arrojar su cuerpo al Tiber, ni se creyeron seguros menos que en el Capitolio rodeados de Gladiadores. Tres esclavos del Dictador alzaron su cuerpo, le pusieron dentro de su litera por cuya puertezuela salia y colgaba uno de sus brazos, y atravesando la ciudad, con tan modesta comitiva fue traído á su casa aquel quien pocos momentos antes reconocia el mundo por Señor.

Antonio vuelto de la primera sorpresa y despues de haberse apoderado de los papeles y las riquezas que César tenia en su casa, en calidad de Cónsul reunió el Senado, donde despues de acalorados debates se convinó como por via de transaccion en reconocer

los actos públicos del gobierno del Dictador y en no hacer pesquisa alguna sobre su muerte, distribuyendose nobstante los gobiernos entre los principales conjurados, prueba clara de su preponderancia y del verdadero espíritu del Senado. Confiriose á Bruto el de la Macedonia , el de la Siria á Casio , el de Asia á Trebonio ; á Cimbro el de la Bitinia , y Décimo Bruto fue confirmado en el de la Galia Cisalpina.

Agitose tambien la cuestion sobre los funerales , y la apertura del testamento de César. A uno y otro se opusieron los conjurados pero debilmente , sin duda porque ignorandola voluntad de este no previeron las consecuencias. César en su disposicion , despues de instituir por heredero á Octavio su sobrino como nieto de Julia su hermana , agraciaba á casi todos sus asesinos ; dejaba al público sus jardines y á cada ciudadano cierto número de sestercios. Este contraste de la generosidad de César y de la ingrata perfidia de sus asesinos , y estas larguezas al pueblo no podian menos de irritarle contra los conjurados preparandole á lo que sucedió en sus funerales. Antonio poco zeloso de vengar la muerte de César , pero que veia

en este pretexto un medio de elevacion propia, hizo su elogio fúnebre. Para mas conmover á los espectadores presentó al pueblo la desgarrada y ensangrentada toga del Dictador, y un figurin de céra en que aparecian pintadas las puñaladas que habia recibido, y cuya explicacion daba describiendo el suceso, y como por otra parte los hechos asombrosos de César, los rasgos nobles de su carácter ofrecian á la elocuencia un campo vastísimo, no es estraño que el triunfo del orador fuese tan decisivo, y que un pueblo acostumbrado á entrar en furor y abandonarse á la licencia con motivos menos plausibles cometiese los excesos que cometió, y quisiese con la tea en la mano incendiar las casas de los conjurados, por fortuna suya puestos de antemano en defensa con acertada prevision.

Nobstante Antonio, el cauteloso Antonio que en esta circunstancia parecia haberse abiertamente pronunciado contra los asesinos de César, debió temer el odio del Senado, y tiró á recoger las prendas soltadas en esta ocasion, y á destruir las prevenciones que habia podido inspirar, proponiendo leyes y decretos concebidos en contrario espíritu.

Tales fueron principalmente la abolicion perpetua de la dictadura, y la rehabilitacion de Sexto Pompeyo cuyo partido en España desde la muerte de César se habia de tal modo reanimado, que Sexto, dejando su asilo de Jaca, se dió á recorrer el pais y hacer gente con tan feliz éxito, que bien pronto se halló en estado despues de la toma de Vergis de acometer y derrotar completamente á Asinio Polion á quien César habia dejado con el mando. Ni á esto solo se redujeron sus prosperos sucesos. Declarada toda la Bética en su favor, la España entera se manifestaba dispuesta á seguir su ejemplo, si la prudencia de Lépido, y el decreto de Antonio, que no solo restablecia á Sexto Pompeyo sino que le conferia el mando de la fuerza marítima, no hubiesen variado sus disposiciones, y determinadole á dejar la España, acaso con equivocada eleccion, pasando á Marsella donde reunió el número de bajeles que pudo, y de donde sin pasar á Roma se propuso estar en observacion de la direccion y nuevo aspecto que tomasen los negocios.

Estos decretos de Antonio habian sido de tal manera gratos al Senado que creyendole

pronunciado por sus intereses le autorizó por un decreto á formar una guardia, que le sirviese de defensa contra la multitud siempre acalorada y amante de la memoria de César. Con este pretexto organizó un cuerpo de seis mil hombres, soldados y oficiales veteranos y toda gente elegida, y cuando se vió sostenido en Roma por una fuerza tan irresistible, dueño por otra parte de una gran porcion de las riquezas de César, de cuyo nombre asi como de sus papeles habia abusado para aumentarlas considerablemente suponiendo y vendiendo gracias que el Dictador no habia hecho jamas, varió de lenguaje y de conducta y obrando descubiertamente contra Casio y Bruto, que ya mal seguros en Roma se habian visto precisados á abandonarla, trató de conseguir y consiguió con efecto despojarlos de los gobiernos que les estaban asignados; mas hubo de encubrir aun sus ideas con cierta cautela, pues que el Senado fue quien á él le confirió el de Bruto, y el de Casio á su colega Dolabela, que por estar designado Cónsul para el año próximo, á la muerte de César habia tomado los fasces. Asi fue que se tiró á paliar un tanto aquel despojo, confiriendo como por in-

demnizacion, á Bruto el gobierno de Creta, y á Casio el de Cirene.

Es mui probable que si Antonio no hubiese tenido mas enemigos que á Bruto, Casio, y los demas conjurados, la venganza de la muerte de César le hubiera dado una preponderancia irresistible, á favor de la cual habria venido á suceder al Dictador. Mas á la muerte de este como á la de Alejandro cada uno de sus Generales formó su plan, y tuvo sus pretensiones separadas. Antonio, Dolabela, Lépido, Hircio, Pansa, Planco, Polion, tuvieron las suyas; pero aun de todas estas resistencias subalternas habria triunfado el primero, por la ventaja de su situacion, su dignidad, y su reputacion militar sin la oposicion de un muchacho de veinte años heredero del nombre de César y superior á él en la astucia, el disimulo y la madurez del consejo, y que suplió con estas calidades las que no pudo heredar, es decir, su intrepidez y sus talentos militares. El jóven Octaviano que despues de haber seguido á su tio en la última guerra de España se habia retirado á Apolonia para acabarse de formar en la elocuencia, sabida la muerte del Dictador, se restituyó á la Italia. Poco trabajo le

costó adivinar que el plan de Antonio era el de suceder á César ocupando un lugar á que le llamaban el nombre de su tío, el título de su adopción y mas que todo su propia ambición; ni el indiscreto Antonio, despreciándole sin duda por sus años, cuidó mucho de disimular su siniestra disposición á Octavio. Así fué que á poco de su llegada, y desde la primera conferencia en que Octavio reclamó de aquel las riquezas de su tío de que se habia apoderado, Antonio no cesó de espiarle y de contradecirle en todos sus designios, y el encendimiento entre ellos llegó al extremo de acusar Antonio á Octavio, y segun Ciceron no sin motivo, de proyectos de asesinarle. N obstante hubo entre ellos algunos momentos de reconciliación, pues es cierto que Octaviano le sostuvo y ayudó á obtener del pueblo lo que no pudo conseguir del Senado, es decir, el mando de la Galia Cisalpina, que tenia Décimo Bruto, único de los asesinos de César que habia quedado en el Occidente al frente de algunas fuerzas. Bruto, Casio y los demas se habian visto precisados á dejar la Italia. En virtud de este decreto Antonio hizo venir de Macedonia varias legiones, proponiéndose

marchar con ellas contra Decimo, y cuando supo que estaban en Brindis pasó á ponerse á su frente, y tomar el mando. Ya para este tiempo se habian renovado las disensiones entre él y Octaviano, y este último, deseando oponer la fuerza á la fuerza, recorriendo la Italia y llamando á sus banderas los veteranos de César, llegó á reunir como diez mil hombres, y grato entonces al Senado, y protegido por Ciceron á quien desde el principio engañó completamente, marchó sobre Roma como para defenderla de la agresion de Antonio. Nobstante abanzando este con sus tropas, Octaviano se vió en gran parte abandonado de las suyas, que sin duda dispuestas á servir á la venganza de César no quisieron servir la causa del Senado, cuya proteccion sinembargo miraba el astuto Octaviano como necesaria hasta elevarse á la altura conveniente de tratar con Antonio como de igual á igual. Salió pues de Roma con solo tres mil hombres que le habian quedado, y se retiró sobre Ravena, mas de tal modo se habia conducido con los mismos que le abandonaron, de tal manera sabia insinuarse por su afabilidad y ganar los ánimos por sus larguezas; era tan

hábil en sus negociaciones que no solo los que en Roma le habian dejado vinieron á poco á reunirse con él, sino que dos legiones de Antonio le abandonaron y se pasaron á Octaviano.

Con las que le quedaban y con tres legiones de Macedonia y varias otras tropas que pudo juntar marchó nobstante Antonio á la Galia Cisalpina contra Decimo que mandaba solo tres legiones, y á quien por la superioridad del número y mas aun por la de sus talentos obligó bien pronto á cerrarse en Módena. En este estado de cosas Octaviano reunia ya bajo de su mando no menos de cinco legiones casi todas ellas compuestas de veteranos de César, y era bien claro que la victoria no podia menos de ser de aquel en cuyo favor se declarase. Hizolo por el Senado, ya porque de él necesitara para legitimar un mando sin título, ya para reducir á Antonio á la extremidad de buscarle. El éxito justificó sus previsiones y sus esperanzas. Ciceron, que en esta ocasion pronunció contra su enemigo Antonio la tercera y cuarta Filipica, elevó hasta las nubes el patriotismo de Octaviano, respondió al Senado de la sinceridad de sus intenciones, y en con-

secuencia en el primero que se celebró bajo el consulado de Hircio y Pansa quedó Octaviano reconocido en el mando y revestido con el título de Propretor ; se le dispensó la edad para pedir las magistraturas , y aun se le erigió una estatua. Los Cónsules se pusieron luego en movimiento contra Antonio uniéndose con Octaviano ; dieronse diferentes batallas en que aquel mostró sus talentos manteniendo el sitio de Módena en que murieron los dos Cónsules Hircio y Pansa , mas al fin vencido y derrotado tuvo que retirarse y pasó los Alpes con los restos de su ejército , dejando en el Piceno tres legiones al mando de Ventidio.

El Senado celebró extraordinariamente esta victoria ; declaró á Antonio enemigo público , y como que Octaviano no era su ídolo , y que se creyó indiscretamente en el caso de no necesitarle , tiró á hacer recaer sobre Decimo Bruto toda la gloria del triunfo , y ni aun disimuló su deséo de deshacerse de Octaviano enviando diputados á su ejército para ganar sus soldados , y confirmando asi las revelaciones que en sus últimos momentos hizo á este en Bolonia el Cónsul Pansa no menos amigo de

César que su cólega Hircio, y enemigos entrambos de los asesinos de aquel, pero que no habiendo podido llevar en paciencia la altanería de Antonio y sus proyectos de sucederle se habian declarado por el Senado.

Octaviano que nunca se engañó sobre las verdaderas disposiciones del Senado acerca de él, vencido Antonio, empezó á obrar conforme á su plan, que los desaires de aquel y las revelaciones de Pansa no hicieron probablemente mas que confirmar. Lejos de perseguir á Antonio y sacar partido de la victoria, obró con lentitud; dejó pasar las tres legiones de Ventidio; abrió así una puerta á la reconciliacion, y no tardaron en entablarse entre los dos negociaciones secretas. Nobstante aun continuó Octaviano disimulando con el Senado, y acariciando á Ciceron que tuvo la debilidad de proponerle para Cónsul indicandose á sí mismo por cólega, creyendo sinceras las protestaciones que le hacia de dejarse dirigir enteramente por sus consejos, y de no reservarse ni codiciar del cargo sino el título de honor.

Entre tanto Antonio no se descuidaba. Reunido con las legiones de Ventidio marchó con-

tra Lépido que segun las apariencias fingió obrar de acuerdo con el Senado para facilitarle mejor el paso de los Alpes y poder el mismo con menos obstáculos reunirse con Antonio, en lo cual es mui probable que estuviesen ya con ellos de inteligencia Octaviano. Esta reunion, que puso á disposicion de Antonio fuerzas considerables, fue para el Senado un golpe mortal que le llenó de consternacion. En vano imploró el ausilio de Sexto Pompeyo que no tenia fuerzas y de Bruto y Casio que estaban mui lejos para salvarle de un peligro cercano y urgente. Ni con éxito mas feliz acudió á Octaviano que estaba ya mui ageno de pensar en hacer la guerra á Antonio. Por el contrario aprovechandose de tan apurada situacion, y de su proximidad á Roma, lo que hizo fue preparar sus tropas, pedir por una diputacion de cuatrocientos individuos de su ejército el Consulado, y negado que le fue, marchó sobre la ciudad, donde nadie le resistió, donde se le pasaron las tres legiones con que el Senado habia pretendido disputarle el paso, y donde con tan poderosa recomendacion claro está que no podia menos de obtener el Consulado. A la edad de veinte

y un años y por un plan tan artificiosamente conducido ocupó el jóven César la primera dignidad de la república y no con Ciceron sino con Q. Pedio su pariente, y uno de sus coherederos.

Cónsul por la victoria, autorizando su venganza la gratitud y la sangre, fázilmente obtuvo el nombramiento de una comision contra los asesinos de César, y sus complices. En este tribunal fueron todos acusados y condenados y aun con ellos Sexto Pompeyo que ninguna parte habia tenido en el suceso. En seguida salió Octaviano de Roma con sus legiones, no contra Antonio como aun habia tratado de hacer creer, sino á cortarle su retirada á Decimo á quien aquel habia forzado á dejar las Gaulas y pasar los Alpes y que tiraba á ganar la Iliria para reunirse con Bruto en Macedonia. Este plan, sin duda concertado entre Octaviano y Antonio, produjo tal efecto que las diez legiones de Décimo le abandonaron pasandose unas al primero, otras al segundo, y ni el mismo pudo salvarse á pesar del heróico rasgo de amistad con que S. Terencio que le acompañaba, dandose por Decimo Bruto quiso librarle á riesgo de su propia vida.

Puestas las cosas en este estado y dueños

Octaviano, Antonio, y Lépido de todas las fuerzas del imperio en el Occidente (pues que ya para este tiempo se habian reunido con el segundo Planco y Polion) no pensaron sino en unirse, y concertar lo que podia exigir la ambicion particular de cada uno de ellos y la defensa comun. Avanzaron pues con sus tropas sobre Bolonia, y con esta ocasion se hizo célebre una miserable isleta que forma el Reno á poca distancia de aquella ciudad. (1) En ella y por espacio de tres dias trataron, conferenciaron, y formaron el segundo Triumvirato, que reprodujo en Roma los horrores de Sila, conviniendo en cuanto al Gobierno en ejercerle unidamente por cinco años con el nombre de Triumviros y con autoridad consular, nombrando desde entonces los magistrados anuales que durante aquel tiempo debian ir ocupando las magistraturas, recompensando á sus soldados ó mas bien á sus satelites á expensas de los desgraciados habitantes de Capua, Regio, Venusa, Benevento, Rimini, Cremona, y Mantua, y acordando en fin que Octaviano y Antonio pasarian á las provincias de ultramar contra Bruto y Casio, dejando al poco temible Lépido en Italia.

(1) V. nota 48.

La historia perdonaria fácilmente á tres ambiciosos, que aspiraban á dominar en una república, que esclava ya de su misma corrupcion pedia á gritos y casi por remedio un señor, mas la historia no puede perdonar á tres monstruos, á tres tigres, que segun varios historiadores aun sacrificaron entrando en Roma mas víctimas que el primer Dictador (1); que estipulando su venganza recíproca á expensas de los sagrados vínculos de la sangre y la amistad erigieron en tratado un monumento de perfidia y rencor en que se vió por un cange inaudito vendida la cabeza del amigo por la del tío y el hermano: y que la baja adulacion no diga que por dos dias resistió Octaviano al sacrificio de Ciceron. Bastaba á su oprobio haber exigido de Antonio la cabeza de L. César su tío y de Lépido la de Paulo hermano de este, mas en cuanto á Ciceron ¿podrá la resistencia de los primeros dias ni borrar ni atenuar la infamia del tercero! Y pasaremos en silencio al infeliz Totanio, amigo de su padre y tutor suyo en los primeros años de su infancia...! El pacífico, el ilustrado Augusto no alcanza á reconciliarnos con el detestable Octaviano.

(1) V. nota 49.

En vano el desgraciado Ciceron huyó de Roma. Sorprendido al fin por los satelites de Antonio su litera fue su cadalso. Desde ella y á la edad de sesenta y tres años ofreció su cuello al asesino Herenio que trajo en triunfo su cabeza á Roma, donde el heredero del tálamo y del rencor de Clodio gozó con risa de tan atroz espectáculo, y donde la infame Fulvia probó al mundo, que el mismo sexo cuyo patrimonio es en general la dulce sensibilidad, la tierna compasion, terrible en su venganza suele ser de los dos el mas inhumano, implacable, y cruel. Con un punzon picó esta harpía del infierno aquella lengua que habia salvado á Roma; aquella lengua que aun admira y venera la posteridad atónita, y el infame Antonio suspendió de la tribuna la cabeza de un hombre que con haber sido tan elocuente contra él, nunca lo fue tanto como en esta ocasion y en el silencio de la muerte. En este horror de proscripciones y deguellos se vió lo que en todas las situaciones semejantes, es decir, rasgos de perfidia y de crueldad inaudita, y rasgos de virtud heróica tales como el de Opio y Julia madre de Antonio; mas la brevedad de unos elementos nos dispensa de

la triste necesidad de referir los unos, y nos priva de la grata ocupacion de honrrar con los otros la historia sublime de la virtud impávida. Llamamos á toda prisa la grandeza de los sucesos, que entronizando la arbitrariedad van á poner término á la república y á la anarquía. No menos decisivo que habia venido á ser en el Occidente el partido triumviral lo era en el Oriente el de Bruto y Casio. Uno y otro cuando dejaron la Italia pasaron á Atenas donde se reunieron al primero muchos de los jóvenes romanos que estaban en ella continuando sus estudios entre otros el célebre Horacio. En poco tiempo consiguió Bruto formar y verse al frente de un ejército numeroso, con el cual ocupó la Grecia y la Macedonia, mientras que Casio, previniendo á Dolabela que se divertia en hacer ostentacion por el Asia de su dignidad consular, y en pasear por Esmirna la cabeza del engañado Trebonio, entre los asesinos de César la primera víctima sacrificada á los mares del Dictador, pasó á la Siria en toda diligencia, y como tan conocido en ella desde la funesta guerra de Craso, se apoderó de las doce legiones que para mantener en respeto á los Partos, la ocupaban.

Con ellas sitió en Laodicéa al indiscreto Dolabela que se habia encerrado en la plaza, y le obligó á sufrir la aciaga suerte destinada á los poseedores del caballo seyano. Habiendo Casio conseguido entrar en la ciudad, Dolabela para no caer en sus manos mandó á uno de sus esclavos que le matase, y con su muerte quedó todo el Oriente sometido al partido republicano, que ocupaba por Cornificio el Africa propia, y por Sexto Pompeyo la Sicilia, viniendo asi á ser este partido dueño de la mayor parte de la fuerza naval. Por la debilidad de esta, ni Octavio pudo realizar un desembarco que intentó en la Sicilia, y Antonio estuvo largo tiempo en Brindis tanto mas lleno de impaciencia cuanto que habian pasado ya al Epiro y se adelantaban sobre Macedonia con solo ocho legiones sus tenientes Norbano y Saxa, y no podia ignorar que Bruto y Casio despues de haber vencido á los Rodios y los Licios, y concertando en Sardes su plan habian atravesado el Helesponto al frente de ochenta mil hombres y marchaban contra aquellos. Alfin la llegada de Octaviano con su flota aunque poco considerable facilitó la travesía de Brindis á Dirraquio, donde los

Triumviros desembarcaron todas sus fuerzas. En el momento y á marchas forzadas corrió Antonio en busca de Norbano y Saxa, que obligados á abandonar una posicion que habian tomado mas allá de Filipos, se habian replegado y ocupaban á Amfipolis. Octaviano se quedó enfermó en Dirraquio: no obstante no tardó en seguirle aunque todavia delicado, en términos que ya estaba en el ejército cuando el suyo y el de los republicanos se avistaron delante de Filipos. Aqui fue donde se dieron las dos famosas batallas, que para siempre decidieron de la suerte de la república. En la primera Antonio derrotó á Casio, que terminó sus dias por el suicidio, creyendo equivocadamente vencido á Bruto, y la consternacion que produjo este suceso dió á los Triumviros una superioridad tal en la segunda que Bruto perdida toda esperanza acabó por imitar el ejemplo de su compañero. Los restos del ejército republicano reunidos por Mésala se rindieron á los Triumviros, que los repartieron en sus legiones, quedandose sin mas enemigos que Sexto Pompeyo y Domicio Aenobarbo que aun mandaban una respetable fuerza naval, pero que nada podian hacer fuera de su elemento.

Después de el triunfo completo de Filipes, Octaviano y Antonio sin contar con Lépido y aun despojándole del mando bajo pretexto de que habia tenido inteligencias secretas con Sexto Pompeyo, formaron un nuevo tratado en el cual Antonio se reservó para sí, como dice Crevier, lo mas brillante y cediendo lo mas solido no vió que servia á la mañosa política de su astuto cólega. La Galia Transalpina, el Africa (aunque ocupada todavia por Cornificio) y todo el Oriente quedaron sometidos al mando de Antonio; las modestas pretensiones de Octaviano se redujeron á la España y la Numidia pero incorporada la Galia Cisalpina á la Italia y quedando encargado de volver á Roma con el ejército triunfante, y de repartir entre los veteranos los ofrecidos premios, mientras Antonio hacia reconocer en el Oriente la omnipotencia triumviral ó mas bien duumviral. Nobstante mas adelante Antonio y Octaviano, como admitiendo las justificaciones del imputado crimen, dieron á Lépido el mando del Africa propia conquistada ya de Cornificio y aun reunió la Numidia por cesion de Sextio vencedor de este último y que las gobernaba entrambas en nombre de Antonio, después

de la muerte de Fango enviado por Octaviano para gobernarlas en el suyo.

La comision de dar á las legiones vencedoras establecimientos agrónomos, si bien peligrosa por el trastorno de la propiedad que llevaba en sí misma y por las violencias que exigia, dejaba en recompensa á Octaviano dueño de todos los corazones de los agraciados. En vano, conociendolo asi Fulvia y Lucio Antonio hermano del Triumviro, trataron de suscitarle obstáculos interviniendo como con efecto intervinieron durante algun tiempo en la distribucion, y en vano acabaron por declararse protectores de los infelices propietarios despojados. El medio aunque el mas justo, como contrario á los intereses de la soldadesca era el mas débil y la opinion personal de los que le emplearon poco á propósito para acreditarle, ni hacerle prevalecer. Nobstante esta discusion llegó á tal punto de encendimiento entre los contendientes que vinieron alfin á las manos, mas la lucha no fue de larga duracion. Lucio se vió mui luego precisado á encerrarse con sus fuerzas en Perusa, y no tardó en entregarse á discrecion. Fulvia se fugó á Grecia, y aun la madre de Antonio

hizo otro tanto pasando á Sicilia donde fue perfectamente recibida de Sexto Pompeyo. La invasion de Siria por un ejército de Partos capitaneados por Labieno hijo del que pereció en Munda, á duras penas habia arrancado á Antonio de entre los brazos de Cleopatra, de aquella Sirena egipcia á quien parecia estar reservado encadenar el genio de la guerra; á quien Antonio habia mandado comparecer en Tarsis con el pretexto que hemos indicado en la historia del Egipto, y á quien despues esclavo de sus gracias siguió á Alejandria dejando á Saxa el mando de la Siria. En Tiro estaba ya y en camino de ponerse al frente de sus legiones en Siria, cuando la rendicion de Perugia, los sucesos que la siguieron, y que en Italia parecian como un triunfo de Octaviano sobre Antonio, unidos á las cartas que desde Grecia le escribia la rabiosa Fulvia, le hicieron mudar de dictamen. Vino á Grecia, habló con Fulvia, y aunque desaprobó su conducta, y quedó convencido de que las desavenencias con Octaviano eran en gran parte obra de la indiscrecion de esta, hizosé á la vela en Corciro con doscientas naves, dejandola en Escione donde á poco murió deses-

perada, y reunido con Domicio Aenobarbo uno de los proscritos por complice en la muerte de César, y que por medio de Polion se habia reconciliado con él poniendo á su disposicion la flota considerable que mandaba, se dirigió á Brindis. El comandante de esta plaza con arreglo sin duda á las órdenes de Octaviano y dando por causa que venia acompañado de un proscrito, le cerró las puertas de la ciudad. Este acto de hostilidad entre los dos Triumviros, que parecia amenazar la Italia con nuevos desastres, fue por fortuna suya terminado por un nuevo tratado, que del lugar en que se hizo tomó el nombre de tratado de Brindis. Por él Octaviano y Antonio, relegando á Lepido al Africa, dividieron el imperio en Oriente y Occidente, tomando Antonio para sí el primero y con él el mando de la guerra contra los Partos, y quedando Octaviano con el de Occidente encargado de hacerse á Sexto Pompeyo, conviniendo en ejercer el consulado por sí mismos, ó en repartirle entre sus amigos, y no ya por un año precisamente sino por el tiempo que se les antojase, y para afianzar la reconciliacion entre los dos por los vínculos de la sangre casó An-

tonio ya viudo de Fulvia con Octavia hermana de Octaviano, y viuda de C. Marcelo. Aunque el tratado de Brindis libró á la Italia de una guerra temible, la quedaba en Sexto Pompeyo una nueva calamidad de casi no menos importancia. Dueño este de la Sicilia y la Corcega y de una fuerza marítima que bloqueaba todos los puertos de Italia, se hallaba esta reducida á una escasez de víveres que pusieron á Octaviano y Antonio en la necesidad de entablar negociaciones con aquel, y aunque esta reconciliacion no era sinceramente deseada por ninguno de los contratantes, lo era tanto de los que de ellos dependian que se concluyó entre los tres el tratado llamado de Mesina que aseguraba á Pompeyo la Sicilia y la Corcega con la Acaya, y la autorizacion de pedir y ejercer ausente el Consulado con otras indemnizaciones y ventajas ya en su favor, ya en favor de sus amigos y parciales. Mas este tratado fue de tan poca duracion como podia esperarse, y las hostilidades se rompieron de nuevo descubiertamente entre Octaviano y Sexto por la traicion de Menas liberto de Pompeyo, que en su nombre mandaba la Cerdeña y la Corcega, y que pasandose á Octa-

viano puso á su disposicion esta isla con una flota de sesenta galeras y tres legiones. En este mismo año los Triumviros, que como que por nadie habian sido elegidos de nadie necesitaban para continuar, prolongaron su autoridad por cinco años mas.

Varias tentativas desgraciadas de Octaviano contra Sexto Pompeyo le hicieron invocar contra este el auxilio de sus cólegas como contra un enemigo comun. Lépido, que segun el éxito manifestó queria aumentar con la Sicilia su mando para aproximarse mas á los otros Triumviros, preparó fuerzas considerables, que prueban los recursos que podian sacarse del Africa y la Numidia, y á su tiempo se dió á la vela con doce legiones, cinco mil caballos Númidas, mil buques de transporte y setenta galeras de guerra, y desembarcó por la parte de Lilibéo. Mas Antonio, que ni tenia como Lépido proyecto alguno sobre la ruina de Pompeyo, ni era tan enemigo suyo como Octaviano y en quien se habian encendido contra este mal apagados recelos, vino de la Grecia con una flota de trescientas naves, mas como enemigo que como auxiliar, y desembarcó en Tarento. La mediacion de Octavia y

la necesidad que los Triumviros tenían respectivamente, el uno de fuerza naval contra Pompeyo, el otro de fuerzas de tierra contra los Partos, produjeron un nuevo tratado que se tiró afianzar por nuevos enlaces de familia y en que los contratantes recíprocamente se prestaron aquello de cada uno abundaba; y de que el otro andaba escaso. Dió Octaviano á Antonio veinte mil hombres y Antonio á Octaviano veinte y seis bajeles, quedando declarada la guerra á Sexto, y roto por de contado el tratado de Mesina.

En consecuencia partió Antonio para el Oriente mas emancipandose ya de Octavia y dejandola en la Italia, sin duda cansado de ella y deseoso de volver sin obstáculo á los brazos de Cleopatra. Octaviano empezó con vigor la guerra contra Sexto Pompeyo, y aunque experimentó en el principio algunos descalabros, de todo triunfó su firmeza y sobre todo los talentos del célebre Agripa, que despues de haber ocupado á Tindaris, y salvado á Cornificio á quien Octaviano derrotado por Sexto en un combate se vió precisado á dejar abandonado con tres legiones en Tauromenio, terminó la guerra y el poder de Pompeyo por

el célebre combate de Nauloco del que á duras penas y abandonado de sus fuerzas de mar y tierra pudo salvarse con solos diez y siete barcos, tristes restos de su pasada y brillante fortuna, y sin que esta lección de la adversidad bastase á corregir su espíritu altanero. Las circunstancias le obligaban á echarse en los brazos de Antonio, mas no pudiendo reducirse á hacer un papel subalterno dióse á nuevos proyectos; quiso disputarselas á Antonio, condujose con él dolosamente, hizo invasiones locas en el Asia, y acabó por caer en las manos de los tenientes del Triumviro que por orden de este ó sin ella le dieron muerte. La ocupacion de la Sicilia sobre que Lépido habia calculado para aumentar su poder y su influencia, no sirvió sino para acabar de reducirle á nulidad completa. En su querrela con Octaviano sobre el mando de esta isla sus tropas y las de Sexto que se le habian rendido le abandonaron, y se pasaron á Octaviano, que ya sin ninguna reserva le despojó del Triumvirato, y le confinó á Civitavequia, respetando en él sin embargo la dignidad de *Pontifex Maximus* en que habia sucedido á César. Por de contado Octaviano ocupó la Sicilia

entera y se atribuyó como por herencia de Lépido el Africa y la Numidia.

Entre tanto Antonio que restituido á la Siria habia hecho venir á ella á Cleopatra, disculpadose por la pasada tibieza, y reconciliadose con ella, hacia á los Partos una guerra desgraciada en que nada ganaba su gloria militar, y en cuyo aciago éxito tuvieron no pocas veces mucha parte sus amores, que le hacian precipitar las operaciones, ó tomar partidos poco convenientes á su situacion. Tal fue por ejemplo el de dejar en lo mas fragoso del invierno la Armenia para volver á Siria perdiendo en esta marcha penosa no menos de ocho mil hombres, y el de abandonar la guerra de los Partos precisamente cuando las disensiones de aquellos le presentaban tan buena ocasion de reparar los pasados descalabros, y de hacer florecer de nuevo sus marchitados laureles, y todo por reunirse ó por no separarse de Cleopatra, cuya escandalosa pasion no tuvo de aqui adelante limite ni freno. En vano la virtuosa Octavia, sirviendo asi sin saberlo á la tortuosa política de su hermano, quisó reunirse con su marido y con este designió dejó la Italia. Al llegar á Atenas recibió

de Antonio la órden de no pasar mas adelante, y no contento con esto, qual si hubiese jurado su propia perdicion, mientras Octavia vuelta á Roma, ni solicitada por su hermano queria dejar la casa de su esposo, este llevaba en Alejandria á su colmo la insensatez y el delirio, repudiando á aquella digna esposa y reconociendo y declarando por su muger á la impúdica Mesalina del Egipto. Este desprecio de una matrona romana, esta escandalosa profanacion de las leyes y de las costumbres públicas ofrecieron á Octaviano lo que probablemente deseaba con tanta ansia, es decir un motivo de hacer perder á Antonio en Roma y la Italia toda su influencia y un pretexto para declararle la guerra, consumir la ruina del único rival que le habia quedado y perfeccionar la obra de César. El éxito correspondió completamente á sus esperanzas. Antonio fue por un decreto despojado en Roma del poder triumviral y del consulado que debia obtener al siguiente año, pasandose el que corria en los preparativos de la guerra, que por Octaviano fue declarada como guerra contra Cleopatra.

Las fuerzas de una y otra parte fueron in-

mensas, mas la duracion de la guerra no fue proporcionada á lo que podia esperarse de la violencia de los esfuerzos respectivos, ni del encarnizamiento de los contendientes. Puso al fin término á tan funesta lucha el combate de Accio, en que brillaron de nuevo los talentos de Agripa y en que nada ganó la gloria de Antonio, que abandonó el combate luego que vió que Cleopatra huia con sus sesenta galeras, timidez disculpable apenas en una muger, y debilidad mui poco digna del vencedor de Filipos. Las consecuencias de este triunfo fueron las mas felices para Octaviano, como las mas funestas para Antonio cuyas legiones y fuerza naval viendose desamparadas y casi vendidas por su General se entregaron al primero, dejandole dueño en la Grecia y en el Asia de lo que faltaba para que lo fuese único y exclusivo del imperio romano. Nobstante como tenia mucho que temer de Antonio mientras viviese, al año siguiente despues de haber sosegado con sola su presencia una sedicion excitada en Italia por las legiones que habia licenciado despues del combate de Accio, se embarcó para la Siria, atravesó la Judéa, y habiendo ocupado á Pelusio por inteligencias con Cleo-

patra que infiel á Antonio pactaba en secreto con su vencedor, vino á encerrar á su enemigo en Alejandria, donde, creyendo este á Cleopatra muerta por una noticia falsa que ella misma le hizo dar, se atravesó con su espada. Cleopatra por su parte vió ya mui tarde que el astuto Octaviano la habia engañado con mentidas esperanzas, y sabiendo que debia ser transportada á Roma para realzar su triunfo, no era posible que la que se habia lisonjeado de triunfar con Antonio sobre el Capitolio, se sometiese dócilmente á tanta humillacion. Tomó pues el partido de darse la muerte con un aspid. El Egipto despojado de su inmensa y casi increíble riqueza quedó desde entonces incorporado al imperio romano y gobernado de un modo particular. Galo simple caballero con el nombre de Prefecto y al frente de tres legiones fue elegido para mandarle.

Arregladas asi las cosas en Egipto pasó Octaviano al Asia, y alli permaneció hasta que volvió á Italia en donde le aguardaban los títulos de honor, las recompensas, y sobre todo el poder absoluto tal cual él le codiciaba, y cual acaso le necesitaba la corrompida Roma

para que cesase la anarquía, y se cerrasen una vez despues de tantos años el templo de la Discordia y el de Jano. El diez de Enero de setecientos veinte y tres los Cónsules y el Senado juraron observar como leyes los decretos y ordenes de Octaviano, y la licencia anárquica degeneró en tirania. ¡Apostoles exaltados de las Democracias! Que no nos engañen algunos rasgos sublimes de las pasiones nobles de los heroes de la libertad republicana! No es en ellos donde debemos estudiar únicamente este género de gobierno. Abrazemos el conjunto de su historia, y si nada encontramos ciertamente, que pueda justificar el despotismo de un Sultan, hallaremos en verdad no pocos ejemplos que oponer á brillantes y seductoras teorías, y en ellos el mejor remedio contra los delirios funestos de la fiebre demagógica. La historia de Grecia desde la institucion de Teséo hasta la batalla de Corinto es una serie no interrumpida de convulsiones políticas: la de Roma hasta el combate de Accio es la historia de una revolucion de setecientos veinte y tres años, ó existe de Grecia y Roma una historia que aun no está escrita.

CAPITULO IX.

Caractéres Sabios y Escritores célebres de la tercera época.

Los diferentes periodos que componen esta dilatada época, no pueden ser delineados por los mismos rasgos. En ella la historia de este pueblo asombroso presenta dos fisonomías tan diversas que apenas parece posible, que pertenezcan á un mismo individuo, y si la naturaleza del gobierno, base de nuestra division, ha podido autorizarnos á considerarla como una sola, el que escribiese la historia puramente moral de Roma no podria confundir en una misma unidad tiempos que ofrecen tan opuestas costumbres. ¿ Como representar por un mismo retrato los Fabricios y los Verres, los Catilinas y los Cincínatos? ¿ Como sentar al gloton Apicio á la mesa frugal del primero, ni alojar al fastuoso Lúculo en la humilde choza del último? Pereció Cartago, porque el resorte peligroso de su prosperidad adulteró

su constitucion : perdióse Roma porque sus instituciones la extraviaron del principio de su prosperidad. La naturaleza irresistible en sus leyes ha sancionado la de la mortalidad de los imperios, como la de los individuos, y se ha reservado medios de ejecucion en todas las hipótesis posibles. Nobstante como la prudencia de los hombres, la sobriedad de sus deseos pueden prolongar el periodo de su existencia, y hazersele mas grato substrayendoles á los estragos de la intemperancia, asi en la vida de las naciones la sabiduria del legislador debe en su estado decadente y morboso estudiar y combatir el vicio que las enerva, y no es digno del trono que ocupa si en el esplendor de su gloria, ciego con las ilusiones de su poder, parece dar por su puesta su eternidad, y ni descubre, ni combate el germen funesto, el principio mortífero que se oculta entonces, pero que no por eso deja de existir mezclado y revuelto con los elementos mismos de su propia grandeza. El Cartagines opulento por su comercio, corrompido y afeminado no menos que insolente por sus riquezas, indócil al freno de las leyes rompió el de la obediencia, apeló á la sedicion

para sacudir el yugo de la autoridad y halló en su fortuna la impunidad de su audacia. Trastornó la constitucion que por quinientos años habia mantenido la república esenta de anarquía y de tiranos (1), y al salir de aquel estado de dorada medianía, que si en los hombres como en las naciones no es el único que se concilia con la felicidad es por lo menos aquel en que mas fázilmente se conserva, encontró su destruccion donde su desmesurada codicia la llevó á buscar nuevos tesoros en estrañas conquistas. Roma belicosa por su constitucion tuvo virtudes mientras que quedó peleando *pro aris et focis*, el valor militar pudo ser y fue con efecto noble patriotismo, como que no era mas que la necesidad de la defensa, la de asegurar su existencia política, la de fundar su independencia sobre la victoria, la sumision é incorporacion de cuantos la resistian dentro de la periferia que la naturaleza parece aun designar como los límites de un solo imperio. Si despues que sometidas la Umbría, la Etruria, la Liguria, y toda la Galla Cisalpina ocupaba desde los Alpes hasta el seno de Tarento, contenta con poseer la Sici-

(1) Aristoteles, lib. XI de Republica, cap. 11.

lia, la Corcega y la Cerdeña, baluartes indispensables á su seguridad, fijando su vista sobre la fertilidad del hermoso suelo de la Italia, la dulzura de su clima, y las ventajas de su situacion geográfica no hubiese á fuer de guerrera desdeñado su agricultura, y tenido en menos la industria, el comercio, y las artes verdaderos elementos de su prosperidad, reducida á sus proporciones naturales no habria tan pronto contraído los vicios que la diera su propia obesidad. Mas arrastrada por la fuerza de sus instituciones prefirió al emblema de la abundancia el signo sanguinario de Marte; tremoló su funesta bandera y el soldado romano acostumbándose á mirar la violencia como un título y la espoliacion como un derecho, si en su cuna la necesidad de su defensa le hizo pasar del desórden al órden, de bandido á ciudadano, injusto en la agresion, desmoralizado por sus propias victorias pasó de la libertad al desenfreno de la licencia, de ciudadano á bandido. Con efecto ¿ como podian ser ciudadanos de Roma los que dejando su suelo, perdiendola de vista por muchos años pasaban lo mas florido de su edad á los confines de la Etiopia ó de la Calidonia,

á la falda del Atlas ó del Tauro, sobre el Rhin ó el Danubio, sobre el Orontes ó el Eufrates? ¿como el valor marcial podia enoblecerse por las virtudes del patriotismo, cuando degenerando en una vil especulacion entre un Cónsul ó un Triumviro y sus soldados se convirtió en un contrato infame en que el primero compraba y los segundos vendian su sangre y su conciencia ofreciendo y aceptando respectivamente por precio el saquéo de los extraños, ó la confiscacion y el despojo de sus propios conciudadanos?

Desde la conclusion de la segunda guerra púnica en que Roma dejando de luchar por su independencia política degenera en agresora, no pudo menos comunicar á sus instrumentos el vicio de sus principios, la injusticia de sus proyectos. La libertad y la virtud no piden sino defensores: la tirania y el crimen necesitan de esbirros y sicarios. El Romano de los primeros tiempos de la república, si bien en todos ellos á fuer de belicoso esquivó el yugo de la autoridad, fue sobrio, continente, y morigerado mientras que el amor de su patria le sirvió de moral y de código. Mas cuando aquella calidad que eminentemente le distin-

guia, dejó de tener los mismos motivos, este freno saludable, ¿ como podia conservar los mismos caracteres? El fenómeno se explica fácilmente por sus causas; sin embargo asombra el observar la rapidez con que se efectuó tan contraria y violenta transicion. Entre Curio Dentato y Lúculo no hai sino dos siglos. El Cónsul romano sorprendido por los embajadores de un pueblo enemigo los recibe en su mesa y la pobreza del servicio, lo grosero de sus manjares casi excita la compasion no de Tarentinos y Capuanos sino de Samnitas. El Senador sorprendido tambien por dos amigos los festeja con un banquete en que se gastan doscientos mil sestercios. Desde los primeros tiempos de Roma, las leyes (1) autorizaban el divorcio : pasan quinientos y veinte años antes que Carvilio Ruga dé el primer ejemplo, y la causa es la esterilidad de su muger : median poco mas de ciento y cincuenta hasta los tiempos de Clodio, de Pompeyo y César, y ya ni la paciencia de los maridos es infamia, ni deshonra en las matronas la profanacion del tálamo nupcial : el adulterio y la

(1) Lei 25 de la coleccion de Papirio. Vide Terrasson, Hist. de la Jurisp. Rom.

torpeza cantan un triunfo insolente, ni respetan las aras, y rota la barrera del pudor dejan para siempre de prestar á la virtud el último homenaje que la tributan todavia en medio de la corrupcion la verguenza, y el misterio.

El vicio pasó de las costumbres á los usos, ó por mejor decir, el de aquellas apareció en estos. El traje del Romano fue por largo tiempo una túnica de lana burda hilada por las manos de las esposas y las hijas, mientras el *probitas, forma, fides, fama pudicitiae, lanificaeque manus* de Ausonio fueran los dotes y la dote de las matronas: las lanas finas de Tarento, las de la Bética y las Eritreas ó del Asia fueron despues miradas con desden si no las realzaban la púrpura y el oro. Un humilde cuero cubria sus pies: finas y adobadas pieles teñidas de escarlata parecieron poco si el oro y las pedrerias no las adornaban, y el capricho y la vanidad martirizando la planta de los pies, pretendieron triunfar de la inflexibilidad de aquel metal haziendole servir de suela. Sentados en rústicas mesas, una comida frugal reparaba las fuerzas perdidas en los duros trabajos de la espada ó del arado: tendidos despues en blandos lechos imitando la molicie y

afeminacion asiática acababan de extinguir por los excesos de la intemperancia las que consumieran el ocio y la lubricidad, y ni la turba garrula de parásitos decidores, ni la música de flautas y obués que anunciaban y precedian los exquisitos manjares de un nuevo servicio, ni los perfumes olorosos de un ambiente embalsamado, ni la multitud de bailarines, mímicos y gladiadores bastaba á espantar el tedio de la ociosidad. A las aguas refrigerantes del Tiber en que el antiguo romano se limpiaba el sudor y el polvo de los combates y con que daba á sus músculos nueva tension y fuerza, sucedieron los baños calientes y aromáticos de la sensualidad, que á fuerza de excitarla no tardó en convertirlos en albergue de rufianes y meretrices. En los juegos Consuales y Circenses el salto y la carrera, á pie, á caballo y en carros, el juego Troyano tal cual le describe Virgilio en el lib. V de la Eneida, es decir reducido á una batalla figurada, *pugnæque cient simulacra sub armis*, á pesar de la bárbara rudeza de los tiempos bastaron á divertir á los primeros Romanos : mas « su ferocidad creció con los progresos de la república, » dice el abate Con-

dillac, y mas adelante el cesto, el pugilato y el disco mancharon el circo hasta entonces incruento. A fines de su quinto siglo el fanatismo cruel de dos hermanos Brutos ofrece en los funerales de su padre por primera vez el espectáculo de los gladiadores, y esta aciaga invencion aparece ser tan apropiada al genio de este pueblo, que en los últimos siglos de la república no supo ya divertirse sino con la agonía de la fiera ó el gladiador, los palpitantes y desgarrados miembros de millares de víctimas humanas. ¿Y como es que ni las luces de la Grecia, ni la molicie del Asia consiguen templar esta sed ardiente de sangre, que se aumenta por el contrario á medida que se ilustra y se afemina? El filósofo profundo que acabamos de citar se propone á sí mismo y resuelve este problema. « Un pueblo conquistador, dice, « no puede menos de ser un despota inhumano: « el lujo que en ciertas cosas temple la rudeza « de sus costumbres acaba por sofocar en él « todo sentimiento de humanidad. » En efecto cuando las disposiciones de un ánimo feroz y de soezes costumbres se juntan con aquella media ciencia, aquella dialéctica, que lleva al pirronismo de la virtud, el hombre moral

ofrece la peor combinacion posible. No sin motivo decia Caton en el Senado, cuando pedia que se apresurase la partida de Carnéades el académico, Diogenes el estóico, y Critoláo el peripatético « que se vuelvan á sus escuelas y « enseñen á sus hijos : y que la juventud romana no escuche sino las leyes y á sus magistrados, » y no diremos por eso con un escritor de nuestros dias justamente celebrado que Caton desterró la filosofía de Roma. No desterró sino el espíritu de controversia que en un pueblo que empezaba á ilustrarse, y era ya mucho mas corrompido que instruido no podia servir sino para hazer dudosas las pocas máximas que aun detenian los progresos del mal que amenazaba. A un pueblo, que recorriendo la escala progresiva de su civilizacion se eleva á la opulencia á fuerza de beneficiar por un trabajo virtuoso los mineros de su riqueza, en quien la corrupcion sucede á las luzes, vicios alhagueños y seductores le desmoralizan al fin, pero no le embrutezen. Donde por el contrario la conquista es el origen de la riqueza, y la corrupcion precede á la ilustracion, corre mucho riesgo que al menos las primeras luzes no sean sino

la teoría con que este pueblo defiende su propia barbarie, la hediondez de sus vicios crapulosos, la ferocidad de sus inclinaciones.

Tal es con efecto el aspecto que presenta Roma en los últimos siglos de la república, en que empieza la historia de las artes, y recibe un impulso verdaderamente prodigioso la de sus ciencias y la de su literatura.

En la ocupacion de Tarento y de Siracusa dicen generalmente los historiadores, que empezaron los Romanos á tener las primeras ideas de las artes. Sin embargo parece que no pudieron ignorar, ni dejar de conocer las que los Etruscos poseyeron, la arquitectura, la escultura, el gravado en piedra y aun la pintura. Tal vez la irritacion con que miraron á estos pueblos que durante cuatro siglos les hizieron tan obstinada guerra, pudo mas que la admiracion y respeto debido á los modelos, que su bárbaro rencor destruyó. Mas el Hercules colossal de Fabio Máximo, y los vasos y estatuas de Marcelo no fueron por decirlo asi sino la primera noticia que tuvieron los Romanos de las artes. « Despues de la toma de Corinto por « Memio (Mumio segun otros), dice Caylus,

« despues del triunfo de Paulo Emilio, y del
« de Pompeyo las riquezas de la Grecia y del
« Asia difundidas por Roma hizieron que sus
« habitantes fijasen su atencion sobre la utili-
« dad de las artes, pero como las estimaron
« mas por lujo y vanidad, que no por un gusto
« ilustrado..... semejantes á aquellos hombres
« que de repente se hizieron ricos y no acaban
« de asombrarse de su fortuna y sus honores,
« quisieron poseer los modelos, mas no para
« tomarse el trabajo de estudiarlos, y asi fué
« que incapaces de hazer por sí florecer las
« artes, hubieron de contentarse con ostentar
« su plata y su oro, y tentar asi á los Griegos
« que de tropel acudieron á su invitacion. »

El Abate Condillac presenta esta misma idea, y si con una expresion algo mas cáustica tal vez no menos exacta y verdadera. Segun este los modelos de las artes excitaron la rapacidad de los Romanos y no su ingenio, y se dieron á robar en el Asia y la Grecia vasos y estatuas como en otros tiempos robaban las mieses á los Faliscos ó Fidenacios. En efecto hasta los tiempos de los Emperadores Roma con relacion á las artes no tiene por decirlo asi historia propia.

No diremos otro tanto de la literatura, y particularmente de la oratoria, que tocó á su término en la boca de Ciceron y expiró en sus labios entre los horrores de la licencia republicana, y ni pudo resucitar despues durante los Césares bajo la siniestra influencia del astro de la tirania. La elocuencia virtuosa como la verdara libertad su aliada asi sucumbe entre los gritos horrisonos de la anarquía, como en el silencio sepucral de un despotismo feroz, y asi huye de la mordaza de los tiranos como del puñal de los asesinos. Deseariamos que nuestro instituto nos permitiese recorrer uno por uno la historia de cuantos honraron con sus talentos y sus virtudes este arte divino, ó desde Caton el censor como quiere Quintiliano, ó desde Marco Cornelio Cétego que Ciceron cuenta como el primero; que existió por los tiempos de la segunda guerra púnica, y cuya dulce elocuencia celebraba el Poeta Enio que le alcanzó y le oyó. Mas en la imposibilidad de hazerlo asi habremos de contentarnos con citar los nombres de Cayo Lelio, Escipion Emiliano, los Gracos, Servio Galba, Craso, Antonio, Cota, Hortensio y César, que con el padre de la elocuencia romana cierran

el cuadro de la época que vamos describiendo. Otro tanto nos vemos precisados á hazer con la poesía, que reducida en los primeros tiempos á los desaliñados y satíricos versos Fesceninos, cuyo abuso excitó la animadversion de las leyes de las XII Tablas (1) apenas salió de este estado, hasta que en el siglo sexto de Roma la imitacion de los modelos griegos la sacaron de la imperfeccion en que yaciera. Livio Andrónico, Nevio, Enio, Accio, Pacuvio, Cecilio, Afranio, Plauto, Terencio, Lucrecio, Lucilio y Catulo cultivaron con mas ó menos mérito la sátira, la tragedia, la comedia y la epopeya. Mas si la oratoria rápida en sus progresos tocó en el siglo séptimo á su robusta virilidad, la poesía mas lenta en los suyos á excepcion del género cómico no pasó durante este periodo de su adolescencia. Estaba reservado á Horacio y Virgilio el dar á Roma su Homero y su Teócrito, su Anacreonte y su Píndaro.

En la historia, desde los primeros tiempos se ocuparon los Romanos de consignar en sus archivos cometidos al orden sacerdotal los sucesos importantes de la suya, y si las pro-

(1) Lei 57, tab. 7. Vide Ferras.

ducciones de su infancia y aun casi todas las de su adolescencia no hubieran perecido entre las continuas agitaciones y sacudimientos de esta nacion inquieta, otra seria la certidumbre con que podriamos escribir y garantizar los hechos de los cinco siglos primeros, pues aunque segun Ciceron (1) los trabajos de los antiguos no fuesen sino cronicones ó anales, por el modo con que se hacian, segun el mismo refiere, á parte los hechos que el sacerdocio hubiese tenido interes y posibilidad de desfigurar, en todo lo demas no podia menos de relucir la veracidad de la historia. « Desde la fundacion de Roma, dice, hasta « P. Mucio Pontífice Máximo, los pontífices « escribian todos los sucesos, formaban en « cada año su albo y le exponian al público « en su casa *potestas ut esset populo cognos-* « *cendi* y estos albos recibieron el nombre de « Anales máximos. » Si varios escritores modernos hubiesen fijado su atencion sobre este pasage de Ciceron no habrian incidido en el error de asegurar « que en lugar de « Anales se contentaban con poner todos los « años un clavo en el templo de Júpiter Capi-

(1) Lib. 2 de Oratore, parr. 12.

«tolino, y que á esto se reducian sus medios
«de fijar la cronología.» Ciceron en el lugar
citado refiere como los primeros historiadores
ó mas bien analistas á Caton, Fabio Pictor,
y Pison, que cuidando poco del ornato se con-
tentaban con ser entendidos y brebes y aña-
de, que Celio Antípatro dió ya algo mas de
dignidad á su estilo, y supone que hubo otros
varios pues concluye diciendo «*Cæteri non
exornatores rerum sed tantummodo narra-
tores fuerunt.* El mismo Ciceron en el cap. 2.^o
del Lib. 1.^o de *Legibus* en boca de Atico que
le excita á escribir la historia, que supone no
formar parte todavia de su literatura, cuenta
entre los analistas à Venonio y à Fanio con-
temporaneo de Antipatro, y añade que, no
con mejor éxito les sucedieron Gelio, Clodio,
Aselio y Macer de quien distingue á Síseno
amigo de este y no mui feliz imitador de Cli-
tarco. No son sinembargo estos los únicos que
pertenecen á esta época, y omitiriamos los
mejores, los que ya con otro aliño escribieron
la historia, si no mencionáramos á un Catulo
imitador de Jenofonte segun Ciceron, al ora-
dor Hortensio que escribió tambien unos

Anales que cita Patérculo(1), á Terencio Varro, Pomponio Atico, Sila y Lúculo. ¿Y quien podria perdonarnos si olvidasemos á Cesar, de quien Ciceron dice en su libro de *Claris Oratoribus* » *illum omnium ferè oratorum latinè loqui elegantissimè*, y de cuyos comentarios poco mas adelante haze tal elogio que concluye diciendo « *Sanos quidem homines à scribendo deterruit?* »

No fueron los Romanos tan inclinados á las ciencias exactas y naturales como á la literatura, y asi es que sus progresos en ellas fueron tan pocos, que en esta época no hallamos un nombre digno de pertenecer á la historia de estas Ciencias. Apénas se puede citar un geometra, un naturalista, un astrónomo. Todavía en los tiempos de Tiberio un eclipse de luna terrorizaba las legiones sediciosas de la Panonia (2) y el celebrado Nigidio Fígulo á pesar de su Esfera Barbárica y Grecánica y del pomposo elogio de Lucano (3) debió tener mas de astrólogo que de verdadero astrónomo, segun lo dado que fue á la adivinacion cual refiere

(1) Lib. II, Hist., cap. 16.

(2) Tacito, lib. I de los Anal., cap. 28.

(3) Phars., lib. I, ver. 640.

Suetonio (1) y cual le pinta Dion (2). Si le pudo convenir el título de Matemático, mas que en su verdadero sentido debió de ser en el de las leyes del lib. IX tit. XVIII del código de *Maleficis et Mathematicis* en que matemático es como sinónimo de astrólogo, nigromántico ó saludador y no de geometra y asi dice la lei de los emperadores Diocleciano y Maximiano que es la segunda del título « *Artem Geometriæ discere atque exercere publicè interest : ars autem mathematica damnabilis, interdicta est.* » Savemos en fin que Cesar para los trabajos astronómicos que exigió la correccion que lleva su nombre se valió de Sosígenes Matemático y astrónomo célebre del Egipto.

Aun mayor fue la ignorancia de los Romanos en la medicina. Mas de seis cientos años segun Plinio estuvieron sin médicos y todavia segun él desdeñaron por largo tiempo esta profesion. Nosotros abandonaremos á los defensores de esta noble Facultad el apurar la verdad del hecho, ó en su caso el examinar si vivieron

(1) Suet., vida de Augusto, cap, 24.

(2) Dion., lib. 45, p. 1.

mas ó vivieron menos, y si las diferencias que pudo haber en esto se debieron á la presencia de la medicina y no á la de los vicios con que les contaminaran sus perdidas costumbres. Mas lo que no podremos omitir como que tiene una relacion directa con nuestro objeto sera decir, que este solo hecho explica en el periodo de que vamos hablando el atraso de unas ciencias, las preocupaciones concebidas contra otras, y los viciosos métodos y errores de todas, y añadiremos que el odio á la medicina, la ignorancia que desconoció su utilidad y la tirania que la proscivió, ni son, ni pueden ser sino signos de barbarie. Del estudio del hombre físico depende en lo humano toda la ciencia, y todas las ciencias del hombre.

No sin razon hemos reservado para el fin, y nos hemos propuesto hablar unidamente de la filosofia y la jurisprudencia inseparables en sus progresos y cuyo divorcio lastimoso ha sido siempre funesto á las dos, ya para no autorizar con un ejemplo la separacion, é inculcar mas la máxima que supone su vínculo indisoluble, y ya por que con efecto creemos verlas unidas donde quiera que á

costa de despedazarlas á entrambas no las dividen ó las violencias de la sedicion, ó el terror de la tirania. No se nos oculta que Condillac,(1) que no cree ver jurisprudencias entre los Griegos, observa que la filosofía fue entre ellos una profesion, mientras que entre los Romanos no fue sino un accesorio de la que cada uno tenia, determinandose su eleccion entre las diferentes sectas en que aquellos la habian dividido por la que simpatizaba mas con su carácter y posicion. Dicho sea sin ofensa de este hombre eminente, que como á pocos nos inspira un respeto que casi degenera en culto, echamos de menos en él en esta ocasion aquel analisis profundo que caracteriza su sublime ingenio. Si por filosofía se entiende aquella dialéctica sutil, aquel espíritu de controversia y paradoja que traia en continua lucha el Pórtico con la Academia, el Cinosargio con el Liceo, aquella dialectica en fin de los Griegos «*qui n'a jamais été qu'un jargon*» segun el mismo la define, cierto es que á manera del escolasticismo á quien tanto se asemeja ó de quien por mejor decir en nada difiere, puede formar una profesion separada

(1) Hist. Ant., tom. XIII de sus obras, cap. 5.

de la jurisprudencia y de todas las ciencias. Mas aquella filosofía racional que debe al mismo Condillac una buena parte de sus brillantes descubrimientos, aquella filosofía que estudiando los fenomenos de nuestra inteligencia es como la antorcha que nos alumbraba en las investigaciones de todas las demas ciencias, esta es, ha sido y será siempre la base de todas ellas y en este sentido en Roma, en Atenas, donde quiera el accesorio de todas las profesiones. Y nada se diga de aquella parte de esta misma filosofía, que observando todas las modificaciones de nuestra sensibilidad afectiva, halla en el estudio de nuestras pasiones la fuente de nuestros derechos, como el origen de nuestros deberes. ¿Como separa del estudio de la jurisprudencia? ¿Que puede ser esta sin la moral? ¿Es acaso la primera otra cosa que la continuacion de la segunda, su aplicacion al órden civil, no mezquinamente reducida al *tuyo y al mio* sino elevada á toda la ciencia del legislador? Esta considera al hombre; aquella al ciudadano y estas dos ideas no se pueden dividir sino por destruccion. Si el esclavo dejo de ser ciudadano es porque dejo de ser hombre, bien que el autor

del homicidio sea un tirano ó un demagogo. Cualquiera que fuese el nombre que se dieran ¿que eran los oradores Griegos cuando en los juizios, ó en la tribuna defendian ó discutian los derechos de sus conciudadanos sino sus filosofos jurisperitos? Que eran los jurisconsultos romanos en las mismas situaciones sino los jurisperitos filosofos? Decir que aquí hubo los unos, y allá los otros es como si se digera que ni aquí ni allí hubo ninguno. Decir que Tiberio Coruncano fue el premier jurisconsulto romano es como decir que no existió la América hasta que Colon la descubrio. Decir que no hubo en Grecia jurisconsultos porque no se dieron este título, porque no se formaron en colegio, porque fue una profesion libre, ó que no los hubo en Roma hasta que Augusto hizo de la jurisprudencia un privilegio exclusivo, seria como decir que no habia habido sal hasta que se vendió en los estancos. Digase en buenhora, distinguiendo las dos partes de que se compone la ciencia de las leyes, que los Griegos comenzando por donde no se podia menos, adelantaron la de la filosofia y la moral hasta un punto « que « los Romanos no solo no añadieron una

« nueva verdad, sino que ni aun descubrieron « un error (1) » y que los Romanos instruidos en su filosofía racional y moral en el estado que entonces tenia esta parte de la ciencia, dando á entrambas una direccion mas determinada al estudio del derecho civil le adelantaron en términos, que de mui pocos descubrimientos puede gloriarse la civilizacion de los modernos pueblos sobre este terreno que descuajaron en la primera edad de la jurisprudencia despues de los Reyes y desde los decenviros en adelante Tiberio Coruncano y los Elios, Lucio Atilio, Marco Caton, J. Bruto, P. Escevola, Manlio Torcuato, Cayo Marcio Fígulo y Livio Druso, y que en la edad media fertilizaron Rutilio Rufo, Elio Tuberon, los dos Escévolas el Pontífice y el Augur, Aquilio Galo, Lucilio Balbo, Aufidio, Juvencio, y Sexto Papirio maestro del que fue la primera lumbrera del Foro romano, del celebrado Servio Sulpicio, término de la época que describimos y de la ciencia dentro de ella.

Mas nada de cuanto hemos dicho se opone á que consideramos la filosofía de los Griegos separadamente por el influjo que pudo ejer-

(1) Condillac, en el lugar citado.

cer sobre las costumbres públicas, y que no permitiendo la brevedad de unos elementos destinados á la enseñanza, que entremos en la discusion del que ejercieron cada una de las sectas en que se hallaba dividida, digamos en resumen, que la del Pórtico ó la de los Estóicos fue la que en el principio se generalizó mas, y la que mas adelante fue el distintivo de los pocos que en medio de la corrupcion general conservaron el austero civismo de los primeros tiempos; que la escuela de Platon fue entre ellos poco ó nada conocida; que la de Aristoteles no lo fue hasta los tiempos de Sila, y que si acreditada por Cratipo tuvo tambien en los tiempos de Ciceron sus partidarios y algunos momentos de favor, no se extendió, y ultimamente, que cuando mas adelante aumentada la corrupcion el vicio aspiró á tener su teoria, y empezó con descaro á pedir cate-dras y escuelas, la secta de Epicuro, tal cual la habian deshonrado sus discípulos, se hizo dominante, echo raizes, las extendió por todas partes; el lujo y la depravacion pervirtieron desde las clases mas elevadas hasta las mas humildes, y perdiendose asi toda idea de virtud y patriotismo, en el tránsito de una repú-

blica anárquica al despotismo de los Césares quedó ya Roma preparada á la suerte que en los tiempos de Juvenal no era todavía sino una profecía :

Sævior armis

Luxuria incubuit, victumque ulciscitur orbem (1).

(1) Juv., sat. vi.

NOTAS.

NOTA 1ª.

La geografía como la historia, ó por mejor decir la historia de la geografía se pierde como la de las naciones en la obscuridad de los primeros tiempos. Sículos, ó Sicurios, Opicos, Oscos, Ausones, Aborígenes, cada una de estas denominaciones pediría una larga disertación en que después de haber comparado à Tucídides con Herodoto, à Briecio con los Enciclopedistas, y á Segur con Niebuhr acabaríamos por convencernos de aquella triste verdad.

NOTA 2ª.

No ha faltado quien quiera despojarles de esta gloria, atribuyendo á otros la fundación de Roma, disputando acaso tan prolija como inútilmente sobre el origen, significación de la palabra, y fundador á que debió su nombre, y en verdad no seríamos nosotros los que nos encargásemos de sostener ninguna opinión. Tales discusiones no son propias de unos elementos, y entretanto que la historia vive de obscuras tradiciones no es cosa de abandonar la más recibida mientras que las otras no cuenten en su favor con razones bastante sólidas para justificar como demostrada la preferencia que reclamen. No ha salido por decirlo así de los límites de la fábula, de la ficción poética, y la convienen sus preceptos: el *Famam sequere* de Horacio. Sin esto y las juiciosas razones de nuestro Mariana, entre otras variantes, no habríamos dejado de hacer mención de la que sobre la autoridad de Favio Pictor quiere, que la Española Roma hija de Atlas que adquirió de su padre por juro de heredad todo el terreno que

bañaba el Alvula, echase sobre el monte Palatino los primeros cimientos de la ínelita ciudad, pues aunque no nos atreviesemos á tomar por nuestra cuenta el cargo de probar que la autoridad de este historiador romano, que existia por los años doscientos y tantos antes de la venida de J-C, baste para justificar la novedad de tal tradicion, ni á defender, ó las imposturas de Anio de Viterbo, ó si esto no, la autenticidad de los manuscritos que Leandro Alverti asegura haber visto en la biblioteca de esta ciudad, y que los mejores críticos por razones harto victoriosas consideran como apócrifos, ahí está nuestro Diego Lopez erudito comentador de Valerio Maximo, Juvenal, Perseo y Virgilio, que á falta de autoridad en que fundarlo nos sacará del empeño por una congetura ingeniosa y nos probará que si la lengua castellana se llama Romance no es cual quiere Covarrubias por que este nombre como genérico se haya dado á las que se formaron por corrupcion de la romana, sino por que « los antiguos Españoles la llamaron asi en memoria de aquella » valerosa Española llamada Roma, que fundó en Italia un lugar que llamó Roma y que amplificó Romulo. » Si la gravedad de nuestro asunto no se diese por ofendida, nos atreveriamos á sospechar, siguiendo la misma idea, si la misma hija de Atlas se llamaría Roma por chata ó falta de narizes, y su sucesor Romulo adoleceria del mismo achaque, y se llamó asi como si digéramos el *romillo*. Es costumbre entre los grandes personajes el convertir hasta los defectos naturales en título de dignidad. Si el laborioso Diego Lopez no hubiera dado tantas otras pruebas de juicio recto y de vastísima erudicion, á juzgarle por este solo rasgo no dudariamos reconocerle por de la familia de aquella fundadora.

NOTA 3ª.

Dicen otros que Romulo empezó por hazer la distincion de familias, y que de las asi distinguidas se eligieron los cien senadores, y que el nombre de Patricios les fue dado por que eran en aquella primitiva reunion de aventureros los únicos que tenian Padre y familia conocida. Lo primero es conforme á Dionisio Halicarnaso; en lo segundo nos choca, que se pretenda hazer de Roma una especie

de fundacion de niños expósitos. ¿ No podría ser que los distinguidos y designados por Patricios fuesen aquellos pocos, que gozasen de los honores de la paternidad, que debía parecer en estos primeros momentos hasta como una especie de magistratura, y que este título de nobleza fuese considerado como un estímulo poderoso para atraer familias enteras, y favorecer mas en grande y de un modo harto mas conveniente la emigracion de los demas pueblos de la Italia?

NOTA 4ª.

El Congio era una medida de líquidos. Las superiores à él eran el Culex, et Anfora, la Urna, y las inferiores el Sextario, la Hemina, el Cuartario, el Acetábulo, el Ciato y la Ligula. No creemos poder dar mejor idea del Congio, que copiando lo que de él dice Mariana en su tratado *de Ponderibus et Mensuris* y con quien está enteramente de acuerdo Pauton en su Metrologia. « *Formatur autem congius, dice, ex dimidio pede romano omni ex parte quadrato, capitque sextarios Toletanos septem cum dimidio. . . . Continet ergo congius sextarios Toletanos $7 \frac{1}{2}$ hoc est duas azumbres minus sextarii semisse.* De esta medida tomaron su renombre varios bebedores célebres como Torcuato de Milan que se llamó Tricongio, y el hijo de Ciceron Bicongio. Mas aunque el congio fuese medida de líquido no por eso es menos cierto como se vé en repetidos pasages de Tito-Livio, Plinio, Tácito y Suetonio que así se llamaron *Congiaria* los donativos ó distribuciones de dinero ó trigo, como los de vino ó azeite.

NOTA 5ª.

¿ No pudieron ser creados para introducir en el senado las familias nobles de la arruinada Alba, haziendo así que este representase los tres grupos de que se componia la poblacion? Esta sospecha parece tanto menos inverisimil cuanto que los Albanos no podían menos de ser considerados como descendientes de progenitores comunes, y que en las tradiciones posteriores, en el lenguaje de los oradores y los poetas se vé la fraternidad particular que hubo entre los dos pueblos, el respeto augusto con que fue mirada la nobleza Albana.

Genus unde latinum

Albanique Patres, atque altæ mœnia Romæ. VIRG.

NOTA 6ª.

Ya en los tiempos de Romulo circulaban en Roma, segun Festo, algunas monedas acuñadas de plata y oro, mas no romanas sino extranjeras. « *Etenim solebant jam inde à Romulo nummis atque argenti signati ultramarinis uti.* Numa Pompilio fue el primero segun Plino lib. 33 cap. 1 que hizo fabricar una especie de moneda de cobre y estableció una compañía de monederos que se llamaron *Era-rios*. Estos pedazos de metal que se llamaron *Æs rude*, *Æs grave*, *rodus*, *raudus* carecian de todo tipo, y en los contratos se tomaban al peso, de donde vino el *pendere pro solvere*, y que se llamase *Libripende* al encargado del peso publico. Servio Tulio sin duda perfeccionando la idéa de Numa para evitar en los contratos la prolija operacion del peso, è intervencion del contraste, vinculó al tipo y por una sola operacion la confianza pública. Las monedas de cobre eran el *As* ó *livra*, el *Semis*, el *Triente*, el *Cuadrante* y el *sextante*. Las moneda de plata no empezó à estar en uso hasta el consulado de Q. Ogulnio y C. Favio en cuatrocientos ochenta y cinco segun el mismo Plinio, fecha que equivocadamente hemos fijado en ochenta y tres en la pag. 137. Las monedas de Plata eran el *Denario*, el *Quinario*, el *Sextercio*, y la *Libela*, que segun Ciceron era la mas pequeña. Las de oro se empezaron à acuñar en quinientos cuarenta y seis, y estuvieron con la plata en la proporcion de uno à diez durante la república. » *Ut pro argenteis decem aureus unus valeret*, dice Tito Livo.

NOTA 7ª.

Si valuamos la moneda de Servio, dice Paucton, tomando par término de comparacion la moneda francesa, hallaremos que el *As* de peso de una libra romana valia algo mas de veinte y ocho sueldos. Siguiendo esta regulacion, los que tenian cien mil ases y formaban la primera clase tenian una riqueza de ciento cuarenta mil y quinientas libras de capital, y cuatro mil seiscientos ochenta y tres de renta. Aplicado este mismo cálculo à las otras, facil es fijar la riqueza de cada una y formar la escala de progresion entre ellas.

NOTA 8ª.

« *Qui vix alio rempublicam servarent quam prole.* Vosio. *Proletarii cives dicebantur, qui in plebe tenuissima erant et non amplius quam mille et quingentos æris in censum deferebant.* Nonius Marc. Se diferenciaban de los *capite censi* en que estos ó tenían menos ó nada. Con el nombre de *Assidui* eran designados los ricos : *quasi multorum assium* dice Festo.

NOTA 9ª.

No se nos oculta que ninguno de nuestros clásicos del siglo XVI ha usado de este verbo, que será censurado de galicismo, y que no está en el Diccionario de la lengua. Le usamos por que no nos pesaria verle introducido en ella. No tenemos ninguno que exprese la misma idea. Introducidos y autorizados estan en nuestra lengua el adverbio *improvisamente* y el adjetivo *improviso*, y pues que tenemos con que hazer casta, extendamos la familia, y no nos curemos ni dejemos poseer de los terrores pánicos del purismo. Por que tengamos en la lengua un verbo mas este género de profanacion no nos atraera la colera del cielo. El pueblo mas sabio de la Europa, en la lengua como en mil otras cosas se ha hecho rico à fuer de poco escrupuloso, y tomando de los demas cuanto ha creído necesitar ó convenirle.

NOTA 10ª.

De una lei de Numa que cita Plutarco y por la que se declaraba que era un crimen contra la divinidad el atribuirle una figura cualquiera de animal ó de hombre, y que por consecuencia proscribia toda imágen ó estatua, se puede congeturar que la religion de este príncipe explicada en sus libros aparecia en ellos mui depurada de las groseras supersticiones con que la manchó despues el sórdido interes de los que especularon sobre la credulidad del vulgo. Si tal fue Numa, anterior à Pitagoras, no recibió de este Filósofo, sino que profesó antes que él, sus dogmas sublimes acerca de la Divinidad.

NOTA 11ª.

Parece que el tratado se haze en Cartago, y se ve que los roma-

nos iban ya á comerciar á sus puertos: que eran dueños absolutos de la Cerdeña, y ocupaban parte de la Sicilia. Aparece que estos estaban en posesion de la preponderancia marítima, mas se ve asimismo que los Romanos eran ya mui considerados, y se iban arrogando y poniendo en posesion del protectorado aun de las ciudades libres de la Italia. Aprovechamos esta ocasion para corregir un error de imprenta que se halla en el cuarto artículo del tratado pag. 62. Debe decir *en presencia de estos dos*, que es lo conforme al texto « *Quidquid hisce presentibus fuerit venditum (scilicet præcone et scriba) publica fide venditori debitor* » dice Polibio lib. 3º Hist.

NOTA 12ª.

De aqui el que se digese que los censores estigmatizaban con sus juizios : *notas inurebant*. De aqui el *è tribu moveri el ærarium facere et in cæritum tubulas referri*, ó reducir el ciudadano á la condicion de los Cerites, que era un pueblo á cuyos habitantes habian concedido los Romanos los derechos de ciudadanos excepto el de votar en las asambleas. La *Animadversion Censoria*, que era como se llamaban sus sentencias, eran ignominiosas, pero no irrevocables.

NOTA 13ª.

Los Gansos del capitolio han sido no pocas veces objeto de una crítica burlona. Nos guardaremos de tomar con calor su defensa, ni de repetir con Plutarco para hazerlo verisímil, que las escasezes del capitolio los tenia hambrientos y listos, que es animal mui tímido, de sueño mui ligero, y de un graznido penetrante y agudísimo, pero lo que no puede negarse, por que de ello habla Plutarco como de una ceremonia que se hazia en su tiempo, es que los Romanos en una de sus fiestas sacaban en procesion á los gansos en andas, y aun perro ahorcado. Esta supersticion debia sin duda su origen á algun suceso y nadie le asigna otro.

NOTA 14ª.

« *Nec nuncius quidem cladis relictus* dice Livio en el libro 5º, mas Polibio dice que los Galos precisados á acudir á la defensa de su territorio invadido por los Venetas dejaron á Roma ajustando sus diferencias con los Romanos : *Pace cum Romanis facta, urbeque ipsis reddita ad suas sedes redierunt*. Polib. lib. 2º *Historiarum*.

NOTA 16ª.

Esta peste fue terrible, y con ocasion de ella, y no habiendose disminuido sus estragos para la ceremonia del Lectisternio, se instituyeron los Juegos Escénicos en honor de los Dioses y se clavó por primera vez el clavo misterioso en el templo de Júpiter. El *Lectisternium* así llamado de *lectum sternere* era un gran banquete dado à los Dioses para aplacar su cólera, y que preparaban los Epulones. Diosele este nombre, por que bajando las estatuas de los Dioses convidados, las ponian tendidas *veluti in lecto accumbentes*. Los juegos escénicos à juzgar por su origen debieron tener por asunto representaciones sagradas. Lactancio, Salviano y Tertuliano, citados por nuestro Mariana en el tratado de los espectáculos cap. 2 de la traduccion castellana que poseemos, los suponen dedicados à Venus y Baco, mas por el motivo mismo de su institucion no es de creer que en el principio fuesen como aquel dice, tales « que toda deshonestidad torpe y fea en aquellos lugares se ejercitase. » El clavo misterioso se clavaba asimismo con gran ceremonia en las calamidades públicas en el templo de Júpiter. Le clavaba un magistrado que solia ser el Dictador, cuya eleccion suponía alguna.

NOTA 17ª.

Nos explicamos con esta especie de circunspeccion tímida no en verdad por aficion que profesemos à los autores de tumultos y asonadas, y aduladores del populacho, especie de Despota que tambien tiene los suyos, sino por que la imparcialidad histórica pide que se diga, que en el suceso de Manlio, (como en el de Casio y Melio) cuyo capitulo de acusacion aparece haber sido el de que querian apoderarse del poder absoluto conspirando contra la república, los historiadores no nos han dejado pruebas. Todo se ha reducido à acusarlos de la popularidad que habian adquirido y de su liberalidad con el pueblo con la añadidura de que se tenian en sus casas juntas nocturnas. Mas todo esto es muy vago. ¿ quienes eran los complicés, el plan, el dia de la ejecucion y sus medios? Livio y Plutarco estan contestes en lo general de los hechos, mas si el segundo dice sin pruebas que por las mas evidentes se hallaba Manlio convencido, el pri-

mero como que echa de menos las que nosotros deseamos para fijar el juicio. « *Inde de regno agendi ortum initium dicitur: sed nec cum quibus, nec quem ad finem consilia, pervenerint, sat planum traditur.* » Por otra parte se sabe como trató el senado mas de una vez à cuantos patricios por mui populares miraba como refractarios ó desertores de la bandera y de los intereses de su órden.

NOTA 18ª.

Los Ediles plebeyos fueron creados en el Monte Sacro al mismo tiempo que los tribunos y como subalternos suyos segun Dionisio Halicarnaso. Tito Livio los anumeras entre los magistrados cuya profanacion producía el terrible anatema. « *EJUS CAPUT JOVI SACRUM ESSET: FAMILIA AD ÆDEM CERERIS; LIBERI LIBEREAQUE VENUM IRET.* Al menos desde la lei Publilia que atribuyó al pueblo reunido en tribus el derecho de nombrar los magistrados plebeyos debieron ser nombrados, *in comitiis tributis*. Elevados desde el banco de los tribunos à la silla curul y admitidos los plebeyos à las magistraturas supremas debió desaparecer toda distincion entre los que de una à otra clase la ocuparan, y esta dignidad no pudo menos de mudar de carácter y dejar de ser dependiente de los tribunos.

NOTA 19ª.

Los interreges empezaron con la ocasion que indicamos al folio 23. En lo sucesivo continuaron llamandose de la misma manera los senadores que ejercian la dignidad consular cuando por cualquiera motivo no habia ni dictador ni cónsules, ó porque muriesen ó porque los tribunos del pueblo oponian su Veto à las elecciones.

NOTA 20ª.

Tito Livio en libro 8º refiere la formula de esta imprecacion con el ceremonial que la precedia. *Pontifex eum togam pretextam sumere jussit, et velato capite manu subter togam ad mentum exerta, super telum subjectum stantem sic dicere: Jave, Jupiter, Mars, etc.*

NOTA 21ª.

Este año (ó el de 490 segun otros) fue tristemente memorable

por la bárbara invencion del combate de los gladiadores, con que en los funerales de Bruto sus hijos Marco y Decio creyeron honrar las cenizas de su Padre. • *Nam gladiatorum munus primum Romae datum est in foro Boario Appio Claudio, et Q. Fulvio consulibus. Dederunt M. et Decius filii Bruti funebri memoria patris cineres honorando* dice Val. Max. lib. 2. Esta supersticion cruel degeneró mas adelante en un espectáculo à que con furor acudia el pueblo, y para satisfacer su sanguinaria inclinacion fue necesario eregir escuelas de ferocidad cuyos gefes ó empresarios se llamaron Lanistas y el pueblo romano no se contentaba con ser expectador: *Pollicem permendo aut vertendo* si tal vez libertaba la víctima que habia succumbido, se manchaba otras con un vil asesinato. La abolicion de tan horrenda costumbre es uno de los insignes beneficios, que debe la humanidad à la religion de Jesu-Cristo, à las dulces y celestes máximas de su Evangelio, à las virtudes y ejemplos de los primeros fieles. Constantino mandó cesar estos cruentos espectáculos como él los llama en la ley, que es la 1ª del lib. 15. tit. 12 del Código Theodosiano edicion de Juan Tilli ó Teil de 550. Sinembargo aun no cesaron enteramente hasta los tiempos de Honorio, y à juzgar por este solo rasgo se diria que el pueblo romano necesitó dejar de ser, para dejar de ser feroz.

NOTA 22ª.

No fue tampoco para aplaudida la humanidad de la familia de Regulo con las víctimas cartaginesas que el senado puso en sus manos por via de expiacion, pero de esto se ha hablado menos. . . Los Romanos vencedores han escrito la historia de Cartago vencida. *Vae victis!*

NOTA 23ª.

No se nos oculta que varios de nuestros historiadores sin miedo de perderse en las tinieblas mitológicas han atribuido à Hercules Libico la fundacion de una aldea de pescadores con el nombre de *Barcanona*, ni citamos al P. Barellas que en su Centuria ó historia de los famosos hechos de Don Bernardo Barcino, y Don Zinofre su hijo Condes de Barcelona quiere « que la Favencia de los Romanos

hoi Barcelona fuese la silla del imperio de Tubal donde vino á « coronarle el Abuelo Noé como lo prueba hasta la evidencia el que « el Montjuí ó Monte de Jano conserve el nombre del Abuelo « Noé. » Otro tanto valdria citar las Sergas de Esplandian ó la famosa historia del esforzado caballero Partinobles Conde de Bles y emperador de Constantinopla. No sin razon da Nicolas Antonio el nombre de Pseudohistoria á la tal Centuria.

NOTA 24ª.

Mariana la llama Cauca « asentada, dice, donde al presente vemos la villa de Coca. » Ptolomeo, en el lib. 2, la llama *Cauca*, y su traductor y anotador Pedro Montano pone por equivalente *Conca*, y por modernos *Coca*, *Cuenca*. Nebrija dice *forte Cuenca*. Ferreras conviene con Mariana en que Lúculo hazia la guerra á los Vaceos que eran los de Coca, Medina del Campo, Valladolid, Rioseco y Palencia hasta el Ezla.

NOTA 25ª.

Los del orden ecuestre ó Equites que empezaron en los Celeres y fueron durante los reyes una especie de guardia real dividida en cuatro compañías ó escuadrones bajo la denominacion de Ramnenses, Tacienses, Lucerios y Posteriores, aumentados despues considerablemente, eran en el ejército una milicia distinguida, pero mas adelante degenerando de su primitiva institucion se hizieron los arrendadores de las rentas públicas divididos en diferentes compañías, y presididos por el que se llamaba *Magister Societatis*. Así resulta entre otros de Ciceron que en la epistola 9 del lib. 13 de sus Familiares recomienda á Cn. Pupio al Cuestor de Bitinia Crasípedo, diciéndole que lo haze porque sabe cuanta influencia tiene un cuestor en el orden de los publicanos, que de esta manera les llama así en esta epistola como en las oraciones *pro lege Manilia* y *pro Planco* y en otros lugares, prodigándoles siempre los mayores elogios. Fácil es conjeturar el grande influjo que debia ejercer el Cuestor ó tesorero general de la provincia sobre la sociedad de publicanos recaudadores de sus tributos. Ciceron en este lugar se repite mui amigo del orden, se muestra agradecido á los favores que le debe, dicese particular-

mente adicto á la sociedad de Bitinia y entre sus mas afectos en ella cuenta á Rupilio, *qui est in ea Magister Societatis.*

NOTA 26a.

Ptolomeo en el lib. 2º los fija en la Panonia inferior y no en la superior como equivocadamente dice Nebrija, equivocacion de las que Juan Bolero se propuso enmendar corrigiendo segun dice en su edicion de 560 los errores de texto que se hallaban en las anteriores ediciones de España y no lo hizo consultando el original. Aun es mas estraño que en la edicion de 581 in *Ædibus Antonii Nebrissensis* se haya mantenido el mismo error, y aun cometido el de escribir *Scorpisci* en lugar de *Scordici*. De acuerdo con Ptolomeo se hallan estos pueblos situados entre el Savo y el Dravo en la carta de Isidoro Mercator, y en la de la Iliria occidental de Sanson. Segun dice los Escórdicos eran una colonia de las Gaulas establecida en la Tracia.

NOTA 27a.

Aurum Tolosanum fue segun Aulo Gelio, lib. 3, cap. 9, un proverbio como el de *habet equum Sejanum*, ó para expresar la desgracia que á alguno le amenazaba, ó las calamidades que ya le affligian, y el mismo autor en el lugar citado dice porqué. *Nam cum oppidum Tolosanum in terra Gallia Q. Cepio consul diripisset multumque auri in ejus oppidi templis fuisset, quisquis ex ea direptione aurum attigit misero cruciabilique exitu periit.* Si hemos de creer á Orosio, Cepion se apoderó del tesoro haziendo asesinar á los que le transportaban á Marsella para enviarle á Roma, y como Cepion fue despues tan desgraciado en todo, de aquí el origen del proverbio, y el suponer que sus desgracias eran como un castigo de los Dioses. Lo sensible es que el castigo escarmentase á tan pocos, y que los Dioses harto clementes se cansasen tan pronto, y se redugesen á un solo ejemplo.

NOTA 28a.

Asi lo dice Plinio atribuyendo á los Romanos la gloria de haber desterrado esta bárbara costumbre de los antiguos, mas esta lei combatida sin duda por la supersticion, divinidad antropófaga y cruel,

fue muchas veces infringida en tiempos posteriores. Dion Casio refiere que en los de César fueron sacrificados dos hombres, añadiendo que no pudo descubrir por que causa. El mismo Dion, y Suetonio refieren que Octaviano despues de la toma de Perusa sacrificó ante un ara erigida en honor de César cierto número de prisioneros sin mas diferencia que la de decir el primero que fueron cuatrocientos, y el segundo trescientos, y aun en la antigua edicion romana segun observa Casaubon decia solos doscientos. Aun este número parece exagerado. Dion es crédulo cuando se trata de ser maligno. Suetonio no muy indulgente no se atreve á asegurarlo, y dice *scribunt quidam*, y aun dudariamos del hecho enteramente si Seneca no pareciera confirmarle, aunque sin designacion del número de victimas, cuando en el tratado de Clemencia dice: *Ergo non dabit penas qui tot civilibus bellis frustra petitum caput non occidere constituat sed immolare?*

NOTA 29ª.

El continuador de Rolin asegura el uso antiguo y abolido de este derecho en el Senado. Repetimos lo que se ha dicho á los folios 16, 17, y 18. Vemos que en la organizacion primitiva de los poderes públicos por Romulo el Senado tenia la facultad de suspender la ejecucion de las leyes dadas por el pueblo, es decir la sancion de las leyes, el *nisi patrum accessisset auctoritas*, mas no la iniciativa de ellas como efectivamente la tenia el Senado de los cuatrocientos en Atenas por la constitucion de Solon. Nos parece que fue una prerogativa de los reyes, y que abolidos estos pasó á los Cónsules, hasta que los Tribunos, á fuerza de abusar de ella, de hecho la hizieron casi exclusivamente suya, pero sin que se derogase, ni dejase nunca de ejercer aquel derecho por los Cónsules. Naturalmente se explica el origen de lo que nos parece y combatimos como una equivocacion. El Senado que era un poder público con la autoridad que le hemos asignado, era al mismo tiempo el consejo del príncipe durante los reyes, y el de los Cónsules desde la lei Junia consular. Es verisímil que los primeros para dar á sus proyectos mas apoyo, y aun ilustrar su propia opinion por la sabiduria del consejo le consultasen antes de proponer las leyes al pueblo, y en cuanto á los Cónsules esta necesidad se ha-

zia inmensamente mayor con magistrados, que á la conclusion de su magistratura, de brevísima duracion, quedaban reducidos á solo los derechos de su órden, y teniau interes no en destruir sino en fortificar por la repeticion esta costumbre. Mas hormigean en la historia romana los ejemplos de leyes propuestas al pueblo por los Reyes y por los Cónsules, que se hizieron populares y se separaron de las máximas é intereses de su órden, y propuestas contra la voluntad del Senado, cosa que hubiera sido imposible si por una lei como la de Solon le hubiese estado reservada por la constitucion la iniciativa de las leyes. Los enemigos de la lei propuesta hubieran hecho prevalecer este medio de oposicion irresistible, y nosotros no conocemos en este periodo de la historia suceso ni autoridad que lo acredite, resultando para nosotros que los Reyes y los Cónsules le consultaron por propia conveniencia y como consejo, y no mas. El Senado se habria defendido victoriosamente en mil y mil ocasiones con solo haber podido llegar á ponerse en posesion de este derecho por un largo periodo de prescripcion no interrumpida.

NOTA 30ª.

Dice Plutarco en la Vida de Lúculo que Sila le dejó en Asia hasta con facultades de acuñar moneda para ponderar la extension de las que le confirió, « lo cual añade fue para las ciudades del Asia de gran consuelo y alivio, porque en una comision tan ruinosa y tan odiosa à todo el mundo se condujo Lúculo como varon justo, integro y puro, y como hombre dulce y humano.» Apiano no habla precisamente de Lúculo, mas en su triunfo Mitridático haze un pintura bien lastimosa de la suerte del Asia, y de las extorsiones y medios violentos á que se vió precisada á recurrir para satisfacer los impuestos exigidos por los decretos de Sila. « La necesidad, dice la antigua traducción de Juan de Molina, edicion gótica de 522, la necesidad en que todas las ciudades estaban era tan grande que algunas les fue forzado para cumplir con el mandamiento de Sila vender los teatros á los acreedores que tenian : otros vendian los edificios mas ricos públicos que tenian : los puertos y casas donde todos se ayuntaban á causa de las grandes vejaciones que de los caballeros de Sila recibian. Vedes aquí como se sacaban los dineros para

« traer á Sila , y asi ovo al fin de hallar Asia el cabo de sus males. »
 Por otra parte las riquezas de Lúculo , asombro de sus amigos y argumento de sus enemigos hazen no poco sospechosas su integridad y pureza. Cónsul despues en Asia , Clodio decia de él por testimonio del mismo Plutarco « que los soldados de su ejército no eran mas
 « que los esclavos encargados de custodiar sus carros y camellos cargados de su bajilla de oro y plata , y de sus preciosas pedrerias. »
Factis inde proscriptionibus.

NOTA 31ª.

Dice Estrabon en el lib. 5º, hablando determinadamente de los Samnitas, *non antea destitit quam Samnitum nomen deleverit aut ex Italia finibus omnes ejecerit*, y refiere en seguida un porcion de ciudades arrasadas. Aun mas detenidamente haze la horrorosa pintura de las crueldades de Sila Apiano en su lib. 1º de las guerras civiles de que copiamos las últimas palabras conforme á la traduccion arriba citada. « Y no se hallaba alguno que en cualquiera manera
 « hubiese sido no solamente en hecho contra Sila , mas que fuese
 « sabidor de algun consejo que no fuese condenado ó en pecunia ,
 « ó en los bienes ó en la vida. Y en el número de los delictos eran
 « contadas las amicicias , y los ayuntamientos , y compañías de las
 « mercaderias , y los beneficios y buenas obras hechos y recibidos en
 « los tiempos pasados ó presentes , las cuales cosas todas eran hechas
 « mui ásperamente contra los ricos. Y despues que fueron acabadas
 « las puniciones contra los particulares y privados , Sila volvió la
 « persecucion contra las ciudades , las cuales punia variablemente,
 « haziendo á las unas derribar las fortalezas , y á las otras perder
 « las jurisdicciones.... y de muchas ciudades sacó los propios habitantes y en su lugar las pobló de sus soldados , etc. » No se crea que el traductor encareció la pintura; antes bien la debilitó en algun pasage : *Nec defuit*, dice el original , *cui obsequium crimini datum est, aut iter fecisse cum damnatae factionis homine.*

NOTA 32ª.

Hasta cuatro Oscas cuentan en España los eruditos , que han discutido con encontrados dictámenes qual es aquella en que Sertorio

fundó su universidad: una en el reino de Aragon, otra en el de Granada, otra en el de Cordova y otra en el de Sevilla. El fin de nuestra obrilla no permite que nos engolfemos en tan profundas investigaciones, pero nos creemos bastante autorizados á decir á pesar del erudito Ustarroz y de cuantos este cita en su apoyo, que el Osca de Aragon es el único que parece resistir la sana razon, á no ser que Sertorio hubiese perdido la suya. Solo así podía establecer su universidad en las avanzadas del enemigo, si ya no en el país mismo que ocupaba.

NOTA 33ª.

Varios historiadores atribuyen con Plutarco la fundacion de la universidad de Osca al designio de tener como en rehenes los hijos de la primera nobleza española, disminuyendo aquella gloria y alabanza que Sertorio mereceria, si la idea partió de un principio mas noble, de un zelo desinteresado. No estrañamos que los que han creído que acabó por degollarlos, hayan supuesto que empezó por prenderlos. *Sibi consonant.*

NOTA 34ª.

La cohorte constaba por lo menos de tres manipulos tomados de cada una de las clases en que se dividia la legion: Velites, Hastados, Príncipes y Triarios. El manipulo era la décima parte de cada una de las clases y constaba de dos centurias excepto en los triarios cuya clase constaba de la mitad de fuerza y siendo esta en las demas de mil y doscientos hombres viene á resultar que el manipulo tenia ciento y veinte, la centuria setenta, la cohorte cuatrocientos y veinte, y la legion que se formaba de diez cohortes, cuatro mil y doscientos. Sinembargo la legion constaba muchas vezes de cinco y seis mil hombres. La organizacion no variaba fundamentalmente, pero aumentándose el número en las clases crecia la fuerza del manipulo, de la centuria y de la cohorte.

NOTA 35ª.

Mariana supone que Metelo y Pompeyo estaban ya reunidos de-

lante de Laoron, pero Plutarco y otros autores hablan de este suceso como vergonzoso solo para Pompeyo. Habrialo sido para entrambos, si los dos hubiesen estado reunidos.

NOTA 36ª.

Sertorio decia, si no hubiese llegado la vieja (por Metelo) yo habria enviado á Roma á ese mozuelo (por Pompeyo) y bien castigado. Se cree que Sucron es Cullera á la embocadura del Jucar.

NOTA 37ª.

Suetonio, citando á Tanusio, Bibulo y Curio, no solo implica, sino que absolutamente atribuye esta conjuracion á Craso y á César, añadiendo que su resultado debia ser la dictadura al primero y el mando de la caballeria al segundo, y á Sila y Autronio el consulado, y aun parece suponer otra conjuracion de solo César con Pison. Hemos creido deber seguir á Salustio que atribuye á Catilina esta conjuracion única. Es sabido que aquellos historiadores fueron todos enemigos de César, y aunque Salustio pudiera desfigurar los sucesos por sus relaciones con César, Cicero testigo sin tacha contra él, y testigo de escepcion en esta materia, á Catilina y á solo Catilina se la atribuye en su 1ª Catilinaria, mientras que Suetonio parece excluirle, pues que no haze de él ni la mas ligera mencion. Vease á Suetonio, en la vida de César y la nota de Casaubon en el mismo lugar.

NOTA 38ª.

Así llamaba Pompeyo á César seductor de Mucia su muger durante su ausencia al Asia, comparándole á Egisto que hizo otro tanto con Clitemnestra durante la de Agamenon á Troya.

NOTA 39ª.

Puede dudarse si conocemos bien en este punto la legislacion vigente en los tiempos de Cicero. Confesamos que nos ponen en perplejidad consideraciones encontradas. Si tal era la lei ¿ como es que César no la alega en su oracion en defensa de los reos y se contenta con citar la lei Porcia, que permitia el destierro á los ciudadanos condenados? Aquella escepcion era mas perentoria todavia.

¿Que era lo que inspiraba tanta confianza á Ciceron que en su correspondencia con Atico dice repetidas vezes, no solo que no teme á Clodio, sino que desea venir con él á las manos? ¿Porque Clodio en lugar de proponer una lei no acusa abiertamente á Ciceron de infraccion de la existente? ¿Porque acudir para su triunfo al medio notoriamente falso de atribuir á Ciceron una falsificacion del Senado-consulta que condenó á Léntulo y los demas?

NOTA 40a.

Una de las existencias del tesoro eran 1500 livras del *Laser de Cirene* mirado como una droga preciosa, y que parece ser la *Asafetida* tan poco preciosa para nosotros en todo lo que no sea sus virtudes medicinales, pero de que los Orientales hazian un uso frecuente en los guisos.

NOTA 41a.

En el combate de la isla de Faros tuvo que tirarse al agua y salvarse á nado, llevando en una mano sus Comentarios.

NOTA 42a.

Algunos historiadores quieren despojar á César de este triunfo, asegurando con Plutarco que al empezar la batalla le sorprendió uno de aquellos accesos de epilepsia de que adoleció. Si hemos de creer á Hircio se halló en la batalla, pues que segun él no pudo, por mas que hizo, contener el furor de sus veteranos, é impedir la carniceria. Mas en todo caso la gloria es suya, pues que suyas fueron las disposiciones de la accion y suyo todo el saber de sus tenientes y de sus oficiales.

NOTA 43a.

Como en este cálculo habia un error de once minutos, en 582 le corrigió Gregorio XIII y su correccion se llama Gregoriana, como la de César Juliana.

NOTA 44a.

No falta quien sospeche, si César mismo fue el autor de estos amotinamientos. La impasibilidad histórica no nos permite atribuir al Dictador mas virtudes que las que tuvo, y si estuviere probado

que tales asesinatos eran necesarios á su plan , nos prestaríamos á la conjetura. Nosotros le suponemos bueno y generoso , mientras su ambicion no exigia que fuese otra cosa , mas aun cuando fuésemos de los que le tienen por esencialmente malo , discurriríamos de otro modo. La sospecha se funda en que siempre trató mal á Afranio y L. César , y nosotros creemos , que siendo capaz de tal supercheria y disimulacion , les habria tratado siempre bien.

NOTA 45a.

Se cree que es Montemayor á los inmediaciones de Cordova.

NOTA 46a.

Se dice estar donde se ven las ruinas de Teba.

NOTA 47a.

En el templo de Quirino se le erigió una llamándole *Dios* invencible. Antonio con el nombre de *Julius* era el gran sacerdote de su culto.

NOTA 48a.

Plutarco , en la vida de Ciceron , dice que se juntaron cerca de Bolonia , y Vauvilliers anotador de la traduccion de Amiot dice : « La rivière s'appelle Rhein ; l'île , l'île des Triumvirs. » Apiano , en el cap. 1º del lib. 4 de las Guerras civiles , dice que se juntaron cerca de Módena en una pequeña isleta del rio Labinio. Briccio dice , « *Rhenus* Reno : *Parvus dictus Silio , Bononiensi Plinio in quo insula celebris constituto triumviratu inter Octavium , Antonium et Lepidum* , y con efecto en la construccion de su carta geográfica de la Galia Traspadana figura una isla formada por el Reno , que no se halla en otras cartas. Segur dice que se vieron sobre las orillas del Pánaro y no habla nada de isla , y Goldsmith que en una isleta del Panaro , y nosotros decimos , que *nostrum non est tantas componere lites*.

NOTA 49a.

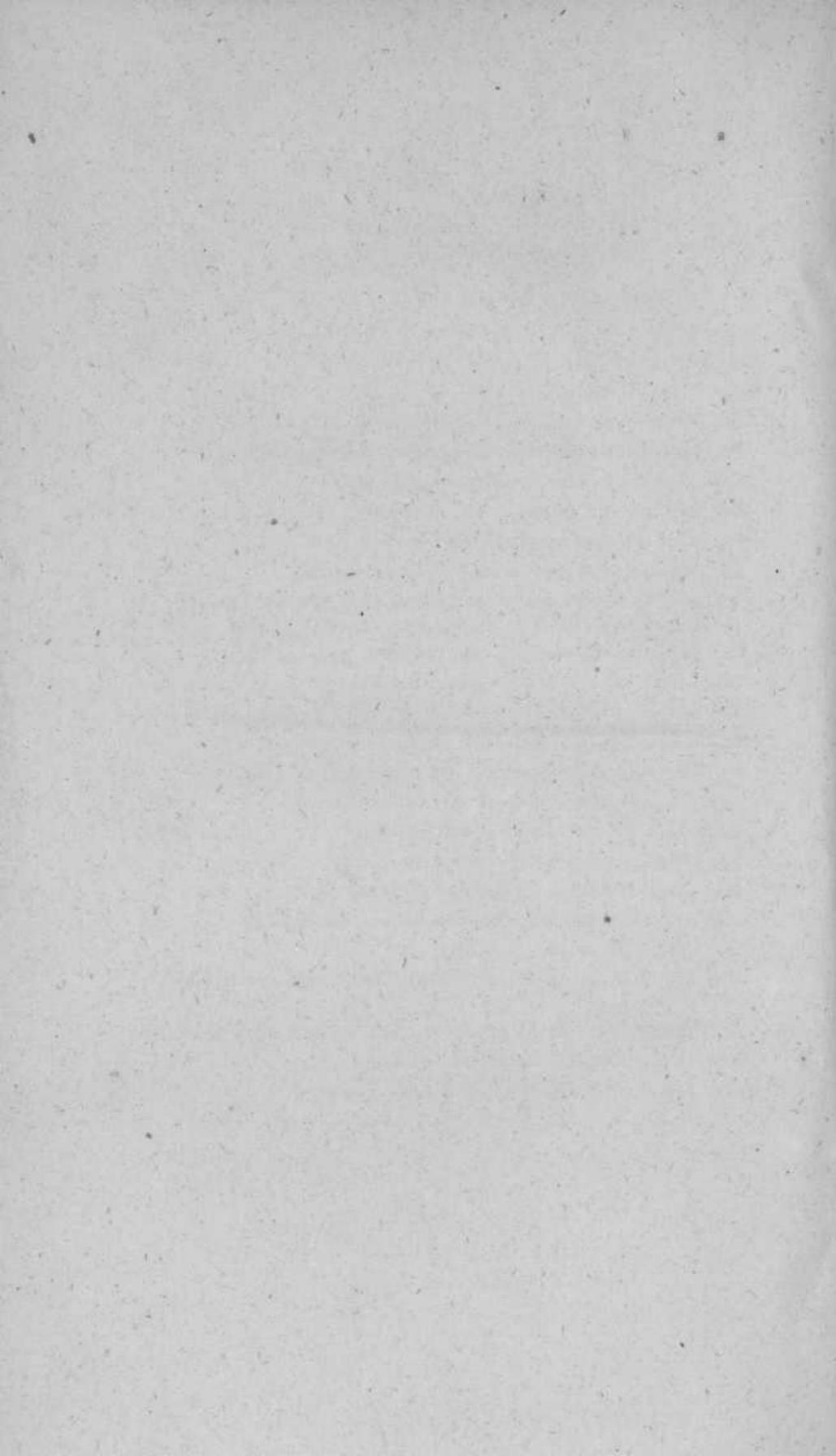
Nada se sabe de las que fueron sacrificadas entre la gente comun , pero de ciento y treinta Senadores y de dos mil caballeros hablan Plutarco , Apiano y Livio.

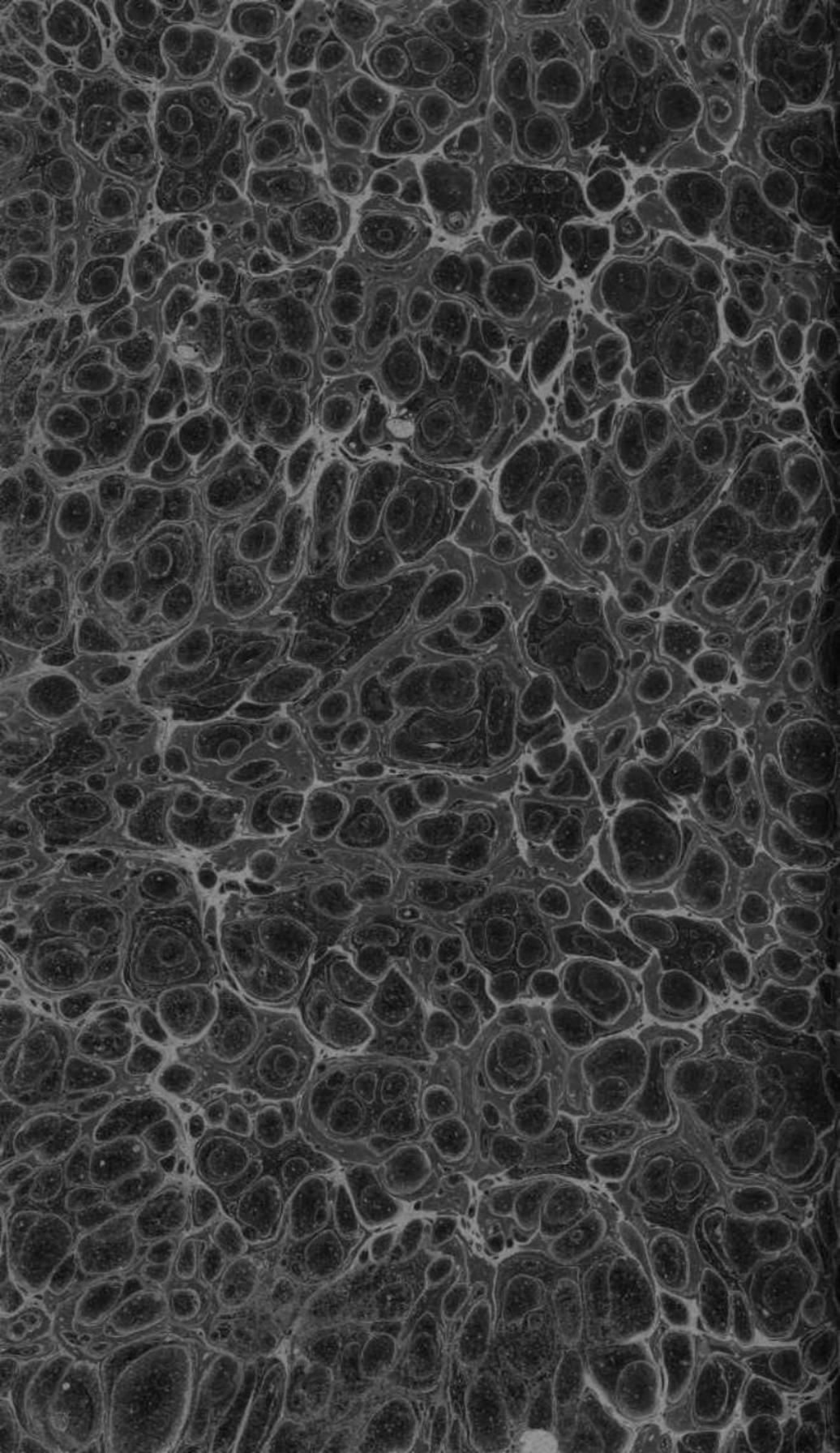
INDICE.

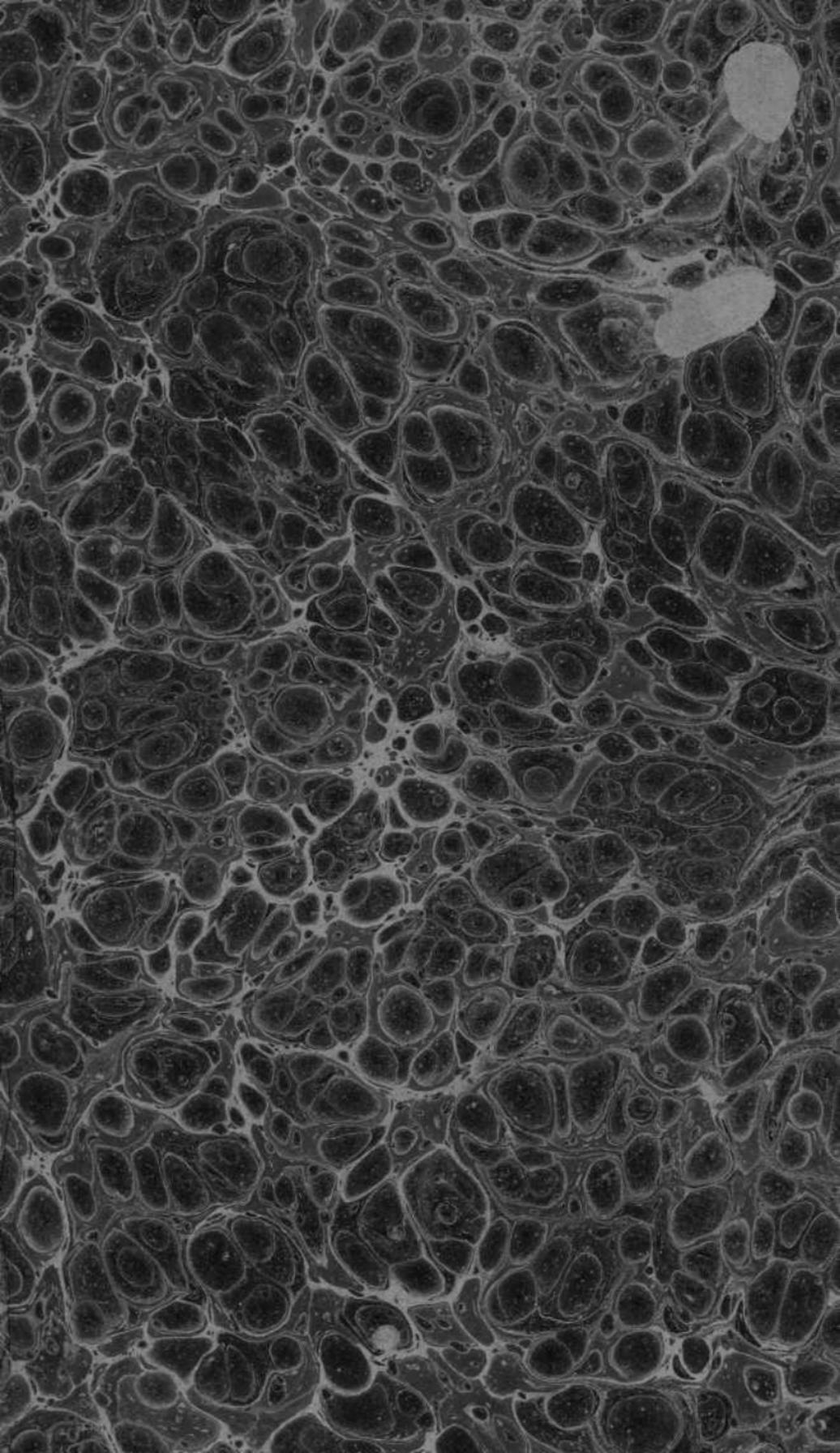
PRÓLOGO.	v
Rápida idea del imperio romano considerado en su mayor extension.	PAG. 1
CAPITULO I.	5
Época primera.	7
CAPITULO II. — Época segunda.	13
Caractéres de la primera y segunda época.	39
CAPITULO III. — Época tercera ó tiempos de la República.	54
Periodo 1º de la tercera época; desde la ereccion del consulado hasta la ocupacion de Roma por los Galos.	56
CAPITULO IV. Periodo 2º de la tercera época; desde la invasion de los Galos hasta la primera guerra púnica.	111
CAPITULO V. Periodo 3º de la tercera época; desde el principio hasta el fin de las tres guerras púnicas.	141
CAPITULO VI. Primera guerra púnica y su intervalo.	157
CAPITULO VI bis. Segunda guerra púnica y su intervalo.	167
CAPITULO VII. Tercera guerra púnica. Destruccion de Cartago y Corinto.	207
CAPITULO VIII. Cuarto periodo de la tercera época.	219
CAPITULO IX. Caractéres, sabios y escritores célebres de la tercera época.	435
NOTAS.	

ERRATAS NOTABLES.

- Pag. 22, l. 2, *dice* capitolio, *lease* capitolino.
- Pag. 42, l. 3, *dice* han conservado, *lease* se han conservado.
- Pag. 53, l. 5 y 6, *dice* de poder, *lease* del poder.
- Pag. 62 l. 11, *dice* Tarracina, *lease* Terracina.
- Pag. 73, l. 12, *dice* respecto, *lease* respeto.
- Pag. 77, l. 16, *dice* cóndenacion, *lease* condenacion.
- Pag. 104, l. 10, *dice* derrotó completamente á Fidenas, *lease* derrotó completamente á los Fidenacios, y sometió á Fidenas.
- Pag. 105, l. 7, *dice* eligibles, *lease* elegibles.
- Pag. 106, l. 24, *dice* respecto, *lease* respeto.
- Pag. 114, l. 21, *dice* no pudiendo, *lease* mas no pudiendo.
- Pag. 123, l. 20, *dice* Salos, *lease* Galos.
- Pag. 127, l. 25, *dice* exasperó, *lease* exageró.
- Pag. 130, l. 20, *dice* Tusculanos, *lease* Túsculos.
- Pag. 131, l. 11, *dice* limitare, *lease* limitara.
- Pag. 140, l. 2, *dice* anulos, *lease* ánulos.
- Pag. 184, l. 18, *dice* obligado, *lease* obligada.
- Pag. 215, l. 3, *dice* federados que han, *lease* federados han.
- Pag. 254, l. 3, *dice* eran, *lease* era.
- Pag. 288, l. 6, *dice* habia desaprobado, *lease* habia este desaprobado.
- Pag. 342, l. 5, *dice* fue por Pompeyo, *lease* fue para Pompeyo.
- Pag. 401, l. 2, *dice* debieran, *lease* debieron.
- Pag. 418, l. 22, *dice* á los mares, *lease* á los manes.













SILVELA

HISTORIA
ANTIGUA





2

D-1
915